



CASSANDRA CLARE
SARAH REES BRENNAN • MAUREEN JOHNSON

CAZADORES DE SOMBRAS

LAS CRÓNICAS DE MAGNUS BANE



Ser Magnus Bane no es fácil. Como es un brujo, siempre tiene que solucionar los problemas de otros. Su vida ha sido larga, y ha tenido muchos amores. Y ha sabido estar en el lugar correcto en el momento adecuado (bueno, a veces no tanto): La Revolución francesa, el gran apagón de la ciudad de Nueva York, la primera gran batalla entre Valentine y el Instituto de Nueva York... Pero ayudar a huir a María Antonieta no tiene comparación con amar a una vampira como Camille Belcourt o tener la primera cita con Alec Lightwood.

Para Magnus sería imposible contar todas y cada una de sus historias. Nadie le creería. Aquí hay once relatos que descubren algunos secretos... que seguro él no querría que se hubiesen revelado.



Cassandra Clare & Sarah Rees Brennan &
Maureen Johnson

Las Crónicas de Magnus Bane

Cazadores de sombras - 6.5

ePub r1.1

Titivillus 15.07.16

Título original: *The Bane Chronicles*

Cassandra Clare & Sarah Rees Brennan & Maureen Johnson, 2014

Traducción: Patricia Nunes

Ilustraciones de interior: Cassandra Jean

Ilustración de portada: Cliff Nielsen

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Agradecimientos

Este libro se lo dedico a los que (ellos saben quiénes son) me escriben cartas, correos electrónicos y vienen a las presentaciones para decirme que Magnus y Alec son muy importantes para ellos.

Como Magnus, sois mágicos, sois héroes.

Lo que realmente pasó en Perú

de Cassandra Clare y Sarah Rees Brennan



Así que siguió con el charango, a pesar de que le habían prohibido tocar en la casa. También lo hicieron desistir de tocar en la calle un niño que se echó a llorar, un hombre con unos papeles que le hablaba de las ordenanzas municipales y una pequeña revuelta.

Como último recurso, se fue a las montañas y tocó allí. Magnus estaba seguro de que la estampida que presenció fue una coincidencia. Las llamas no podían juzgar cómo lo hacía.

Lo que realmente pasó en Perú







Fue un momento triste en la vida de Magnus Bane cuando el Consejo Superior de los brujos peruanos le prohibió la entrada en Perú. No solo porque los carteles con su foto que se distribuyeron por el submundo de aquel país lo mostraran tan poco favorecido, sino sobre todo porque Perú era uno de sus lugares favoritos. Allí había vivido muchas aventuras, y tenía montones de recuerdos fantásticos, empezando por aquella vez en 1791, cuando había invitado a Ragnor Fell a acompañarlo en una festiva escapada por Lima.

1791

Magnus se despertó en la posada de carretera a las afueras de Lima, y una vez se hubo ataviado con un chaleco bordado, calzas y brillantes zapatos de hebilla, fue en busca del desayuno. En su lugar se encontró con la posadera, una mujer robusta con una larga melena cubierta por una mantilla negra, que mantenía una preocupada conversación con una de las criadas sobre alguien que había llegado hacía poco.

—Me parece que es un monstruo marino —oyó susurrar a la posadera—. O un tritón. ¿Cómo puede sobrevivir en tierra?

—Buenos días, señora —saludó Magnus—. Por lo que oigo, parece que mi invitado ha llegado.

Ambas mujeres parpadearon dos veces. Magnus supuso que el primer parpadeo se debía a su vistoso atuendo, y el segundo, un parpadeo más lento, a lo que acababa de decir. Les dedicó a ambas un alegre gesto de despedida; traspasó las amplias puertas de madera que daban al patio y lo cruzó hasta la sala común, donde se encontró con su colega brujo, Ragnor Fell, enfurruñado al fondo de la sala con un tazón de chicha de molle.

—Tomaré lo mismo que él —dijo Magnus a la camarera—. No, espere un momento. Tráigame tres.

—Diles que yo tomaré lo mismo —intervino Ragnor Fell—. He conseguido esta bebida señalando con insistencia.

Así lo hizo Magnus, y cuando volvió a mirar a Ragnor vio que su viejo amigo volvía a ser el de siempre: horrorosamente vestido, profundamente melancólico e intensamente verde de piel. Magnus a menudo daba gracias de que su marca de brujo no fuera tan evidente. A veces resultaba muy incómodo tener los ojos verde dorado y pupilas verticales como un gato, pero, por lo general, los podía disimular fácilmente con un pequeño *glamour*, y si no, bueno, había bastantes damas y caballeros que no lo consideraban un inconveniente.

—¿Sin *glamour*? —preguntó Magnus.

—Dijiste que me uniera a ti en viajes que serían un incesante *tour* de desenfreno —le contestó Ragnor.

Magnus sonrió radiante.

—¡Sí que lo dije! —Calló un momento—. Perdóname, pero no veo la relación.

—He descubierto que tengo más suerte con las damas en mi estado natural —le explicó Ragnor—. A las damas les gusta la variedad. Había una mujer en la corte de Luis, el Rey Sol, que decía que nada se podía comparar a su «querido repollito». He oído que en Francia se ha convertido en un apelativo cariñoso muy popular. Y todo gracias a mí.

Hablaba en el mismo tono melancólico de siempre. Cuando

llegaron las seis copas, Magnus se hizo con ellas.

—Me harán falta todas estas. Por favor, traiga más para mi amigo.

—También hubo una mujer que me llamaba su «dulce vaina de guisantes de amor» —continuó Ragnor.

Magnus bebió un largo y reconfortante trago, miró el brillante sol del exterior y luego las copas que tenía delante, y se sintió mucho mejor.

—Felicidades. Y bienvenido a Lima, ciudad de reyes, mi dulce vaina de guisantes.



Después del desayuno, que consistió en cinco copas para Ragnor y diecisiete para Magnus, este guio a Ragnor en un recorrido por Lima, desde la fachada dorada, sinuosa y tallada del palacio del arzobispo hasta los edificios de brillantes colores de la plaza, con sus casi obligatorios y elaborados soportales, donde hubo un tiempo en que los españoles ejecutaban a los criminales.

—He pensado que estaría bien comenzar por la capital. Además, ya he estado aquí antes —explicó Magnus—. Hará unos quince años. Me lo pasé estupendamente, si no tenemos en cuenta lo del terremoto que casi se tragó la ciudad.

—¿Tuviste algo que ver con el terremoto?

—Ragnor —le reprochó Magnus—, ¡no puedes echarme la culpa de cualquier catástrofe natural que ocurra!

—No has contestado a la pregunta —insistió Ragnor, y suspiró—. Confío en que serás... más formal y menos como tú de lo que sueles ser —le advirtió mientras caminaban—. No hablo el idioma.

—¿Así que no hablas español? —preguntó Magnus—. ¿O no hablas quechua? ¿O es que no hablas aymara?

Magnus sabía a la perfección que, fuera a donde fuese, era un

forastero, y se aseguraba de aprender todos los idiomas que podía para viajar a donde le apeteciera. El español había sido el primero después de su lengua materna. Y esta no la hablaba con frecuencia. Le recordaba a su madre y a su padrastro; le recordaba el amor, la oración y la desesperación de su niñez. Las palabras de su país le pesaban en la lengua, como si cuando las pronunciara tuviera que hacerlo con toda la intención, tuviera que ponerse serio.

(Había otros idiomas, como el purgático, el gehennic y el tártaro, que había aprendido para poder comunicarse con los habitantes de los reinos demoníacos; eran idiomas que se veía obligado a usar con frecuencia por trabajo. Pero estos le recordaban a su padre biológico, y tales recuerdos eran aún peores).

En opinión de Magnus, la sinceridad y la seriedad estaban muy sobrevaloradas, al igual que lo estaba el verse obligado a revivir momentos desagradables. Prefería con mucho divertirse y mostrarse divertido.

—No hablo ninguno de esos idiomas —le contestó Ragnor—. Aunque debo de saber idiótico chapurrero, porque te entiendo a ti.

—Eso ha sido innecesario e hiriente —observó Magnus—. Claro que puedes confiar en mí totalmente.

—Lo único que te pido es que no me dejes aquí solo. Tienes que jurármelo, Bane.

Magnus alzó las cejas.

—¡Te doy mi palabra de honor!

—Te encontraré —le advirtió Ragnor—. Encontraré cualquier baúl de prendas absurdas que poseas. Y meteré una llama donde duermas y me aseguraré de que se orine sobre todo lo que tengas.

—No hace falta que nos pongamos desagradables —replicó Magnus—. No te preocupes. Te enseñaré todas las palabras que necesites. Una es «fiesta»^[1].

Ragnor frunció el ceño.

—¿Y qué quiere decir?

Magnus alzó las cejas.

—Quiere decir «diversión». Otra palabra importante es «juerga».

—¿Y qué significa esa palabra?

Magnus guardó silencio.

—Magnus —reclamó su atención Ragnor con tono molesto—. ¿Esa palabra también significa «fiesta»?

Magnus no pudo evitar la sonrisa irónica que se fue dibujando en su rostro.

—Me disculparía —dijo—. Pero no lo lamento en absoluto.

—Intenta ser un poco serio —le sugirió Ragnor.

—¡Estamos de vacaciones!

—Tú siempre estás de vacaciones —le recordó Ragnor—. ¡Hace treinta años que estás de vacaciones!

Era cierto. Magnus no se había asentado en ningún lugar desde la muerte de su amante; no había sido su primera amante, pero sí la primera que había vivido con él y que había muerto en sus brazos. Magnus había pensado en ella con la suficiente frecuencia como para que mencionarla ya no le doliera. Su rostro, en el recuerdo, era como la distante belleza de las estrellas: imposible de tocar, pero brillando ante sus ojos por las noches.

—No me canso de las aventuras —respondió Magnus sin darle gran importancia—. Y las aventuras no se cansan de mí.

No tenía ni idea de por qué Ragnor volvía a suspirar.



El carácter suspicaz de Ragnor siguió entristeciendo a Magnus y lo decepcionó, como cuando visitaron el lago Yarinococha, y Ragnor entrecerró los ojos mientras preguntaba: «¿Esos delfines son de color rosa?».

—¡Ya eran así cuando llegué aquí! —exclamó Magnus indignado. Calló un momento para reflexionar—. Estoy casi seguro.

Fueron de la costa a la sierra contemplando todos los paisajes de Perú. Quizá el favorito de Magnus fuera la ciudad de Arequipa, hecha de piedras labradas que, al ser tocadas por el sol, brillaban con un blanco tan deslumbrante y resplandeciente como la luz de la luna al chocar contra el agua.

Allí también había una joven muy atractiva, pero al final esta prefirió a Ragnor. Magnus podría haberse pasado la vida sin involucrarse en un triángulo amoroso de brujos, o sin oír el apelativo supuestamente cariñoso de «adorable planta carnívora» dicho en francés, idioma que Ragnor sí entendía. Sin embargo, este se mostraba muy complacido y por primera vez no parecía lamentar haber acudido a la llamada de Magnus.

Al final, la única manera que tuvo Magnus de persuadir a Ragnor de dejar Arequipa fue presentándole a otra jovencita, Giuliana, que conocía los caminos de la selva y les aseguró a ambos que podía guiarlos hasta la ayahuasca, una planta con grandes propiedades mágicas.

Más tarde, Magnus tuvo motivos para lamentar haber escogido esa opción, al verse arrastrado por los verdes caminos abiertos a machetazos de la selva tropical del Manu. Todo era verde, verde, verde, allí adonde mirara. Incluso su compañero de viaje.

—No me gusta la selva tropical —dijo Ragnor tristemente.

—Eso es porque no estás abierto a nuevas experiencias del mismo modo que yo.

—No, es porque es más húmeda que el sobaco de un oso y dos veces más apestosa.

Magnus se apartó de los ojos una rama de helecho que goteaba.

—Admito que, con tus palabras, has dado en el clavo y al mismo tiempo has creado una imagen muy impactante.

Era verdad que la selva no era cómoda de transitar, pero sí era

impresionante. El intenso verde del bosque bajo no se parecía al de las delicadas hojas en lo alto de los árboles, las brillantes formas sutiles de algunas plantas que se agitaban entre las ramas como cuerdas. El verde que lo envolvía todo quedaba roto por repentinas interrupciones brillantes: el intenso color de las flores y el rápido movimiento que indicaba la presencia de animales.

A Magnus le gustaron especialmente los monos araña, refinados y relucientes, con largos brazos y patas que extendían sobre los árboles como estrellas, y también el salto veloz y tímido de los monos ardilla.

—Imagínate —dijo de pronto Magnus—. Yo con un mono por mascota. Podría enseñarle trucos. Incluso vestirlo con una chaqueta como la mía. ¡Sería como yo! Pero con más pinta de mono.

—A tu amigo se le ha ido la cabeza con el mal de altura —anunció Giuliana—. Estamos a muchos metros sobre el nivel del mar.

Magnus no estaba realmente seguro de por qué había cogido una guía, excepto porque parecía calmar a Ragnor. Era probable que la gente siguiera obedientemente a sus guías en lugares desconocidos y peligrosos en potencia, pero Magnus era brujo y, llegado el caso, estaba bien preparado para mantener una lucha mágica con un demonio jaguar. Sería una anécdota excelente que impresionaría a algunas de las damas que de forma inexplicable no se sentían atraídas por Ragnor. Y quizá también a algunos caballeros.

Iba distraído, pensando en demonios jaguar y recogiendo fruta cuando, de repente, Magnus se dio cuenta de que se había separado de sus compañeros: estaba perdido en la verde selva.

Se detuvo para admirar las bromelias, enormes flores iridiscentes como cuencos hechos de pétalos, vibrantes de color y humedad. Había ranas en el interior de los huecos llenos de agua de las flores, brillantes como joyas.

Entonces se encontró cara a cara con los redondos ojos castaños de un mono.

—Hola, compañero —lo saludó Magnus.

El mono hizo un ruido horrible, entre un gruñido y un siseo.

—Comienzo a dudar de la belleza de nuestra amistad —manifestó Magnus.

Giuliana les había dicho que no retrocedieran si se les acercaba un mono, sino que se quedaran quietos y se mantuvieran tranquilos. Ese mono era mucho más grande que cualquier otro que Magnus hubiera visto, con unos hombros anchos, nudosos y gruesos, de pelaje casi negro. Magnus recordó que se llamaba mono aullador.

Magnus le tiró un higo. El mono lo cogió.

—Bueno —dijo Magnus—, demos este asunto por acabado.

El mono avanzó, masticando de un modo amenazador.

—Me pregunto qué estoy haciendo aquí. Me gusta la vida de la ciudad, ¿sabes? —comentó Magnus—. Las luces brillantes, la gente, el entretenimiento líquido. La ausencia de monos que aparecen de repente.

Desoyó el consejo de Giuliana y dio un elegante paso atrás al tiempo que le lanzaba otra pieza de fruta. Esta vez el mono no la cogió. Se agazapó y soltó un gruñido, y Magnus retrocedió varios pasos más hasta chocar con un árbol.

Se tambaleó por el impacto, y agradeció que nadie lo estuviera mirando y esperara de él que se comportara como un brujo sofisticado. El mono le lanzó un manotazo directamente a la cara.

Magnus gritó, dio media vuelta y salió corriendo a toda velocidad por la selva tropical. Ni siquiera pensó en dejar caer la fruta. Las piezas fueron cayendo una a una formando una brillante cascada mientras Magnus corría como alma que lleva el diablo para alejarse de la amenaza simiesca. Lo oyó perseguirlo y aceleró la carrera, hasta que perdió toda la fruta y se fue directo contra Ragnor.

—¡Ten cuidado! —le soltó este.

—En mi defensa diré que estás muy bien camuflado —señaló Magnus, y luego narró dos veces con detalle su terrible aventura con el mono, una para Giuliana en español y de nuevo para Ragnor en

inglés.

—Pues claro que tenías que apartarte al instante del macho dominante —dijo Giuliana—. ¿Eres idiota? Has tenido mucha suerte de que la fruta lo distrajera de arrancarte el cuello. Ha pensado que querías arrebatárselo a sus hembras.

—Perdona, pero no tuvimos tiempo de intercambiar ese tipo de información —señaló Magnus—. ¡Cómo lo iba a saber! Además, os aseguro a ambos que no he hecho ningún tipo de avance amoroso hacia las hembras simio. —Calló un momento y les guiñó un ojo—. Lo cierto es que no he visto ninguna, así que no he tenido la oportunidad.

Ragnor parecía arrepentirse profundamente de todas las decisiones que lo habían llevado a hallarse en ese lugar y en especial con esa compañía. Más tarde se detuvo y, muy bajo para que Giuliana no pudiera oírlo y de un modo que a Magnus le recordó de un modo terrible a su némesis simiesca, le susurró: «¿Acaso has olvidado que puedes hacer magia?».

Magnus se tomó un momento para lanzar una mirada despectiva por encima del hombro.

—¡No voy a hechizar a un mono! La verdad, Ragnor, ¿por quién me tomas?



No podía dedicar la vida por entero al desenfreno y a los monos. Magnus tenía que financiarse de algún modo todo lo que bebía. Siempre podían encontrarse algunos trabajos propios de subterráneos, y Magnus se aseguró de conseguir los contactos apropiados en cuanto puso un pie en Perú.

Cuando se requirió su particular especialidad, se llevó a Ragnor consigo. Subieron juntos a bordo del barco en el puerto de Salaverry,

ambos vestidos con sus mejores galas. Magnus llevaba su sombrero más ostentoso, con una pluma de avestruz.

Edmund García, uno de los comerciantes más ricos de Perú, se reunió con ellos en la cubierta de proa. Era un hombre de tez rojiza, y vestía una casaca de aspecto caro, calzas hasta la rodilla y una peluca empolvada. Del cinturón de cuero le colgaba una pistola ricamente grabada. Miró de reojo a Ragnor.

—¿Es un monstruo marino? —preguntó.

—Es un brujo muy respetado —contestó Magnus—. De hecho, tiene usted dos brujos por el precio de uno.

García no se había hecho rico poniéndoles mala cara a las gangas. Al instante y para siempre mantuvo silencio sobre el tema de los monstruos marinos.

—Bienvenidos —dijo en su lugar.

—No me gustan los barcos —informó Ragnor, mirando a su alrededor—. Me mareo terriblemente.

El chiste de ponerse verde era demasiado fácil, y Magnus no iba a rebajarse a hacerlo.

—¿Le importaría ampliar los detalles de este trabajo? —le preguntó a García—. La carta que recibí decía que le resultaban necesarias mis particulares habilidades, pero debo confesarle que tengo tantas que no estoy seguro de cuál es la que usted requiere. Aunque, naturalmente, están todas a su disposición.

—Son ustedes foráneos de estas costas —contestó Edmund—, así que quizá no sepan que la prosperidad actual de Perú reside en nuestra principal exportación: el guano.

—¿Qué está diciendo? —le preguntó Ragnor.

—Hasta ahora, nada que te vaya a gustar —respondió Magnus. El barco cabeceó bajo ellos al compás de las olas—. Perdona, ¿está usted hablando de excrementos de pájaro?

—Cierto —repuso García—. Durante mucho tiempo los comerciantes europeos fueron los que más se beneficiaban de este

mercado. Pero ahora se han creado leyes para que los comerciantes peruanos tengamos las de ganar en esos asuntos, y los europeos tendrán que asociarse con nosotros o retirarse del negocio del guano. Uno de mis buques, con una gran cantidad de guano, será el primero en zarpar bajo estas nuevas leyes. Me temo que quieren hacerle algo a ese barco.

—¿Cree que los piratas pretenden robar sus excrementos de pájaro? —preguntó Magnus.

—¿Qué está pasando? —gimió Ragnor tristemente.

—Mejor que no lo sepas, te lo aseguro. —Magnus miró a García—. Variadas como son mis habilidades, no estoy seguro de que se extiendan hasta la protección del... esto... guano.

La carga lo hacía dudar, pero sí que sabía algo sobre la forma en que los europeos llegaban y reclamaban todo lo que veían como si fuera incuestionablemente suyo: tierras y vidas, productos y personas.

Aparte de eso, nunca antes había corrido una aventura en alta mar.

—Estamos dispuestos a pagar con generosidad —les aseguró García, y mencionó una suma.

—Oh. Bueno, en tal caso, considérenos contratados —repuso Magnus, y le tradujo las nuevas a Ragnor.



—Sigo sin estar muy seguro de todo esto —dijo Ragnor—. Ni siquiera estoy seguro de dónde has sacado ese sombrero.

Magnus se lo ajustó para que luciera en su máximo esplendor.

—Es solo una tontería que encontré. Parecía apropiado para la ocasión.

—Nadie más lleva nada ni remotamente parecido.

Magnus lanzó una mirada despectiva a todos los marineros de dudosa vestimenta que los rodeaban.

—Lo lamento por ellos, claro, pero no veo por qué esa observación debe alterar mi actual y elegantísimo proceder.

Miró desde la borda hacia el mar. El agua era prácticamente de color verde claro, con el mismo tono turquesa y esmeralda que una turmalina verde pulida. Se veían dos barcos en el horizonte: el buque al que se suponía que debían unirse, y un segundo, del que Magnus tenía la intensa sospecha de que se trataba de un barco pirata dispuesto a atacar al primero.

Magnus chasqueó los dedos y su propio barco se tragó el horizonte en un instante.

—Magnus, no hagas que el barco vaya tan deprisa —dijo Ragnor—. Magnus, ¿por qué estás embrujando el barco para que vaya más deprisa?

Magnus chasqueó los dedos de nuevo y un montón de chispas azules saltaron a lo largo del casco del barco, desgastado por el tiempo y astillado por las tormentas.

—Veo temibles piratas en la distancia. Prepárate para luchar, mi verdoso amigo.

Ragnor vomitó escandalosamente al oír eso y protestó aún más escandalosamente, pero estaban acercándose a los otros dos barcos, así que, en conjunto, Magnus estaba satisfecho.

—No estamos cazando piratas. ¡Nadie es pirata! Solo estamos vigilando la carga y punto. Y por cierto, ¿cuál es la carga? —preguntó Ragnor.

—Estás mejor sin saberlo, mi dulce vaina de guisantes —le aseguró Magnus.

—Deja de llamarme así.

—Nunca jamás —juró Magnus, e hizo un gesto rápido y decidido. El sol se reflejó en su anillo y pintó el aire con pequeños trazos brillantes.

El barco que Magnus insistía en considerar como un bajel enemigo se escoró de forma ostensible. Era posible que Magnus se hubiera

pasado un poco ahí.

García parecía muy impresionado de que Magnus pudiera neutralizar barcos desde lejos, pero quería estar absolutamente seguro de que la carga estuviera a salvo, así que maniobraron para colocar su barco junto al otro más grande. El barco pirata ya se había quedado muy muy atrás.

Magnus estaba satisfecho con esta situación. Como estaban cazando piratas y corriendo aventuras en alta mar, había algo que siempre había querido probar.

—Hazlo tú también —le insistió a Ragnor—. Será espectacular. Ya lo verás.

Luego se agarró a un cabo y cruzó como volando, espléndido, metros de reluciente espacio azul y un tramo de la brillante cubierta.

Se dejó caer en la bodega de carga.

Ragnor lo siguió un momento después.

—Tápate la nariz —le aconsejó Magnus con urgencia—. No respire. Es evidente que alguien estaba comprobando la carga y ha dejado la compuerta de la bodega abierta, y ambos hemos saltado directamente dentro.

—Y ahora aquí estamos, todo gracias a ti, en medio de la sopa.

—Ojalá fuera sopa —repuso Magnus.

Hubo un breve silencio mientras ambos evaluaban el horror de la situación. Magnus se hallaba sumergido hasta los codos. Incluso más trágico aún: había perdido su elegante sombrero. Trataba de no pensar en la sustancia en la que estaban casi enterrados. Si se esforzaba mucho en pensar en algo que no fueran los excrementos de pequeños plumíferos alados, podría parecer que estaba hundido en alguna otra cosa. Cualquier otra cosa.

—Magnus —lo llamó Ragnor—, ya veo que la carga que estamos guardando es algún tipo de sustancia muy desagradable, pero ¿puedes decirme exactamente cuál?

Al ver que la ocultación y el fingimiento ya no tenían sentido,

Magnus se lo dijo.

—Odio las aventuras en Perú —afirmó al final Ragnor con voz apagada—. Quiero irme a casa.

No fue culpa de Magnus que la consiguiente rabieta del brujo resultara en el hundimiento de un barco lleno de guano, pero lo culpó de todos modos. Incluso peor, no le pagó lo convenido.

Sin embargo, no fue la caprichosa destrucción de propiedades peruanas la razón por la que se le prohibió pisar Perú.

1885

En su siguiente estancia en Perú, Magnus estaba realizando un trabajo con sus amigos Catarina Loss y Ragnor Fell. Eso demostraba que Catarina tenía, aparte de magia, poderes sobrenaturales de persuasión, porque Ragnor había jurado que nunca volvería a poner un pie en Perú y mucho menos en compañía de Magnus. Pero durante la década de 1870, ambos habían corrido juntos algunas aventuras en Inglaterra, y Ragnor se había ido reconciliando con Magnus. Aun así, mientras se adentraban caminando en el valle del río Lurín, Ragnor no dejaba de enviar sin cesar a Magnus recelosas miraditas de reojo.

—Ese constante aire premonitorio que tienes cuando estás conmigo es doloroso e innecesario —le recriminó Magnus a Ragnor.

—¡Tardé años en sacarme el olor de la ropa! ¡Años! —replicó Ragnor.

—Bueno, deberías haberla tirado y comprado otra con mejor olor y más elegante —repuso Magnus—. Y de todas formas, eso pasó hace décadas. ¿Qué te he hecho últimamente?

—No os peleéis delante de los clientes, chicos —les rogó Catarina con su dulce voz—, u os estamparé las cabezas con tal fuerza que el cráneo se os cascará como un huevo.

—Entiendo el inglés, ¿sabéis? —dijo Nayaraq, su clienta, que les

estaba pagando con una generosidad extrema.

Todo el grupo se sintió avergonzado. Llegaron a Pachacamac en silencio. Contemplaron los muros de escombros apilados, que parecían el castillo de arena, gigante y muy trabajado, de un niño.

Había pirámides, pero la mayoría estaban en ruinas. Aunque lo que quedaba tenía miles de años, y Magnus notó la magia vibrando incluso en los fragmentos de arena coloreada.

—Conocí al oráculo que vivía aquí hace setecientos años — anunció Magnus orgulloso.

Nayaraq pareció impresionada.

Catarina, que sabía la edad real de Magnus, no.

Magnus había comenzado a poner precio a su magia cuando tenía menos de veinte años. En aquel entonces todavía estaba creciendo, aún no estaba detenido en el tiempo como una libélula atrapada en ámbar, iridiscente y eterna, pero congelada para toda la eternidad en la prisión de un instante dorado. En aquel entonces estaba alcanzando su altura final, y el rostro y el cuerpo le iban cambiando de forma infinitesimal día tras día; en aquel entonces estaba un poco más cerca de ser humano de lo que lo estaba ahora.

No se le podía decir a un cliente potencial, que esperaba los servicios de un mago anciano y experto, que todavía no se era totalmente adulto. Magnus había comenzado de muy joven a mentir sobre su edad, y nunca había abandonado esa costumbre.

Resultaba un poco vergonzoso cuando se olvidaba de qué mentira le había contado a quién. Una vez, alguien le había preguntado cómo era Julio César, y Magnus se había quedado mirándolo durante un buen rato y luego había contestado: «¿No muy alto?».

Magnus contempló toda la arena que había junto a los muros y sus bordes rotos y desmigajados, como si la piedra fuera pan y una mano descuidada hubiera cortado un trozo. Con cuidado, mantuvo el aire displicente de quien ya había estado ahí antes, y además, increíblemente bien vestido.

Pachacamac significaba «Señor de los terremotos». Por suerte, Nayaraq no quería que provocaran uno. Magnus nunca había creado un terremoto a propósito y prefería no pensar en ciertos desafortunados accidentes de su juventud.

Lo que Nayaraq quería era el tesoro que la madre de la madre de la madre de su madre, una bella joven noble que había vivido en el Acclahausi (la casa de las mujeres elegidas por el sol), había escondido cuando aparecieron los conquistadores.

Magnus no estaba seguro de por qué lo quería, ya que parecía tener dinero suficiente, pero no le pagaba para dudar de ella. Caminaron durante horas bajo el sol y la sombra, por las ruinas de los muros, que mostraban las señales del tiempo y los tenues rastros de antiguos frescos, hasta encontrar lo que Nayaraq estaba buscando.

Cuando sacaron las piedras del muro y desenterraron el tesoro, el sol brilló al mismo tiempo sobre el oro y el rostro de Nayaraq. Fue entonces cuando Magnus entendió que Nayaraq no había estado buscando el oro sino la verdad, algo real en su pasado.

Nayaraq conocía a los subterráneos porque una vez se la habían llevado las hadas. Pero ese oro que le brillaba en las manos, igual que había brillado en las manos de su antepasada, no era una ilusión ni tampoco un *glamour*.

—Muchísimas gracias —dijo ella, y Magnus la comprendió, e incluso, por un momento, la envidió.

Cuando Nayaraq se fue, Catarina deshizo su *glamour* y dejó ver su piel azul y su cabello blanco, que deslumbraba bajo la luz del ocaso.

—Ahora que esto está arreglado, tengo una propuesta. Durante años he envidiado todas las aventuras que corristeis en este país. ¿Qué os parece si nos quedamos por un tiempo?

—¡Por supuesto! —exclamó Magnus.

Catarina batió las palmas.

Ragnor frunció el ceño.

—Por supuesto que no.

—No te preocupes, Ragnor —repuso Magnus como si nada—. Estoy casi seguro de que nadie que recuerde el malentendido de los piratas seguirá vivo. Y los monos, sin duda, ya habrán dejado de ir a por mí. Además, ya sabes lo que esto significa.

—No quiero hacerlo, y no me lo pasará bien —replicó Ragnor—. Me iría ahora mismo, pero sería cruel abandonar a una dama en una tierra extraña con un lunático.

—Me alegro mucho de que todos estemos de acuerdo —manifestó Catarina.

—Vamos a ser un triunvirato terrorífico —declaró Magnus encantado a Catarina y a Ragnor—. Eso quiere decir el triple de aventuras.

Más tarde se enteraron de que eran criminales buscados por profanar un templo. Sin embargo, ese no fue el motivo por el que expulsaron a Magnus de Perú, ni tampoco fue en ese momento.

1890

Hacía un hermoso día en Puno. El lago al otro lado de la ventana era una gran mancha azul y el sol brillaba con tal fuerza que parecía haber quemado todo el celeste y las nubes del cielo y dejado tan solo un fulgor blanco. El limpio viento de la montaña llevaba sobre el lago y por toda la casa la melodía que Magnus tocaba.

Este justo estaba bajo el alféizar de la ventana cuando los postigos de la habitación de Ragnor se abrieron de golpe.

—¿Qué... qué... qué estás haciendo? —le preguntó.

—Tengo casi seiscientos años —afirmó Magnus, y al oírlo Ragnor soltó un bufido, ya que su amigo cambiaba su edad a su antojo cada semana. Magnus continuó—: Me parece que ya es hora de que aprenda a tocar algún instrumento musical. —Hizo una floritura con su

nuevo descubrimiento, un pequeño instrumento de cuerdas que parecía un primo del laúd del que el propio laúd se avergonzaría—. Se llama charango. ¡Estoy pensando seriamente en hacerme charanguista!

—Yo no llamaría a eso instrumento de música —observó Ragnor con acritud—. Quizá instrumento de tortura.

Magnus meció el charango en sus brazos como si fuera un bebé que se ofende con facilidad.

—¡Es un instrumento hermoso y único! La caja de resonancia está hecha con un armadillo. Bueno, con un caparazón seco de armadillo.

—Eso explica el ruido que haces —dijo Ragnor—. Como el de un armadillo perdido y hambriento.

—Es porque sientes envidia —remarcó Magnus con toda calma—. No tienes el alma de un auténtico artista como yo.

—Oh, sí, estoy verde de envidia —replicó Ragnor.

—Vamos, Ragnor. Eso no es justo —dijo Magnus—. Ya sabes que me encanta que bromees con tu aspecto.

Magnus se negó a que lo afectaran los crueles comentarios de Ragnor. Lanzó a su colega brujo una mirada de soberbia indiferencia, alzó el charango y comenzó a tocar de nuevo su tonada, hermosa y desafiante.

Ambos oyeron el repiqueteo de unos pies que corrían con frenesí dentro de la casa, el susurro de unas faldas, y luego Catarina salió disparada al patio. El blanco cabello le caía desparramado por los hombros y su rostro era el vivo retrato de la alarma.

—Magnus, Ragnor, he oído a un gato haciendo un ruido espeluznante —exclamó—. Por cómo sonaba, la pobre criatura debe de estar muy enferma. ¡Tenéis que ayudarme a encontrarlo!

Al instante, Ragnor se dejó caer sobre el alféizar partiéndose de risa. Magnus miró fijamente a Catarina durante un momento, hasta que vio que a ella le temblaban los labios.

—Estáis conspirando contra mí y mi arte —afirmó—. Sois un grupo de conspiradores.

Comenzó a tocar de nuevo. Catarina lo detuvo poniéndole la mano en el brazo.

—No, de verdad, Magnus, ese ruido es espantoso.

Magnus suspiró.

—Todo brujo se cree un crítico.

—¿Por qué lo haces?

—Ya se lo he explicado a Ragnor. Quiero saber tocar un instrumento. He decidido dedicarme al arte del charango, y no quiero oír más objeciones mezquinas.

—Si hacemos una lista de lo que no queremos oír más... —murmuró Ragnor.

Pero Catarina sonreía.

—Ya veo —dijo con suspicacia.

—Madame, usted no ve nada.

—Sí que lo veo. Lo veo con toda claridad —le aseguró Catarina—. ¿Cómo se llama ella?

—Me ofende esa implicación —replicó Magnus—. En este caso no hay ninguna mujer. ¡Estoy casado con mi música!

—Oh, vaya —repuso Catarina sorprendida—. Entonces ¿cómo se llama él?



Él se llamaba Imasu Morales, y era guapísimo.

Los tres brujos se hallaban cerca del puerto, en la orilla del lago Titicaca, pero a Magnus le gustaba ver la vida y formar parte de ella de un modo que ni Ragnor ni Catarina llegaban a entender, acostumbrados al silencio y la soledad desde la infancia debido a su extraño aspecto. Magnus se iba de paseo por la ciudad y las montañas y corría pequeñas aventuras. En unas pocas ocasiones, que sus dos amigos no paraban de recordarle de un modo innecesario y doloroso,

lo había devuelto a casa la policía, aunque aquel incidente con los contrabandistas bolivianos había sido un completo malentendido.

Porque aquella noche Magnus no había tenido nada que ver con los contrabandistas. Simplemente había estado caminando por la plaza Republicana, rodeando sus setos cortados de forma artística y sus esculturas. La ciudad bajo él brillaba como si se tratara de estrellas colocadas en fila, como si alguien hubiera plantado una hilera de luces. Era una noche hermosa para conocer a algún muchacho hermoso.

Primero había sido la música lo que le había llamado la atención; luego, la risa. Magnus se había vuelto para mirar y vio unos brillantes ojos oscuros y un cabello revuelto, y el juego de los dedos de un músico. Magnus tenía una lista de características que buscaba en un compañero: cabello negro, ojos azules, sinceridad; pero en este caso lo que lo atrajo fue una respuesta particular a la vida. Algo que no había visto antes y que le hizo querer ver más.

Se acercó y consiguió atraer la mirada de Imasu. Una vez se miraron, el juego podía comenzar, y Magnus tomó la iniciativa preguntándole si enseñaba música. Quería pasar más tiempo con él, pero también quería aprender, ver si podía abstraerse del mismo modo, crear los mismos sonidos.

Incluso después de unas cuantas clases, Magnus vio que los sonidos que él extraía del charango eran un poco diferentes de los que conseguía Imasu. Quizá más que un poco. Ragnor y Catarina le rogaron que dejara ese instrumento. Desconocidos con los que se cruzaba por la calle le suplicaban que lo dejara. Incluso los gatos huían.

Pero «tienes un gran potencial para convertirte en músico», le había dicho Imasu, con voz seria y ojos risueños.

Magnus tenía como norma escuchar a la gente amable que lo animaba y que era extraordinariamente apuesta.

Así que siguió con el charango, a pesar de que le habían prohibido

tocar en casa. También lo hicieron desistir de tocar en la calle un niño que se echó a llorar, un hombre con unos papeles que le hablaba de las ordenanzas municipales y una pequeña revuelta.

Como último recurso, se fue a las montañas y tocó allí. Magnus estaba seguro de que la estampida que presencié fue una coincidencia. Las llamas no podían juzgar cómo lo hacía.

Además, el charango comenzaba a sonar mejor. O bien le estaba cogiendo el tranquillo o estaba sucumbiendo a alucinaciones auditivas. Magnus decidió creer lo primero.

—Creo que ya he dado un gran paso —le dijo un día a Imasu con entusiasmo—. En las montañas. Un paso metafórico y musical, claro. La verdad es que debería haber más carreteras allí arriba.

—Eso es maravilloso —repuso Imasu con ojos brillantes—. No puedo esperar para oírte.

Estaban en casa de Imasu, porque a Magnus no se le permitía tocar en ningún otro lugar de Puno. Lamentablemente, la madre y la hermana de Imasu eran propensas a las migrañas, así que muchas de las lecciones que Magnus recibía eran de teoría musical. Pero ese día Magnus e Imasu se hallaban solos en casa.

—¿Cuándo vuelven tu madre y tu hermana? —preguntó Magnus, así como de pasada.

—En unas semanas —contestó Imasu—. Han ido a visitar a mi tía. Hummm, no han huido... quiero decir, marchado de casa... bueno, por ningún motivo en particular...

—Unas damas encantadoras —comentó Magnus—. Es una pena que ambas estén tan delicadas de salud.

Imasu parpadeó confuso.

—Lo digo por las migrañas —dijo Magnus.

—Oh —repuso Imasu—. Oh, claro. —Hubo un silencio. Luego Imasu dio unas palmadas—. ¡Vas a tocar algo para mí!

Magnus lo miró con una gran sonrisa.

—Prepárate —manifestó— para quedarte boquiabierto.

Cogió el instrumento. Sentía que su charango y él habían llegado a entenderse. Que podía hacer que la música fluyera del aire, o del río, o incluso de las cortinas, si así lo quería, pero que esto era diferente, humano y curiosamente enternecedor. El rasgado y el chirrido de las cuerdas comenzaban a unirse, pensaba Magnus, para formar una melodía. La música estaba ahí, en sus dedos.

Cuando Magnus miró a Imasu, vio que este había dejado caer la cabeza entre las manos.

—¿Eee... —casi tartamudeó Magnus—... estás bien?

—Solo estaba sobrecogido —contestó Imasu con voz débil.

Magnus se pavoneó un poco.

—Ah. Bueno.

—Por lo horrible que ha sonado eso —completó Imasu.

Magnus parpadeó sorprendido.

—¿Perdona?

—¡No puedo seguir viviendo una mentira! —soltó Imasu sin poder contenerse—. He tratado de animarte. Me han llamado dignatarios de la ciudad para solicitarme que te pidiera que pararas. Mi santa madre me lo ha suplicado con lágrimas en los ojos...

—Pero si no está tan mal...

—¡Sí, sí que lo está! —Fue como si el dique de la crítica musical se hubiera reventado en ese instante. Imasu se volvió hacia él con unos ojos que parecían lanzar llamas en vez de brillar—. ¡Es de lo peor que he oído! Cuando tocas, todas las flores de mi madre pierden el deseo de vivir y marchitan al momento. La quinoa ya no tiene sabor. Las llamas están emigrando debido a tu música, y no son animales migratorios. Ahora los niños creen que hay un monstruo retorcido, medio caballo y medio pollo quejumbroso, que vive en el lago y pide al mundo que le conceda el dulce descanso de la muerte. Los del pueblo creen que estamos realizando rituales mágicos arcanos...

—Bueno, esa última es una buena suposición —interrumpió Magnus.

—¡... con el cráneo de un elefante, una seta de un tamaño imposible y uno de tus sombreros tan peculiares!

—O no —repuso Magnus—. Además, mis sombreros son extraordinarios.

—Eso no te lo voy a discutir. —Imasu se pasó la mano por el espeso cabello negro, que se le enredó en los dedos como zarcillos de brea—. Mira, sé que me equivoqué. Vi a un hombre apuesto, pensé que no haría ningún daño si le hablaba un poco de música y compartíamos un interés común, pero no me merezco esto. Vas a conseguir que te apedreen en la plaza del pueblo. Y si tengo que volver a oírte tocar, me tiraré al lago.

—Oh —exclamó Magnus, y luego comenzó a sonreír—. Yo que tú no lo haría. He oído que un horrible monstruo vive allí.

Imasu parecía estar aún dándole vueltas al asunto del charango de Magnus, un tema por el que Magnus ya había perdido todo interés.

—¡Creo que el mundo acabará con un estruendo semejante al ruido que tú haces!

—Interesante —dijo Magnus, y tiró el charango por la ventana.

—¡Magnus!

—Creo que la música y yo ya hemos acabado nuestro camino juntos —repuso él—. Un auténtico artista sabe cuándo debe rendirse.

—¡No puedo creer que hayas hecho eso!

Magnus agitó una mano con elegancia.

—Lo sé, es descorazonador, pero a veces se deben cerrar los oídos a los ruegos de las musas.

—Solo quiero decir que esos instrumentos son caros y que he oído un crujido.

Imasu parecía realmente preocupado, pero también sonreía. Su rostro era un libro abierto de relucientes colores, tan fascinante como fácil de leer. Magnus se apartó de la ventana, fue junto a Imasu y dejó que una mano le tocara los dedos callosos mientras con la otra le rodeaba la cintura casi sin rozarlo. Sintió el escalofrío que recorrió

todo el cuerpo de Imasu, como si él fuera un instrumento del que Magnus pudiera extraer cualquier sonido que deseara.

—Me siento desolado por tener que renunciar a mi música —murmuró Magnus—, pero creo que vas a descubrir que tengo talento para muchas otras cosas.

Esa noche, cuando llegó a casa, les dijo a Ragnor y a Catarina que había dejado la música.

—En quinientos años —confesó Ragnor— nunca he deseado tocar a otro hombre, pero de repente me posee el deseo de besar a ese chico en la boca.

—Ni tocarlo —replicó Magnus con voz tranquila y satisfecha.

Al día siguiente, todo Puno se levantó y se unió en una fiesta. Imasu le aseguró a Magnus que la celebración no tenía nada que ver con lo ocurrido. Magnus se echó a reír. El sol parecía brotar de los ojos de Imasu, dibujando brillantes rayas sobre su oscura piel, y su boca se curvó bajo la de Magnus. No salieron a tiempo para ver el desfile.



Magnus preguntó a sus amigos si podían quedarse una temporada en Puno, y no se sorprendió cuando ellos accedieron. Ambos, Catarina y Ragnor, eran brujos. Para ellos, igual que para Magnus, el tiempo era como la lluvia: brillante al caer, cambiaba el mundo, pero también algo que se daba por descontado.

Hasta que se enamoraban de un mortal. Entonces el tiempo se convertía en oro en las manos de un avaro; cada reluciente año contado con cuidado, infinitamente precioso, y cada uno de ellos escapándoseles entre los dedos.

Imasu le habló de la muerte de su padre y del amor que sentía su hermana por la danza, que lo había inspirado a tocar para ella, y de

que esa era la segunda vez que se había enamorado. Era «indígena y español», más mezclado incluso que el más mestizo, demasiado español para algunos y no lo suficiente para otros. Magnus charló un poco con Imasu sobre eso, sobre la sangre holandesa y bataviana que corría por sus venas. No le habló de la sangre demoníaca, o de su padre, o de la magia. Todavía no.

Magnus había aprendido a ser muy cuidadoso respecto a entregar sus recuerdos a otro junto con su corazón. Cuando la gente moría, parecía como si todas las piezas de sí mismo que les había entregado también se fueran. Tardaba mucho en reconstruirse hasta conseguir estar entero de nuevo, y nunca volvía a ser el mismo.

Esa había sido una lección larga y dolorosa.

Pero Magnus supuso que aún no la había aprendido bien cuando se encontró deseando explicarle muchas cosas a Imasu. No solo quería hablarle de sus padres, sino también de su pasado, de la gente a la que había amado: de Camille, y de Edmund Herondale y su hijo, Will; incluso de Tessa y Catarina, y de cómo había conocido a esta en España. Al final, no se pudo contener y le explicó esa última historia, aunque omitió detalles como el de los Hermanos Silenciosos o que a Catarina casi la quemaran en la hoguera por bruja. Pero mientras las estaciones iban cambiando, Magnus comenzó a pensar que, al menos, debería hablarle a Imasu de magia. Antes de sugerirle que él dejaría de vivir con Catarina y Ragnor y que Imasu dejara de vivir con su madre y su hermana para buscar algo juntos que Imasu pudiera llenar con su música y Magnus con su magia. Era el momento de sentar cabeza, pensaba Magnus, al menos por un tiempo.

Por eso fue una sorpresa para Magnus que Imasu le sugiriera, con toda tranquilidad, que «quizá ya sea hora de que tus amigos y tú comencéis a pensar en marcharos de Puno».

—¿Qué? ¿Sin ti? —exclamó Magnus. Había estado tomando el sol fuera de casa de Imasu, contento, mientras hacía planes para el futuro. Lo pilló tan de sorpresa que le preocupó parecer estúpido.

—Sí —contestó Imasu, que parecía no tener ningunas ganas de explicarse—. Claro que sin mí. No es que no haya disfrutado de este tiempo contigo. Nos lo hemos pasado bien juntos, ¿verdad? —añadió con voz temblorosa.

Magnus asintió, con el aire más despreocupado que logró conseguir, y luego lo estropeó todo hablando.

—Eso creía yo. Entonces ¿por qué acabarlo?

Quizá fuera su madre, o su hermana, o algún miembro de la familia de Imasu que pusiera objeciones al hecho de que ambos fueran hombres. No sería la primera ni la última vez que algo semejante le pasara a Magnus, aunque siempre le había dado la impresión de que la madre de Imasu le permitiría hacer lo que fuera con su hijo mientras nunca volviera a tocar un instrumento musical en su presencia.

—Eres tú —le soltó Imasu—. Es por cómo eres. No puedo seguir contigo porque no quiero estar contigo.

—Por favor... —replicó Magnus después de un silencio—... sigue regándome con cumplidos. Para mí es una experiencia muy agradable, por cierto, y exactamente como esperaba que fuera este día.

—Eres... —Imasu inspiró con frustración—. Siempre pareces tan... efímero, como un reluciente torrente que atraviesa el mundo entero. No algo que permanezca, algo que dure. —Hizo un pequeño gesto de impotencia, como si dejara marchar algo, como si Magnus hubiera querido que lo dejara marchar—. No alguien estable.

Eso hizo reír a Magnus, de pronto y sin poder evitarlo, y echó la cabeza hacia atrás. Hacía mucho tiempo que había aprendido esa lección: incluso sumido en la pena podías echarte a reír de repente.

La risa no siempre le resultaba fácil a Magnus, y lo ayudó, pero no lo suficiente.

—Magnus —continuó Imasu, que parecía realmente enfadado. El brujo se preguntó cuántas veces, cuando él creía que solo estaban discutiendo, habría estado Imasu preparando ese momento de separación—. ¡Eso es exactamente de lo que te estaba hablando!

—Te equivocas de medio a medio, ¿sabes? Soy la persona más estable que conocerás nunca —dijo, y la voz se le quebraba por la risa y los ojos le picaban por las lágrimas—. Lo que pasa es que da totalmente igual.

Era la mayor verdad que jamás le había dicho a Imasu, y nunca le dijo otra verdad más que esa.



Los brujos vivían para siempre, lo que significaba que veían una y otra vez el íntimo y terrible ciclo del nacimiento, la vida y la muerte. También significaba que todos habían sido testigos de, literalmente, millones de relaciones fracasadas.

—Es lo mejor —informó con solemnidad Magnus a Ragnor y a Catarina, y alzó la voz para que lo oyeran por encima del ruido de otra de las inacabables fiestas del lugar.

—Claro —murmuró Catarina, que siempre era una amiga buena y leal.

—Me sorprende que haya durado tanto; era mucho más guapo que tú —murmuró Ragnor, que se merecía un destino cruel y terrible.

—Solo tengo doscientos años —dijo Magnus, sin hacer caso de los resoplidos de sus amigos ante su mentira—. Aún no estoy para sentar cabeza. Necesito más tiempo para dedicarme al desenfreno. Y creo... —Acabó su copa y miró a su alrededor de un modo especulativo—. Creo que voy a sacar a bailar a esa hermosa joven de allí.

La chica, se fijó, también lo estaba mirando a él. Tenía unas pestañas tan largas que casi le rozaban los hombros.

Era posible que Magnus estuviera algo bebido. La chicha de molle era famosa tanto por sus rápidos efectos como por las horribles resacas que provocaba.

Ragnor se estremeció con fuerza e hizo un ruido como el de un

gato al que le hubieran pisado la cola.

—Magnus, no, por favor. ¡Lo de la música ya fue suficientemente terrible!

—Magnus no es tan malo bailando como lo era con el charango —comentó Catarina pensativa—. Lo cierto es que baila bastante bien. Aparte de cierto toque... esto... único y característico.

—No me siento tranquilo en absoluto —replicó Ragnor—. Ninguno de vosotros sois personas capaces de calmar a nadie.

Después de un corto y acalorado interludio, Magnus regresó jadeando un poco. Vio que Ragnor había decidido entretenerse golpeándose la frente de forma repetida contra la mesa.

—¿Qué creías estar haciendo? —preguntó Ragnor entre golpe y golpe.

Catarina terció.

—Ese baile es una danza bonita y tradicional llamada alcatraz, y creo que Magnus lo ha hecho...

—¿Brillantemente? —sugirió Magnus—. ¿Deslumbrantemente? ¿De forma devastadoramente atractiva? ¿Ágilmente?

Catarina apretó los labios mientras buscaba la palabra adecuada.

—Espectacular.

Magnus la señaló con el dedo.

—Por eso eres mi favorita.

—Y es tradición que el hombre dé una vuelta...

—Lo has hecho muy bien —observó Ragnor con voz agria.

Magnus hizo una pequeña reverencia.

—¡Vaya, gracias!

—... y trate de prender fuego a las faldas de su pareja con una vela —continuó Catarina—. Es un baile maravilloso, vibrante y muy bonito.

—Oh, «trate», ¿de verdad? —preguntó Ragnor—. Así que no es tradicional que alguien emplee la magia para hacer arder las faldas de la mujer y su propio y ostentoso abrigo y siga bailando aunque ambos

bailarines se hayan convertido en auténticas torres de llamas giratorias.

Catarina tosió.

—En realidad no... no.

—Estaba todo bajo control —declaró Magnus altivo—. Tened un poco de fe en mis dedos mágicos.

Incluso la chica con la que había bailado pensó que se trataba de algún truco maravilloso. Se había visto envuelta en fuego real y brillante y había echado hacia atrás la cabeza riendo; al dejarse caer hacia atrás, su negro cabello se había convertido en una crepitante cascada de luz; los tacones de sus zapatos habían levantado chispas por todo el suelo como si fuera polvo brillante; sus faldas, una estela de fuego que él seguía como el rastro de un fénix. Magnus había bailado y girado con ella, y durante un momento de brillante ilusión ella lo había considerado maravilloso.

Pero, como el amor, el fuego no había durado.

—¿Creéis que finalmente los nuestros se alejarán tanto de la humanidad que nos transformaremos en criaturas que los humanos no puedan tocar ni amar? —preguntó Magnus.

Ragnor y Catarina se lo quedaron mirando.

—No me contestéis —les dijo Magnus—. Eso suena como la pregunta de un hombre que necesita otra copa. ¡Allá vamos!

Alzó un vaso. Ragnor y Catarina no se unieron a él, pero Magnus no tuvo ningún problema en brindar solo.

—Por la aventura —dijo, y bebió.



Magnus abrió los ojos y vio la brillante luz, notó el aire caliente arrastrarse sobre su piel como un cuchillo raspando el pan quemado. Todo el cerebro le palpitaba y, enseguida, sacó el alma por la boca.

Catarina le pasó un cuenco. Magnus solo vio una mancha borrosa azul y blanca.

—¿Dónde estoy? —graznó el brujo.

—Nazca.

Así que Magnus seguía en Perú. Eso indicaba que había sido mucho más sensato de lo que se había temido.

—Oh, así que hemos hecho un pequeño viaje.

—Entraste en casa de un hombre —explicó Catarina—. Le robaste una alfombra y la encantaste para que volara. Luego te fuiste a toda velocidad por el aire a través de la noche. Nosotros te seguimos a pie.

—Ah —asintió Magnus.

—Ibas gritando cosas.

—¿Qué cosas?

—Prefiero no repetirlas —contestó Catarina. Tenía un color azul algo cansado—. También prefiero no recordar el rato que pasamos en el desierto. Es un desierto mamut, Magnus. Los desiertos normales no son tan enormes. Los llaman mamut porque son más grandes que los comunes.

—Gracias por esta información tan interesante y relevante —graznó Magnus, e intentó hundir la cara en la almohada, como un avestruz que entierra la cabeza en la arena de un desierto mamut—. Que me hayáis seguido ha sido muy amable por vuestra parte. Te aseguro que me alegro de verte —añadió en voz baja, con la esperanza de que esto animara a Catarina a proporcionarle más líquidos y quizá un martillo con el que aplastarse el cráneo.

Magnus se sentía demasiado débil para ir en busca de algo que beber. La magia curativa nunca había sido su especialidad, pero estaba casi seguro de que moverse haría que se le cayera la cabeza de los hombros. No iba a permitir que pasara eso. Muchos testigos le habían confirmado que su cabeza lucía espléndida exactamente donde estaba.

—Nos dijiste que te dejáramos en el desierto porque querías

comenzar una nueva vida como cactus —le explicó Catarina con voz neutra—. Luego hiciste aparecer pequeñas agujas y nos las arrojaste con punzante puntería.

Magnus le lanzó otra mirada. Catarina seguía muy borrosa. Magnus pensó que eso no era nada amable. Él creía que eran amigos.

—Bueno —dijo con dignidad—. Teniendo en consideración mi estado de aguda intoxicación, mi puntería os debió de impresionar.

—«Impresionar» no es la palabra que yo emplearía para describir cómo me sentía anoche, Magnus.

—Os agradezco que me pararais —repuso Magnus—. Fue lo mejor. Eres una amiga de verdad. No ha pasado nada malo. No hablemos más de ello. ¿Podrías traerme...?

—Oh, no pudimos pararte —lo interrumpió Catarina—. Lo intentamos, pero soltaste una risita, saltaste sobre la alfombra y volviste a salir volando. No parabas de repetir que querías ir a Moquegua.

Magnus no se encontraba nada bien. El estómago se le retorcía y la cabeza le daba vueltas.

—¿Y qué hice en Moquegua?

—No llegamos allí —contestó Catarina—. Pero tú ibas volando y gritando, y tratando de... ejem... escribimos mensajes en el cielo con la alfombra.

De repente, Magnus tuvo un vívido recuerdo, de viento y estrellas en el pelo, y de las cosas que había estado intentando escribir. Por suerte, no creía que Ragnor o Catarina hablaran el idioma en el que había tratado de escribirlas.

—Luego nos detuvimos para comer —continuó Catarina—. Insististe mucho en que probáramos una especialidad local que llamabas «cuy». Lo cierto es que resultó una comida agradable, aunque tú seguías muy borracho.

—Estoy seguro de que para entonces ya me estaba recuperando.

—Magnus, tratabas de flirtear con tu propio plato.

—¡Soy un tipo muy abierto de miras!

—Ragnor no lo es —repuso Catarina—. Cuando descubrió que estábamos comiendo cobaya, te golpeó en la cabeza con el plato. Se rompió.

—Y así acabó nuestro amor —soltó Magnus—. Ah, bueno. De todas formas, lo del plato y yo nunca habría funcionado. Estoy seguro de que comer me fue bien, Catarina, y fuiste muy amable al alimentarme y meterme en la cama...

Catarina negó con la cabeza. Parecía estar disfrutando con la situación, como una enfermera de pesadilla contándole un cuento terrorífico a un niño que no le gustaba.

—Te caíste al suelo. La verdad es que pensamos que lo mejor era dejarte dormir ahí. Creímos que te quedarías así un rato, pero te sacamos el ojo de encima un momento y tú te escabulliste. Ragnor asegura que te vio dirigirte a la alfombra, arrastrándote como un enorme cangrejo enloquecido.

Magnus se negó a creer que él hubiera hecho tal cosa. Ragnor no era de fiar.

—Yo le creo —repuso Catarina, traicionera—. Te costaba mucho caminar derecho incluso antes de que te golpeará con el plato. Además, creo que la comida no te sentó muy bien, porque luego volaste por todo el lugar gritando que veías unos monos enormes y pájaros y llamas y gatitos dibujados en el suelo.

—¡Vaya! —exclamó Magnus—. ¿Llegué a la alucinación total? Es oficial. Eso parece como... casi lo más borracho que he estado nunca. Por favor, no me preguntes nada sobre la vez que he estado más borracho. Es una historia muy triste relacionada con una jaula de pájaros.

—Lo cierto es que no estabas alucinando —explicó Catarina—. Cuando nos plantamos en las colinas gritando: «Baja de una vez, idiota», también pudimos ver los enormes dibujos en el suelo. Eran espectaculares. Creo que formaban parte de algún antiguo ritual para

invocar agua de la tierra. Solo por verlos ha valido la pena venir a este país.

Magnus continuaba con la cabeza hundida en la almohada, pero se pavoneó un poco.

—Siempre me alegra enriquecer tu vida, Catarina.

—No fue espectacular ni bonito —repuso Catarina como recordando— cuando vomitaste sobre todos esos inmensos dibujos místicos de una civilización desaparecida hace largo tiempo. Desde lo alto. Sin parar.

Magnus tuvo un destello de remordimiento y vergüenza. Casi sintió la necesidad de vomitar de nuevo.

Más tarde, ya más sobrio, Magnus iría a ver las Líneas de Nazca, y grabaría en su memoria las zanjas que habían tallado en el suelo rocoso y dejado al descubierto la arcilla, formando dibujos extensos y concretos: un pájaro con las alas abierta en pleno vuelo, un mono con una cola cuyas curvas Magnus consideró indecentes (lo cual, evidentemente, tuvo su aprobación) y una forma que podría haber sido la de un hombre.

Cuando los científicos descubrieron las Líneas de Nazca y se pasaron las décadas de 1930 y 1940 investigándolas, Magnus se molestó un poco, como si las formas grabadas en la piedra fueran de su propiedad.

Pero luego lo aceptó. Eso era lo que hacían los humanos: se dejaban mensajes a través del tiempo, escritos en papel o tallados en la roca. Como tender una mano en el tiempo y confiar en que otra mano fantasma te la estrechara. Los humanos no vivían eternamente. Solo podían esperar que lo que producían permaneciera.

Magnus supuso que podía dejar que los humanos se pasaran sus mensajes.

Pero esa aceptación llegó mucho, mucho, más tarde. Magnus tuvo otras cosas que hacer el día que vio por primera vez las Líneas de Nazca: tuvo que vomitar treinta y siete veces.



Después de que Magnus vomitara por decimotercera vez, Catarina comenzó a preocuparse.

—Creo que puedes haber pillado algo.

—Te he dicho mil veces que me encuentro terriblemente mal, sí —replicó Magnus con frialdad—. Es probable que me esté muriendo, aunque a ninguno de vosotros, ingratos, os importe.

—No deberías haberte comido la cobaya —manifestó Ragnor, y se rio. Parecía estar un poco resentido.

—Me siento demasiado débil para hacer algo que me ayude —dijo Magnus, y se volvió hacia la persona que lo cuidaba y no se alegraba de su sufrimiento. Hizo todo lo que pudo por parecer patético, y sospechó que lo había logrado—. Catarina, ¿te importaría...?

—¡No voy a gastar una magia y una energía que podría salvar vidas en curar los efectos de una noche pasada bebiendo en exceso y dando vueltas a grandes altitudes!

En cuanto Catarina se ponía seria no había nada que hacer. Y tampoco serviría de mucho la verde compasión de Ragnor.

Magnus estaba a punto de intentarlo cuando Catarina le dijo muy seria:

—Creo que lo mejor será probar alguna de las medicinas locales de los mundanos.

Al parecer, el modo en que se practicaba la medicina en esa parte de Perú consistía en frotarle una cobaya por todas partes al afligido paciente.

—¡Exijo que os detengáis! —protestó Magnus—. ¡Soy brujo y puedo curarme solo, y también puedo volarte la cabeza!

—Oh, no. Está delirando, se ha vuelto loco, no le hagas caso —replicó Ragnor—. ¡Continuad frotándolo con ese bicho!

La mujer de la cobaya les lanzó una mirada nada impresionada y continuó con su friega curativa.

—Túmbate, Magnus —le indicó Catarina, que era muy abierta y estaba siempre dispuesta a explorar otros campos de la medicina y, al parecer, también a que Magnus hiciera de paciente en su juego médico —. Deja que la magia de la cobaya fluya a través de ti.

—Claro —añadió Ragnor, que no era tan abierto de miras en absoluto, y soltó unas risitas.

Magnus no encontraba ese proceso tan hilarante como parecía encontrarlo Ragnor. De niño había tomado *djamu* muchas veces. Eso llevaba bilis de cabra (si tenías suerte; bilis de caimán, si no la tenías). Y las cobayas y el *djamu* eran mucho mejor que la sangría que alguien había tratado de practicarle una vez en Inglaterra.

Pero, por lo general, encontraba que la medicina mundana era muy pesada, y deseó que hubieran esperado hasta que se sintiera mejor antes de infligirle ese tratamiento médico.

Varias veces, Magnus trató de escapar y tuvieron que sujetarlo por la fuerza. Más tarde, Catarina y Ragnor se divertían imitando la vez que Magnus trató de llevarse a la cobaya, al parecer gritando: «¡Libertad!» y «Ahora soy tu líder».

Había muchas posibilidades de que Magnus aún estuviera un poquito borracho.

Al final de toda esa horrible experiencia, abrían en canal a la cobaya y le examinaban las entrañas para ver si la cura había sido efectiva. Al verlo, Magnus vomitó otra vez.



Unos días más tarde, en Lima, después de todo el trauma y de las cobayas, Catarina y Ragnor finalmente confiaron lo suficiente en Magnus como para dejarle tomar una (solo una, y lo vigilaron de un

modo ridículo para que así fuera) copa.

—Lo que dijiste «aquella noche» —manifestó Catarina.

Catarina y Ragnor se referían a ella de este modo, y Magnus los oía usar las comillas para darle más énfasis.

—No os preocupéis —replicó Magnus animado—. Ya no quiero ser un cactus y vivir en el desierto.

Catarina parpadeó y se encogió ante un evidente e inesperado recuerdo.

—No era a eso a lo que me refería, pero es bueno saberlo. Hablaba de los humanos y del amor.

Magnus no tenía demasiadas ganas de pensar en cómo se había lamentado patéticamente la noche en que le habían roto el corazón. No tenía sentido revolcarse en la miseria. Magnus se negaba. Eso era para los elefantes, la gente deprimida y los elefantes con depresión.

Catarina continuó a pesar de que él no le diera pie.

—Nací de este color. De recién nacida no sabía cómo hacer un *glamour*. No tenía ninguna forma de hacerme ver de otra manera más que como era, todo el rato, aunque no fuera seguro. Mi madre se dio cuenta de lo que yo era, pero me ocultó del mundo. Me crio en secreto. Hizo todo lo que pudo para mantenerme a salvo. Le habían hecho un gran daño, y ella devolvió amor. Cada humano que curo, lo hago en su nombre. Lo hago para honrarla, y así sé que al salvarme la vida, ella también ha salvado muchas más a lo largo de los siglos.

Lanzó una mirada fija y seria a Ragnor, que estaba sentado junto a la mesa y tenía la vista fija en sus manos, incómodo, aunque seguía el hilo de la conversación.

—Mis padres pensaban que yo era un niño hada o algo así, me parece —explicó Ragnor—. Porque era del color de la primavera, solía decir mi madre —añadió, y el rostro se le puso de un intenso tono esmeralda—. Evidentemente, todo resultó un poco más complicado que eso, pero para entonces ya me habían cogido cariño. Siempre me tuvieron cariño, aunque mi presencia resultara inquietante,

y mi madre decía que era un bebé gruñón. Eso se me pasó con el tiempo, claro.

Un cortés silencio siguió a esa afirmación.

Magnus pensó que debía de ser más fácil aceptar a un niño hada que aceptar que los demonios hubieran engañado o hecho daño a una mujer o, en más contadas ocasiones, a un hombre, y luego hubiera un hijo marcado que le recordara para siempre ese dolor al progenitor. Los brujos siempre nacían de eso, del dolor y de los demonios.

—Es algo que debemos recordar si nos sentimos alejados de los humanos —dijo Catarina—. Debemos mucho al amor humano. Vivimos eternamente gracias él, que meció a niños raros en sus cunas y no se desesperó o les dio la espalda. Sé de qué lado de mi parentesco he heredado el alma.

Se hallaban sentados fuera de su casa, en un jardín rodeado de altos muros, pero Catarina siempre era la más cauta. Miró alrededor en la oscuridad antes de encender la vela que había sobre la mesa, una luz que apareció de la nada entre sus manos y que transformó su blanco cabello en seda y perlas. Bajo la repentina luz, Magnus la vio sonreír.

—Nuestros padres eran demonios —dijo ella—. Nuestras madres, heroínas.

Eso era cierto.

La mayoría de los brujos nacían con alguna señal inconfundible de lo que eran, y algunos de los niños brujos morían jóvenes porque sus padres los abandonaban o los mataban al considerarlos criaturas extrañas. A otros los criaban como a Catarina y a Ragnor, con un amor que era mayor que el miedo.

La marca de brujo de Magnus eran sus ojos, con las pupilas verticales, de un color luminoso verde y dorado en los lugares indebidos; pero esas características no se le habían desarrollado de inmediato. No había nacido con la piel azul de Catarina o la verde de Ragnor; había nacido como un niño aparentemente humano con unos

ojos raros de color ámbar. La madre de Magnus tardó en darse cuenta de que el padre era un demonio; no fue hasta que se acercó a la cuna una mañana y vio a su hijo mirándola con los ojos de un gato.

Entonces supo lo que había pasado, que lo que fuera que había ido a ella en la noche con la forma de su esposo no había sido él. Después de ese descubrimiento, no había querido seguir viviendo.

Y no siguió.

Magnus no sabía si su madre había sido una heroína o no. Cuando murió no tenía la edad suficiente para saber de su vida o para comprender totalmente su dolor. No podía estar seguro del mismo modo que Ragnor y Catalina parecían estarlo. No sabía si, cuando su madre descubrió la verdad, había seguido queriéndolo o si todo su amor había sido borrado por la oscuridad. Una oscuridad mayor que la que habían conocido las madres de sus amigos, porque el padre de Magnus no era un demonio cualquiera.

—Y vi caer a Satán —murmuró Magnus a su copa—, como un rayo del cielo.

Catarina se volvió hacia él.

—¿Qué has dicho?

—Alegraos de que vuestros nombres estén escritos en el cielo, querida —contestó Magnus—. Estoy tan conmovido que río y me tomo otra copa para no llorar.

Después de eso dio un paseo por el exterior.

Entonces recordó por qué, en aquella oscura noche de borrachera, les había dicho que quería ir a Moquegua. Magnus solo había estado allí una vez, y no por mucho tiempo.

Moquegua significaba «lugar tranquilo» en quechua, y así era exactamente el pueblo, y esa era exactamente la razón por la cual Magnus se había sentido intranquilo allí. Las pacíficas calles adoquinadas, la plaza con su fuente de hierro forjado donde jugaban los niños, no eran para él.

Su filosofía de vida era no parar, y en lugares como Moquegua

entendía por qué era necesario seguir moviéndose. De no hacerlo, alguien podría ver cómo era en realidad. No es que creyera ser espantoso, pero aún seguía oyendo aquella voz en su cabeza como una advertencia: «Mantente en constante movimiento o toda la ilusión caerá sobre sí misma».

Magnus recordaba estar tendido sobre la arena plateada del desierto de noche y pensar en lugares tranquilos a los que no pertenecía, y cómo, a veces, creía, igual que creía en el paso del tiempo, en la alegría de vivir y en la absoluta y despiadada injusticia del destino; que no había en el mundo ningún lugar tranquilo para él y nunca lo habría. «No tentarás al Señor tu Dios».

Tampoco era aconsejable tentar a los ángeles, incluso a los caídos.

Sacudió la cabeza para alejar ese recuerdo. Incluso si eso era cierto, siempre habría otra aventura.

Podéis pensar que la espectacular noche de ebrio desenfreno de Magnus y sus incontables crímenes deberían ser la razón por la que le prohibieron la entrada en Perú, pero resulta que ese no es el caso. Sorprendentemente, a Magnus se le permitió volver a entrar en Perú. Muchos años después regresó, esta vez solo, y sí que corrió otra aventura.

1962

Magnus estaba paseando por las calles de Cuzco, ante el convento de la Merced y por la calle Mantas, cuando oyó la voz de un hombre. Lo primero que notó fue que era muy nasal. Lo siguiente fue que estaba hablando en inglés.

—No me importa lo que digas, Kitty. Insisto en que podríamos haber cogido un autocar a Machu Pichu.

—Geoffrey, no hay autocares a Machu Pichu desde Nueva York.

—Bueno, la verdad —repuso Geoffrey tras un silencio—, si la

National Geographic Society habla de ese maldito lugar en sus publicaciones, al menos podría haber organizado un autocar.

En ese momento Magnus pudo verlos, metiéndose entre las arcadas que flanqueaban la calle, pasada la torre del campanario. Geoffrey tenía la nariz de un hombre que nunca calla. Se le estaba pelando por el sol ardiente y el clima árido, y los bordes de sus pantalones blancos, antes impecables, estaban marchitándose como una triste flor sin agua.

—Y además están los nativos —protestó Geoffrey—. Esperaba poder hacer algunas fotos decentes. Tenía la idea de que eran mucho más coloridos, ya sabes.

—Es casi como si tuvieran que estar aquí para tu diversión —dijo Magnus en español.

Kitty se volvió al oírlo, y Magnus vio una carita burlona y un cabello pelirrojo meciéndose bajo el ala de un gran sombrero de paja. Sus labios se fruncían.

Geoffrey se volvió cuando ella lo hizo.

—Oh, buen hallazgo, querida —exclamó—. A eso es a lo que yo llamo «colorido».

Era cierto. Magnus llevaba más de una docena de fulares de diferentes colores cuidadosamente colocados para que ondearan a su alrededor como un arco iris de fantasía. Sin embargo, no lo impresionaron mucho las dotes de observación de Geoffrey, ya que, al parecer, este era incapaz de imaginar que alguien con la piel oscura pudiera ser un turista como él.

—Oye, muchacho, ¿quieres que te haga una foto? —preguntó Geoffrey.

—Eres un idiota —lo increpó Magnus con una radiante sonrisa.

Magnus seguía hablando en español. Kitty se tragó una carcajada y la convirtió en tos.

—¡Pregúntaselo, Kitty! —exclamó Geoffrey, con el aire de pedir a un perro que levantara la patita.

—Le pido perdón en su nombre —se excusó ella en un español titubeante.

Magnus sonrió y le ofreció el brazo con floritura. Kitty saltó sobre las losas, tan gastadas por el tiempo que brillaban como el agua, y se colgó de él.

—Oh, encantador, encantador. A mamá le gustará muchísimo ver estas fotos —exclamó Geoffrey entusiasmado.

—¿Cómo lo aguantas? —preguntó Magnus.

Kitty y Magnus sonrieron como actores, mostrando los dientes, extáticos y totalmente falsos.

—Con cierta dificultad.

—Permíteme ofrecerte una alternativa —sugirió Magnus entre los dientes cerrados de su sonrisa forzada—. Escápate conmigo. Ahora. Será una aventura maravillosa, te lo prometo.

Kitty se lo quedó mirando. Geoffrey se volvió en busca de alguien que pudiera hacerles una foto a los tres juntos. Tras la espalda de Geoffrey, Magnus vio a Kitty comenzar a esbozar una lenta y encantada sonrisa.

—Oh, muy bien. ¿Por qué no?

—Excelente —repuso Magnus.

Se volvió, la cogió de la mano y salieron corriendo entre risas, juntos por la soleada calle.

—¡Será mejor que vayamos rápido! —exclamó Kitty sin aliento mientras corrían—. No tardará en darse cuenta de que le he robado el reloj.

Magnus parpadeó sorprendido.

—¿Perdona?

Se oyó un ruido tras ellos. Sonaba como un alboroto. Aunque no podía decirse que fuera por su culpa, Magnus estaba bastante familiarizado con el sonido que produce llamar a la policía y también con el de las persecuciones.

Metió a Kitty en un callejón. Ella seguía riendo mientras se

desabrochaba los botones de la blusa.

—Probablemente tarde un poco más —murmuró. Los botones de nácar se apartaron lo suficiente para mostrar el repentino destello de esmeraldas y rubíes— en darse cuenta de que también le he robado todas las joyas de su madre.

Le lanzó una pícaro mirada a Magnus. Este se echó a reír.

—¿Te dedicas a engañar a un montón de ricos inaguantables?

—Y a sus madres —remarcó Kitty—. Seguramente me podría haber quedado con ellos por la fortuna familiar, o al menos por su dinero, pero un hombre muy apuesto me ha pedido que me escape con él, y he pensado: «Pues a la mierda».

El ruido de la persecución se acercaba.

—Estás a punto de alegrarte mucho de haberlo hecho —le dijo Magnus—. Como me has mostrado lo tuyo, creo que es justo que te enseñe lo mío.

Chasqueó los dedos, asegurándose de que brotaran chispas azules para impresionar a la dama. Kitty fue lo bastante lista para darse cuenta de lo que pasaba en cuanto uno de los primeros perseguidores miró hacia el callejón y siguió corriendo.

—No pueden vernos —susurró—. Nos has vuelto invisibles.

Magnus alzó las cejas e hizo un gesto como señalando lo evidente de la situación.

—Como puedes ver —asintió—. Y ellos, en cambio, no.

Magnus había visto a humanos sorprendidos, asustados y asombrados por su poder. Kitty se lanzó a sus brazos.

—Dime, apuesto desconocido, ¿qué te parece un poco de delincuencia mágica?

—Suenas como a una aventura —contestó Magnus—. Pero prométeme una cosa. Prométeme que siempre robaremos a los que se lo merecen y gastaremos el dinero en bebida y trastos inútiles.

Kitty lo besó en la boca.

—Lo juro.

Se enamoraron, y no el tiempo que podía durar una vida mortal, sino únicamente lo que duraba un verano mortal, un verano de risas, carreras y persecuciones en varios países.

Al final, el recuerdo favorito de Magnus de ese verano fue una imagen que nunca llegó a ver: la última foto de la cámara de Geoffrey, de un hombre con un rastro de brillantes colores y una mujer escondiendo otros aún más brillantes bajo una blusa blanca, ambos sonriendo porque sabían algo que Geoffrey no podía ni imaginar.

El repentino cambio de Magnus hacia una vida de delincuencia, sorprendentemente, tampoco fue la razón por la que se le prohibió quedarse en Perú. El Consejo Superior de los brujos peruanos se reunió en secreto, y varios meses después se le envió una carta a Magnus en la que se le anunciaba que se le había prohibido la entrada en Perú, bajo pena de muerte, por «crímenes indecibles». A pesar de sus preguntas, nunca recibió la respuesta al porqué de esa prohibición. Hasta el día de hoy, lo que fuera que hizo para que le prohibieran la entrada en Perú es, y quizá siempre lo será, un misterio.

La reina fugitiva

de Cassandra Clare y Maureen Johnson



Con la palabra «Axel», ella se quedó inmóvil. Fue todo lo que él necesitó. La empujó de espaldas por la ventana. El globo, llevado hacia atrás por el impulso, se alejó un palmo o más, de modo que ella cayó medio dentro, medio fuera.

La reina fugitiva







París, junio 1791

Las mañanas de verano en París tenían un olor que Magnus disfrutaba muchísimo. Resultaba sorprendente, porque olían a queso que había pasado todo el día al sol, y a pescado y a sus partes menos deseables. Olían a gente y a todas las cosas que la gente crea (y esto no se refiere al arte o la cultura, sino a cosas más vulgares que se tiraban por la ventana desde los cubos). Pero esos olores estaban salpicados de otros distintos, y esos otros cambiaban rápidamente de calle a calle, o de edificio a edificio. Al intenso efluvio de una panadería le podía seguir la inesperada fragancia de unas gardenias en un jardín, que daba paso a la emanación ferrosa de un matadero. París estaba vivo; el Sena palpitando como una gran arteria; las venas, las amplias calles, estrechándose hasta los más pequeños callejones... Cada centímetro tenía su propio olor.

Todo olía a «vida»; a vida en cualquier forma y grado.

Sin embargo, los olores de aquel día eran un poco fuertes. Magnus iba por una ruta que no solía tomar y que lo llevaba por una parte bastante ruinoso de París. Ahí el pavimento no era liso. Hacía un calor brutal dentro de su cabriolé mientras avanzaba botando sobre los baches. Magnus había puesto en marcha uno de sus magníficos

abanicos chinos y este aleteaba ante él sin mucho resultado, casi sin levantar ni una leve brisa. Para ser totalmente sincero consigo mismo (cosa que no quería ser), el calor era un poco excesivo para su nueva chaqueta de color azul y rosa, confeccionada en tafetán y satén, además del chaleco de seda bordado con escenas de pájaros y querubines. El cuello rígido de la casaca, la peluca y las calzas de seda, los bonitos guantes nuevos de un delicadísimo color amarillo limón... todo junto resultaba un poco caluroso.

Bueno. Si podía verse así de guapo, tenía la obligación de estarlo. Debía llevar todo el atuendo o nada en absoluto.

Se recostó en el asiento y aceptó el sudor con orgullo, contento de vivir como le marcaban sus principios, unos principios que tenían muchísimos seguidores en París. Allí la gente siempre iba a la última moda. Pelucas que llegaban hasta el techo y soportaban barcos en miniatura; sedas escandalosas; polvos blancos, y mejillas altas y sonrojadas en hombres y mujeres; pecas decorativas; detalles decorativos extravagantes hechos a posta; los colores... En París podías tener los ojos de un gato (como era su caso) y decir a la gente que era algo que estaba de moda.

En un mundo como ese había mucho trabajo para un brujo emprendedor. A la aristocracia le gustaba un poco de magia y estaban dispuestos a pagar por ella. Pagaban por tener suerte en la mesa de juego de faro. Le pagaban para que sus monos hablaran, para que sus pájaros cantaran las arias de sus óperas favoritas, para que sus diamantes brillaran de diferentes colores. Querían pecas con forma de corazón, copas de champán y estrellas, que les aparecieran espontáneamente en las mejillas. Quería deslumbrar a sus invitados haciendo que de sus fuentes brotara fuego, y luego entretener a esos mismos invitados haciendo que sus divanes se pasearan por la sala. Y la lista de peticiones para el dormitorio... bueno, Magnus guardaba cuidadosas notas sobre ello. No les faltaba imaginación.

En resumen, la gente de París y de la real ciudad vecina de

Versalles era la gente más decadente que Magnus había conocido nunca, y por eso los admiraba profundamente.

Claro que la revolución había acabado con parte de todo eso. A diario, Magnus se veía obligado a recordarlo; incluso en ese momento, cuando apartó las cortinas de seda azul del carruaje, recibió unas cuantas miradas penetrantes de los *sans-culottes* que tiraban de sus carros o vendían carne de gato. Magnus tenía su apartamento en el Marais, en la rue Barbette, cerca del Hôtel de Soubise, el hogar de su viejo amigo (y recientemente fallecido), el príncipe de Soubise. Magnus tenía una invitación permanente para pasear por los jardines o distraerse por allí siempre que quisiera. Lo cierto era que podía entrar en un número considerable de grandes mansiones de París y ser recibido con cordialidad. Sus amigos aristócratas eran tontos, pero la mayoría, también inofensivos. Sin embargo, era un problema ser visto en su compañía. A veces, simplemente solo que lo vieran con ellos ya suponía un problema. Ya no era una cosa buena ser rico y tener contactos. Las sucias masas productoras del hedor se habían hecho con Francia y lo habían puesto todo patas arriba en su sucio camino.

Tenía sentimientos contradictorios sobre la revolución. La gente pasaba hambre. El precio del pan seguía siendo muy alto. Para colmo, cuando a la reina María Antonieta le habían dicho que el pueblo no podía comprar pan, ella había sugerido que comieran pasteles. A Magnus le parecía razonable que la gente exigiera y recibiera comida, y leña, y todos los productos de primera necesidad. Magnus siempre se compadecía de los pobres y los desgraciados. Pero al mismo tiempo, nunca antes había existido una sociedad tan maravillosa como la de Francia, con sus vertiginosas locuras y excesos. Y aunque a él le gustaban estas cosas, también apreciaba conocer qué era lo que estaba pasando, y esa información no abundaba. Nadie sabía bien quién estaba al mando del país. Los revolucionarios se peleaban constantemente. La Constitución siempre se estaba escribiendo. El rey y la reina estaban vivos y se suponía que de algún modo seguían en el

poder, pero en cualquier caso controlados por los revolucionarios. Periódicamente había muertos, fuegos o ataques, todo en nombre de la liberación. Vivir en París era como vivir en un barril de pólvora apilado sobre otros barriles de pólvora dentro de un barco a la deriva en alta mar. Todo el tiempo tenía la sensación de que algún día, el pueblo (el genérico «pueblo») podía decidir matar a todos los que pudieran comprarse un sombrero.

Magnus suspiró, se echó atrás, fuera del alcance de los ojos curiosos, y se llevó a la nariz un pañuelo aromatizado con jazmín. No más hedor o preocupación. Iba a ver un globo aerostático.



Por supuesto, Magnus ya había volado antes. Había hecho volar alfombras y se había subido a lomos de pájaros que migraban en bandadas. Pero nunca había volado por voluntad de la mano humana. Eso de los globos era nuevo y, con sinceridad, bastante preocupante. Subir por el aire en una creación fabulosa y atractiva, con todo París mirando...

Evidentemente, era por eso que tenía que probarlo.

La locura del globo de aire caliente casi le había pasado inadvertida cuando se puso de moda en París, unos diez años atrás. Pero justo unos días antes, en un momento en que Magnus quizá se había excedido con el vino, alzó los ojos y vio pasar una de esas maravillas azul cielo y con forma de huevo, con sus ilustraciones doradas de signos zodiacales y flores de lis. Al momento lo había invadido el deseo de meterse en la cesta que colgaba de ellos y viajar sobre la ciudad. Fue un antojo, y no había nada a lo que Magnus diera más importancia que a un antojo. Consiguió localizar a uno de los hermanos Montgolfier ese mismo día y pagó un número excesivo de luis de oro por un paseo privado.

Y en esa calurosa tarde, cuando Magnus iba de camino hacia allí, pensó en cuánto vino había bebido la tarde en que había organizado tal evento.

Había sido una gran cantidad de vino.

Finalmente, su carruaje se detuvo cerca del Château de la Muette, antaño un lugar hermoso y ahora casi convertido en una ruina. Magnus salió a la bochornosa tarde y anduvo hacia el parque. Había algo opresivo en el aire que hacía que las ropas le colgaran pesadas. Caminó por el sendero hasta que llegó al punto de reunión, donde su globo y la tripulación lo esperaban. El globo estaba desinflado sobre la hierba; la seda era tan bonita como siempre, pero el efecto en conjunto no era tan impresionante como él se había esperado. Pensándolo bien, él tenía mejores batines.

Uno de los Montgolfier (Magnus no conseguía recordar a cuál de los dos había contratado) fue corriendo hacia él con el rostro arrebolado.

—*Monsieur Bane! Je suis désolé, monsieur*, pero el tiempo... hoy no quiere ayudar. Es de lo más irritante. He visto el destello de un rayo en la distancia.

Y en cuanto dijo eso, se oyó un trueno a lo lejos. El cielo había adquirido realmente un tono verdoso.

—No es posible volar hoy. Mañana, quizá. ¡Alain! ¡El globo! ¡Recógelo enseguida!

Enrollaron el globo y lo llevaron a un pequeño cenador.

Decepcionado, Magnus decidió dar una vuelta por el parque antes de que el tiempo empeorara. Solía verse a las damas y a los caballeros más elegantes paseando por allí, y parecía ser un lugar adonde la gente acudía cuando se sentía... amorosa. Pero el Bois de Boulogne ya no era un jardín privado con una zona arbolada, sino que estaba abierto al pueblo, que empleaba sus maravillosos prados para plantar patatas para comer. También vestían de algodón y se hacían llamar, con orgullo, *sans-culotte*, que significaba «sin calzas».

Llevaban pantalones largos, como de trabajo, y echaban largas y críticas miradas a las exquisitas calzas de Magnus, que hacían juego con la raya de color rosa de su casaca y con el tono ligeramente plateado de sus medias. Se estaba volviendo difícil mostrarse despampanante.

Era curioso pero también parecía que el parque se hallaba carente de personas elegantes y enamoradas. Todo eran pantalones largos y miradas hoscas, y gente murmurando sobre la última locura revolucionaria. Los de más noble cuna parecían nerviosos y bajaban la mirada cuando un miembro del Tercer Estado pasaba junto a ellos.

Pero Magnus vio a alguien que conocía, y no le gustó nada. Caminando hacia él a gran velocidad se acercaba Henri de Polignac, vestido de negro y plata. Henri era un nocturnal de Marcel Saint Cloud, que era el jefe del clan de vampiros más poderoso de París. Henri también era terriblemente aburrido. La mayoría de los siervos humanos lo eran. Era difícil mantener una conversación con alguien que siempre estaba diciendo: «El amo dice esto» o «El amo dice aquello». Siempre servil. Siempre merodeando, esperando a ser mordido. Magnus tuvo que preguntarse qué estaría haciendo Henri en el parque durante el día; sin duda, la respuesta tenía que ser algo malo: cazar. Reclutar. Y además, molestar a Magnus.

—Monsieur Bane —dijo Henri con una breve reverencia.

—Henri.

—Ha pasado bastante tiempo desde la última vez que lo vimos.

—Oh —repuso Magnus sin darle la menor importancia al comentario—. He estado muy ocupado. Negocios, ya sabes. Revolución.

—Claro. Pero el amo ha comentado en alguna ocasión que hacía mucho tiempo que no lo veía. Se preguntaba si habría desaparecido de la faz de la tierra.

—No, no —insistió Magnus—. Solo estoy ocupado.

—Igual que el amo —repuso Henri con una sonrisita retorcida—.

Debería pasar por casa. El amo da una fiesta el lunes por la noche. Se enfadaría mucho conmigo si se enterara de que no lo he invitado.

—¿Se enfadaría? —preguntó Magnus, mientras tragaba el sabor un poco amargo que se le había subido a la boca.

—Sin duda.

No se rechazaba una invitación de Saint Cloud. Al menos, si querías seguir viviendo tranquilamente en París. Los vampiros se ofendían con mucha facilidad, y los vampiros parisinos eran los peores.

—Claro —repuso Magnus, mientras se sacaba con delicadeza uno de los guantes amarillo limón, solo por hacer algo—. Claro que sí. Estaré encantado. Realmente encantado.

—Informaré al amo de que usted asistirá —declaró Henri.

Las primeras gotas de lluvia habían comenzado a caer y aterrizaban con pesadez sobre la delicada chaqueta de Magnus. Eso le permitió despedirse enseguida. Mientras corría por la hierba, Magnus alzó la mano. Saltaron chispas azules entre sus dedos y al instante la lluvia dejó de caer sobre él y empezó a deslizarse por un toldo invisible que había conjurado sobre su cabeza.

París. A veces resultaba problemática. Tan política. (Oh, los zapatos... ¡Los zapatos! ¿Por qué se había puesto los de seda con la punta doblada? Sabía que iría al parque. Pero eran nuevos y bonitos, y de Jacques, de la rue des Balais, y no había podido resistirse). Quizá, por el momento, sería mejor retirarse a algún lugar más sencillo. Londres siempre era una buena ciudad. No tan elegante, pero al mismo tiempo no carecía de encanto. O podía ir a los Alpes... Sí, le gustaba mucho el aire fresco y limpio de las montañas. Podría retozar entre los edelweiss y disfrutar de los baños termales de Schinznach-Bad. O quizá más lejos. Hacía mucho tiempo que no había estado en India. Las maravillas de Perú también lo atraían...

Quizá fuera mejor quedarse en París.

Entró en el cabriolé justo cuando se abrían los cielos y la lluvia

comenzaba a repicar con tanta fuerza sobre el techo que ya no podía oír ni sus propios pensamientos. Los ayudantes del constructor de globos cubrieron rápidamente el artefacto y la gente corrió a guarecerse bajo los árboles. Las flores parecieron ganar en brillo bajo el riego de la lluvia, y Magnus aspiró profundamente el aire del París que tanto amaba.

Mientras se marchaba, una patata golpeó el costado de su carruaje.



Aquel día, en un sentido muy literal, parecía estar pasado por agua. Solo había una cosa que podía salvarlo: un largo baño templado con una taza de té lapsang souchong caliente. Se bañaría junto a la ventana y bebería el humeante té, contemplando cómo la lluvia empapaba París. Luego se tumbaría y leería *Le Pied de Fanchette* y a Shakespeare durante varias horas. Después, un poco de champán violeta y una hora o dos vistiéndose para la ópera.

—¡Marie! —llamó al entrar en la casa—. ¡Un baño!

Tenía empleada a una pareja mayor, Marie y Claude. Eran muy buenos en su trabajo, y sus años de servicio en París hacían que no se sorprendieran por nada.

De los muchos lugares en los que había vivido, Magnus consideraba que su casa de París era uno de los alojamientos más agradables. Sin duda había lugares con más belleza natural, pero París tenía una belleza «innatural», lo que podía ser mejor. Todo en la casa le causaba placer. La seda amarilla y rosa, plata y azul que tapizaba las paredes; las mesas de bronce dorado y los sillones bañados en oro; los relojes, espejos y porcelanas... A cada paso que se adentraba en casa hacia el salón principal, algo le recordaba lo maravilloso que era ese lugar.

Muchos subterráneos se mantenían alejados de París. Sin duda

había muchos licántropos fuera de la ciudad, y todo bosquecillo tenía sus hadas, pero París, al parecer, era terreno de los vampiros. Era lógico. Los vampiros eran criaturas cortesanas. Eran pálidos y elegantes. Disfrutaban de la oscuridad y el placer. Sus miradas hipnóticas, el «encanto», seducían a más de un noble. Y no había nada tan placentero, decadente y peligroso como dejarte beber la sangre por un vampiro.

Sin embargo, todo se había descontrolado un poco durante la locura vampírica de 1787. Fue entonces cuando comenzaron las fiestas de sangre. Todos los niños desaparecieron y algunos jóvenes regresaron a casa pálidos y con la mirada ausente del siervo. Como Henri y su hermana, Brigitte. Eran los sobrinos del duque de Polignac. Antes respetados miembros de una de las grandes familias de Francia, vivían ahora con Saint Cloud y cumplían su voluntad. Y la voluntad de Saint Cloud podía ser realmente extraña. A Magnus no le importaba un poco de decadencia, pero él era malvado, y lo era a la antigua usanza. Los cazadores de sombras del Instituto de París parecían no tener mucho efecto sobre lo que pasaba, con toda probabilidad porque en París había muchos lugares donde esconderse. Había miles de catacumbas, y era muy fácil coger a alguien en la calle y arrastrarlo ahí abajo. Saint Cloud tenía amigos en lo más alto y lo más bajo, y habría sido muy difícil ir a por él.

Magnus hacía todo lo que podía para evitar a los vampiros parisinos y a los que aparecían alrededor de la corte de Versalles. Nunca salía nada bueno de un encuentro con uno de ellos.

Pero bueno... era hora del baño, que Marie ya estaba preparando. Magnus tenía una gran bañera en el salón principal, al lado de la ventana, para poder contemplar la calle mientras se bañaba. Cuando el agua estuvo lista, se sumergió y comenzó a leer. Más o menos una hora después había dejado caer el libro dentro del agua y estaba observando unas nubes que pasaban por lo alto mientras pensaba, ensimismado, en la historia de Cleopatra cuando había disuelto una

perla de incalculable valor en una copa de vino. Llamaron a la puerta y entró Claude.

—Un caballero desea verlo, monsieur Bane.

Claude comprendía que en el sector de Magnus no era necesario preguntar el nombre.

—Muy bien —contestó Magnus, suspirando—. Hazlo pasar.

—¿Monsieur recibirá a su visita en la bañera?

—Monsieur se lo está pensando —contestó Magnus con un suspiro aún más profundo. Era molesto, pero había que ser profesional. Salió del agua goteando y se puso un batín de seda con un pavo real bordado en la espalda. Se dejó caer con petulancia en un sillón junto a la ventana.

—¡Claude! —gritó—. ¡Ahora! ¡Hazlo pasar!

Al cabo de un momento, la puerta volvió a abrirse y dejó ver a un hombre muy atractivo de pelo negro y ojos azules. Era evidente que iba vestido con ropas de buena calidad. La confección era absolutamente deliciosa. Era algo que Magnus deseaba que ocurriera más a menudo. ¡Qué generoso podía ser el universo cuando quería! Después de negarle su paseo en globo y provocar el desagradable encuentro con Henri.

—Usted es monsieur Bane —dijo el hombre con seguridad. Pocas veces confundían a Magnus. Los hombres altos, de piel dorada y ojos de gato no eran muy corrientes.

—Lo soy —asintió él.

Muchos nobles que Magnus había conocido tenían el aire ausente de la gente que nunca se había preocupado por ningún asunto importante. Este hombre era diferente. Tenía un porte erguido y una mirada resuelta. También hablaba francés con un ligero acento, pero Magnus no pudo localizar de dónde provenía.

—He venido a hablarle de un asunto bastante urgente. Normalmente, yo no... yo...

Magnus conocía bien su vacilación. Algunas personas se ponían

nerviosas en presencia de los brujos.

—Se siente incómodo, monsieur —dijo Magnus sonriendo—. Permítame tranquilizarlo. Tengo un gran talento para estas cosas. Siéntese. Tome un poco de champán.

—Prefiero permanecer de pie, monsieur.

—Como desee. Pero ¿puedo tener el placer de conocer su nombre? —preguntó Magnus.

—Soy el conde Axel von Fersen.

¡Un conde! ¡Llamado Axel! ¡Un militar! ¡De pelo negro y ojos azules! ¡Y afligido! Oh, el universo se había superado. Enviaría flores al universo.

—Monsieur Bane, he oído hablar de sus habilidades. No puedo decir que crea en lo que he oído, pero hay gente racional, inteligente y sensata que me jura que es usted capaz de realizar cosas maravillosas más allá de mi comprensión.

Magnus abrió las manos en un gesto de falsa modestia.

—Todo es cierto —dijo—. Mientras lo que le contaran fuera maravilloso.

—Dicen que puede alterar el aspecto de una persona por medio de algún tipo de... truco de magia.

Magnus dejó pasar ese insulto.

—Monsieur —continuó Von Fersen—, ¿qué opina de la revolución?

—La revolución tendrá lugar sea cual sea mi opinión —respondió Magnus con frialdad—. No he nacido en Francia, así que no me jacto de tener opiniones sobre cómo debe comportarse la nación.

—Yo tampoco soy hijo de Francia. Soy de Suecia. Pero tengo una opinión, ideas muy claras...

A Magnus le gustó que Von Fersen hablara de modo franco sobre sus opiniones.

—He venido aquí porque debo hacerlo, y porque usted es la única persona que puede ayudarme. Al venir aquí y contarle lo que le voy a

contar pongo mi vida en sus manos. Y también arriesgo vidas de mucho más valor que la mía. Pero no lo hago a ciegas. Me he informado sobre usted, monsieur Bane. Sé que tiene muchos amigos aristócratas. Sé que lleva seis años en París, y que es conocido y apreciado. Y dicen que es un hombre de palabra. ¿Es usted, monsieur, un hombre de palabra?

—Depende de la palabra —contestó Magnus—. Hay tantas palabras maravillosas por ahí...

Magnus se maldijo por su escaso conocimiento del sueco. Podría haber añadido alguna otra frase con gracia. Intentaba aprender frases seductoras en todos los idiomas, pero lo único en sueco que sabía se limitaba a: «¿Servís alguna otra cosa aparte de pescado encurtido?» y «Si me envuelves en pieles, fingiré ser tu osito de peluche».

Von Fersen hizo una pausa antes de hablar.

—Necesito que salve al rey y a la reina. Necesito que proteja a la familia real de Francia.

Bueno. Sin duda, ese era un giro inesperado. Como si fuera la respuesta, el cielo volvió a oscurecerse y se oyó el retumbar de otro trueno.

—Ya veo —contestó Magnus pasado un momento.

—¿Qué le parece mi propuesta, monsieur?

—Interesante —respondió Magnus, y se aseguró de mantener la calma.

Pero no se sentía nada calmado. Los campesinos habían entrado en el palacio de Versalles y habían echado al rey y a la reina, que ahora vivían en las Tullerías, aquel viejo palacio destartado en medio de París. El pueblo había impreso panfletos detallando los supuestos crímenes de la familia real. Parecían centrarse mucho en la reina María Antonieta, y la acusaban de las cosas más terribles, a menudo sexuales. (Era imposible que hubiera podido hacer todas las cosas que decían los panfletos. Aquellos actos eran demasiado repugnantes, demasiado inmorales y demasiado exigentes físicamente. El propio

Magnus nunca había intentado ni la mitad de ellos).

Cualquier cosa relacionada con la familia real era mala y peligrosa.

Lo que resultaba tan atractivo como aterrador.

—Es evidente, monsieur, que he corrido un gran riesgo al venir aquí a decirle esto.

—Ya me doy cuenta —repuso Magnus—. Pero ¿salvar a la familia real? Nadie les ha hecho daño.

—Es cuestión de tiempo —contestó Von Fersen. La emoción le cubrió de rubor las mejillas e hizo que el corazón de Magnus se acelerara un poco—. Son prisioneros. Los reyes y las reinas a los que encierran no suelen ser liberados para volver a reinar. No... no. Solo es cuestión de tiempo antes de que la situación empeore. Ya resultan intolerables las condiciones en las que se ven obligados a vivir. El lugar está sucio. Los criados son crueles y burlones. Cada día se reducen sus posesiones y sus derechos naturales. Estoy seguro... estoy muy muy seguro... de que si no son liberados, no saldrán de allí con vida. Y me consumo de ansiedad sabiéndolo. Cuando los sacaron de Versalles, vendí todo lo que tenía y los seguí a París. Los seguiré a donde sea.

—¿Y qué quiere que yo haga? —preguntó Magnus.

—Me han dicho que puede alterar el aspecto de una persona por medio de... algún tipo de... magia.

Magnus se conformó con esa descripción de sus habilidades.

—Le pagaré lo que me pida. La familia real de Suecia también será informada de su gran servicio.

—Con todo el respeto, monsieur —replicó Magnus—. No vivo en Suecia. Vivo aquí. Y si hago esto...

—Si lo hace, le hará un gran favor a Francia. Y cuando la familia recupere el lugar que le corresponde, usted será honrado como un gran héroe.

Tampoco eso le importaba demasiado. Lo que sí le importaba era

el propio Von Fersen. Eran sus ojos azules y su cabello negro, y su pasión y su evidente valor. Era el modo en que permanecía frente a él en pie, alto y fuerte...

—Monsieur, ¿estará de nuestro lado? ¿Tengo su palabra, monsieur?

También era una muy mala idea.

Era una idea terrible.

Era la peor idea que había tenido nunca.

Era irresistible.

—Su palabra, monsieur —insistió Axel.

—La tiene —contestó Magnus.

—Entonces, volveré mañana por la noche y le presentaré mi plan —dijo Von Fersen—. Le mostraré lo que debe ocurrir.

—Insisto en que cenemos juntos —repuso Magnus—. Parece razonable si vamos a emprender esta gran aventura.

Hubo un breve silencio, y luego Axel asintió secamente.

—Sí —dijo—. Sí. De acuerdo. Cenaremos juntos.

Cuando Von Fersen se marchó, Magnus se miró en el espejo durante mucho rato buscando rastros de locura. La magia necesaria era muy sencilla. No le costaría nada entrar y salir del palacio y crear un sencillo *glamour*. Nadie lo sabría nunca.

Negó con la cabeza. Eso era París. De algún modo, todo el mundo sabía todo.

Bebió un largo trago de su champán violeta, ya caliente, y lo removi6 en la boca. Cualquier duda lógica que tuviera la apagaron los latidos de su corazón. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había sentido ese impulso. En su mente solo estaba Von Fersen.

La noche siguiente, Magnus hizo que le llevaran la cena, cortesía del chef del Hôtel de Soubise. Sus amigos le permitían usar la cocina del personal y sus excelentes alimentos cuando necesitaba preparar un banquete especial. Esa noche, consistía en un delicado bisque de pichón, rodaballo, pato de Rouen a la naranja, ternera asada al espetón,

judías verdes, alcachofas y una mesa llena de hojaldres de nata, fruta y pastelillos. La comida fue fácil de preparar; vestirse, no. Nada le parecía bien. Necesitaba algo que resultara atractivo y elegante, pero al mismo tiempo serio y profesional. Y al principio parecía que aquella chaqueta y aquellas calzas amarillo limón con el chaleco lila eran lo indicado, pero esas prendas fueron descartadas en favor del chaleco de color lima, y luego por las calzas violeta. Se decidió por un atuendo completo de un sencillo azul cerúleo, pero no antes de haber vaciado todo su guardarropa.

Esperar era una deliciosa agonía. Magnus solo podía ir de un lado a otro y mirar por la ventana, aguardando que apareciera el carruaje de Von Fersen. Iba y venía al espejo, y luego a la mesa que Claude y Marie habían preparado con tanto cuidado antes de que los hiciera retirarse hasta el día siguiente. Axel había insistido en la privacidad del encuentro, y Magnus estaba encantado de satisfacerlo.

A las ocho en punto, un carruaje se detuvo ante la puerta de Magnus, y de él bajó Axel. Miró hacia arriba, como si supiera que Magnus estaría mirando, esperándolo. Lo saludó con una sonrisa, y Magnus sintió una especie de agradable mareo, de pánico...

Corrió escaleras abajo para recibir a Axel.

—He hecho que se retiraran los criados, como me pidió —dijo, tratando de recuperar la compostura—. Pase, por favor. Nuestra cena está dispuesta. Tendrá que excusar la informalidad de mi servicio.

—Naturalmente, monsieur —repuso Axel.

Pero Axel no se entretuvo con la comida, ni se permitió los placeres de sorber el vino y apreciar los encantos de Magnus. Se lanzó directo al asunto que tenían entre manos. Incluso llevaba mapas, que desenrolló sobre el sofá.

—Hemos planificado la huida durante meses —explicó, mientras cogía una alcachofa de una bandeja de plata—. Lo hemos hecho algunos amigos de la causa, la propia reina y yo.

—¿Y el rey? —preguntó Magnus.

—Su majestad se ha... mantenido apartado de la situación, en cierto modo. Está muy desanimado. Su majestad la reina ha asumido toda la responsabilidad.

—Parece que usted... aprecia mucho a su majestad la reina —apuntó Magnus delicadamente.

—Merece mi admiración —respondió Axel mientras se limpiaba los labios con la servilleta.

—Y es evidente que ella confía en usted. Deben de ser muy íntimos.

—Ha tenido la bondad de depositar en mí su confianza.

Magnus podía leer entre líneas. Axel no era de los que se iban de la lengua, lo que lo hacía aún más atractivo.

—La fuga debe tener lugar en domingo —continuó Axel—. El plan es simple, pero exigente. Los guardias habrán visto a unas personas salir por ciertas salidas a determinadas horas. La noche de la fuga, sustituiremos a esas personas por la familia. Despertarán a los niños a las diez y media. Al delfín lo vestirán de niña. Su hermana y él saldrán del palacio con la institutriz real, la marquesa de Touzel, e irán caminando hasta encontrarse conmigo en el Gran Carrusel. Yo conduciré el carruaje. Luego, esperaremos a madame Elisabeth, la hermana del rey. Saldrá por la misma puerta que los niños. Cuando su majestad se despierte y se quede solo, saldrá también, disfrazado de *chevalier* de Coigny. La reina... escapará la última.

—¿María Antonieta saldrá la última?

—Ha sido su decisión —explicó Von Fersen con rapidez—. Es extremadamente valiente. Exige salir la última. Si se descubre que faltan los otros, su intención es sacrificarse para ayudarlos a escapar.

De nuevo había un deje de pasión en su voz. Pero esta vez, cuando miró a Magnus, su mirada se quedó allí durante un momento, fija en las pupilas de gato.

—Entonces ¿por qué quiere que le ponga un *glamour* solo a la reina?

—En parte tiene que ver con el tiempo —contestó Axel—. El orden en que la gente debe ser vista yendo y viniendo. Su majestad el rey estará acompañado hasta que se acueste, y partirá justo después de levantarse. Solo su majestad la reina permanecerá sola en el palacio durante un rato. También es la más reconocible.

—¿Más que el rey?

—¡Pues claro! Su majestad el rey no es... un hombre apuesto. Las miradas no se detienen en su rostro. Lo que la gente reconoce es su ropa, y el carruaje, todas las señales externas de su estatus real. Pero la reina... Su cara es muy reconocible. Su rostro se estudia, se dibuja y se pinta. Se copia su estilo. Es hermosa, y su rostro está grabado en muchas memorias.

—Entiendo —dijo Magnus, esperando dejar a un lado el tema de la belleza de la reina—. ¿Y qué pasará con usted?

—Conduciré el carruaje hasta Bondy —contestó; su mirada aún fija en Magnus. Continuó con la lista de detalles: movimientos de tropas, lugar de cambio de caballos, cosas de ese tipo. Magnus no tenía ningún interés en esos detalles. No podían cautivar su atención como lo hacía el elegante susurro de la tela de su camisa al rozar con la barbilla de Axel cuando este hablaba. El grosor de su labio inferior. Ni rey ni reina ni palacio ni obra de arte podían compararse con ese labio.

—En cuanto a su pago...

Esas palabras hicieron que Magnus regresara.

—Es muy sencillo —dijo él—. No pido dinero...

—Monsieur —exclamó Axel inclinándose hacia delante—, ¡hace esto como un auténtico patriota de Francia!

—Hago esto —continuó Magnus con calma— para desarrollar nuestra amistad. Solo pido volver a verlo cuando todo esté hecho.

—¿Verme a mí?

—Verlo a usted, monsieur.

Axel echó los hombros un poco hacia atrás y miró su plato. Por un

momento, Magnus pensó que todo eso no había servido de nada, que se había equivocado. Pero entonces Axel volvió a mirarlo y la luz de la vela se reflejó en sus ojos azules.

—Monsieur —dijo mientras le cogía la mano a Magnus por encima de la mesa—, seremos amigos íntimos para siempre.

Eso era precisamente lo que Magnus quería oír.



El domingo por la mañana, el día de la fuga, Magnus se despertó con el acostumbrado clamor de las campanas tocando por todo París. Tenía la cabeza un poco pesada y espesa después de una larga noche con el conde de... y un grupo de actores de la *Comédie-Italienne*. Parecía que, durante esa noche, también había adquirido un mono. Se hallaba sentado a los pies de la cama, comiéndose alegremente el pan del desayuno de Magnus. Ya había volcado la tetera que Claude le había llevado, y una pila de plumas de avestruz aparecían desparramadas en medio del suelo.

—Hola —le dijo Magnus al mono.

El mono no le contestó.

—Te llamaré *Ragnor* —añadió Magnus mientras se apoyaba con cuidado en las almohadas—. ¡Claude!

La puerta se abrió y entró Claude. No pareció sorprenderse en absoluto por la presencia de *Ragnor*. Solo se puso inmediatamente a limpiar el té derramado.

—Necesito una correa para mi mono, Claude, y quizá un sombrero.

—Claro, monsieur.

—¿Necesitará una chaquetita?

—No creo que sea necesario, monsieur.

—Tienes razón —dijo Magnus, suspirando—. Que sea un sencillo

camisón, como el mío.

—¿Cuál de ellos, monsieur?

—El rosa y plata.

—Una elección excelente, monsieur —dijo Claude mientras comenzaba a recoger las plumas.

—Y llévalo a la cocina y dale un buen desayuno, ¿quieres? Necesitará fruta y agua, y quizá un baño frío.

Ragnor ya había saltado de los pies de la cama y se dirigía hacia un exquisito jarrón de porcelana de Sèvres cuando Claude lo alzó como si se hubiera pasado la vida haciéndolo.

—Ah —añadió Claude, buscando en su chaqueta—, ha llegado una nota para usted esta mañana.

Salió con el mono. Magnus desplegó la nota y la leyó.

*Hay un problema. Se retrasará hasta mañana.
Axel.*

Bueno, sus planes para la noche desbaratados.

Al día siguiente era la fiesta de Saint Cloud, y tenía que cumplir con ambas obligaciones. Pero podía hacer las dos cosas. Llevaría su carruaje al extremo del palacio de las Tullerías, se ocuparía del asunto de la reina, volvería al carruaje y acudiría a la fiesta. Había tenido noches más liadas.

Y Axel lo valía.



Magnus pasó gran parte del día y de la noche más preocupado por la fiesta de Saint Cloud que por el asunto de la familia real. El *glamour* sería fácil. La fiesta seguramente sería tensa e incómoda. Tan solo tenía que hacer acto de presencia, sonreír y charlar un rato, y luego

podría seguir su camino. Pero no podía quitarse de encima la sensación de que, de algún modo, esa noche iba a ir mal.

Pero primero estaba el pequeño asunto de la reina.

Magnus se dio un baño, se vistió después de la cena y a las nueve salió en silencio de su residencia; dio instrucciones a su cochero para que lo llevara cerca del jardín de las Tullerías y regresara a buscarlo a medianoche. Era un trayecto común. Mucha gente iba al jardín para un «encuentro casual» entre los setos recortados de forma artística. Anduvo por ahí durante un rato, recorriendo el umbrío jardín, escuchando los resoplidos apagados de los amantes entre los matorrales y, de vez en cuando, echando una ojeada entre las hojas para verlos durante un instante.

A las diez y media, siguiendo el mapa de Axel, fue hasta el exterior de las estancias del difunto duque de Villequier. Si todo iba según el plan, la joven princesa y el delfín pronto saldrían por esas puertas sin vigilancia, con el delfín disfrazado de niña. Si no salían, el plan ya se habría venido abajo.

Pero solo unos minutos más tarde de lo esperado los niños salieron con sus institutrices, todos ellos disfrazados. Magnus los siguió en silencio mientras recorrían el patio que daba al norte, por la rue de l'Echelle y hasta el Gran Carrusel. Y allí, en un sencillo carruaje, se hallaba Axel, vestido como un rudo cochero parisino. Incluso fumaba en pipa y hacía chistes, todo con un perfecto acento del París vulgar, disimulando cualquier rastro de su procedencia extranjera. Ahí estaba Axel bajo la luz de la luna, ayudando a los niños a subir al carruaje. Magnus se quedó sin habla durante un momento. Su valentía, su talento, su delicadeza... todo tiraba del corazón de Magnus de un modo que le resultaba un poco desconocido y le hacía muy difícil mostrarse cínico.

Los observó alejarse, y luego volvió a su trabajo. Entraría por esa misma puerta. Aunque no había guardias, Magnus necesitaba un *glamour* para protegerse, y que si alguien miraba, viera solo a un gato

grande colándose en el palacio por una puerta que parecía abierta por el viento.

Con miles de personas entrando y saliendo, y sin un servicio de cientos de limpiadores, los suelos estaban sucios, con pegotes de barro seco y pisadas. Había un olor espeso, una mezcla de humedad, humo, moho, y unos cuantos orinales sin vaciar, algunos de ellos en los corredores. No había luz, excepto la que entraba por las ventanas, que se reflejaba en los espejos y se amplificaba débilmente en las lámparas de cristal, cargadas de telarañas y enturbiadas por el hollín.

Axel le había dado un mapa dibujado a mano con instrucciones muy explícitas de cómo recorrer las interminables series de arcos y grandes salas, vacías en su mayoría ya que los dorados muebles que las adornaban habían desaparecido o los habían arrebatado bruscamente los guardias. Había unas cuantas puertas secretas escondidas entre los paneles de la pared por las que Magnus pasó en silencio. Mientras se adentraba en el palacio, las salas parecían más limpias, las velas encendidas se hicieron más frecuentes. Había olores de cocina, de humo de pipa, y más gente deambulando por allí.

Y luego llegó a los aposentos reales. En la puerta por la que le habían indicado que entrara se hallaba un guardia, silbando aburrido y echado hacia atrás en su silla. Magnus lanzó una pequeña chispa al rincón de la sala y el guardia se levantó para examinarla. El brujo metió la llave en la cerradura y entró. En esas habitaciones reinaba un silencio aterciopelado que resultaba artificial e incómodo. Olió el humo de una vela apagada no hacía mucho. A Magnus no le atemorizaba la realeza, pero el corazón le comenzó a latir un poco más rápido al sacar la segunda llave que Axel le había dado. Él tenía una llave de los aposentos privados de la reina. Era tan excitante como inquietante.

Y ahí estaba: la reina María Antonieta. Magnus había visto muchas veces su imagen, pero ahí estaba frente a él y era del todo humana. Eso era lo más impresionante. La reina era una humana en camisón.

Había algo encantador en ella. Sin duda, en parte era la educación que había tenido: su porte real y los delicados pasitos cortos con que se movía. Pero los retratos nunca habían hecho justicia a sus ojos, que eran grandes y luminosos. Llevaba el cabello cuidadosamente recogido en un halo de suaves rizos, y sobre ellos, una fina cofia de lino. Magnus se quedó entre las sombras y la observó ir de un lado al otro de la habitación, de la cama a la ventana y de vuelta a la cama, claramente aterrorizada por lo que le podía ocurrir a su familia.

—No se da cuenta de nada, madame —dijo Magnus a media voz.

La reina se volvió mientras él hablaba y miró confundida hacia un rincón de la habitación, luego siguió caminando. Magnus se acercó más, y cuando lo hizo, pudo ver que las circunstancias le habían hecho pagar un precio. Tenía el cabello fino y pálido, ya quebradizo y gris en algunos puntos. Aun así, su rostro poseía un brillo feroz y decidido que despertó la admiración de Magnus. Comprendió por qué Axel sentía lo que sentía por ella: tenía una fuerza interior inesperada.

Magnus agitó los dedos y unas llamas azules crepitaron. De nuevo, la reina se volvió, confusa. Magnus le pasó la mano por delante del rostro y le cambió el semblante de conocido y real a conocido y común. Los ojos se le redujeron de tamaño y se oscurecieron, las mejillas se le llenaron y ruborizaron con fuerza, la nariz le aumentó de tamaño y la barbilla se le fue hacia atrás. El cabello pasó a ser más flácido y se oscureció hasta llegar a ser castaño. Magnus fue un poco más allá de lo que era absolutamente necesario, incluso le cambió un poco los pómulos y las orejas, de modo que nadie hubiera podido confundir a aquella mujer con la reina. Tenía el aspecto que debía tener: el de una noble rusa con otra edad y con una vida del todo diferente.

El brujo hizo que sonara un ruido cerca de la ventana para llamar su atención, y cuando ella se volvió, él se marchó. Abandonó el palacio por una salida muy concurrida detrás de los apartamentos reales, donde la reina dejaba una verja abierta para las salidas y

entradas nocturnas de Axel.

Había sido sencillo y elegante, una buena noche de trabajo. Magnus sonrió para sí, alzó la mirada hacia la luna que brillaba sobre París y pensó en Axel conduciendo su carruaje. Y luego pensó en Axel haciendo otras cosas. Y después decidió darse prisa. Había vampiros a los que debía ver.



Era una suerte que las fiestas de los vampiros siempre empezaran muy tarde. El carruaje de Magnus se detuvo ante la puerta de Saint Cloud después de la medianoche. Los lacayos, todos ellos vampiros, lo ayudaron a bajar del carruaje, y Henri lo recibió en la puerta.

—Monsieur Bane —exclamó con su inquietante sonrisita—. El amo estará muy complacido de verle.

—Me alegro mucho —repuso Magnus, casi sin disimular su sarcasmo. Henri alzó las cejas muy levemente. Luego se volvió y extendió el brazo hacia una chica de edad y aspecto parecidos: rubia, ojos vidriosos, carente de expresión y muy hermosa.

—¿Conoce a mi hermana Brigitte?

—Claro. Nos hemos visto varias veces, mademoiselle, en su... vida anterior.

—Mi vida anterior —repitió Brigitte con una risita cantarina—. Mi vida anterior.

La vida anterior de Brigitte era una idea que seguía entreteniéndola, porque no paraba de reír por lo bajo y sonreír para sí. Henri la rodeó con el brazo de un modo que no era totalmente fraternal.

—El amo fue muy generoso al permitirnos conservar nuestros nombres —comentó—. Y me complació muchísimo que me dejara volver a mi antiguo hogar y traer a mi hermana a vivir aquí. Él es muy

generoso en ese sentido, como lo es en todos.

Eso hizo que Brigitte tuviera otro ataque de risitas. Henri le dio una juguetona palmada en el trasero.

—Estoy completamente seco —dijo Magnus—. Creo que buscaré algo de champán.

A diferencia de las tenebrosas y mal iluminadas Tullerías, la casa de Saint Cloud resultaba espectacular. No llegaba a ser un palacio por el tamaño, pero tenía su misma opulencia en la decoración. Era una auténtica jungla de dibujos, con cuadros cuyos marcos se tocaban hasta llegar al techo. Todas las lámparas de araña de Saint Cloud chispeaban, cargadas de velas negras que goteaban cera también negra. Un pequeño ejército de nocturnales rascaba la cera en cuanto esta tocaba el suelo. Unos cuantos parásitos mundanos se apoyaban en los muebles o aparecían recostados en los sofás, muchos de ellos con copas o botellas de vino en la mano. La mayoría estaba medio tumbada con el cuello expuesto, esperando, rogando, que los mordieran. Los vampiros se hallaban en su propio lado de la sala, riendo entre ellos y señalando, como si estuvieran eligiendo qué comer de una mesa cargada de delicias.

En la alta sociedad del París mundano, la peluca grande empolvada acababa de pasar de moda y se imponían estilos más naturales. En la sociedad de los vampiros, las pelucas eran más grandes que nunca. Una vampira llevaba una peluca que medía, al menos, un metro ochenta, empolvada de un rosa pálido y sostenida por un delicado entramado de lo que Magnus sospechaba que eran huesos de niños. Tenía un poco de sangre en la comisura de la boca, y el brujo no hubiera sabido decir si eran de sangre o marcas de un rubor extremo. (Al igual que con las pelucas, los vampiros de París también gustaban de los estilos de maquillaje un poco *demodé*, como las intensas marcas de rubor en las mejillas, posiblemente como burla a los humanos).

Magnus pasó junto a un arpista de rostro ceniciento que estaba

encadenado al suelo por un grillete en el tobillo. Si tocaba lo bastante bien, lo dejarían vivir durante un tiempo para que volviera a tocar. O lo convertirían en un tentempié de medianoche. Magnus estuvo tentado de cortar la cadena del arpista, pero justo en ese momento se oyó una voz procedente de arriba.

—¡Magnus! Magnus Bane, ¿dónde te habías metido?

Marcel Saint Cloud estaba apoyado en la barandilla de la escalera y lo saludaba agitando la mano. A su alrededor, un grupo de vampiros que miró a Magnus por encima de sus abanicos de plumas, marfil y hueso.

Aunque le desagradara admitirlo, Saint Cloud era hermoso de un modo impresionante. Todos los antiguos tenían un aspecto especial, un lustre que adquirirían con los años. Y Saint Cloud lo tenía, posiblemente era uno de los primeros vampiros de la corte de Vlad. No era tan alto como Magnus, pero tenía los huesos muy finos, pómulos que sobresalían lo justo y dedos largos. Los ojos eran negros por completo, pero reflejaban la luz como un espejo. Y su ropa... bueno, tenía el mismo sastre que Magnus, así que también tenía que ser magnífica.

—Siempre ocupado —contestó Magnus, y consiguió esbozar una sonrisa mientras Saint Cloud y su séquito descendían por la escalera. Se le pegaban a los talones y alteraban el paso para estar a su altura. Aduladores.

—Acabas de perderte a De Sade.

—Qué pena —se lamentó Magnus. El marqués de Sade era, sin duda, un mundano raro, con la imaginación más perversa con la que se había encontrado Magnus desde la Inquisición.

—Quiero enseñarte algunas cosas —dijo Saint Cloud mientras rodeaba los hombros de Magnus con un frío brazo—. ¡Absolutamente maravillosas!

Saint Cloud y Magnus tenían en común un gran gusto por la moda, los muebles y el arte mundano. El brujo solía comprarlo, o recibirlo

como pago. Marcel trataba con los revolucionarios, o con la gente de la calle que había saqueado las grandes casas y se había llevado las cosas bonitas que había dentro. O sus nocturnales le entregaban sus posesiones. O las cosas se limitaban a aparecer en su casa. Era mejor no hacer muchas preguntas, sino solo admirar las cosas, y hacerlo a grandes voces. Marcel se ofendería si Magnus no alababa cada uno de aquellos objetos.

De repente, sonó un coro de voces en el patio exterior llamando a Saint Cloud.

—Parece que algo sucede —dijo este—. Quizá deberíamos ir a mirar.

Las voces sonaban fuertes, excitadas y atolondradas; todos los tonos que Magnus no quería oír en una fiesta de vampiros. Eso significaba algo muy malo.

—¿Qué pasa, amigos? —preguntó Marcel mientras se dirigía hacia el vestíbulo.

Había una *mêlée* de vampiros al pie de la escalera, con Henri a la cabeza. Algunos de ellos sujetaban a una mujer que intentaba zafarse. Lanzaba gritos agudos desde una boca que parecía estar amordazada, aunque era imposible verla entre tanta gente.

—Amo... —Henri tenía los ojos muy abiertos—. Amo, hemos encontrado... No va a creerlo, amo...

—Muéstramelo. Tráelo aquí. ¿Qué es?

Los vampiros se apartaron un poco y empujaron a la humana al espacio vacío que habían dejado en medio. Magnus tuvo que hacer un gran esfuerzo para no soltar un grito de alarma ni dejar ver su impresión.

Era María Antonieta.

Naturalmente, el *glamour* que le había aplicado no engañaba a los vampiros. La reina estaba en peligro; su rostro, blanco de terror.

—Vais a... —dijo ella, dirigiéndose a la multitud con voz temblorosa—. Lo que habéis hecho... Vais a...

Marcel alzó la mano para exigir silencio, y para sorpresa de Magnus, la reina se calló.

—¿Quién la ha traído? —preguntó Saint Cloud—. ¿Cómo ha ocurrido?

—He sido yo, monsieur —anunció una voz. Una sofisticada vampira llamada Coselle dio un paso adelante—. Venía hacia aquí por la rue du Bac y no he podido creer lo que veía. Debe de haber salido de las Tullerías. Estaba en medio de la calle, monsieur, y parecía perdida y aterrorizada.

Claro. La reina no debía de estar acostumbrada a encontrarse sola en la calle. Y en la oscuridad, era fácil equivocarse de camino. Había torcido en algún punto erróneo y de algún modo había cruzado el Sena.

—Madame —dijo Marcel mientras bajaba la escalera—. ¿O debería decir «su majestad»? ¿Tengo el placer de dirigirme a nuestra querida e... ilustre reina?

Unas risitas amortiguadas recorrieron la sala, pero ningún sonido más.

—Soy yo —dijo la reina poniéndose en pie—. Y exijo...

Marcel alzó la mano de nuevo, ordenando silencio. Descendió el resto de la escalera, caminó hasta la reina, se plantó ante ella y la observó detenidamente. Luego hizo una pequeña reverencia.

—Su majestad —dijo—. Me emociona más de lo que puedo llegar a expresar que hayáis podido asistir a mi fiesta. Todos estamos sin palabras por la emoción, ¿verdad, amigos?

Todos los vampiros que habían ya estaban apiñados en la entrada. Los que no, habían encontrado sitio y se asomaban por las ventanas. Hubo sonrisas y gestos de aprobación, pero ninguna respuesta. El silencio era terrible. Más allá del patio de Marcel, incluso París parecía haber quedado en silencio.

—Mi querido Marcel —intervino Magnus con una risa forzada—. Odio decepcionarte, pero esta no es la reina. Es la amante de uno de mis clientes. Se llama Josette.

Como eso parecía ser descaradamente falso, Marcel y los otros siguieron en silencio, esperando que continuara. Magnus bajó la escalera intentando aparentar que todo ese asunto lo divertía.

—Es muy buena, ¿no? —continuó—. Proveo para gustos muy diferentes, más o menos como tú. Y tengo un cliente que desea hacerle a la reina lo que la reina ha estado haciendo al pueblo de Francia durante muchos años. Me contrató para hacer una transformación completa. Y debo decir, a riesgo de sonar inmodesto, que he hecho un trabajo excelente.

—Nunca te he visto ser modesto —dijo Marcel sin la más mínima sonrisa.

—Es una cualidad sobrevalorada —replicó Magnus, encogiéndose de hombros.

—Entonces ¿cómo explicas que esta mujer diga ser la reina María Antonieta?

—Soy la reina, ¡monstruo! —insistió ella con voz histérica—. Soy la reina. ¡Soy la reina!

Magnus tuvo la impresión de que lo repetía no para impresionar a sus captores, sino para reafirmarse en su propia identidad y cordura. Se puso tranquilamente delante de ella y chasqueó los dedos ante su rostro. Al instante, la reina perdió el conocimiento y cayó con suavidad en sus brazos.

—¿Por qué —preguntó con calma, volviéndose hacia Marcel— iba a estar la reina de Francia vagando por las calles, sola, en medio de la noche?

—Una buena pregunta.

—Porque no lo es. Es Josette. Tenía que ser como ella de cabo a rabo. Al principio, mi cliente solo quería que tuviera el aspecto de la reina, pero luego insistió en el lote completo, por decirlo así. Aspecto, personalidad... todo eso. Josette cree que es María Antonieta. De hecho, estaba trabajando en ella cuando se asustó y escapó de mi apartamento. Quizá me haya seguido hasta aquí. A veces mi propio

talento me supera.

Dejó a la reina en el suelo.

—También parece que tiene un ligero *glamour* encima —añadió Marcel.

—Por los mundanos —explicó Magnus—. No puedes tener a una mujer que es exacta a la reina paseando por las calles. Es muy ligero, como un chal de verano. No debería haberse marchado de casa. Aún no había acabado mi trabajo.

Marcel se acuclilló, tomó el rostro de la reina entre las manos y se lo volvió hacia un lado y luego hacia el otro, mirando unas veces el rostro y otras el cuello. Pasaron un largo minuto o dos, durante los cuales todo el grupo reunido esperó a sus siguientes palabras.

—Bien —dijo Marcel mientras se ponía en pie—. Debo felicitarte por un trabajo excelente.

Magnus tuvo que contenerse para no suspirar de alivio.

—Todos mis trabajos son excelentes, pero acepto tus felicitaciones —respondió, mientras agitaba una mano displicente hacia Marcel.

—Una maravilla como esta sería un gran éxito en una de mis reuniones. Así que debo insistir en que me la vendas.

—¿Venderla? —repuso Magnus.

—Sí. —Marcel se inclinó y recorrió con el dedo la línea de la mandíbula de la reina—. Sí, tienes que hacerlo. Sea lo que sea que te pague tu cliente, lo duplico. Pero debo tenerla. Muy impresionante. Te pagaré lo que quieras.

—Pero Marcel...

—Vamos, vamos, Magnus. —Marcel agitó lentamente el dedo índice—. Todos tenemos nuestras debilidades, y debemos permitirnoslas si tiene que florecer. Será mía.

No serviría de nada sugerir que su falso cliente era más importante que Marcel.

Pensar. Tenía que pensar. Y sabía que Marcel estaba mirándolo.

—Como quieras —contestó Magnus—. Pero, como he dicho, aún estaba trabajando en ella. Solo me quedan unos cuantos toques finales. Aún tiene algunas desafortunadas costumbres de su vida anterior. Todos esos amaneramientos de Versalles... y hay tantos... hay que coserlos en ella como si fuera un delicado bordado. Y aún no he firmado mi trabajo. Me gusta firmar mi trabajo.

—¿Y cuánto tardará todo eso?

—Oh, no mucho. Podría traerla de vuelta mañana...

—Preferiría que se quedara aquí. Después de todo, ¿cuánto tardas en firmar tu trabajo? —preguntó Marcel con una ligera sonrisa.

—Puede llevarme un buen rato —contestó Magnus, y le respondió con su propia sonrisa cómplice—. Tengo una firma exquisita.

—Aunque trato con mercancías usadas, prefiero las que están en una condición prístina. No tardes mucho. Henri, Charles... llevad arriba a madame y dejadla en el dormitorio azul. Dejad que monsieur Bane complete su firma. Estamos ansiosos de ver el producto final.

—Ya me lo imagino —repuso Magnus.

Despacio, fue siguiendo a la postrada reina y a los nocturnales hacia la casa.



Henri y Charles dejaron a la reina en la cama. Magnus cerró la puerta con llave y movió un gran armario para bloquearla. Luego abrió las contraventanas. El dormitorio azul estaba en el tercer piso, a una buena altura por encima del patio. Esa era la única salida.

Magnus se permitió unos momentos para maldecir antes de negar con la cabeza y valorar la situación. Probablemente, él podría salir de allí, pero sacar también a la reina... y devolvérsela a Axel...

Miró de nuevo por la ventana, hacia abajo. La mayoría de los vampiros habían regresado al interior de la casa. Pero unos cuantos

sirvientes y nocturnales permanecían fuera para recibir los carruajes. Hacia abajo no funcionaría, pero hacia arriba...

Hacia arriba, en un globo, por ejemplo.

Magnus estaba seguro de una cosa: iba a ser muy difícil. El globo se hallaba en el otro extremo de París. Lanzó su poder mental hacia afuera y encontró lo que estaba buscando. Seguía enrollado en el cenador del Bois de Boulogne. Lo desenrolló sobre la hierba, lo obligó a inflarse, lo cubrió con un *glamour* para hacerlo invisible y luego lo alzó del suelo. Sintió cómo se elevaba, y luego lo guio, sobre los árboles del parque, sobre las casas y las calles, evitando con cuidado las agujas de las iglesias y las catedrales, sobre el río. Flotaba muy bien y el viento lo empujaba con facilidad. Quería ir directo hacia arriba, pero Magnus lo sujetó.

En algún momento, Magnus se quedaría sin poder y luego perdería la conciencia. Solo esperaba que eso ocurriera lo suficientemente tarde, pero, en realidad, no había forma de saberlo. Mientras el globo se acercaba, hizo todo lo que pudo para ocultarlo por completo con un *glamour*, haciéndolo invisible incluso para los vampiros que había abajo. Lo observó acercarse a la ventana, y con todo el cuidado posible, lo atrajo más cerca. Se inclinó hacia fuera todo lo que pudo y lo agarró con las manos. La cesta tenía una puertecilla, que consiguió abrir.

Cuando se roba un globo aerostático y se lo hace volar sobre París, lo ideal sería tener alguna idea de cómo hay que manejarlo en condiciones normales. A Magnus nunca le había interesado la mecánica del funcionamiento de un globo, su único interés había sido que los mundanos pudieran volar en un colorido trozo de seda. Así que cuando descubrió que en la cesta había un quemador ardiendo, se desanimó.

Además, seguramente la reina no pesaba mucho, pero su vestido, y lo que hubiera cosido o escondido bajo él para su huida, sin duda sí que pesaba, y Magnus no podía desperdiciar energía. Chasqueó los

dedos y la reina se despertó. Justo a tiempo, Magnus le puso un dedo sobre los labios y acalló el grito que estaba a punto de brotar de su garganta.

—Majestad —le dijo, y el agotamiento le pesaba en la voz—. No hay tiempo para explicaciones, y tampoco para presentaciones. Lo que necesito que hagáis, y tan rápido como sea posible, es salir por esa ventana. No podéis verlo, pero hay algo fuera que os recogerá. Debéis daros prisa.

La reina abrió la boca, y al ver que no podía hablar, comenzó a correr por el dormitorio, cogiendo objetos y lanzándoselos a Magnus. Este hizo una mueca de dolor mientras los jarrones se estrellaban contra la pared junto a él. Consiguió atar el globo a la ventana con la cortina y agarró a la reina. Ella empezó a golpearlo. Tenía los puños pequeños y era evidente que no estaba acostumbrada a esa clase de trato, pero sus golpes no eran del todo ineficaces. A Magnus le quedaba muy poca fuerza y ella parecía estar impulsada por el miedo, lo que le aceleraba la sangre en las venas.

—Majestad —susurró Magnus—. Debéis parar. Debéis escucharme. Axel...

Con la palabra «Axel», ella se quedó inmóvil. Fue todo lo que el brujo necesitó. La empujó de espaldas por la ventana. El globo, llevado hacia atrás por el impulso, se alejó un palmo o más de la ventana, de modo que ella cayó medio dentro, medio fuera. Se quedó colgando allí, aterrorizada y agarrándose a algo que podía notar pero no podía ver, los pies pateando el aire y golpeando la pared del edificio. Magnus tuvo que aceptar unas cuantas patadas nerviosas en el pecho y en el rostro antes de ser capaz de hacerla rodar dentro de la cesta. Las faldas le cayeron sobre la cabeza y la reina de Francia quedó reducida a un montón de ropa y dos piernas que pataleaban en el aire. Magnus saltó a la cesta, cerró la puertecilla y, con un profundo suspiro, soltó la cortina. El globo subió directo más allá de los techos. La reina había conseguido darse la vuelta y ponerse de rodillas. Tocó

la cesta; tenía los ojos muy abiertos, con un asombro casi infantil. Lentamente se puso en pie y se aproximó al lado de la cesta, echó un vistazo hacia abajo y se desmayó.

—Algún día —dijo Magnus, contemplando a la real persona desplomada a sus pies—, debería escribir mis memorias.



Ese no fue el viaje en globo que Magnus había esperado.

Para empezar, el globo volaba bajo y lo hacía con lentitud, y lo que más parecía gustarle era dejarse caer de golpe sobre tejados y chimeneas. La reina se removía y gemía en el suelo de la cesta, lo que producía un balanceo que mareaba. Una lechuza llevó a cabo un súbito asalto. Y el cielo estaba negro, tan negro que Magnus no tenía demasiada idea de adónde iban. La reina gimió y alzó la cabeza.

—¿Quién es usted? —preguntó débilmente.

—Una amigo de un amigo —contestó Magnus.

—¿Qué estamos...?

—Será mejor que no preguntéis, majestad. No querréis saber la respuesta. Y creo que estamos siendo empujados hacia el sur, que no es la dirección correcta.

—Axel...

—Sí. —Magnus se inclinó hacia fuera y trató de reconocer las calles que sobrevolaban—. Sí, Axel... Pero permitidme una pregunta...: si estuviera tratando de encontrar el Sena, ¿hacia dónde debería mirar?

La reina volvió a bajar la cabeza.

Magnus consiguió reunir la fuerza suficiente para recuperar el *glamour* que cubría el globo, y lo hizo invisible a los mundanos. En ese proceso, no tuvo la energía suficiente para cubrirse completamente a sí mismo con el *glamour*, por lo que algunas personas tuvieron la

visión de la parte superior de Magnus pasando ante sus ventanas en la oscuridad. Algunas personas no escatimaban en velas, por lo que él pudo ver una o dos escenas muy interesantes.

Finalmente, distinguió una tienda que conocía. Hizo bajar el globo hacia la calle, hasta que más y más lugares le fueron resultando conocidos, y entonces pudo ver Notre-Dame.

Entonces la pregunta pasó a ser... ¿dónde hacer bajar el globo? No podía hacerlo aterrizar en medio de París. Aunque fuera uno invisible. París era demasiado... puntiagudo.

Solo se podía hacer una cosa, y Magnus pensó que era una mala idea.

—Majestad —dijo, empujando a la reina con el pie—. Majestad, debéis despertar.

La reina se removió de nuevo.

—Bueno —comenzó Magnus—, no os va a gustar lo que vais a oír, pero creedme cuando os digo que es la mejor de varias alternativas terribles...

—Axel...

—Sí. Ahora, dentro de un minuto vamos a aterrizar sobre el Sena...

—¿Qué?

—Y estaría bien que quizá os taparais la nariz. Y supongo que vuestro vestido está cargado de joyas, así...

El globo caía muy rápido y el agua se acercaba. Magnus lo guió con cuidado a un punto entre dos puentes.

—Puede que...

El globo cayó como una piedra. El fuego se apagó y la seda se desplomó al instante sobre Magnus y la reina. Magnus casi no tenía fuerzas, pero consiguió encontrar la suficiente para rasgar la seda en dos e impedir que los atrapara. Empezó a nadar y arrastró a la reina bajo el brazo hasta la orilla. Esperaba estar lo bastante cerca de las Tullerías y su muelle. La subió a los escalones y la dejó caer al suelo.

—Quedaos aquí —le dijo, chorreando y jadeante.

Pero la reina volvía a estar inconsciente. Magnus la envidió.

Subió los escalones con pesadez y entró en una de las calles de París. Seguramente, Axel estaría dando vueltas por la zona. Habían acordado que si algo salía mal Magnus enviaría un destello azul al cielo, como un fuego de artificio. Lo hizo. Luego se dejó caer al suelo y esperó.

Unos quince minutos después se acercó un carruaje; no el sencillo y corriente de antes, sino uno enorme, pintado de negro, verde y amarillo. Uno que podía llevar con facilidad a una docena o más de personas durante varios días en el estilo más lujoso posible. Axel saltó del asiento del cochero y corrió hacia Magnus.

—¿Dónde está? ¿Por qué estás mojado? ¿Qué ha pasado?

—Está bien —contestó Magnus, alzando una mano—. ¿Eso es el carruaje? ¿Una *berline de voyage*?

—Sí —contestó Von Fersen—. Sus majestades insistieron. Y sería impropio de ellos llegar en algo menos ostentoso.

—¡E imposible de pasar desapercibido!

Por primera vez, Von Fersen pareció incómodo. Era evidente que no le había gustado el comentario e intentó justificarse.

—Sí, bueno... este es el carruaje. Pero...

—Está en los escalones. Tuvimos que aterrizar en el río.

—¿Aterrizar?

—Es una larga historia —contestó Magnus—. Digamos que las cosas se complicaron. Pero está viva.

Axel se arrodilló ante Magnus.

—No serás olvidado jamás —dijo en voz baja—. Francia lo recordará. Suecia lo recordará.

—No me importa si Francia o Suecia lo recordarán. Me importa que tú lo recuerdes.

Magnus se quedó realmente sorprendido cuando Axel lo besó; cuán repentino, cuán apasionado, cómo todo París y todos los

vampiros y el Sena y el globo y todo desapareció y solo quedaron ellos dos por un momento. Un momento perfecto.

Y fue Magnus quien le puso fin.

—Vete —susurró—. Necesito que estés a salvo. Vete.

Axel asintió, un poco sorprendido de sus propias acciones, y corrió hacia los escalones del muelle. Magnus se puso en pie y, con una última mirada, comenzó a caminar.



Volver a su casa no era una opción. Los vampiros de Saint Cloud seguramente ya estarían esperándolo allí. Tenía que guarecerse en algún lugar hasta el amanecer. Pasó la noche en la *petite maison* de madame de..., una de sus amantes más recientes. Cuando empezó a despuntar el sol regresó a su residencia. La puerta principal estaba entreabierta. Entró con toda cautela.

—¡Claude! —llamó, mientras se mantenía con cuidado bajo la luz junto a la puerta—. ¡Marie! ¡*Ragnor*!

—No están aquí, monsieur —dijo una voz.

Henri. Claro. Estaba sentado en la escalera.

—¿Les habéis hecho daño?

—Nos llevamos a Claude y a Marie. No sé quién es *Ragnor*.

—¿Les habéis hecho daño? —repitió Magnus.

—Ya están más allá del dolor. Mi amo me ha pedido que le transmitiera sus cumplidos. Ha dicho que fueron una comida excelente.

Magnus se sintió enfermo. Marie y Claude habían sido buenos con él y ahora...

—Mi amo apreciaría mucho verlo —dijo Henri—. ¿Por qué no viene conmigo ahora, y así podrá hablarle cuando se levante esta noche?

—Creo que no voy a aceptar esa invitación —contestó Magnus.

—Si la declina, creo que encontrará que París será un lugar muy poco hospitalario en el que vivir. ¿Y quién es ese nuevo caballero amigo suyo? Finalmente descubriremos su nombre. ¿Me comprende?

Henri se puso en pie y trató de parecer amenazador, pero era un mundano, un nocturnal de diecisiete años.

—Lo que creo, pequeño nocturnal —repuso Magnus acercándose a él—, es que te olvidas de con quién estás tratando.

Magnus permitió que unas cuantas chispas azules le saltaran entre los dedos. Henri dio un paso atrás.

—Vuelve a casa y dile a tu amo que he recibido su mensaje. He cometido una ofensa que no pretendía cometer. Me marcharé de París inmediatamente. El asunto debe considerarse cerrado. Acepto mi castigo.

Se apartó de la puerta y extendió el brazo, indicando a Henri que debía salir.



Como esperaba, todo estaba hecho un caos: los muebles patas arriba, marcas de quemaduras en las paredes, piezas de arte desaparecidas, libros destrozados. En su dormitorio habían derramado vino sobre la cama y su ropa... al menos creía que era vino.

Magnus no tardó mucho en recoger lo que quería llevarse. Con un gesto de la mano, la chimenea de mármol se separó de la pared. De detrás sacó un pesado saco de luses de oro, un grueso rollo de *assignats* y una colección de maravillosos anillos de citrino, jade, rubí y un magnífico topacio azul.

Habían sido su póliza de seguros por si los revolucionarios saqueaban la casa. Vampiros, revolucionarios... ya era todo lo mismo. Se puso los anillos en los dedos, los *assignats* en la chaqueta y metió

los luises de oro en una elegante cartera de piel que también había estado guardada en la pared con ese propósito. Buscó más a fondo en el interior de la abertura y sacó un último objeto: el *Libro Gris*, encuadernado en terciopelo verde. Lo colocó con mucho cuidado en la cartera.

Oyó un ruidito a su espalda, y *Ragnor* salió arrastrándose de debajo de la cama.

—Mi amiguito —dijo Magnus mientras cogía al asustado mono—. Al menos, tú has sobrevivido. Ven. Nos iremos juntos.



Cuando Magnus se enteró de la noticia, estaba en lo alto de los Alpes, descansando junto a un arroyo mientras chafaba algunos edelweiss bajo el pulgar. Había intentado evitar todo lo francés durante semanas: la gente francesa, la comida francesa, las noticias francesas. Se había entregado al cerdo y la ternera, los baños termales y la lectura. La mayor parte de los días los pasaba solo, con el pequeño *Ragnor*, y en silencio. Pero esa mañana, un noble escapado de Dijon había llegado para alojarse en la posada en la que vivía Magnus. Parecía un hombre al que le gustaba hablar largo y tendido, y Magnus no estaba de humor para esa clase de compañía, así que se había ido a sentar junto al arroyo. No le sorprendió que el hombre lo hubiera seguido hasta allí.

—¡Eh, usted! ¡Monsieur! —llamó a Magnus mientras resoplaba subiendo la colina.

Magnus se sacó un trozo de edelweiss de debajo de la uña.

—¿Sí?

—¡El posadero dice que usted ha llegado recientemente de París, monsieur! ¿Somos compatriotas?

En la posada, Magnus usaba un pequeño *glamour* para poder pasar por un noble francés refugiado cualquiera, uno de los cientos que

estaban cruzando la frontera.

—Vine de París —repuso Magnus sin comprometerse.

—¿Y tiene usted un mono?

Ragnor estaba correteando por allí. Se había adaptado perfectamente a los Alpes.

—¡Ah, monsieur, me alegro tanto de encontrarlo...! Hace semanas que no he hablado con nadie de mi tierra. —Se frotó las manos—. Últimamente no sé qué pensar ni qué hacer. ¡Qué tiempos tan terribles! ¡Qué tremendos horrores! Sin duda habrá oído lo del rey y la reina.

—¿Qué? —preguntó Magnus que mantuvo el rostro impassible.

—Sus majestades, ¡Dios los proteja!, trataron de escapar de París. Llegaron hasta la ciudad de Varennes, donde un trabajador postal reconoció al rey. Los capturaron y los enviaron de vuelta a París. ¡Oh, qué tiempos tan terribles!

Sin decir nada, Magnus se levantó, recogió a *Ragnor* y regresó a la posada.



No había querido pensar en el asunto. En su cabeza, Axel y la familia real estaban a salvo. Así era como necesitaba que fuera. Pero ahora...

Iba de un lado al otro de su habitación, y finalmente escribió una carta a la dirección de Axel en París. Luego esperó una respuesta.

Tardó tres semanas, y llegó en una caligrafía desconocida para él, desde Suecia.

Monsieur,

Axel desea que sepa que se encuentra bien, y le corresponde el profundo sentimiento. El rey y la reina, como usted sabe, son prisioneros en París. Axel ha sido enviado a Viena para abogar por ellos ante el emperador, pero me temo que está decidido a regresar a París, aun a riesgo de su vida. Monsieur, como Axel parece tenerlo en muy alta

estima, ¿le importaría escribirle y desanimarlo de tal empresa? Es mi querido hermano, y me preocupo por él sin cesar.

Incluía una dirección en Viena, y la nota estaba firmada sencillamente: «Sophie».

Axel regresaría a París. Magnus estaba seguro de ello.

Vampiros, seres mágicos, licántropos, cazadores de sombras y demonios; eso era lo que tenía sentido para Magnus. Pero el mundo de los mundanos... parecía no tener estructura, forma. Su volátil política... Sus cortas vidas...

Magnus pensó de nuevo en el hombre de ojos azules de pie en su sala. Luego, lentamente, encendió una cerilla y quemó la nota.

Vampiros, pastelillos y Edmund Herondale

de Cassandra Clare y Sarah Rees Brennan



Fue entonces cuando el cazador de sombras rubio en el que Magnus se había fijado en el Instituto dio un salto mortal desde lo alto de un muro y aterrizó ágilmente en la calle ante él.

Vampiros, pastelillos y Edmund Herondale







Londres, 1857

Desde los desafortunados acontecimientos de la Revolución francesa, Magnus había conservado un leve prejuicio contra los vampiros. Los no muertos siempre estaban matando a sus sirvientes y poniendo en peligro a su mono. El clan de París aún le enviaba mensajes groseros sobre su pequeño malentendido. Los vampiros guardaban rencor durante más tiempo que cualquier criatura viva técnicamente, y siempre que estaban de mal humor lo ponían de manifiesto por medio del asesinato. Por lo general, Magnus deseaba que sus compañeros fueran algo menos sanguinarios.

También estaba el asunto de que, a veces, los vampiros cometían crímenes peores que el asesinato. Cometían crímenes contra la moda. Cuando se era inmortal, se tendía a olvidar el paso del tiempo. Aun así, no había ninguna excusa para llevar un sombrero que había dejado de estar de moda en la era de Napoleón I.

Sin embargo, Magnus estaba comenzando a pensar que tal vez se hubiera precipitado al rechazar a todos los vampiros.

Lady Camille Belcourt era una mujer de lo más encantadora. Además, iba ataviada a la última moda. El vestido que llevaba tenía una deliciosa falda de aro, y la caída del tafetán azul en siete

estrechos flecos alrededor de la silla que ocupaba hacía que pareciera estar surgiendo de una cascada de reluciente agua azul. No había abundancia de tela alrededor de su pecho, que era blanco y suave como una perla. Solo rompían la perfecta palidez de la curva del pecho y la columna del cuello una cinta de terciopelo negro y los rizos, espesos y brillantes, que le rodeaban el rostro. Uno de los tirabuzones dorados era tan largo como para descansar en el delicado hueco de la clavícula, lo que hacía que los ojos de Magnus volvieran allí una y otra vez...

Lo cierto era que todos los caminos llevaban al pecho de lady Camille.

Era un vestido con un diseño magnífico. Y también era un pecho con un diseño magnífico.

Lady Camille, tan observadora como hermosa, se dio cuenta de que Magnus se fijaba en ella, y sonrió.

—Lo mejor de ser una criatura de la noche —le confió en voz baja—, es que solo tienes que usar vestidos de noche.

—Nunca había pensado en ese detalle —repuso Magnus, bastante impresionado.

—Está claro que adoro la vanidad, así que aprovecho cualquier oportunidad para cambiar de disfraz. Encuentro que una dama puede hallar muchas ocasiones durante una noche de aventura para quitarse la ropa. —Se inclinó hacia delante, y un codo, pálido y suave, se apoyó en la mesa de caoba de los cazadores de sombras—. Algo me dice que eres un hombre que sabe mucho sobre noches de aventura.

—Mi señora, conmigo todas las noches son una aventura. Por favor, continúe hablándome de ropa —la animó Magnus—. Es uno de mis temas favoritos.

Lady Camille sonrió.

Magnus bajó entonces la voz por discreción.

—O si lo prefiere, por favor, continúe hablando de quitarse la ropa. Creo que ese es mi tema favorito por excelencia.

Se hallaban sentados uno al lado de la otra a la larga mesa del Instituto de los cazadores de sombras de Londres. El Cónsul, un torvo nefilim que presidía la reunión, estaba soltando una aburrida perorata sobre todos los hechizos que deseaban que los brujos les proporcionaran a mitad de precio, y sobre sus ideas de lo que era el comportamiento adecuado de vampiros y licántropos. Magnus no había oído nada en esos «acuerdos» que pudiera beneficiar de algún modo a los subterráneos, pero podía entender por qué los cazadores de sombras estaban poseídos por un apasionado deseo de ratificarlos.

Comenzaba a arrepentirse de haber aceptado viajar a Londres y a su Instituto para que los cazadores de sombras le hicieran perder su valioso tiempo. El Cónsul, que Magnus creía que se llamaba Morgloquefuera, parecía estar totalmente enamorado de su propia voz.

Aunque lo cierto era que acababa de dejar de hablar.

Magnus apartó los ojos de Camille para posarlos sobre el Cónsul, un panorama mucho menos agradable. Con la desaprobación escrita en el rostro, tan marcada como las runas en su piel, el Cónsul lo miraba.

—Si tú y... la mujer vampiro pudierais dejar de flirtear un momento... —dijo en un tono ácido.

—¿Flirtear? Tan solo nos estábamos permitiendo una conversación un poco atrevida —contestó Magnus ofendido—. Cuando comience a flirtear, te aseguro que toda la sala lo sabrá. En ese caso, mi conversación causaría sensación.

Camille se rio.

—Qué pareado más logrado.

La broma de Magnus pareció liberar el descontento de todos los otros subterráneos que estaban en la mesa.

—¿Y qué más podemos hacer aparte de hablar entre nosotros? —preguntó un licántropo, aún joven. Tenía unos intensos ojos verdes enmarcados en el delgado y firme rostro de un fanático que, además, resultaba ser muy capaz. Se llamaba Ralf Scott—. Llevamos aquí tres horas y no se nos ha dado ni la más mínima oportunidad de hablar. Tú,

nefilim, lo has dicho todo.

—No puedo creer —añadió, enfadada y subiendo el tono, Arabella, una encantadora sirena con conchas marinas estratégicamente colocadas— que haya nadado Támesis arriba y haya permitido que me alcen con poleas y me metan en una gran pecera solo para esto.



Incluso Morgloquefuera pareció sorprendido. ¿Por qué?, se preguntó Magnus, ¿eran tan largos los nombres de los cazadores de sombras, cuando los brujos se ponían elegantes apellidos de una sola sílaba? Esos nombres interminables, concluyó, solo eran para darse importancia.

—Deberíais sentir os honrados de estar en el Instituto de Londres, desgraciados —gruñó un cazador de sombras canoso que respondía al nombre de Starkweather—. Yo no permitiría la entrada a ninguno de vosotros en mi Instituto, a no ser que cargara con una de vuestras sucias cabezas en una pica. Callaos y dejad hablar a los que son mejores que vosotros.

Siguió un silencio terriblemente incómodo. Starkweather lanzó una fiera mirada a su alrededor y sus ojos se entretuvieron en Camille, no por el hecho de que fuera una hermosa mujer, sino como si se tratara de un bonito trofeo para colgar en su pared. Camille miró a su jefe y amigo, el vampiro Alexei de Quincey, pero este no respondió a su silenciosa llamada. Magnus le cogió las manos.

Camille tenía la piel fría, pero sus dedos encajaban a la perfección en los de Magnus. Este vio que Ralf Scott les lanzaba una mirada y palidecía. Era incluso más joven de lo que Magnus había pensado. Tenía unos ojos enormes verde cristal, lo bastante transparentes como para dejar que todas sus emociones se traslucieran en su rostro. Y

estaban fijos en Camille.

«Interesante», pensó Magnus, y archivó esa observación.

—Se suponía que iban a ser acuerdos de paz —dijo Scott con deliberada lentitud—. Lo que quiere decir que todos deberíamos tener la oportunidad de dejar oír nuestra voz. He podido escuchar de qué modo la paz beneficiará a los cazadores de sombras. Ahora me gustaría tratar sobre cómo beneficiará a los subterráneos. ¿Se nos dará asiento en el Consejo?

Starkweather pareció atragantarse. Una de las cazadoras de sombras se puso en pie rápidamente.

—Vaya, creo que mi marido estaba tan entusiasmado por la oportunidad de dar un discurso que no os ha ofrecido ningún refrigerio —dijo en voz alta—. Soy Amalia Morgenstern.

«Oh, eso es —pensó Magnus—. Morgenstern. Un nombre horrible».

—¿Puedo ofreceros algo? —continuó la mujer—. Llamaré a la doncella al instante.

—Pero no carne cruda para el perro, ¿eh? —soltó Starkweather, y prorrumpió en una desagradable risita.

Magnus vio a otra cazadora de sombras reír nerviosa en silencio mientras se cubría el rostro con la mano. Ralf Scott siguió sentado, pálido e inmóvil. Él había sido quien había reunido a los subterráneos ahí ese día, y no encontró a otro licántropo, aparte de él mismo, dispuesto a asistir. Incluso su propio hermano, Woolsey, no quiso acudir, y se despidió de Ralf en los escalones de entrada al Instituto con un gesto desenfadado de su rubia cabeza y un guiño a Magnus. (Este también pensó en lo «interesante» de ese gesto).

Los seres mágicos se habían negado rotundamente a asistir, pues su reina estaba del todo en contra de esa idea. Magnus fue el único brujo que fue, y Ralf se vio obligado a buscar su complicidad, conociendo sus conexiones con los Hermanos Silenciosos. El propio Magnus no había depositado grandes esperanzas en ese intento de

forjar la paz con los cazadores de sombras, pero era una pena que las ilusiones del muchacho se hubieran desvanecido.

—Estamos en Inglaterra, ¿no es cierto? —preguntó Magnus, mientras dedicaba una sonrisa encantadora a Amalia Morgenstern, que pareció incómoda al verlo—. Me encantaría que nos trajeran unos pastelillos.

—Oh, sin duda —repuso Amalia—. Con nata cortada, naturalmente.

Magnus miró a Camille.

—Algunos de mis recuerdos más preciados incluyen montones de nata y mujeres hermosas.

Magnus estaba disfrutando al escandalizar a los cazadores de sombras. Camille también parecía estar pasándolo bien. Sus ojos verdes se entrecerraron por un momento con divertida satisfacción, como si fuera una gata que ya se hubiera comido toda la nata.

Amalia hizo sonar una campanilla.

—Mientras esperamos los pastelillos, ¿podríamos escuchar el resto del discurso de Roderick!

Se hizo un silencio horrorizado, y en la quietud, los murmullos que siguieron provenientes del exterior se oyeron fuertes y claros:

—Ángel misericordioso, dame la fuerza para soportar...

Roderick Morgenstern, de quien Magnus pensaba que realmente se merecía tener un nombre que sonaba como una cabra mascando gravilla, se puso en pie, encantado de continuar con su discurso. Amalia se levantó de su asiento tratando de que no se notara demasiado (Magnus le podría haber dicho que conciliar los miriñaques con el sigilo era una causa perdida), fue hacia la puerta y la abrió.

Varios jóvenes cazadores de sombras irrumpieron en la habitación como cachorros cayendo unos sobre otros. Amalia abrió los ojos en una cómica sorpresa.

—Qué diablos...

A pesar de que los cazadores de sombras tenían la velocidad de

los ángeles, solo uno consiguió caer con gracia. Era un muchacho, o mejor dicho, un hombre joven, que frenó su caída con una rodilla hincada ante Amalia, como Romeo declarándose a Julieta.

Tenía el cabello del color de una moneda de oro puro, carente de cualquier impura aleación, y las líneas de su rostro eran tan limpias y elegantes como las de los perfiles grabados en esas monedas principescas. En algún momento mientras escuchaba detrás de la puerta se le había desarreglado la camisa, y llevaba el cuello abierto, por donde se veía el borde de una runa dibujada en la blanca piel.

Lo más notable de él eran sus ojos. Eran risueños, alegres y tiernos al mismo tiempo: del radiante azul celeste de cuando comenzaba el ocaso en el cielo, cuando los ángeles que se habían portado bien durante todo el día se sentían tentados a pecar.

—No podía soportar estar alejado de usted ni un momento más, mi queridísima señora Morgenstern —dijo el joven mientras tomaba la mano de Amalia—. Anhele su presencia.

Jugó con sus largas pestañas doradas, y Amalia Morgenstern quedó reducida a rubores y sonrisas.

Magnus siempre había tenido una clara preferencia por el cabello negro, pero parecía que el destino se había propuesto obligarlo a ampliar sus horizontes. O eso, o los rubios del mundo habían organizado algún tipo de conspiración para ser todos guapos de repente.

—¿Perdona, Bane? —dijo Roderick Morgenstern—. ¿Continúas aquí?

—Lo siento mucho —se disculpó Magnus cortés—. Alguien increíblemente atractivo acaba de entrar en la sala, y he dejado de prestar atención a lo que estabas diciendo.

Quizá había sido un comentario poco afortunado. Los cazadores de sombras ancianos, los representantes de la Clave, parecieron horrorizados y escandalizados al oír que un subterráneo expresara su interés por uno de sus jóvenes. Los nefilim también tenían opiniones

muy claras sobre los invertidos y su comportamiento anormal, ya que, como grupo, sus principales ocupaciones eran blandir sus armas y juzgar a todos los que conocían.

Mientras tanto, Camille parecía encontrar a Magnus mucho más interesante que antes. Miraba de forma alternativa al brujo y al joven cazador de sombras rubio, y ocultaba su sonrisa bajo una mano enguantada.

—Es delicioso —le susurró a Magnus.

Este estaba observando a Amalia echar a los jóvenes cazadores de sombras: al chico rubio, uno un poco mayor con espeso cabello castaño y marcadas cejas, y una niña delgada y de ojos oscuros, poco más que un bebé, que miró hacia atrás y, con una voz clara, dijo: «¿Papá?» dirigiéndose al director del Instituto de Londres, un hombre serio y moreno llamado Granville Fairchild.

—Vete, Charlotte. Ya conoces tu deber —contestó Fairchild. «El deber ante todo; así era para los guerreros», pensó Magnus. Sin duda el deber antes que el amor.

La pequeña Charlotte, ya una disciplinada cazadora de sombras, salió trotando obedientemente.

El susurro de Camille le devolvió la atención de Magnus.

—Supongo que no te gustaría compartirlo, ¿no?

Magnus le devolvió la sonrisa.

—No, como comida no. ¿Era a eso a lo que te referías?

Camille se rio. Ralf Scott profirió un suspiro de impaciencia, pero De Quincey lo hizo callar, susurrándole algo con enfado. Mientras, aparte de todo esto, se alzaban las protestas de descontento de Roderick Morgenstern, un hombre que quería continuar con su discurso. Y entonces llegó el refrigerio, que portaba, en bandejas de plata, una hueste de sirvientas.

Arabella, la sirena, alzó la mano, chapoteando con energía en su acuario.

—Por favor —dijo—, me gustaría un pastelillo.



Cuando finalmente Morgenstern terminó con su inacabable discurso, todos habían perdido el interés por conversar y solo deseaban regresar a sus casas. Magnus se separó de Camille Belcourt sin ningunas ganas, y de los cazadores de sombras con un gran alivio.

Había pasado bastante tiempo desde la última vez que Magnus se había enamorado, y estaba comenzando a notar los efectos. Recordaba el brillo del amor como más resplandeciente, y el dolor de la pérdida como más suave de lo que había sido en realidad. Se encontró mirando muchos rostros en busca de un posible amor, y viendo a mucha gente como brillantes receptáculos de posibilidades. Quizá esta vez aparecería ese indefinible algo que hacía que los corazones hambrientos vagaran, ansiaran algo y lo buscaran. Últimamente, siempre que un rostro, una mirada o un gesto le hacían volver los ojos, en el pecho de Magnus se despertaba un viejo estribillo, una canción que vibraba al ritmo de su corazón: «Quizá esta vez, quizá este».

Mientras caminaba por la calle Támesis, comenzó a planear el modo de volver a ver a Camille. Visitaría al clan de vampiros de Londres. Sabía que De Quincey vivía en Kensington.

Era cuestión de pura educación.

—Después de todo —comentó Magnus en voz alta para sí, mientras balanceaba su bastón con cabeza de mono—, las personas interesantes y atractivas no van y de repente caen del cielo.

Fue entonces que el cazador de sombras rubio en el que Magnus se había fijado en el Instituto dio un salto mortal desde lo alto de un muro y aterrizó ágilmente en la calle ante él.

—Deslumbrantes conjuntos con chalecos rojos de brocado, confeccionados en Bond Street, no caen del cielo —anunció a los cielos, por probar.

El joven frunció el ceño.

—¿Disculpa?

—Oh, nada, nada en absoluto —contestó Magnus—. ¿Puedo ayudarte en algo? Creo que no tengo el placer de conocerte.

El nefilim se puso en pie y recogió su sombrero, que se le había caído sobre los adoquines al saltar. Luego se lo volvió a quitar para hacerle una floritura a Magnus. El efecto conjunto de esa sonrisa y esas pestañas era como un pequeño terremoto. Magnus no podía culpar a Amalia Morgenstern por sus risitas, aunque el chico fuera demasiado joven para ella.

—No menos de cuatro de mis queridos mayores me han advertido de que por ninguna razón debía siquiera conversar contigo, así que me he jurado conocerte. Me llamo Edmund Herondale. ¿Puedo saber tu nombre? Se han referido a ti solo como «esa desgracia de brujo de feria».

—Me emociona profundamente esa referencia —le respondió Magnus a Edmund, y le hizo su propia reverencia—. Magnus Bane, a tu servicio.

—Ahora ya nos conocemos —dijo Edmund—. ¡Espléndido! ¿Frecuentas algún garito de pecado y disipación?

—Oh, lo hago de vez en cuando.

—Los Morgenstern han dicho que sí mientras estaban tirando los platos —le aseguró Edmund, con claras muestras de entusiasmo—. ¿Vamos?

«¿Tirando los platos?».

Magnus tardó un instante en comprender, y cuando lo hizo, se sintió helado por dentro. Los cazadores de sombras habían tirado a la basura los platos que habían tocado los subterráneos por miedo a que su porcelana estuviera corrompida.

Por otro lado, eso no era culpa de Edmund. El único otro lugar al que Magnus tenía que ir era la mansión que había comprado, quizá con demasiada precipitación, en Grosvenor Square. Una reciente aventura

lo había hecho temporalmente rico (un estado que desdeñaba; por lo general trataba de librarse del dinero en cuanto lo tenía), así que había decidido vivir con todo lujo. La alta sociedad londinense se refería a él, o eso creía, como «Bane, el nabab». Eso significaba que mucha gente en Londres estaba deseando conocerlo, y muchos de ellos parecían ser unos pesados. Edmund, al menos, no era así.

—¿Por qué no? —aceptó al fin Magnus.

Edmund resplandeció de alegría.

—Excelente. Muy poca gente está dispuesta a correr aventuras de verdad. ¿No te has dado cuenta, Bane? ¿No es una pena?

—Tengo muy pocas reglas en la vida, pero una de ellas es jamás rechazar la invitación a una aventura. Las otras son: evitar las relaciones sentimentales con criaturas marinas; preguntar siempre lo que quieres, porque lo peor que puede ocurrir es pasar vergüenza, pero lo mejor que puede ocurrir es la desnudez; pedir el dinero fácil por adelantado, y nunca jugar a las cartas con Catarina Loss.

—¿Qué?

—Hace trampas —explicó Magnus—. Pero no te preocupes por ella.

—Me gustaría conocer a una dama que hace trampas en las cartas —repuso Edmund—. Aparte de la tía Millicent de Granville, que es terrible jugando al piquet.

Magnus nunca se había parado a pensar que los altivos cazadores de sombras pudieran jugar a las cartas, y mucho menos hacer trampas. Siempre había imaginado que su ocio consistía en entrenarse con las armas o en charlar sobre su infinita superioridad sobre todos los demás.

Magnus se atrevió a darle una pista a Edmund.

—Por lo general, los clubes de mundanos no miran con buenos ojos a los clientes que, digamos, por ejemplo, cargan con abundante armamento. Así que eso puede representar un impedimento.

—En absoluto —le prometió Edmund—. Llevo encima el más

ligero de los armamentos. Solo unas cuantas miserables dagas, un solo cuchillo fino, un par de látigos...

Magnus parpadeó irónico.

—Nada que pueda considerarse un arsenal —repuso—. Aunque promete ser un sábado de lo más divertido.

—¡Excelente! —exclamó Edmund Herondale, que, al parecer, había tomado esas palabras como una aceptación de su compañía. Parecía encantado.



El exterior del club White's, en St. James's Street, no había cambiado nada. Magnus observó la fachada de piedra clara con placer: las columnas griegas y las altas ventanas arqueadas, como si cada una fuera una capilla en sí misma; el balcón de hierro forjado, con un intrincado diseño de volutas que siempre había hecho pensar a Magnus en una procesión de conchas de caracol; la ventana salediza desde la cual un hombre famoso había mirado y apostado a una carrera entre gotas de lluvia. El club lo había fundado un italiano, había sido antro de criminales y la irresistible perdición de múltiples aristócratas ingleses durante más de cien años.

Siempre que Magnus oía describir algo como una «perdición», estaba convencido de que le gustaría. Por eso había escogido Bane, que significaba exactamente eso, «perdición», como apellido para sí, y también por eso se había hecho miembro del White's varios años atrás, durante una corta visita a Londres, además de porque su amiga Catarina Loss había apostado a que no podría hacerlo.

Edmund se colgó de una de las farolas de hierro forjado que había ante la puerta y giró alrededor de ella. La llama que titilaba detrás del cristal era tenue comparada con el brillo de sus ojos.

—Este solía ser un lugar donde los atracadores callejeros bebían

chocolate caliente —explicó Magnus a Edmund mientras entraban—. El chocolate caliente era muy bueno. Y ser atracador callejero es un trabajo muy frío.

—¿Alguna vez le has dicho a alguien «la bolsa o la vida»?

—Solo diré esto —contestó Magnus—: Estoy despampanante con una elegante máscara y un gran sombrero.

Edmund rio de nuevo. Tenía una risa fácil y alegre, como la de un niño. Su mirada recorría toda la sala, desde el techo, construido para dar la sensación de hallarse dentro de un gran barril de piedra, hasta la gran araña, que goteaba brillantes joyas como una duquesa, y hasta las mesas cubiertas con tapetes verdes que se apiñaban en el lado derecho de la sala, donde los hombres jugaban a las cartas y perdían fortunas.

La capacidad de Edmund para el asombro y la sorpresa lo hacía parecer más joven de lo que era; le daba un aire de fragilidad a su belleza. Magnus no se preguntó por qué él, uno de los nefilim, no se mostraba más receloso de un subterráneo. Dudaba de que Edmund Herondale se mostrara suspicaz ante nada en la vida. Estaba ansioso de que lo divirtieran, dispuesto a que lo fascinaran, y, básicamente, confiaba en el mundo.

Edmund señaló hacia un punto donde había dos hombres; uno de ellos estaba apuntando algo en un gran libro con una desafiante floritura de la pluma.

—¿Qué está pasando ahí?

—Supongo que estarán anotando una apuesta. Aquí, en White's, hay un libro de apuestas muy famoso. En él se apuntan todo tipo de apuestas: si un caballero conseguirá poseer a una dama en un globo a trescientos metros del suelo, si un hombre será capaz de vivir bajo el agua durante un día.

Magnus encontró un par de sillas vacías cerca de una chimenea e hizo un gesto para indicar que su compañero y él necesitaban con urgencia una bebida. Al instante, su necesidad se vio satisfecha. Un excelente club de caballeros tenía sus ventajas.

—¿Crees que se podría? —inquirió Edmund—. No vivir bajo el agua; ya sé que los mundanos no pueden. Lo otro.

—Mis experiencias en un globo con una dama no son demasiado agradables —respondió Magnus con un gesto de dolor al recordar. La reina María Antonieta había sido una compañera de viaje bastante interesante, pero en absoluto agradable—. Sentiría poca disposición a permitirme delicias carnales en un globo con una dama o con un caballero. Por muy encantadores que fueran.

Edmund Herondale no pareció nada sorprendido ante la mención de un caballero en las divagaciones románticas de Magnus.

—Para mí sería sin duda una dama —dijo.

—Ah —repuso Magnus, que lo había sospechado.

—Pero me halaga que me admiren —añadió Edmund con una sonrisa encantadora—. Y siempre lo hacen.

Lo dijo con esa sonrisa fácil y un nuevo dorado aleteo de pestañas, la misma con que había conquistado a Amalia Morgenstern. Era evidente que sabía que era un descarado, y esperaba que a la gente le gustara. Magnus sospechaba que no se equivocaba.

—Ah, bueno —dijo Magnus, cambiando de tema con elegancia—. ¿Alguna dama en concreto?

—No estoy seguro de creer en el matrimonio. ¿Por qué conformarse con un bombón cuando se puede tener la caja entera?

Magnus alzó las cejas y bebió un sorbo de su excelente brandy. El joven tenía mucha labia y el inocente entusiasmo de alguien a quien nunca le habían roto el corazón.

—Nadie te ha hecho nunca daño de verdad, ¿no? —comentó Magnus, que no vio razón para andarse con rodeos.

Edmund pareció alarmado.

—¿Por qué? ¿Es que vas a hacérmelo?

—¿Con todos los látigos que llevas encima? Difícilmente. Solo quería decir que pareces alguien a quien nunca le han roto el corazón.

—Perdí a mis padres de pequeño —repuso Edmund con franqueza

—. Pero pocos son los cazadores de sombras que tengan una familia intacta. Los Fairchild me acogieron y me criaron en el Instituto. Sus salas han sido mi hogar. Pero si te refieres al amor, entonces no, nunca me han roto el corazón. Ni preveo que eso pase.

—¿No crees en el amor?

—Amor, matrimonio, todo ese asunto está muy sobrevalorado. Por ejemplo, conozco a un tipo, Benedict Lightwood, al que hace poco que han atrapado, y es horroroso...

—Que tus amigos vivan momentos de vida diferentes puede ser difícil —repuso Magnus compasivo.

Edmund hizo una mueca.

—Benedict no es mi amigo. Es por la joven dama por la que siento pena. Ese hombre tiene unas costumbres muy peculiares, si sabes a lo que me refiero.

—No lo sé —contestó Magnus.

—Un poco pervertido, quiero decir.

Magnus lo miró con frialdad.

—Lo llamamos Benedict *Malrollo* —explicó Edmund—. Sobre todo por su costumbre de relacionarse con demonios. Cuantos más tentáculos, mejor, si sabes a lo que me refiero.

—Oh —exclamó Magnus, comprendiendo—. Sé a qué te refieres. Tengo un amigo al que le compró unas tallas de lo más raras. También un par de grabados. Este amigo es simplemente un honrado comerciante, aunque yo nunca le he comprado nada.

—También Benedict *Lightworm*^[2]. Y *Bestia* Benedict —continuó Edmund con amargura—. Pero se escabulle mientras que el resto nos vamos de juerga normal, y la Clave cree que tiene un comportamiento superlativo. Pobre Bárbara. Me temo que actuó con demasiada prisa debido a su corazón roto.

Magnus se recostó en su asiento.

—¿Y quién le rompió el corazón, si puedo saber? —inquirió,

divertido.

—Los corazones de las damas son como porcelanas sobre la repisa de la chimenea. Los hay a montones y resulta fácil romperlos sin darse cuenta —contestó Edmund encogiéndose de hombros, un poco arrepentido, pero sobre todo divertido. Y entonces un hombre con un desafortunado chaleco chocó contra su sillón.

—Le ruego que me disculpe —dijo el caballero—. ¡Creo que estoy un poco achispado!

—Estoy dispuesto a ser caritativo y creer que estaba usted borracho cuando se vistió —murmuró Magnus.

—¿Eh? —exclamó el hombre—. Mi nombre es Alvanley. Usted no será uno de esos nababs indios, ¿verdad?

Aunque nunca tenía demasiadas ganas de explicar sus orígenes a los blanquitos europeos que no se preocupaban de saber la diferencia entre Shanghai y Rangún, dados los problemas que había en la India no era una buena idea que lo tomaran por hindú. Suspiró y contestó negativamente, y luego se presentó con una reverencia.

—Herondale —dijo Edmund, también con una inclinación. La dorada seguridad de Edmund y su abierta sonrisa funcionaron.

—¿Nuevo en el club? —preguntó Alvanley, con repentina benevolencia—. Bueno, bueno... Estamos celebrando algo. ¿Puedo ofrecerles una copa?

Los amigos de Alvanley, algunos en la mesa de juego y otros rondando por ahí, lanzaron un discreto vítor. Corría la alegre noticia de que la reina Victoria había dado a luz y que tanto la madre como la hija se encontraban en perfecto estado.

—¡Bebamos a la salud de nuestra nueva princesa Beatrice, y de la reina!

—¿La pobre mujer no tiene ya nueve hijos? —preguntó Magnus—. Al noveno, me da la sensación de que debería estar demasiado agotada para pensar un nuevo nombre y, sin duda, demasiado cansada para gobernar el país. De todas formas, beberé a su salud.

Edmund estaba más que dispuesto a que lo hincharan de bebida, aunque hubo un momento en que tuvo un desliz y se refirió a la reina como Vanessa en vez de Victoria.

—Ajajá —exclamó Magnus—. Está bien trompa, no hay duda.

Edmund estaba bastante borracho y casi de inmediato se sintió atraído por una partida de cartas. Magnus también se unió a la partida de Macao, pero se encontró observando al cazador de sombras con cierta preocupación. La gente que creía alegremente que la buena suerte debía acompañarlos solo por ser quienes eran, podía ser peligrosa en una mesa de juego. Eso, sumado a que era evidente que Edmund ansiaba diversión y a que su clase de temperamento era el más adecuado para ser un desastre jugando. Había algo inquietante en el brillo de los ojos del chico, a los que la luz de las velas del club había transformado de repente de ser como un cielo a ser como un mar un instante antes de la tormenta.

Magnus decidió que Edmund le recordaba sobre todo a un barco, algo hermoso y brillante, a merced de los caprichos del agua y los vientos. Solo el tiempo diría si encontraría dónde anclar o si toda esa belleza y encanto acabarían en naufragio.

Figuraciones aparte, Magnus no tenía ninguna necesidad de hacer de niñera a los cazadores de sombras. Edmund era un hombre adulto capaz de cuidar de sí mismo. Al final fue Magnus quien se aburrió y consiguió llevarse a Edmund del White's para dar un refrescante y desintoxicante paseo bajo el aire nocturno.



No se habían alejado mucho de St. James's Street cuando Magnus detuvo su relato de cierto incidente en Perú al notar que Edmund se ponía alerta, cada línea de su angelical cuerpo de atleta repentinamente tensa. Le recordó a un pointer al oír algún animal entre

los matorrales.

Magnus siguió la mirada de Edmund hasta que descubrió lo que estaba viendo el cazador de sombras: un hombre con bombín, la mano colocada con firmeza en la puerta de un carruaje y manteniendo lo que parecía ser un altercado con los ocupantes del vehículo.

Resultaba de lo más grosero, y un momento después fue aún peor. Magnus vio que el hombre agarraba a una mujer por el brazo. Esta vestía con sencillez, como correspondía a una dama de compañía o a la doncella de una dama. El hombre trató de hacerla bajar del carruaje a la fuerza.

Lo hubiera logrado de no ser por la intervención del otro ocupante del carruaje, una dama menuda y morena; esta, con un vestido que susurraba como la seda mientras su voz se alzaba como un trueno.

—¡Suéltala, desgraciado! —exclamó la mujer, y golpeó al hombre en la cabeza con su sombrero.

El hombre se sobresaltó por el inesperado ataque y soltó a la mujer, pero volvió su atención hacia la dama y le agarró la mano con la que sujetaba el sombrero. La mujer lanzó un grito, que pareció más de indignación que de terror, y lo golpeó en la nariz. El golpe hizo que el hombre volviera ligeramente el rostro, y Magnus y Edmund pudieron verle los ojos.

El vacío en esos brillantes ojos de color verde veneno era inconfundible.

«Demonio», pensó Magnus. Un demonio, y además hambriento, si estaba tratando de secuestrar mujeres en carruaje en plena calle de Londres.

Un demonio, y muy desafortunado si estaba haciéndolo delante de un cazador de sombras.

A Magnus se le ocurrió pensar que, por lo general, los cazadores de sombras cazaban en grupo, y que Edmund Herondale estaba embriagado.

—Muy bien —dijo Magnus—. Detengámonos un momento y

consideremos... Oh, ya has salido corriendo. Espléndido.

Se encontró hablándole a la chaqueta de Edmund, que este se había quitado y dejado tirada sobre los adoquines junto al sombrero, que aún se balanceaba.

Edmund saltó, dio una voltereta en el aire y cayó limpiamente sobre el techo del carruaje. Mientras lo hacía, sacó las armas que llevaba escondidas en los pliegues de sus ropas: los dos látigos de los que había hablado antes, dos arcos de luz sibilante contra el cielo de la noche. Los blandió con enérgica precisión y su luz despertó un fuego dorado en su alborotado cabello e iluminó por un instante los esculpidos rasgos de su rostro; bajo esa luz, Magnus vio cambiar su imagen de niño risueño al severo semblante de un ángel.

Un látigo rodeó la cintura del demonio como la mano de un caballero rodeando la cintura de una dama durante un vals. El otro se le enrolló, tenso como un cable, en el cuello. Edmund hizo un movimiento brusco con una mano y el demonio giró sobre sí mismo y cayó al suelo.

—Ya has oído a la dama —dijo Edmund—. Suéltala.

El demonio, de repente con muchos más dientes que antes, gruñó y se lanzó contra el carruaje. Magnus alzó la mano e hizo que la puerta se cerrara y el carruaje saltara adelante un par de pasos a pesar de que el cochero estaba ausente, con toda probabilidad devorado, y a pesar de que el cazador de sombras aún estaba de pie sobre el techo del mismo.

Edmund no perdió el equilibrio. Tan firme como un gato, simplemente saltó al suelo y le cruzó el rostro al demonio Eidolon con el látigo, lo que lo hizo salir despedido hacia atrás. Edmund puso un pie sobre el cuello del demonio, y Magnus vio que la criatura comenzaba a retorcerse y su silueta empezaba a cambiar de forma.

Magnus oyó el crujido de la puerta del carruaje al abrirse y vio a la dama que había golpeado al demonio tratando de salir de la seguridad relativa del carruaje a la calle, donde podían rondar otros

demonios.

—Señora —dijo Magnus acercándose—. Debo aconsejarle que no salga del carruaje mientras se está matando a un demonio.

Ella lo miró directamente al rostro. Tenía unos grandes ojos azul oscuro, del color del cielo justo antes de que la noche se vuelva negra, y el cabello que se le escapaba del elaborado peinado era también negro, como si la noche hubiera caído y las estrellas estuvieran esperando aparecer. Aunque tenía los hermosos ojos muy abiertos, no parecía asustada, y la mano con la que había golpeado al demonio seguía cerrada en un puño.

Magnus se prometió volver a Londres más a menudo. Estaba conociendo a la gente más encantadora.

—Debemos prestar ayuda a ese joven —dijo la dama con un acento cantarín.

Magnus miró hacia Edmund, que en ese momento estaba siendo lanzado contra una pared y sangraba en abundancia, pero que sonreía y sacaba una daga de la bota con una mano mientras ahogaba al demonio con la otra.

—No se alarme, querida señora. Tiene la situación controlada —le aseguró Magnus mientras Edmund clavaba la daga con precisión—. Por así decirlo.

El demonio borboteó y se sacudió agonizante. Magnus tomó la decisión de no prestar atención a la algarabía a su espalda e hizo una soberbia reverencia a ambas mujeres. Eso no pareció consolar a la criada, que se hundió en la oscura profundidad del carruaje y trató de ocultar el rostro tras un pañuelo.

La dama del brillante cabello de ébano y ojos violeta soltó la puerta del carruaje y le tendió la mano a Magnus. Era una mano pequeña, suave y cálida; ni siquiera estaba temblando.

—Soy Magnus Bane —se presentó él—. Pídame ayuda en cualquier momento en que el peligro sea mortal, o si tiene la urgente necesidad de un acompañante para asistir a una exhibición floral.

—Linette Owens —repuso la dama, y su sonrisa formó unos deliciosos hoyuelos en sus mejillas—. He oído que la capital encierra muchos peligros, pero esto me parece excesivo.

—Sé que sin duda todo esto debe de parecerle muy raro e inquietante.

—¿Ese hombre es un hada malvada? —inquirió la señorita Owens. Clavó en la sorprendida mirada de Magnus su propia mirada firme—. Soy de Gales —explicó—. Allí aún creemos en las viejas costumbres y en los seres mágicos.

Echó la cabeza hacia atrás para escrutar a Magnus. Su corona de trenzas de color medianoche parecía ser demasiado para esa pequeña cabeza o para ese fino cuello.

—Sus ojos... —comenzó ella lentamente—. Creo que usted debe de ser un hada buena, señor. En cuanto a su compañero, no lo sé.

Magnus miró hacia atrás a su acompañante, del que casi se había olvidado. El demonio solo era polvo y oscuridad a los pies de Edmund, y con su enemigo desaparecido, este había vuelto la atención hacia el carruaje. Magnus observó la chispa del dorado encanto de Edmund encenderse al ver a Linette, y en un instante pasó de chispa a radiante sol.

—¿Qué soy? —preguntó—. Soy Edmund Herondale y, mi señora, estoy para siempre a su servicio. Si usted me acepta.

Sonrió, y la sonrisa fue lenta y devastadora. En la oscura y estrecha calle, muy pasada la medianoche, sus ojos eran pleno verano.

—No pretendo mostrarme brusca o desagradecida —repuso Linette Owens—, pero ¿es usted un demente peligroso?

Edmund se quedó parado.

—Me temo que debo remarcar que usted recorre las calles armado hasta los dientes. ¿Acaso esperaba tener que pelear contra una criatura monstruosa esta noche?

—No «esperaba» exactamente —contestó Edmund.

—Entonces ¿es usted un asesino? —preguntó Linette—. ¿Es usted

un soldado con excesivo celo?

—Señora —repuso Edmund—, soy un cazador de sombras.

—No me resulta familiar ese término. ¿Puede hacer magia? —preguntó Linette, y puso la mano sobre la manga de Magnus—. Este caballero puede hacer magia.

Le ofreció a Magnus una sonrisa de aprobación. Y este se sintió profundamente satisfecho.

—Es un honor poder ayudarla, señorita Owens —murmuró.

Edmund puso una cara como si le hubieran golpeado el rostro con un pescado.

—¡Claro... claro que no puedo hacer magia! —consiguió decir, y como un auténtico cazador de sombras pareció horrorizado ante esa idea.

—Oh, bueno —repuso Linette; era evidente que estaba decepcionada—. No es su culpa. Todos debemos conformarnos con lo que tenemos. Estoy en deuda con usted, señor, por salvarnos a mí y a mi amiga de un destino terrible.

Edmund se hinchó como un pavo, y en su satisfacción habló sin cautela.

—No ha sido nada. Sería un honor para mí acompañarla a su casa, señorita Owens. Las calles de Mall Pall pueden ser muy traicioneras por la noche para una mujer.

Hubo un silencio.

—¿Quiere decir Pall Mall? —lo corrigió Linette, y esbozó una sonrisa—. Yo no soy la alterada por la ingesta de licores fuertes. ¿No preferiría que fuera yo quien lo acompañara a usted a su casa, señor Herondale?

Edmund Herondale se quedó sin palabras. Magnus sospechó que era una experiencia nueva; una experiencia que seguramente le iría muy bien.

La señorita Owens se volvió un poco hacia Magnus.

—Mi dama de compañía, Angharad, y yo, hemos viajado desde mi

propiedad en Gales —explicó—. Vamos a pasar una temporada en Londres con uno de mis familiares lejanos. Hemos tenido un viaje largo y agotador, y quise pensar que llegaríamos a Londres antes de medianoche. Ha sido muy estúpido y temerario por mi parte, y ha causado una gran aflicción a Angharad. Su ayuda ha sido de un valor incalculable.

Magnus podía discernir mucho más por lo que Linette Owens le había explicado de lo que ella le había dicho en realidad. No se había referido a la propiedad de su padre sino a la suya propia, de una forma natural, como alguien acostumbrado a ser propietario. Eso, combinado con la cara tela de su vestido y algo en su porte, se lo confirmó: la dama era una heredera, y no solo la heredera de una fortuna, sino de una heredad. El modo en que hablaba de Gales hizo pensar a Magnus que la dama no desearía que sus tierras estuvieran a cargo de algún administrador ajeno a ella. La alta sociedad consideraría escandaloso y vergonzoso que una heredad estuviera en manos de una mujer, sobre todo de una tan joven y bonita. La alta sociedad esperaba de ella que contrajera matrimonio para que su esposo pudiera administrar la heredad, tomando posesión tanto de las tierras como de la dama.

Debía de haber acudido a Londres porque no habría encontrado de su gusto a ninguno de los pretendientes disponibles en Gales, y estaba a la búsqueda de un marido con el que regresar a su hogar.

Había llegado a Londres en busca del amor.

Magnus podía comprenderla. Sabía que el amor no siempre era parte del trato en los matrimonios de la alta sociedad, pero Linette Owens parecía tener voluntad propia. Pensó que era muy posible que tuviera un objetivo: el matrimonio adecuado con el hombre adecuado, y que fuera a lograrlo.

—Bienvenida a Londres —le dijo Magnus.

Linette le hizo una pequeña reverencia desde el carruaje. Su mirada fue más allá del hombro de Magnus y se suavizó. Este miró hacia atrás y vio a Edmund con un látigo alrededor de la muñeca,

como si aquello fuera un consuelo para él. Magnus tuvo que admitir que era todo un logro tener un aspecto tan magníficamente apuesto y al mismo tiempo tan apesadumbrado.

Linette cedió a un impulso caritativo y bajó del carruaje. Cruzó la calzada de adoquines y se plantó ante el triste cazador de sombras.

—Lo siento si he sido grosera, o si de algún modo he sugerido que creía que usted estaba... *twpsyn* —dijo Linette, sin traducir la palabra por cortesía.

Tendió la mano y Edmund le ofreció la suya con la palma hacia arriba, con el látigo aún enrollado alrededor del puño de la camisa. De repente apareció una ansiosa sinceridad en su rostro; el momento tenía una inesperada importancia. Linette vaciló un instante y luego depositó la mano sobre la de él.

—Le estoy muy agradecida por salvarme a mí y a Angharad de un destino terrible. De verdad lo estoy —afirmó Linette—. De nuevo, me disculpo si he sido grosera.

—Le daré permiso para ser tan grosera como desee —repuso Edmund— si puedo volver a verla.

Él la miró sin hacer juegucitos con las pestañas. Su rostro era franco y abierto.

El momento pasó. La sinceridad seria y humilde de Edmund consiguió lo que las pestañas y la fanfarronería no habían podido. E hizo que Linette Owens vacilara.

—Puede hacerme una visita en el 26 de Eaton Square, en casa de lady Caroline Harcourt —respondió—. Si aún lo desea por la mañana.

Linette hizo el intento de apartar la mano, y después de un único momento de incerteza, Edmund se la soltó.

Linette le tocó el brazo a Magnus antes de subirse al carruaje. Seguía siendo tan bonita y amable como antes, pero algo había cambiado en su actitud.

—Por favor, venga también a visitarme, si lo desea, señor Bane.

—Me parecería delicioso.

La cogió de la mano, la ayudó a entrar en el coche y la despidió con un elegante gesto.

—Ah, señor Herondale —añadió la señorita Owens, sacando su hermosa y risueña cabeza por la ventanilla del carruaje—. Por favor, deje sus látigos en casa.

Magnus hizo un pequeño gesto como azuzando al caballo, y minúsculas chispas cerúleas le saltaron entre los dedos. El carruaje comenzó a avanzar sin cochero por las oscuras calles de Londres.



Pasó algún tiempo antes de que Magnus volviera a asistir a otra reunión sobre los acuerdos propuestos, más que nada porque no había habido entendimiento acerca de la elección del lugar de encuentro. El propio Magnus había votado a favor de que se reunieran en algún lugar que no fuera la sección del Instituto que se había construido sobre suelo sagrado. Pensaba que ese sitio tenía todo el aire de haber sido los aposentos del servicio. Especialmente porque Amalia Morgenstern había mencionado que en esa zona antes se hallaban los aposentos de los sirvientes de los Fairchild.

Los cazadores de sombras habían sido reacios a la idea de frecuentar algún antro de baja estofa de los subterráneos (cita directa de Granville Fairchild), y la sugerencia de permanecer al aire libre y reunirse en el parque fue vetada porque se creía que la dignidad de un cónclave quedaría afectada si algún mundano hiciera un picnic cerca de ellos.

Magnus pensó que esta excusa era una solemne tontería.

Después de semanas de discusiones, su grupo acabó por capitular y se dirigió, desanimado, hacia el Instituto de Londres. Lo único que le daba brillo a la situación era un brillo literal: Camille llevaba un fascinante sombrero rojo y elegantes guantes de encaje del mismo

color.

—Pareces frívola y tonta —dijo De Quincey a media voz mientras los cazadores de sombras iban sentándose en sus lugares alrededor de la mesa en la gran sala tenuemente iluminada.

—De Quincey tiene razón —terció Magnus—. Pareces frívola, tonta y fabulosa.

Camille se hinchó como un pavo, y Magnus pensó que era encantador y comprensible el modo en que un pequeño cumplido podía complacer a una mujer que llevaba siglos siendo bella.

—El mismo efecto que quería lograr —dijo Camille—. ¿Puedo contarte un secreto?

—Por favor. —Magnus se inclinó hacia ella y ella se acercó a él.

—Me lo he puesto por ti —susurró Camille.

La sala oscura y regia, sus paredes revestidas de tapices con blasones de espadas, estrellas y las runas que los nefilim grababan en su propia piel se iluminaron de repente. Todo Londres pareció iluminarse.

Magnus también llevaba cientos de años viviendo, y aun así, la cosa más simple podía convertir el día en algo precioso, y una sucesión de días en una reluciente cadena que se alargaba y alargaba. Ahí estaba la cosa más simple: le gustaba a una chica bonita, y el día resplandecía.

El rostro pálido y delgado de Ralf Scott se volvió aún más pálido y mostró rastros de dolor, pero Magnus no conocía al chico y no iba a preocuparse demasiado por su corazón roto. Si la dama prefería a Magnus, este no tenía ninguna intención de discutirse.

—Estamos muy satisfechos de recibirlos a todos aquí de nuevo —dijo Granville Fairchild, tan severo como siempre. Puso las manos sobre la mesa, una sobre otra—. Por fin.

—Estamos muy satisfechos de haber llegado a un compromiso —repuso Magnus—. Por fin.

—Creo que Roderick Morgenstern ha preparado unas palabras —

anunció Fairchild. Tenía el rostro impasible y su profunda voz sonaba hueca. Recordaba bastante a un gatito abandonado llorando en una gran cueva.

—Creo que ya hemos oído bastante a los cazadores de sombras —replicó Ralf Scott—. Ya hemos oído los términos de los nefilim para mantener la paz entre los nuestros y los vuestros...

—A la lista de requisitos le faltaba mucho para estar completa —lo interrumpió un hombre llamado Silas Pangborn.

—Sin duda —añadió la mujer sentada a su lado, tan severa y hermosa como una de las estatuas de los nefilim. Pangborn la había presentado como «Eloisa Ravenscar, mi *parabatai*» con el mismo aire posesivo que si hubiera dicho «mi esposa».

Resultaba evidente que estaban unidos contra los subterráneos.

—Nosotros tenemos nuestros propios requisitos —apuntó Ralf Scott.

Los cazadores de sombras guardaron un silencio absoluto. Por sus caras, Magnum no creyó que se estuvieran preparando para escuchar atentamente. En vez de eso, parecían anonadados por la desvergüenza del subterráneo.

Ralf insistió a pesar de la absoluta falta de ánimos que le transmitieron para que siguiera. El chico era valiente incluso ante una causa perdida, pensó Magnus, y a pesar de sí mismo, sintió una pequeña punzada en el corazón.

—Queremos garantías de que ningún subterráneo que tenga las manos libres de sangre mundana será asesinado. Queremos una ley que diga que cualquier cazador de sombras que mate a un subterráneo inocente será castigado. —Ralf aguantó la lluvia de protestas y la acalló a gritos—. ¡Vivís de acuerdo a las leyes! ¡Es lo único que entendéis!

—¡Sí, nuestras leyes, las que nos entregó el Ángel! —atronó Fairchild.

—No las reglas que una escoria de diablos intente imponernos —

soltó Starkweather con desprecio.

—¿Es demasiado pedir tener leyes que nos defiendan a nosotros igual que leyes que defiendan a los mundanos y a los nefilim? —preguntó Ralf—. Mis padres fueron asesinados por cazadores de sombras debido a un terrible malentendido, porque estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado y se los supuso culpables por ser licántropos. Estoy criando yo solo a mi hermano pequeño. ¡Quiero que mi gente esté protegida, que sea fuerte, y que no nos arrinconen hasta convertirnos en asesinos o ser asesinados!

Magnus miró a Camille para compartir una chispa de comprensión e indignación por Ralf Scott, tan joven, tan herido y tan enamorado de ella. El rostro de Camille permanecía imperturbable, más parecido al de una muñeca que al de una persona; su piel, porcelana que no podía enrojecer o palidecer; sus ojos, frío cristal.

Sintió un momento de desagrado y lo rechazó al instante. Era el rostro de un vampiro, eso era todo, no el reflejo de lo que ella sentía realmente. Había muchos que en los ojos de Magnus solo veían maldad.

—Qué pena —dijo Starkweather—. He pensado que deberías tener más hermanos con los que compartir esa carga. Vosotros soléis tener camadas, ¿no?

Ralf Scott se puso en pie de un salto y golpeó la mesa con la mano abierta. Le brotaron garras de los dedos y arañó el sobre de la mesa.

—¡Creo que necesitamos pastelillos! —exclamó Amalia Morgenstern.

—¿Cómo te atreves?! —aulló Granville Fairchild.

—¡Esto es caoba! —gritó Roderick Morgenstern con indignación.

—Me apetece mucho un pastelillo —dijo Arabella, la sirena—. Y a ser posible unos sándwiches de pepino.

—Yo con huevo y lechuga —se le sumó Rachel Branwell.

—¡No permitiré que nos insulten así! —soltó un cazador de sombras llamado Waybread, o algo parecido.

—No permitís insultos y sin embargo insistís en asesinarnos — comentó Camille, y su fría voz cortó el aire. Magnus se sintió casi insoportablemente orgulloso de ella, y Ralf le lanzó una apasionada mirada de agradecimiento—. No parece muy justo.

—¿Sabéis que la última vez que nos reunimos tiraron los platos que habían sido profanados por nuestras manos en cuanto nos marchamos? —preguntó Magnus sin alzar la voz—. Solo podremos llegar a un acuerdo si comenzamos desde una posición de respeto mutuo.

Starkweather soltó una carcajada. Magnus no odiaba a Starkweather; al menos él no era un hipócrita. Por desagradable que esta fuera, Magnus valoraba la honestidad.

—Entonces no llegaremos a ningún acuerdo.

—Me temo que coincidido contigo —murmuró Magnus. Se llevó una mano al corazón y a su nuevo chaleco de color azul pavo real—. Trato de encontrar algún respeto por ti en mi corazón, pero ¡ay!, parece una búsqueda inútil.

—¡Maldito mago libertino e insolente!

Magnus asintió con la cabeza.

—Exactamente.

Cuando llegó la bandeja con el refrigerio, la pausa en el intercambio de insultos para consumir pastelillos fue tan incómoda que Magnus se excusó con el pretexto de que necesitaba usar los servicios.



Solo había unas cuantas estancias en el Instituto a las que los subterráneos tenían permitido el acceso. La única intención de Magnus había sido meterse en algún rincón oscuro, y se sintió muy molesto cuando descubrió que el primer lugar oscuro que encontró ya se

hallaba ocupado.

Había un sillón y una mesita. Sobre el tablero de la mesa, decorada con ángeles de filigrana dorada, había puesto los pies un hombre que se hallaba sentado en la silla con una cajita en las manos. Al instante, Magnus reconoció su brillante pelo y sus amplios hombros.

—¿Herondale? —preguntó.

Edmund se sobresaltó. Por un momento, Magnus pensó que se iba a caer de la silla, pero la agilidad de cazador de sombras lo salvó. Miró al brujo con una sorpresa dolida e imprecisa, como un niño recién despertado. Magnus dudó de que hubiera estado durmiendo mucho últimamente; tenía el rostro marcado por las noches en vela.

—Fue una buena noche, ¿verdad? —preguntó Magnus en tono amable.

—Tomé un par de copas de vino con pato a la naranja —respondió Edmund con una pálida sonrisa que se desvaneció nada más nacer—. No volveré a comer pato. No puedo creer que me gustara el pato. El pato me traicionó. —Calló un instante, y luego admitió—: Quizá fueran más que un par de copas. No te he visto en Eaton Square.

Magnus se preguntó por qué Edmund habría pensado que lo vería allí, y luego lo recordó. Era la dirección de la bella joven galesa.

—¿Has ido a Eaton Square?

Edmund lo miró como si Magnus fuera tonto.

—Perdona —repuso Magnus—. Es solo que me cuesta imaginar a uno de los gloriosos protectores invisibles de los mundanos haciendo una vulgar visita.

Esa vez, la sonrisa de Edmund fue la de siempre, brillante y atractiva, aunque no duró mucho.

—Bueno, me pidieron una tarjeta y no tenía ni la más remota idea de lo que querían decir. El mayordomo me negó la entrada con gran desdén.

—Supongo que no lo dejaste ahí.

—Claro que no —contestó Edmund—. Me quedé esperando, y después de solo unos días tuve la oportunidad de seguir a Li... la señorita Owens y alcanzarla mientras cabalgaba por Rotten Row. La he visto todos los días desde entonces.

—¿La seguiste? Me sorprende que la dama no alertase a algún policía.

El brillo regresó al rostro de Edmund, que de nuevo volvió a ser dorado, azul y perla.

—Linette dice que tuvimos suerte de que no lo hiciera —añadió—. Estamos prometidos.

Eso sí que era una noticia. Los nefilim solían casarse entre ellos, una aristocracia basada en la creencia de su propia santidad. De cualquier novia o novio mundano se esperaba que bebiera de la Copa Mortal y se transformara, por medio de una poderosa alquimia, en uno de los hijos del Ángel. No todos sobrevivían a la transformación.

—Felicidades —exclamó Magnus, y se guardó sus inquietudes para sí—. ¿Acierto al pensar que la señorita Owens pronto Ascenderá?

Edmund respiró hondo.

—No —contestó—. No lo hará.

Edmund miró la caja que tenía en las manos. Era un sencillo objeto de madera, con el símbolo del infinito dibujado en un costado con lo que parecía el extremo de una cerilla quemada.

—Esto es una Pyxis —explicó—. Contiene el espíritu del primer demonio que maté. Tenía catorce años, y fue el día que supe que había nacido para hacerlo, que había nacido para ser... cazador de sombras.

Magnus miró la cabeza inclinada de Edmund, sus manos de guerrero que aferraban la cajita, y no pudo evitar la compasión que nació en su interior.

Edmund habló en una torrencial confesión ante su propia alma y ante la única persona que conocía que tal vez lo escuchara sin pensar

que su amor era una blasfemia.

—Linette cree que su obligación y su vocación es cuidar de la gente de su heredad. No desea convertirse en cazadora de sombras. Y yo... yo tampoco lo deseo ni se lo pediría. Hombres y mujeres han perecido intentando ascender. Linette es hermosa, valiente y obstinada, y si la Ley dice que no me merece tal y como es, entonces la Ley es una mentira. No puedo creer en su justicia. He encontrado la única mujer en el mundo a la que puedo amar, ¿y qué dice la Ley de este sentimiento que sé que es sagrado? Para estar con ella, o tengo que pedir a mi amada que arriesgue su vida, una vida que para mí tiene más valor que la mía propia, o debo arrancar la otra parte de mi alma, deshacerme del propósito de mi vida y de todos los dones que el Ángel me concedió.

Magnus recordó a Edmund cuando saltó para atacar al demonio, cómo todo su cuerpo había transformado su inquieta energía en una determinación absoluta al ver al monstruo: cuando se lanzó a la lucha con la alegría natural y simple de alguien que hacía lo que había nacido para hacer.

—¿Alguna vez has querido ser otra cosa?

—No —contestó Edmund. Se puso en pie, apoyó una mano en la pared y se pasó la otra por el cabello; un ángel humillado, salvaje y anonadado por el dolor.

—¿Y qué ha sido de tu mala opinión del matrimonio? —inquirió Magnus—. ¿Qué ha sido de lo de tener solo un bombón cuando podrías tener toda la caja?

—Era un estúpido —respondió Edmund, casi con violencia—. Pensaba que el amor era un juego. No es un juego. Es más serio que la muerte. Sin Linette, más me valdría estar muerto.

—Hablas de renunciar a tu naturaleza de cazador de sombras —manifestó Magnus con suavidad—. Se puede renunciar a muchas cosas por amor, sin embargo, nunca se debe renunciar a uno mismo.

—¿Es así como funciona todo esto, Bane? —Edmund se volvió

rápidamente hacia él—. Nací para ser guerrero y también nací para estar con ella. Dime tú cómo conciliar ambas cosas, ¡porque yo no puedo!

Magnus no tenía una respuesta. Estaba mirando a Edmund y recordando cuando, en su embriaguez, había pensado en el cazador de sombras como un bonito barco que podía navegar directo a mar abierto o estrellarse contra las rocas. Ahora podía ver las rocas, oscuras y quebradas, en el horizonte. Vio el futuro de Edmund sin ser cazador de sombras, cómo anhelaría el peligro y el riesgo, y cómo podría encontrarlo en las mesas de juego. Lo frágil que podría volverse una vez perdido su propósito.

Y luego estaba Linette, que se había enamorado del dorado cazador de sombras, de un ángel vengador. ¿Qué pensaría de él cuando solo fuera otro granjero galés despojado de su gloria?

Sin embargo, el amor no era algo que se pudiera dejar de lado con facilidad. Llegaba muy raramente, solo unas pocas veces en una vida mortal. A veces solo llegaba una vez. Magnus no podía decir si Edmund Herondale se equivocaba al aferrarse al amor una vez lo había encontrado.

Pensaba que la Ley nefilim se equivocaba al hacerlo elegir.

Edmund suspiró con abatimiento. Parecía agotado.

—Te ruego que me perdones, Bane —se disculpó—. Estoy siendo infantil, gritando y pateando contra el destino, y ya es hora de dejar de ser un niño estúpido. ¿Por qué rebelarme contra una elección que ya está hecha? Si me pidieran que escogiera entre sacrificar mi vida o sacrificar la de Linette todos los días por toda la eternidad, elegiría la mía sin dudar.

Magnus apartó la mirada para no ver el naufragio.

—Te deseo suerte —dijo—. Suerte y amor.

Edmund hizo una pequeña reverencia.

—Te deseo que tengas un buen día. Creo que no volveremos a vernos.

Se alejó hacia el interior del Instituto. A unos cuantos pasos se detuvo vacilante. La luz que entraba por una de las estrechas ventanas de iglesia tornó su cabello en oro, y Magnus pensó que iba a volverse. Pero Edmund Herondale no miró atrás.



Apenado, Magnus regresó a la sala donde los cazadores de sombras y los subterráneos seguían enzarzados en una guerra de palabras. Ninguna de las partes parecía dispuesta a ceder. Magnus se sentía inclinado a rendirse, pensando que era una causa perdida.

A través de la vidriera, las cortinas de la noche comenzaron a mostrar signos de abrirse para dejar paso al día, y los vampiros tenían que marcharse.

—Me parece —dijo Camille mientras se ponía sus guantes escarlata— que otra reunión resultará ser tan inútil como lo han sido estas.

—Si los subterráneos continúan siendo unos malditos insolentes —dijo Starkweather.

—Si los cazadores de sombras continúan siendo unos asesinos santurriones —soltó Scott.

Magnus no podía mirarlo a la cara, no después de lo de Edmund Herondale. No quería ver cómo morían los sueños de otro joven.

—¡Ya basta! —exclamó Granville Fairchild—. Señora, no me pida que crea que nunca ha hecho daño a un alma humana. No soy estúpido. Y las muertes que han causado los cazadores de sombras han sido por la causa de la justicia y en defensa de los impotentes.

Camille esbozó una sonrisa lenta y dulce.

—Si de verdad cree eso —murmuró—, entonces sí que realmente es un estúpido.

Eso dio pie a otro desagradable y agotador estallido de indignación

por parte de los cazadores de sombras reunidos. A Magnus lo animaba ver a Camille defendiendo al chico. Camille apreciaba a Ralf Scott, pensó. Quizá incluso más que solo apreciarlo. Magnus podía esperar que lo eligiera a él, pero se dio cuenta de que no podía negar a Scott el afecto de Camille. Le ofreció el brazo mientras abandonaban la sala, y ella lo tomó. Salieron juntos a la calle.

Y allí, en la mismísima puerta del Instituto, los demonios descendieron. Demonios acaieral, con dientes como cuchillas y anchas alas de cuero requemado como mandiles de herreros. Oscurecieron la noche, borrando la luna y barriendo las estrellas, y Camille se estremeció junto a Magnus, mostrando los largos colmillos. Al ver su miedo, Ralf Scott se lanzó contra el enemigo, transformándose, y derribó a uno sobre los adoquines, convirtiéndolo en una masa sangrante.

Los cazadores de sombras también se lanzaron contra ellos, sacando armas de vainas y ropajes. Amalia Morgenstern, al parecer, había estado escondiendo una exquisita hacha bajo su miriñaque. Roderick Morgenstern corrió a la calle y ensartó al demonio con el que peleaba Ralf Scott.

Desde el pequeño carro que transportaba su acuario, Arabella lanzó un grito de auténtico terror y se sumergió hasta el fondo de su inadecuado contenedor.

—¡A mí, Josiah! —tronó Fairchild, y Josiah Waybread... no, Magnus recordó que su apellido era Wayland... se unió a él.

Se colocaron ante el carro de Arabella y se prepararon para defenderla, sin dejar que ningún demonio atravesara la brillante línea de sus espadas.

Silas Pangborn y Eloisa Ravenscar bajaron a la calle, luchando espalda contra espalda; sus armas eran como manchas azules en las manos y sus movimientos estaban perfectamente sincronizados, como si se hubieran fundido en una única criatura feroz. De Quincey los siguió y luchó con ellos.

La presencia junto a Magnus había desaparecido de repente. Camille lo había dejado y corrido a ayudar a Ralf Scott. Un demonio saltó sobre ella por la espalda y la cogió con sus garras como cuchillos. Ralf aulló de desesperación y pena. Magnus lanzó al demonio, roto en mil pedazos, al espacio. Camille cayó rodando sobre el pavimento, y Magnus se arrodilló y la cogió, temblorosa, entre sus brazos. Se asombró al ver el destello de las lágrimas en sus ojos verdes. Se asombró de lo frágil que era.

—Te ruego que me disculpes. Por lo general no me altero con tanta facilidad. Una mundana que decía la buenaventura me dijo una vez que la muerte me llegaría por sorpresa —susurró Camille con voz temblorosa—. Una superstición estúpida, ¿verdad? Sin embargo, siempre deseo ser advertida. No temo a nada si se me avisa de que se acerca el peligro.

—Yo también estaría totalmente alterado si me hubieran estropeado el vestido unos demonios que no saben nada de moda —repuso Magnus, y Camille rio.

Sus ojos eran como hierba bajo el rocío, y era valiente y bella y lucharía por su gente, y aun así descansaba contra su pecho. Fue en ese momento que Magnus se sintió como si hubiera dejado de buscar el amor.

Magnus apartó la vista del encantador rostro de Camille para ver, casi con sorpresa, que los cazadores de sombras y los subterráneos no estaban discutiendo. En vez de eso, se observaban unos a otros, en medio de la calle, repentinamente tranquila, con los cuerpos de sus enemigos a su alrededor, derrotados porque ellos habían permanecido juntos. Había cierta sensación de sorpresa en el aire, como si los nefilim ya no vieran a los subterráneos como demoníacos después de haber luchado juntos contra los verdaderos demonios. Los cazadores de sombras eran guerreros; los lazos de la guerra significaban mucho para ellos.

Magnus no era un guerrero, pero había visto cómo los cazadores

de sombras habían actuado para proteger a una sirena y a un licántropo. Esto también significaba algo para él. Quizá se pudiera salvar algo de esa noche. Tal vez logaran que esa loca idea de los acuerdos funcionara a pesar de todo.

Entonces notó a Camille moverse en sus brazos, y vio lo que ella estaba mirando. Miraba a Ralf Scott, y él la miraba a ella. Los ojos de Scott estaban llenos de dolor.

El chico se puso en pie y descargó su ira en los cazadores de sombras.

—Tu gente ha hecho esto —rugió—. Nos queréis muertos. Nos atrajisteis aquí...

—¿Estás loco? —le replicó Fairchild—. Somos nefilim. Si os quisiéramos muertos, ya hace tiempo que lo estaríais. No necesitamos demonios que maten por nosotros, y te aseguro que no queremos que ensucien nuestra puerta. Mi hija vive aquí. No la pondría en peligro por nada que pudieras nombrar, y sin duda no por los subterráneos.

Magnus tuvo que admitir que no le faltaba razón.

—¡Es vuestra gente quien ha traído esa inmundicia a nosotros! —aulló Starkweather.

Magnus abrió la boca para protestar, pero recordó la excesiva vehemencia que la reina de las hadas había mostrado al oponerse a un acuerdo con los cazadores de sombras, y sin embargo lo curiosa que había sido después con los detalles, como el lugar y la hora de los encuentros. De modo que cerró la boca.

Fairchild lanzó a Magnus una mirada de condena, como si pudiera leer la culpa de todos los subterráneos en su actitud.

—Si lo que dice Starkweather es verdad, habréis perdido la oportunidad de forjar un acuerdo entre nosotros.

Se había acabado, y Magnus vio la rabia evaporarse del rostro de Ralf Scott mientras renunciaba a su lucha. Ralf miró a Fairchild con ojos claros y habló con una voz tranquila y vibrante:

—¿No nos ayudaréis? Muy bien. No lo necesitamos. Los

licántropos nos cuidaremos de los nuestros. Me encargaré de que así sea.

El licántropo esquivó la mano de De Quincy, que pretendía detenerlo, y no prestó atención a la seca respuesta de Fairchild. Solo mostró preocupación por Camille. La miró un momento. Camille alzó la mano y luego la dejó caer, y Ralf se dio la vuelta y se alejó tanto de los cazadores de sombras como de sus compañeros subterráneos. Magnus lo vio cuadrar los delgados hombros mientras se marchaba, un muchacho aceptando una pesada carga y asumiendo que había perdido lo que más amaba. Le recordó a Edmund Herondale.



Magnus no volvió a ver a Edmund Herondale, pero lo oyó otra vez.

Los cazadores de sombras decidieron que Magnus y Camille eran los más razonables de los subterráneos con los que se habían reunido. Dado que sus otras alternativas eran licántropos irritables y Alexei de Quincey, Magnus no pudo sentirse halagado por esa preferencia.

Los nefilim pidieron a Magnus y a Camille que asistieran a una reunión privada, para intercambiar información con el objetivo de seguir relacionándose, independientemente de Ralf Scott. En su petición estaba implícita la promesa de que los cazadores de sombras podrían ofrecerles su protección si Magnus o Camille la necesitaban en un futuro. A cambio, naturalmente, de información sobre magos o subterráneos.

Magnus asistió a la reunión para ver a Camille, y por ninguna otra razón. Se dijo a sí mismo que no le quitaba el sueño en absoluto aquella lucha contra los demonios y en cómo se habían unido.

—¿Qué es esto? —se extrañó Magnus.

En esa reunión no oficial solo había presente un puñado de cazadores de sombras en vez del grueso de los representantes de la

Clave. Solo Granville Fairchild, Silas Pangborn y Josiah Wayland estaban allí. Los tres cazadores de sombras se hallaban en la pequeña sala. Gritos de agonía resonaban en las paredes cubiertas de tapices y el techo abovedado, y los nefilim parecían ser totalmente indiferentes a ellos.

—Un joven cazador de sombras llamado Edmund Herondale ha deshonrado el nombre de su familia y traicionado su vocación para lanzarse a los brazos de una mundana —explicó Josiah Wayland, sin mostrar ninguna emoción—. Le están quitando las Marcas.

—Y que te quiten las Marcas —preguntó Magnus lentamente—, ¿es así?

—Es ser reconvertido en algo inferior —respondió Granville Fairchild con voz fría, aunque su rostro estaba pálido—. Va contra la voluntad del Ángel. Es muy doloroso.

Magnus se sintió helado de horror.

—Sois unos bárbaros.

—¿Quieres correr en su ayuda? —lo retó Wayland—. Si lo intentas, cada uno de nosotros intervendrá para matarte. No oses cuestionar nuestros motivos o nuestra forma de vida. Hablas de algo más elevado y noble de lo que puedas llegar a entender.

Magnus oyó otro grito, y este se transformó en sollozos desesperados. El brujo pensó en el brillante chico con el que había pasado una noche en un club, su rostro radiante y libre de dolor. Ese era el precio que los cazadores de sombras le ponían al amor.

Magnus fue a dar un paso adelante, pero los cazadores de sombras se interpusieron con las espadas desenvainadas y los rostros severos. Un ángel con una espada de fuego, proclamando que Magnus no pasaría, no podría haber expresado mayor convicción de su propia virtud. Oyó los ecos de la voz de su padrastro en su cabeza: «Hijo del demonio, semilla de Satán, nacido para ser maldito, abandonado por Dios».

El prolongado grito solitario de un muchacho sufriente al que no

podía ayudar heló a Magnus hasta la médula, como agua fría filtrándose hasta encontrar una tumba. A veces pensaba que todos habían sido abandonados, todas las almas de la tierra.

Incluso los nefilim.

—No se puede hacer nada. Vámonos —le dijo Camille al oído. Su mano era pequeña, pero lo sujetaba por el brazo con firmeza. Era fuerte, más fuerte que Magnus, quizá en todos los sentidos—. Creo que Fairchild crio a ese chico desde que era pequeño; pero lo está echando a la calle como si fuera basura. Los nefilim no tienen piedad.

Magnus dejó que se lo llevara a la calle, lejos del Instituto. Le impresionaba que ella siguiera tan tranquila. Camille tenía fuerza, pensó Magnus. Deseó que ella le pudiera enseñar el truco para ser menos frágil y no sentirse herido con tanta facilidad.

—He oído que nos vas a dejar, Bane —dijo Camille—. Lamentaré verte marchar. De Quincey organiza las fiestas más famosas, y he oído que tú eres el alma de cualquier fiesta a la que asistes.

—Siento marcharme, la verdad —se sinceró Magnus.

—¿Y puedo preguntar por qué? —repuso Camille, con su hermoso rostro alzado y los verdes ojos brillantes—. Pensaba que Londres te había gustado y que podrías quedarte.

Su invitación era casi irresistible. Pero Magnus no era un cazador de sombras. Podía sentir piedad por alguien joven que sufría.

—Ese joven licántropo, Ralf Scott —contestó Magnus, abandonando cualquier fingimiento—. Está enamorado de ti. Y me pareció que tú lo mirabas con cierto interés.

—¿Y si eso fuera cierto? —preguntó Camille, riendo—. ¡No me pareces de la clase de hombre que se aparta y renuncia a lo que quiere en beneficio de otro!

—Ah, pero no soy un hombre. ¿O sí? Tengo años por delante, y tú también —añadió, y eso también era magnífico: la idea de amar a alguien y no temer perderlo pronto—. Pero los licántropos no son inmortales. Envejecen y mueren. Ese chico, Scott, solo tiene una

oportunidad para amar, mientras que yo... yo podría irme y regresar más adelante y encontrarte aún aquí.

Ella hizo un seductor mohín.

—Podría olvidarte.

Magnus se acercó a su oído y le dijo:

—Si lo haces, tendré que obligarte a que me recuerdes llamando tu atención. —Le puso las manos abiertas sobre la cintura y notó la suavidad de la seda del vestido bajo los dedos. Sintió el subir y bajar de su cuerpo bajo su tacto. Le rozó la piel con los labios y notó el escalofrío que la recorrió—. Ama al chico —le susurró—. Dale su felicidad. Y cuando regrese, dedicaré una era entera a admirarte.

—¿Toda una era?

—Quizá —respondió Magnus bromeando—. ¿Qué dice el poema de Marvell?

Y recitó:

*Cien años pasarán alabando
vuestros ojos y vuestra frente contemplando;
doscientos para adorar cada seno,
pero treinta mil para el resto;
al menos una era para cada porción,
y la última era mostrará vuestro corazón...*

Camille había alzado las cejas ante la referencia a sus senos, pero los ojos le brillaban.

—¿Y cómo sabes que tengo un corazón?

Magnus alzó también las cejas, sorprendido.

—He oído decir que el amor es fe.

—Si tu fe está justificada —repuso Camille—, solo el tiempo lo dirá.

—Antes de que el tiempo nos diga nada más —continuó Magnus

—, te ruego humildemente que aceptes una pequeña muestra de mi consideración.

Metió la mano en el interior del abrigo, que estaba hecho de una tela azul finísima y que esperaba que Camille encontrara deslumbrante, y sacó un colgante. El rubí destelló bajo la luz de una farola cercana, su corazón del intenso color de la sangre.

—Es bonito —dijo Magnus.

—Muy bonito. —Parecía divertida ante lo corto que se quedaba con ese adjetivo.

—No es digno de tu belleza, claro, pero ¿qué lo sería? Tiene una cosita a su favor, aparte de la belleza. Hay un hechizo en la joya: te avisará cuando haya demonios cerca.

Camille abrió mucho los ojos. Era una mujer inteligente, y él vio que comprendía todo el valor de la joya y el hechizo inherente a ella.

Magnus había vendido la casa de Grosvenor Square, y ¿qué más podía hacer con las ganancias? No se le ocurría nada más valioso que comprar una garantía que mantendría a salvo a Camille, y que haría que lo recordara con agrado.

—Pensaré en ti cuando esté lejos —le prometió Magnus, mientras le ponía el colgante alrededor del cuello—. Quiero estar seguro de que no temes a nada.

La mano de Camille voló, como una blanca paloma, hasta el reluciente corazón del colgante y luego la apartó. Miró a Magnus a los ojos.

—En justicia, debo darte algo para que me recuerdes —dijo sonriendo.

—Oh, bueno —repuso Magnus mientras ella se le acercaba. Colocó las manos en el pequeño círculo de seda de su cintura. Antes de que sus labios encontraran los de ella, murmuró—: Si es por la causa de la justicia.

Camille lo besó. Magnus ocupó un instante de su pensamiento en hacer que la farola ardiera con más intensidad, y la llama en el interior

de la jaula de hierro y vidrio cubrió toda la calle de una suave luz azul. Abrazó a Camille y a la promesa de un posible amor, y en ese cálido instante todas las estrechas calles de Londres parecieron ensancharse, y pudo incluso pensar bien de todos los cazadores de sombras, y de uno más que del resto.

Ocupó otro momento en desear que Edmund Herondale encontrara consuelo en los brazos de su hermoso amor mundano, y que tuviera una vida por la que valiera la pena todo lo que había sufrido y perdido.

El barco de Magnus zarpaba aquella misma noche. Dejó a Camille para que fuera en busca de Ralf Scott y él subió a bordo de su vapor, un magnífico trasto de casco de hierro llamado *Persia* que había sido construido con las últimas invenciones mundanas. Su interés en el barco y su ilusión por la aventura que comenzaba hizo que lamentara menos su partida, pero incluso así, permaneció junto a la barandilla mientras la nave se internaba en las aguas de la noche. Miró por última vez la ciudad que dejaba atrás.

Años después, Magnus regresaría a Londres junto a Camille Belcourt, y no lo encontraría como lo había soñado. Años después, otro desesperado joven Herondale con ojos muy azules llegaría a su puerta, temblando por el frío de la lluvia y su propia desdicha, y a ese, Magnus podría ayudarlo.

Pero en aquel momento Magnus no sabía nada de eso. Solo se quedó en la cubierta del barco y observó Londres, con todas sus luces y sombras, perderse en la distancia.

El heredero de medianoche

de Cassandra Clare y Sarah Reese Brennan



Un fuerte estallido le hizo alzar la mirada. Había un chico en el centro de la sala, con una pistola amartillada en la mano. Estaba rodeado de cristales rotos, pues acababa de disparar a uno de los brazos de la araña.

El heredero de medianoche







Magnus tardó casi veinte minutos en fijarse en el chico que disparaba a todas las lámparas de la sala, pero para ser justos, había estado distraído observando la decoración.

Había pasado casi un cuarto de siglo desde la última vez que Magnus había estado en Londres. Lo había echado de menos. Era cierto que, en el cambio de siglo, Nueva York tenía una energía que ninguna otra ciudad podía igualar. A Magnus le encantaba viajar en un carruaje que traqueteara hacia las deslumbrantes luces de Longacre Square, y descender ante la recargada fachada del teatro Olympia o codearse con docenas de gentes diferentes en el festival de perritos calientes de Greenwich Village. Disfrutaba viajando en los trenes elevados, con sus chirriantes frenos, y tenía muchas ganas de viajar por el intrincado sistema de trenes subterráneos que estaban construyendo en el mismísimo corazón de la ciudad. Había sido testigo de la construcción de la gran estación de Columbus Circle justo antes de marcharse, y esperaba regresar y encontrársela por fin concluida.

Pero Londres era Londres, con sus capas y capas de historia, cada época contenida en una nueva época. Magnus también tenía historia allí. En aquella ciudad Magnus había amado a gente y también la había odiado. Hubo una mujer a la que había amado y odiado, y había

huido de Londres para escapar de su recuerdo. A veces se preguntaba si no se habría equivocado al marcharse, si debería haber soportado los malos recuerdos por el bien de los buenos y haberse quedado.

Se repantigó en el grueso sillón de terciopelo, con los brazos desgastados por décadas de mangas rozando la tapicería, y miró por la sala. Había un aire aristocrático en los lugares de Inglaterra que América, con toda su descarada juventud, no podía igualar. Relucientes arañas colgaban del techo (de vidrio tallado, claro, no de cristal, pero daban una luz bonita) y apliques eléctricos flanqueaban las paredes. Magnus encontraba excitante la electricidad, aunque era más apagada que la luz mágica.

Había grupos de caballeros ante las mesas, jugando partidas de faro y piquet. Damas que no eran mejor de lo que parecían ser, con vestidos demasiado ajustados, demasiado brillantes y demasiado todo lo que más le gustaba a Magnus, descansaban en bancos forrados de terciopelo a lo largo de las paredes. Caballeros que habían sido afortunados en las mesas de juego se acercaban a ellas, radiantes de victoria y cargados de libras. Aquellos a los que la fortuna no había sonreído recogían el abrigo en la puerta y se encorvaban al salir hacia la noche, despojados de dinero y compañía.

Todo era muy exagerado, y eso le gustaba a Magnus. Aún no se había cansado de la pompa de la vida corriente y la gente corriente, a pesar del paso del tiempo y de que la gente, al final, era toda muy parecida.

Un fuerte estallido le hizo alzar la mirada. Había un chico en el centro de la sala, con una pistola amartillada en la mano. Estaba rodeado de cristales rotos, pues acababa de disparar a uno de los brazos de la araña.

A Magnus lo invadió la sensación que los franceses llamaban *déjà vu*, la sensación de «ya he estado aquí antes». Claro que había estado en Londres antes, veinticinco años atrás.

El chico tenía un rostro para revivir el pasado. Su rostro era del

pasado, uno de los más hermosos que Magnus recordaba haber visto. Era un rostro de rasgos tan finamente marcados que, por contraste, enfatizaba el descuido del lugar; una belleza que ardía con tal intensidad que dejaba en nada el fulgor de la luz eléctrica. La piel del chico era tan blanca y clara que parecía como si una luz lo iluminara por debajo. Las líneas de los pómulos, el mentón y el cuello, que el último botón desabrochado de la camisa de lino dejaba al descubierto, eran tan perfectas que el chico podría haber pasado por una escultura de no ser por el cabello despeinado y un poco ondulado que le caía sobre el rostro, tan oscuro como la medianoche contra su luminoso semblante.

Los años arrastraron a Magnus hacia atrás; la niebla y la luz de gas de Londres, desaparecidas hacía más de veinte años, se alzaron para reclamarlo. Notó que sus labios formaban un nombre: Will. Will Herondale.

Magnus avanzó instintivamente, un movimiento que no sintió dependiente de su voluntad.

El chico volvió los ojos hacia él, y Magnus sintió el golpe de la impresión. No eran los ojos de Will, los ojos que Magnus recordaba ser «tan azules como una noche en el infierno», ojos que Magnus había visto desesperados y tiernos.

El chico tenía unos brillantes ojos dorados, como una copa de cristal llena hasta el borde de vino blanco y alzada para atrapar la luz de un sol ardiente. Si su piel era luminosa, sus ojos eran radiantes. Magnus no consiguió imaginar tiernos esos ojos. El chico era muy guapo, pero su hermosura era como debía de haber sido la de Helena de Troya, con el desastre marcado en cada línea. La luz de su belleza hizo pensar a Magnus en ciudades ardiendo.

La niebla y la luz de gas volvieron a ocultarse en el recuerdo. Su momento de nostalgia había acabado. Ese no era Will. Aquel chico, hermoso y roto, ya sería un hombre, y ese muchacho que tenía delante era un desconocido.

Aun así, Magnus no creía que tanto parecido pudiera ser una coincidencia. Fue hacia el chico sin dificultad, ya que los otros tertulianos del garito de juego parecían, quizá comprensiblemente, reacios a acercársele. El chico se hallaba solo, como si los vidrios rotos que lo rodeaban fueran un brillante mar y él una isla.

—No es exactamente un arma de cazador de sombras —murmuró Magnus—. ¿Verdad?

Los ojos dorados se entrecerraron hasta convertirse en dos estrechas ranuras, y la mano de largos dedos que no sujetaba la pistola se movió hacia la manga de la chaqueta, donde, supuso Magnus, el chico escondía su daga más cercana. Sus manos no parecían del todo firmes.

—Paz —añadió Magnus—. No pretendo hacerte ningún daño. Soy un brujo del que los Whitelaw de Nueva York dirían que resulto ser bastante... bueno, muy... inofensivo.

Hubo un largo silencio que pareció algo amenazante. Los ojos del chico eran como estrellas, brillaban pero no mostraban ninguna indicación sobre sus sentimientos. Magnus solía ser bueno interpretando a la gente, pero le costaba predecir lo que haría ese muchacho.

Magnus se quedó realmente sorprendido por lo que le contestó el chico.

—Sé quién eres. —Su voz no era como su rostro; había amabilidad en ella.

Magnus consiguió ocultar su sorpresa y alzó las cejas en una pregunta silenciosa. No había vivido durante trescientos años sin aprender a no morder cualquier anzuelo que le lanzaran.

—Eres Magnus Bane.

Magnus vaciló, y luego asintió con una inclinación de cabeza.

—¿Y tú eres...?

—Yo —anunció el chico— soy James Herondale.

—Ya veo —murmuró Magnus—. Ya pensaba que te llamarías

algo así. Estoy encantado de oír que soy famoso.

—Eres el amigo brujo de mi padre. Siempre nos habla de ti a mi hermana y a mí cuando algún otro cazador de sombras habla mal de los subterráneos delante de nosotros. Dice que conoció a un brujo que era mejor amigo y más digno de confianza que muchos guerreros nefilim.

Los labios del chico se curvaron en una mueca mientras decía eso en tono burlón, pero había más desdén que diversión detrás de la burla, como si su padre hubiera sido un tonto por decirle eso y él mismo fuera un tonto por repetirlo.

Magnus descubrió que no estaba de humor para el cinismo.

Will y él se había separado amistosamente, pero conocía a los cazadores de sombras. Los nefilim eran muy rápidos a la hora de juzgar y condenar a los subterráneos por la menor transgresión, y actuaban como si cualquier pecado quedara grabado en piedra para toda la eternidad, todo para probar que la gente como Magnus eran malos por naturaleza. La convicción de los cazadores de sombras de su propia virtud angelical y su infalibilidad moral hacían que les resultara fácil olvidar las buenas acciones de un brujo, como si estuvieran escritas sobre el agua.

En ese viaje, Magnus no había esperado ver a Will Herondale u oír hablar de él, pero si lo hubiese pensado, no se habría sorprendido de que lo hubiera olvidado, como si se tratara de un actor insignificante en la tragedia del chico. Que lo recordara, y que lo hiciera en tan buenos términos, lo conmovió más de lo que hubiera creído posible.

Los ojos del chico, como estrellas brillantes y ciudades ardientes, recorrieron el rostro de Magnus y vieron más de lo conveniente.

—Yo no le haría mucho caso. Mi padre confía en demasiada gente —dijo James Herondale, y se rio. De repente, fue evidente que estaba muy borracho. Aunque era evidente que no había estado disparando a las lámparas en un estado de completa sobriedad—. Confianza. Es como poner una daga en la mano de alguien y colocar la punta sobre

tu propio corazón.

—No te he pedido que confíes en mí —indicó Magnus—. Acabamos de conocernos.

—Oh, confiaré en ti —respondió el chico, sin darle importancia—. No importa. A todos nos traicionan tarde o temprano; todos traicionados o traidores.

—Ya veo que el gusto por lo melodramático se hereda —murmuró Magnus para sí. Pero era una clase diferente de dramatismo. Will había hecho una exhibición de vicio en privado para alejar a los que más quería. James estaba dando un espectáculo público.

Quizá le gustaba el vicio por el vicio en sí.

—¿Qué? —preguntó James.

—Nada —contestó Magnus—. Solo me preguntaba qué habría hecho la lámpara para ofenderte.

James miró hacia la lámpara destrozada, y luego hacia abajo, a los cristales que tenía a los pies, como si acabara de darse cuenta de que estaban ahí.

—Era una apuesta —explicó—. Veinte libras a que no apagaría a tiros todas las luces de la araña.

—¿Y con quién has apostado? —inquirió Magnus, sin dejar ver nada de lo que pensaba: que cualquiera que apostara con un chico de diecisiete años borracho a utilizar un arma letal con impunidad, debía ir a la cárcel.

—Con ese tipo de allí —respondió James, señalándolo.

—¿El verde? —preguntó Magnus.

Hacer que los cazadores de sombras borrachos hicieran el tonto era una de las ocupaciones favoritas de los subterráneos, y esa actuación había sido un gran éxito. Ragnor Fell, el Gran Brujo de Londres, se encogió de hombros, y Magnus suspiró por dentro. Quizá lo de la cárcel era un poco exagerado, pero Magnus seguía pensando que a su amigo de color esmeralda le iría bien que le bajaran un poco los humos.

—¿Es realmente verde? —preguntó James, al que tampoco parecía importarle demasiado—. Creía que era la absenta.

Entonces, James Herondale, hijo de William Herondale y Theresa Gray, los dos cazadores de sombras que habían sido, de entre los suyos, los más amigos de Magnus (aunque Tessa no era exactamente una cazadora de sombras, o no del todo) le dio la espalda a Magnus, se fijó en una mujer que servía bebidas en una mesa rodeada de licántropos, y le pegó un tiro. La mujer cayó al suelo con un grito, y todos los jugadores se pusieron en pie de un salto, lanzando cartas y bebidas por los aires.

James rio, y su risa era clara y brillante, y fue entonces que Magnus comenzó a sentirse alarmado de verdad. La voz de Will hubiera temblado, dejando ver que su crueldad había sido parte de su actuación, pero la risa de su hijo era la de alguien que realmente disfrutaba del caos que había estallado a su alrededor.

Magnus agarró al chico por la muñeca; el zumbido y la luz de la magia crepitaban a lo largo de sus dedos como una promesa.

—Ya basta.

—Tranquilo —replicó James, aún riendo—. Tengo muy buena puntería, y la camarera de la taberna es famosa por su pata de palo. Supongo que por eso la llaman Peg, ya sabes, de *peg leg*, pata de palo. Creo que su verdadero nombre es Ermentrude.

—¿Y yo debo suponer que Ragnor Fell te apostó veinte libras a que podías dispararle sin hacerla sangrar? Qué listos sois los dos.

James se soltó de Magnus al tiempo que sacudía la cabeza. Sus rizos negros le cayeron alrededor del rostro de un modo tan parecido al de su padre que Magnus se asombró.

—Mi padre me dijo que te portabas con él como una especie de protector, pero yo no necesito tu protección, brujo.

—Estoy totalmente en desacuerdo.

—Esta noche he aceptado muchas apuestas —lo informó James Herondale—. Debo realizar todas esas terribles acciones que he

prometido. Porque ¿acaso no soy un hombre de palabra? Quiero conservar mi honor. ¡Y quiero otra copa!

—Una idea excelente —repuso Magnus—. He oído que el alcohol mejora la puntería de un hombre. La noche es joven. Imagínate a cuántas camareras puedes dispararles antes del amanecer.

—Un brujo tan aburrido como un intelectual —replicó James, entrecerrando sus ojos de color ámbar—. ¿Quién hubiera pensado que existiría algo así?

—Magnus no siempre ha sido aburrido —intervino Ragnor, que apareció junto a James con una copa de vino en la mano. Se la pasó al chico, que la cogió y la bebió de un trago de un modo que mostraba una inquietante práctica—. Una vez, en Perú, con un barco lleno de piratas...

James se secó la boca con la manga y dejó la copa.

—Me encantaría sentarme y escuchar a los viejos recordando su vida, pero tengo una cita urgente para hacer algo que es realmente interesante. Otra vez será, colegas.

Dio media vuelta. Magnus se dispuso a seguirlo.

—Deja que los nefilim controlen a su crío, si es que pueden —dijo Ragnor, siempre contento de observar el caos pero no ser parte de él—. Ven a tomarte una copa conmigo.

—Otra noche —le prometió Magnus.

—Aún tan sensible, Magnus —dijo Ragnor—. Nada te gusta más que un alma perdida o una mala idea.

Magnus quiso discutirse, pero era difícil cuando ya estaba olvidando el calor y la promesa de un trago y unas cuantas manos de cartas y corría hacia el frío tras el enloquecido cazador de sombras.

Este se volvió contra él, como si la estrecha calleja adoquinada fuera una jaula y él un animal salvaje y hambriento que hubiera estado retenido mucho tiempo allí.

—Yo no me seguiría —le advirtió James—. No estoy de humor para tener compañía. Sobre todo la compañía de una remilgada

carabina mágica que no sabe cómo divertirse.

—Sé perfectamente cómo divertirme —remarcó Magnus, en absoluto molesto, e hizo un pequeño gesto para que, por un instante, las farolas de hierro que flanqueaban la calle lanzaran al aire chispas de colores. Por un momento creyó ver una luz que era más suave y menos ardiente en los ojos dorados de James Herondale, el inicio de una sonrisa infantil de alegría.

Al instante siguiente, esta se apagó. Los ojos de James eran tan brillantes como las joyas del tesoro de un dragón, y no más vivos o alegres. Este negó despectivamente con la cabeza: rizos negros volando en el aire de la noche, donde las luces mágicas se estaban apagando.

—Pero tú no deseas divertirte, ¿verdad, James Herondale? —preguntó Magnus—. No de verdad. Lo que quieres es irte al diablo.

—Quizá crea que me divertiré yéndome al diablo —replicó James Herondale, y los ojos le ardieron como los fuegos del infierno, tentadores, prometiendo un sufrimiento inimaginable—. Aunque no veo la necesidad de llevar a nadie conmigo.

Acababa de decir eso cuando desapareció, como si el aire de la noche lo hubiera raptado en silencio, sin nadie excepto las titilantes estrellas, las radiantes farolas y Magnus como testigos.

Este sabía reconocer la magia cuando la veía. Giró en redondo sobre sus talones, y en ese mismo momento oyó el taconeo de un paso decidido sobre los adoquines. Y vio a un policía haciendo la ronda, con la porra balanceándose a su costado y una mirada suspicaz en su rostro impasible mientras observaba a Magnus.

No era Magnus el hombre del que debía cuidarse.

Magnus vio los botones del uniforme del policía dejar de brillar, aunque se hallaba bajo una farola. También fue capaz de discernir una sombra donde no había nada que la proyectara, una ráfaga de oscuridad dentro de la más intensa oscuridad de la noche.

El policía lanzó un grito de sorpresa cuando unas manos invisibles

le arrebataron el casco. Se fue hacia delante, manoteando a ciegas en el aire para recuperar lo que ya no estaba.

Magnus le dedicó una sonrisa de consuelo.

—Anítese —le dijo—. Puede encontrar algún sombrero que le quede mejor en cualquier tienda de Bond Street.

El hombre se desmayó. Magnus consideró la posibilidad de detenerse para ayudarlo, pero una cosa era ser sensible y otra ser tan ridículo como para no perseguir el misterio más tentador. ¿Un cazador de sombras que podía convertirse en una sombra? Magnus echó a correr tras el bamboleante casco del policía, que se mantenía en alto aparentemente sostenido solo por una burlona oscuridad.

Corrieron calle tras calle, Magnus y la oscuridad, hasta que el Támesis les cerró el paso. Magnus oyó su rápido caudal más que verlo; las aguas tan oscuras como la noche.

Lo que sí vio fue unos dedos blancos que de repente sujetaban el casco del policía, la forma de la cabeza de James Herondale, la oscuridad reemplazada por su lenta sonrisa. Magnus vio una sombra que se fusionaba de nuevo con carne.

Así que el chico también había heredado algo de su madre, además de lo de su padre. El padre de Tessa había sido un ángel caído, uno de los reyes de los demonios. De repente, los centelleantes ojos dorados del chico le recordaron a Magnus sus propios ojos: una marca de sangre infernal.

James vio que Magnus lo miraba, y le hizo un guiño antes de lanzar el casco al aire. Por un momento, este voló como un extraño pájaro, girando lentamente en el aire, y luego cayó al agua. La oscuridad se vio interrumpida por una salpicadura dorada.

—Un cazador de sombras que sabe trucos de magia —comentó Magnus—. Qué novedoso.

Un cazador de sombras que atacaba a los mundanos que tenía la obligación de proteger. Cómo le iba a gustar eso a la Clave...

—Solo somos polvo y sombras, como dice el dicho —replicó

James—. Claro que el dicho no añade: «Algunos también nos convertimos en sombras de vez en cuando, si nos apetece». Supongo que nadie predijo que yo existiría. Aunque es cierto que se me ha dicho que soy un poco impredecible.

—¿Puedo preguntar contra quién apostaste a que podrías robar el casco de un policía y por qué?

—Una pregunta tonta. Nunca preguntes sobre la última apuesta, Bane —le recomendó James, y se llevó la mano hacia el cinturón, del que colgaba la pistola, y la sacó con un movimiento fluido y elegante—. Deberías preocuparte por el siguiente.

—¿Hay alguna posibilidad —preguntó Magnus, sin demasiada esperanza— de que seas un buen tipo que cree que está maldito y debe hacerse odioso para evitar un destino terrible a los que lo rodean? Porque he oído que eso pasa a veces.

James pareció divertido por la pregunta. Sonrió, y mientras sonreía, sus rizos negros se fundieron con la noche, y el resplandor de su piel y sus ojos se fue haciendo tan distante como la luz de las estrellas, hasta que se volvió tan pálido que se difuminó. De nuevo, no era más que una sombra entre las sombras. Era un muchacho tan irritante como el gato de Cheshire, del que nada quedaba excepto la impresión de su sonrisa.

—Mi padre estaba maldito —afirmó James desde la oscuridad—. ¿Y en cuanto a mí? Yo estoy condenado.



El Instituto de Londres era exactamente como Magnus lo recordaba, alto, blanco e imponente, con la torre marcando una línea pálida contra el oscuro cielo. Los institutos de los cazadores de sombras se construían como monumentos para soportar los ataques de los demonios y del tiempo. Cuando las puertas se abrieron, Magnus

contempló de nuevo la enorme entrada de piedra y los dos tramos de escalera.

Una mujer con un cabello de rizos salvajes que Magnus estaba seguro que debería recordar pero no conseguía hacerlo, abrió la puerta con el rostro marcado por el sueño y el enfado.

—¿Qué quieres, brujo? —exigió saber.

Magnus señaló el peso que cargaba en brazos. El chico era alto, y Magnus había tenido una noche muy larga. El enojo hizo que la respuesta le saliera en un tono muy seco.

—Quiero que vayas a decirle a Will Herondale que he traído a casa a su cachorro.

La mujer abrió los ojos sorprendida. Lanzó una especie de silbido y desapareció de golpe. Unos momentos más tarde, Magnus vio a alguien vestido de blanco bajar con ligereza una de las escaleras.

Tessa estaba como el Instituto: apenas cambiada. Tenía la misma tersura juvenil en el rostro que mostraba veinticinco años atrás. Magnus pensó que debía de haber dejado de envejecer no más de dos o tres años después de la última vez que la había visto. Llevaba el cabello recogido en una larga trenza de color castaño que le caía sobre un hombro, sujetaba una luz mágica en una mano y tenía una pequeña esfera de luz brillándole en la palma de la otra.

—Hemos estado tomando clases de magia, ¿eh, Tessa? —la saludó Magnus.

—¡Magnus! —exclamó Tessa, y su rostro serio se iluminó con una sonrisa de bienvenida que le produjo a Magnus una punzada de dulzura—. Pero habían dicho... Oh, no, ¿dónde has encontrado a James?

Llegó al final de la escalera, fue hasta Magnus y puso la mano bajo la húmeda cabeza del chico en un distraído gesto de afecto. En ese gesto, Magnus vio cómo había cambiado, vio el arraigado hábito de la maternidad, el amor por alguien que ella había creado y a quien quería.

Ningún otro brujo tendría nunca un hijo de su propia sangre. Solo Tessa podía tener esa experiencia.

Magnus apartó la mirada de Tessa al oír nuevas pisadas en la escalera.

El recuerdo de Will, el muchacho, era tan fresco que fue un *shock* ver al Will actual, mayor, más ancho de hombros, pero aún con el mismo cabello negro alborotado y los risueños ojos azules. Era tan atractivo como siempre lo había sido, quizá más, ya que parecía mucho más feliz. En su rostro, Magnus vio más arrugas causadas por la risa que por el paso del tiempo, y se encontró sonriendo. Se dio cuenta de que lo que había dicho Will era cierto. Eran amigos.

El rostro de Will mostró que lo reconocía, y el placer que ello le producía, pero casi al instante, Will vio la carga de Magnus y la preocupación borró todo lo demás.

—Magnus —dijo—, ¿qué diablos le ha pasado a James?

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Magnus, como pensativo—. Bueno, déjame ver: robó una bicicleta y se fue montado en ella, sin usar las manos en ningún momento, por Trafalgar Square. Intentó escalar la columna de Nelson y pelearse con el propio almirante. Luego lo perdí durante un rato, pero cuando volví a alcanzarlo, había llegado a Hyde Park, se había metido en el Serpentine, y con los brazos abiertos gritaba: «¡Patos, abrazadme como a vuestro nuevo rey!».

—Dios santo —exclamó Will—. Debía de estar borracho como una cuba. Tessa, no lo aguanto más. Está arriesgando su vida tontamente y rechazando todos los principios que me son más queridos. Si continúa dando el espectáculo por todo Londres, lo llamarán a Idris y lo mantendrán alejado de los mundanos. ¿Acaso no se da cuenta de eso?

Magnus se encogió de hombros.

—También le hizo avances inapropiados a una sorprendida abuela florista, a un sabueso irlandés, a un inocente sombrero de una

residencia en la que se coló, y a mí. Añadiré que no creo en su admiración hacia mi persona, por muy deslumbrante que yo sea. Me dijo que era una dama hermosa y chispeante. Luego se derrumbó de repente, y por supuesto, en el camino de un tren procedente de Dover; así que decidí que ya había llegado la hora de que lo trajera a casa y lo dejara en el seno de su familia. Si me dices que preferirías que lo hubiera llevado a un orfanato, lo entendería perfectamente.

Will negaba apesadumbrado con la cabeza, y habían aparecido sombras en sus ojos azules.

—Bridget —llamó, y Magnus pensó: «Oh, sí, así se llamaba la criada»—. Llama a los Hermanos Silenciosos —le ordenó Will.

—Quieres decir que llame a Jem —dijo Tessa, bajando la voz, y compartió una mirada cómplice con Will, que Magnus solo pudo describir como una mirada «de casados», la mirada de dos personas que se entendían completamente y al mismo tiempo encontraban adorable al otro.

Era bastante repugnante.

Se aclaró la garganta.

—Entonces, sigue siendo un Hermano Silencioso, ¿eh?

Will lanzó a Magnus una mirada asesina.

—Tiende a ser un estado permanente. Vamos, dame a mi hijo.

Magnus permitió que Will le cogiera a James de los brazos, lo que lo dejó más ligero aunque más húmedo. Luego siguió a Will y a Tessa escaleras arriba. Era evidente que el interior de Instituto había sido redecorado. La oscura sala de Charlotte había pasado a contener varios sofás que parecían cómodos, y las paredes estaban cubiertas de una ligera tela de damasco. Había altas librerías cargadas de libros, volúmenes con el dorado borrado de los lomos por el tiempo y, Magnus estaba seguro, páginas manoseadas por el uso. Al parecer, tanto Tessa como Will seguían siendo ávidos lectores.

Will dejó a James sobre uno de los sofás. Tessa corrió a por una manta y Magnus se volvió hacia la puerta, pero se encontró con que

Will le había cogido la mano.

—Has sido muy amable trayendo a Jamie a casa —dijo—. Pero tú siempre has sido bueno conmigo y los míos. En aquel entonces yo era poco más que un niño, y no tan agradecido o amable como debería haber sido.

—Eras lo suficientemente bueno, Will —repuso Magnus—. Y veo que has llegado a ser mejor. Además, no estás calvo y tampoco te has puesto gordo. Todo ese correr por ahí luchando contra el mal al menos sirve para mantener una buena figura en la madurez.

Will se rio.

—Yo también me alegro de verte. —Vaciló un momento—. En lo que respecta a Jamie...

Magnus se puso tenso. No quería preocupar demasiado a sus padres. No les contó que James se había caído cuando estaba en el Serpentine y no hizo casi ningún esfuerzo para no ahogarse. Parecía no querer que lo sacaran de las frías profundidades del agua: forcejeó con Magnus cuando este lo estaba arrastrando fuera, luego apoyó la pálida mejilla en la oscura tierra de la orilla y ocultó el rostro bajo los brazos.

Por un momento, Magnus pensó que estaba llorando, pero al agacharse para ver cómo se encontraba, vio que el chico se hallaba apenas consciente. Con los ojos dorados cerrados, de nuevo le recordó al chico perdido que había sido Will. Magnus le tocó suavemente el cabello húmedo y le dijo: «James», con la voz más amable que pudo.

Las pálidas manos del chico estaban extendidas sobre la oscura tierra. El anillo Herondale relucía contra su piel y algo metálico se veía brillar bajo la manga de su chaqueta. Tenía los ojos cerrados, las largas pestañas formaban sendos arcos de tinta sobre las líneas de los pómulos. Relucientes gotas de agua permanecían atrapadas en el extremo de esas pestañas, lo que lo hacía parecer infeliz de un modo en que no lo había visto antes.

—Gracia —había susurrado James aún inconsciente, y luego

continuó en silencio.

Magnus no se sorprendió; muchas veces se había encontrado deseando una gracia benevolente para sí. Se inclinó y cogió al chico en brazos. La cabeza de James cayó sobre el hombro de Magnus. Dormido, James parecía tranquilo e inocente, y totalmente humano.

—Él no es así —estaba diciendo Will mientras Tessa cubría al chico con una manta y lo arropaba.

Magnus alzó una ceja.

—Es hijo tuyo.

—¿Qué tratas de decir? —quiso saber Will, y por un momento Magnus vio un destello en sus ojos, y al chico con el cabello negro alborotado y fulgurantes ojos azules en medio del salón de su casa, furioso con el mundo entero y, sobre todo, consigo mismo.

—No es propio de él —aseguró Tessa—. Siempre ha sido muy tranquilo, muy estudioso. Lucie era la impetuosa, pero ambos han sido niños amables y de buen corazón. En las fiestas, a menudo encontrábamos a Jamie hecho un ovillo en un rincón con su libro de latín, o riendo alguna broma privada con su *parabatai*. Nunca ha metido en líos a Matthew ni tampoco se ha metido él. Era el único que podía hacer que ese muchacho perezoso se dedicara a sus estudios —comentó con una sonrisa que mostraba que le tenía cariño al *parabatai* de su hijo, a pesar de sus fallos—. Ahora está siempre fuera, haciendo las cosas más disparatadas, y no atiende a razones. No quiere escuchar a nadie. Entiendo lo que quieres decir sobre Will, pero cuando actuaba de aquel modo Will estaba solo y se sentía desgraciado. James ha estado rodeado de amor toda su vida.

—¡Traicionado! —masculló Will—. Difamado cruelmente por mi amigo y ahora también por mi querida esposa, humillado, mi nombre mancillado...

—Ya veo que te sigue gustando el histrionismo, ¿eh, Will? —comentó Magnus—. Y que también sigues siendo guapo.

Se habían hecho mayores. Ninguno de ellos pareció sorprenderse.

Tessa alzó las cejas y Magnus vio algo de su hijo también en ella. Ambos tenían las mismas cejas expresivas y arqueadas que les daban a sus rostros un aire inquisitivo y divertido, aunque en James esa diversión tenía mucho de amargura.

—Deja de flirtear con mi marido —bromeó Tessa.

—No lo haré —declaró Magnus—, pero me detendré un momento para ponerme al corriente. No he sabido nada de vosotros desde que me informasteis de que el bebé había nacido y que tanto él como su encantadora madre estaban perfectamente.

Will pareció sorprendido.

—Pero te enviamos varias cartas por medio de los Morgenstern, que iban a visitar a los Whitelaw en el Instituto de Nueva York. Fuiste tú quien nunca respondió a nuestras misivas.

—Ah —repuso Magnus. No lo sorprendía. Era un comportamiento típico de los cazadores de sombras—. Los Morgenstern debieron de haberse olvidado de entregármelas. ¡Qué descuidados!

Vio que Tessa tampoco parecía sorprenderse. Era tanto una bruja como una cazadora de sombras, y tampoco nada de eso exactamente. Los cazadores de sombras creían que la sangre de cazador de sombras prevalecía por encima de todo lo demás, y a Magnus no le costaba creer que muchos nefilim llegaran a ser groseros con una mujer que podía hacer magia y a la que los años no afectaban.

Aunque dudaba que alguno de ellos se atreviera a ser grosero delante de Will.

—En el futuro tendremos que vigilar a quién confiamos nuestras cartas —afirmó Tessa concluyente—. Hemos estado demasiado tiempo sin contacto. Es una suerte que estés en Londres, tanto para nosotros como para Jamie. ¿Qué te trae por aquí, negocios o placer?

—Ojalá fuera el negocio del placer —repuso Magnus—. Pero no, es algo muy aburrido. Una cazadora de sombras que creo que conocéis me ha llamado. ¿Tatiana Blackthorn? Antes se llamaba Lightwood, ¿no? —Magnus se volvió hacia Will—. Y tu hermana

Cecily se casó con su hermano... Gilbert... Gaston. Tengo una memoria fatal para los Lightwood.

—Le rogué a Cecily que no se echara a perder con un Lightworm —masculló Will.

—¡Will! —lo riñó Tessa—. Cecily y Gabriel son muy felices.

Will se dejó caer teatralmente en un sillón, después de tocarle a su hijo la muñeca al pasar, una caricia suave y cariñosa que decía mucho.

—Al menos debes admitir, Tessa, que Tatiana está tan loca como un ratón metido en una tetera. Se niega a hablar con ninguno de nosotros, y eso incluye a sus hermanos, porque dice que tuvimos que ver con la muerte de su padre. Lo cierto es que dice que lo asesinamos sin piedad. Todo el mundo intenta explicarle que, en el momento del despiadado asesinato, su padre era un gusano gigante que acababa de comerse a su marido y continuó su comida con un sorbete de sirviente, pero ella insiste en rondar por la casa de la familia con todas las cortinas echadas y seguir enfadada.

—Ha perdido mucho. Perdió a su hijo —explicó Tessa. Con la preocupación dibujada en el rostro, le echó hacia atrás el pelo a su hijo. Will miró a James y guardó silencio.

—La señora Blackthorn ha regresado de Idris con su familia y se ha instalado en su casa de Inglaterra solo para que yo pueda visitarla, y me ha enviado un mensaje por medio de los canales habituales de los subterráneos, prometiéndome una suma principesca si voy allí y hago unos cuantos hechizos que incrementen el atractivo de su joven pupila —explicó Magnus, y trató de quitarle seriedad al asunto—. Supongo que la quiere casar.

Tatiana no era la primera cazadora de sombras que buscaba el hechizo de un brujo para hacerse la vida más fácil y placentera. Sin embargo, era la que había ofrecido el mejor precio.

—¿Eso ha hecho? —preguntó Will—. La pobre chica debe de ser como un sapo en un sombrero.

Tessa rio y se tapó la boca con la mano, y Will sonrió, complacido

consigo mismo, como siempre hacía cuando conseguía divertir a Tessa.

—Supongo que no debería hablar mal de los vástagos de nadie, ya que mi propio hijo parece no estar muy bien de la cabeza. Dispara a cosas, ¿sabes? Montó todo un espectáculo en el Derby de Ascot cuando vio a una desafortunada mujer que llevaba un sombrero con demasiada fruta de cera para su gusto.

—Ya sé que dispara a cosas —repuso Magnus con tacto—. Sí. Will suspiró.

—Que el Ángel me dé paciencia para no estrangularlo, y sabiduría para poderle meter algo de sensatez en su gorda cabeza.

—Me preguntó de dónde le vendrá —declaró Magnus con toda la intención.

—No es igual —insistió Tessa—. Cuando Will tenía la edad de Jamie trató de alejar a todos los que quería. Jamie es tan cariñoso como siempre con nosotros, con Lucie y con su *parabatai*. Es a sí mismo a quien desea destruir.

—Y sin embargo no hay ninguna razón para ello —le aseguró Will, y propinó un puñetazo al brazo del sillón—. Conozco a mi hijo, y no se comportaría de este modo a no ser que creyera que no tiene otra alternativa. A no ser que estuviera tratando de lograr un objetivo, o castigarse de algún modo porque pensara que ha hecho algo malo...

¿Me habéis llamado? Aquí estoy.

Magnus alzó la mirada y vio al hermano Zachariah en la puerta. Era una silueta delgada, con la capucha del hábito bajada, dejando ver el rostro. Los Hermanos Silenciosos rara vez mostraban la cara, ya que se sabía que la mayoría de los cazadores de sombras reaccionaban ante las cicatrices y la desfiguración de su piel. Era una señal de confianza que Jem se mostrara así a Will y Tessa.

Jem seguía siendo Jem. Al igual que Tessa, no había envejecido. Los Hermanos Silenciosos no eran inmortales, pero envejecían con una terrible lentitud. Las poderosas runas que les concedían el

conocimiento y les permitían hablar con la mente también les ralentizaban el envejecimiento del cuerpo y los convertían en estatuas vivientes. Las manos de Jem eran pálidas y delgadas bajo los puños de su hábito; después de todo ese tiempo seguían siendo las manos de un músico. Su rostro parecía esculpido en mármol; los ojos, lunas medio ocultas. Las oscuras runas le resaltaban sobre los altos pómulos. El cabello se le ondulaba sobre la sien, oscuridad entreverada de plata.

Al verlo, Magnus sintió una gran pena. Envejecer y morir era humano, y Jem se hallaba fuera de esa humanidad, fuera de la luz que brillaba con tanta intensidad durante tan poco tiempo. Fuera de esa luz y ese fuego, hacía frío. Nadie conocía mejor ese frío que él.

Al ver a Magnus, Jem inclinó la cabeza.

Magnus Bane. No sabía que estarías aquí.

—Yo... —comenzó a decir Magnus, pero Will ya se había puesto de pie y cruzaba la sala a grandes zancadas en dirección a Jem. Se había animado al verlo, y Magnus notó que la atención del recién llegado se alejaba de él y se centraba en Will, para quedarse. Esos dos chicos habían sido muy diferentes; sin embargo, hubo veces en que parecían una unidad tan completa que a Magnus le resultó extraño ver a Will cambiado como cambiaban todos los humanos mientras que Jem había permanecido casi inmutable, ver que cada uno había escogido un lugar al que el otro no podía seguirlo. Supuso que debía de ser extraño incluso para ellos.

Y sin embargo... seguía habiendo algo entre ellos que siempre había recordado a Magnus una vieja leyenda sobre el hilo rojo del destino: que un invisible hilo escarlata ataba a ciertas personas, y por muy enmarañado que acabase, ni podía ni quería romperse.

Los Hermanos Silenciosos se movían del modo que uno imaginaría moverse a una estatua. Jem se había movido así al entrar, pero mientras Will se le acercaba, dio un paso adelante hacia su antiguo *parabatai*, y el paso fue rápido, firme y humano, como si estar cerca

de la gente a la que quería lo hiciera sentirse de nuevo hecho de carne y sangre.

—Estás aquí —dijo Will, e implícita en sus palabras había la alegría que sentía de repente. Con Jem ahí, todo iría bien.

—Sabía que vendrías —lo saludó Tessa, mientras se alzaba del costado de su hijo para ir detrás de su esposo. Magnus vio brillar el rostro del hermano Zachariah al oír la voz de Tessa, sin que importaran las runas ni la palidez. Por un instante, volvió a ser un muchacho al inicio de su vida, con el corazón lleno de esperanza y amor.

Cuánto se amaban esos tres, cuánto habían sufrido los unos por los otros, y sin embargo, cuánta felicidad sentían simplemente por hallarse en la misma sala. Magnus había amado antes, muchas veces, pero no recordaba haber sentido nunca la sensación de paz que radiaba de esos tres solo por el hecho de estar juntos. Algunas veces, Magnus había ansiado la paz, como un hombre vagando durante siglos por el desierto sin ver nunca agua y teniendo que vivir anhelándola.

Tessa, Will y su perdido Jem se juntaron en un fuerte abrazo. Magnus supo que, durante unos momentos, nada existía en el mundo fuera de ellos tres.

Miró el sofá donde yacía James Herondale y vio que el chico estaba despierto, sus ojos dorados como vigilantes llamas enseñando a las velas a arder con brillo. James era el joven, el muchacho que tenía toda la vida ante él, pero no había esperanza ni alegría en su rostro. Tessa, Will y Jem parecían naturales estando juntos, pero incluso en esa sala con aquellos que lo querían más que a sus propias vidas, James parecía completamente solo. Había algo desesperado y desolado en su rostro. Trató de alzarse apoyado en un codo, y volvió a desplomarse sobre los cojines del sofá, con la cabeza echada hacia atrás, como si fuera demasiado pesada para sostenerla firme.

Tessa, Will y Jem murmuraban juntos, la mano de Will sobre el brazo de Jem. Magnus nunca había visto a nadie tocar así a un

Hermano Silencioso, con sencilla amistad. Sintió un dolor por dentro, y vio ese dolor hueco reflejado en el rostro del chico del sofá.

Llevado por un impetuoso impulso, Magnus cruzó la sala y se arrodilló ante el sofá, junto al hijo de Will, que lo miró con sus cansados ojos dorados.

—¿Los ves? —dijo James—. ¿El modo en que se aman? Solía pensar que ese amor era generoso y bueno.

—¿Y ahora? —preguntó Magnus.

El chico apartó el rostro. Magnus se encontró mirando la nuca de James, su cabellera negra tan parecida a la de su padre y el borde de su runa de *parabatai* por encima del cuello de la camisa.

«Debe de tenerla en la espalda —pensó Magnus—, sobre el omóplato, donde estaría el ala de un ángel».

—James —dijo Magnus en voz baja y presurosa para reclamar su atención—. Hubo un tiempo en que tu padre guardaba un terrible secreto que pensaba que no podía contar a nadie en el mundo, y me lo contó a mí. Puedo ver que hay algo que te reconcome por dentro, algo que estás ocultando. Si hay algo que quieras decirme, ahora o en cualquier otro momento, tienes mi palabra de que guardaré tus secretos, y que te ayudaré si puedo.

James se movió para mirar a Magnus. Este creyó captar un destello de relajación, como si se estuviera aflojando el implacable puño con el que aferraba lo que fuera que atormentaba al muchacho.

—No soy como mi padre —dijo—. No confundas mi desesperación con nobleza disfrazada, porque no lo es. Sufro por mí, no por nadie más.

—Pero ¿por qué sufres? —preguntó Magnus frustrado—. Tu madre tenía razón cuando ha dicho que has sido querido toda tu vida. Si me permitieras ayudarte...

La expresión del chico se cerró como una puerta. De nuevo, apartó el rostro de Magnus y cerró los ojos. La luz le cayó sobre el borde de las pestañas.

—Di mi palabra de que nunca lo contaría —respondió—. Y no hay nadie en este mundo que pueda ayudarme.

—James —exclamó Magnus, realmente sorprendido por la desesperación que veía en el tono del chico.

La alarma en la voz de Magnus llamó la atención de los otros. Tessa y Will apartaron la mirada de Jem y la volvieron hacia su hijo, el chico que llevaba el nombre de Jem, y al unísono todos fueron hacia donde el joven se hallaba. Will y Tessa cogidos de la mano.

El hermano Zachariah se inclinó sobre el respaldo del sofá y le tocó con ternura el cabello a James con sus dedos de músico.

—Hola, tío hermano Zachariah —lo saludó James, abriendo los ojos—. Te diría que lamento molestarte, pero estoy seguro de que esto es lo más excitante que te ha pasado en todo el año. La Ciudad de Hueso no es muy entretenida, ¿verdad?

—¡James! —lo riñó Will—. No le hables así a Jem.

Como si no estuviera acostumbrado a Herondales de mal comportamiento, repuso el hermano Zachariah, del mismo modo que siempre había intentado reconciliar a Will con el mundo.

—Supongo que la diferencia es que a mi padre siempre le importó lo que pensaras de él —replicó James—. Y a mí no. Pero no te lo tomes como algo personal, tío Jem. No me importa lo que nadie piense.

Y sin embargo, había tomado por costumbre dar el espectáculo, como había dicho Will, y Magnus no tenía ninguna duda de que era deliberado. Debía de importarle lo que pensara alguien. Debía de estar haciendo todo eso con un propósito.

«Pero ¿qué propósito puede ser ese?», se preguntó Magnus.

—James, esto no es normal en ti —dijo Tessa abrumada—. A ti siempre te ha importado. Siempre has sido bueno. ¿Qué te está preocupando?

—Quizá nada me esté preocupando. Quizá simplemente me haya dado cuenta de que antes yo era muy aburrido. ¿No crees que antes

era aburrido? Tanto estudiar... y el latín... —Se estremeció—. Horrible.

No hay nada aburrido en que las cosas te importen, o en un corazón abierto y cariñoso, intervino Jem.

—Eso decís vosotros —replicó James—. Y es fácil ver por qué. Vosotros tres, los tres queriéndooos como locos cada uno más que el otro. Y sois muy amables preocupándoos por mí. —Contuvo el aliento un instante y luego sonrió, pero fue una sonrisa de gran tristeza—. Desearía no preocuparos tanto.

Tessa y Will intercambiaron una mirada de desesperación. La sala estaba cargada de preocupación e inquietudes paternas. Magnus comenzaba a sentirse agobiado bajo el peso de tanta humanidad.

—Bueno —anunció—. Por muy educativa y de vez en cuando húmeda que haya sido esta noche, no deseo entrometerme en una reunión familiar, y tengo aún menos deseo de presenciar ningún drama entre padres e hijos, ya que encuentro que, con los cazadores de sombras, suelen durar mucho. Me marchó.

—Pero podrías quedarte aquí —le ofreció Tessa—. Ser nuestro invitado. Estaríamos encantados de que te quedaras.

—¿Un brujo en los sagrados aposentos de un Instituto de los cazadores de sombras? —Magnus se estremeció—. Piénsalo.

Tessa le lanzó una seca mirada.

—Magnus...

—Además, tengo una cita —añadió el brujo—. Una a la que no debo llegar tarde.

Will lo miró ceñudo.

—¿A estas horas de la noche?

—Tengo un trabajo muy peculiar y un horario también peculiar —contestó Magnus—. Creo recordar que unas cuantas veces me visitaste en busca de ayuda a horas bien avanzadas de la noche. —Se despidió con una inclinación de cabeza—. Will, Tessa, Jem. Buenas noches.

Tessa se puso a su lado.

—Te acompaño a la salida.

—Adiós, seas quien seas —dijo James, adormilado, y cerró los ojos—. No recuerdo tu nombre.

—No le hagas caso —le advirtió Tessa en voz baja mientras se dirigía con Magnus hacia la salida. Se detuvo en el umbral un momento y miró hacia atrás a su hijo y a los dos hombres que estaban con él. Will y Jem estaban hombro con hombro, y desde el otro lado de la sala era imposible no ver que Jem era más esbelto, que no había envejecido, como había hecho Will. De todas formas, en la voz de este último había todo el entusiasmo de un muchacho cuando dijo, en respuesta a una pregunta que Magnus no oyó: «Sí, claro que puedes tocar antes de irte. Está en la sala de música, como siempre, conservado intacto para ti».

—¿Su violín? —murmuró Magnus—. No creía que a los Hermanos Silenciosos les interesara la música.

Tessa suspiró suavemente y salió al pasillo junto a Magnus.

—Will no ve a un Hermano Silencioso cuando mira a Jem —explicó—. Solo ve a Jem.

—¿Es difícil? —preguntó Magnus.

—¿Qué es difícil?

—Compartir el corazón de tu esposo con alguien más —precisó Magnus.

—Si fuera diferente, no sería el corazón de Will —respondió Tessa—. Él sabe que también comparte mi corazón con Jem. No querría que fuera de otro modo, y él tampoco lo querría de otro modo.

Eran tanto parte el uno de la otra que no había forma de desenredarlos, incluso pasado todo este tiempo, y tampoco había ningún deseo de hacerlo. Magnus hubiera querido preguntarle a Tessa si alguna vez tenía miedo de lo que le ocurriría cuando Will muriera, cuando su unión finalmente se rompiera, pero no lo hizo. Con suerte, pasaría mucho tiempo antes de que eso ocurriera, mucho tiempo antes

de que se diera cuenta por completo de la carga de ser inmortal y, sin embargo, amar a lo que no lo era.

—Muy hermoso —fue lo que Magnus acabó diciendo—. Bueno, os deseo a todos lo mejor con vuestro pequeño vándalo.

—Nos veremos antes de que te marches de Londres, claro —dijo Tessa en aquel tono suyo que ya tenía de joven, un tono que no permitía contradicción.

—Sin duda —repuso Magnus. Vaciló un instante—. Y, Tessa, si alguna vez me necesitas, y espero que si pasa sea dentro de muchos años largos y felices, envíame un mensaje y estaré a tu lado de inmediato.

Ambos sabían a qué se refería Magnus.

—Lo haré —contestó Tessa, y le estrechó la mano. La de ella era pequeña y suave, pero el apretón fue sorprendentemente fuerte.

—Creedme, querida dama —le dijo Magnus fingiendo una extremada cortesía. Le soltó la mano y le hizo una florida reverencia—. ¡Llamadme y vendré!

Cuando Magnus se volvió para alejarse de la iglesia, oyó el sonido de la música de un violín que llevaba hasta él el neblinoso aire londinense, y recordó otra noche, una noche de fantasmas, nieve y música navideña, y a Will en los escalones del Instituto contemplando a Magnus marchar. En ese momento era Tessa la que permanecía en la puerta con la mano alzada en despedida hasta que Magnus llegó a la verja con su ominoso mensaje: Somos polvo y sombras. Este miró hacia atrás y la vio, pequeña y pálida, en el umbral del Instituto, y de nuevo pensó: «Sí, quizá me equivoqué al dejar Londres».



No era la primera vez que Magnus había hecho el trayecto de Londres a Chiswick para visitar Lightwood House. La casa de Benedict

Lightwood había estado abierta a los subterráneos que se adaptaban a su idea de lo que era pasar un buen rato.

En un tiempo había sido una gran mansión, de brillante piedra blanca y adornada con estatuas griegas y demasiadas columnas como para contarlas. Los Lightwood eran gente orgullosa y ostentosa, y su hogar, en todo su esplendor neoclásico, así lo reflejaba.

Magnus sabía en qué se había convertido ese orgullo. El patriarca, Benedict Lightwood, había contraído una enfermedad por mantener relaciones con demonios y se había transformado en un monstruo asesino que sus propios hijos se habían visto obligados a matar con la ayuda de una hueste de otros cazadores de sombras. Su mansión había pasado a manos de la Clave como castigo, su dinero había sido confiscado y su familia había pasado a ser el hazmerreír de todos, un sinónimo de pecado y traición de todo aquello que los cazadores de sombras valoraban.

Magnus no tenía paciencia con la altiva arrogancia de los cazadores de sombras, y por lo general disfrutaba viendo cómo les bajaban los humos, pero pocas veces había visto a una familia caer en desgracia de un modo tan fulminante. Gabriel y Gideon, los dos hijos de Benedict, habían conseguido recuperar la respetabilidad mediante su buen comportamiento y la ayuda de la Cónsul, Charlotte Branwell. Su hermana, sin embargo, era harina de otro costal.

Magnus no sabía cómo había conseguido recuperar Lightwood House. «Tan loca como un ratón en una tetera», había dicho Will de ella, y conociendo la desgracia en que había caído la familia, Magnus no podía esperar una grandeza como la del tiempo de Benedict. Sin duda, la casa estaría destartalada, cubierta con el polvo del tiempo, y solo unos cuantos sirvientes para mantenerla en orden...

El carruaje que Magnus había alquilado se detuvo.

—Este sitio parece abandonado —opinó el cochero, mientras lanzaba una dudosa mirada por encima de la verja de hierro, que se veía bloqueada por el óxido y atenazada por las plantas trepadoras.

—O encantado —sugirió Magnus con animación.

—Bueno, pues no puedo entrar. Esas verjas no se abren —repuso el cochero, malhumorado—. Tendrá que bajarse y caminar, si está tan decidido a entrar.

Magnus lo estaba. Se le había disparado la curiosidad, y se acercó a la verja como un gato, dispuesto a escalarla si era necesario.

Un poco de magia, un pequeño hechizo de apertura, y la verja se abrió de par en par con una lluvia de partículas de metal oxidado; al otro lado se iniciaba un camino largo y lleno de malas hierbas que conducía a la mansión fantasmagórica que se divisaba en la distancia como una reluciente lápida bajo la luna llena.

Magnus cerró la verja y avanzó, escuchando el trino o el ulular de los pájaros nocturnos en los árboles y el roce de las hojas bajo el viento de la noche. Una enmarañada jungla ennegrecida se alzaba a ambos lados del camino, los restos de los famosos jardines Lightwood. Estos habían sido muy hermosos. Magnus recordaba vagamente haber oído a Benedict Lightwood comentar borracho que habían sido la alegría de su difunta esposa.

En ese momento, los altos setos del jardín italiano formaban un laberinto retorcido del que no se vislumbraba una clara salida. Magnus recordó haber oído que habían matado al monstruo en que se había convertido Benedict Lightwood en esos jardines, y que el negro icor se derramó de las venas del monstruo a la tierra en un chorro imparable.

Magnus notó un arañazo en una mano y bajó la mirada. Vio un rosal que había sobrevivido, pero que ahora ya era salvaje. Le costó un momento identificar la planta, porque aunque la forma de las flores le resultaba familiar, el color no lo era. Esas rosas eran tan negras como la sangre de la serpiente muerta.

Arrancó una. La flor se le deshizo en la mano como si hubiera estado hecha de ceniza, como si ya llevara mucho tiempo muerta.

Magnus siguió hacia la casa.

La corrupción que se había apoderado de las rosas no llegó a

alcanzar la casa. Lo que antes fue una lisa fachada blanca se había vuelto gris con los años, salpicada de negra suciedad y verde podredumbre. Las brillantes columnas estaban envueltas en enredaderas medio muertas, y las terrazas, que Magnus recordaba como huecos de copas de alabastro, estaban llenas de oscuras marañas de espinos y de detritos acumulados a lo largo de los años.

La aldaba había tenido en tiempos la forma de un reluciente león dorado con un aro en la boca. En ese momento, el aro corroído estaba caído sobre los escalones, y la boca gris del león se mostraba abierta y vacía como en un hambriento rugido. Magnus llamó a la puerta. Oyó el estampido resonar dentro de la casa como si lo único que hubiera y fuera a haber por toda la eternidad fuese el pesado silencio de una tumba, como si cualquier sonido representara una intromisión.

El convencimiento de que todos en esa casa debían de estar muertos había ido arraigando de tal manera en Magnus que sufrió una fuerte impresión cuando la mujer por la que estaba allí abrió la puerta.

Naturalmente, era bastante extraño que una dama abriera su propia puerta, pero por el aspecto del lugar, Magnus supuso que a todo el servicio le habrían dado la década libre.

Magnus tenía un vago recuerdo de haber visto a Tatiana Lightwood en una de las fiestas de su padre: un vistazo de una chica de lo más normal, con grandes ojos verdes, detrás de una puerta que se cerraba rápidamente.

Incluso después de haber visto la casa y los jardines, no estaba preparado para Tatiana Blackthorn.

Sus ojos seguían siendo muy verdes. Su severa boca estaba aprisionada por marcadas arrugas de amarga decepción y profundo dolor. Parecía una mujer de sesenta años, no de cuarenta. Llevaba un vestido que había pasado hacía mucho tiempo de moda; le colgaba de los esqueléticos hombros y le caía sobre el cuerpo como una mortaja. La tela mostraba manchas marrones, pero en algunos puntos era de un descolorido color pastel casi blanco, mientras que en otras partes le

recordó a Magnus lo que suponía que habría sido su color fucsia original.

Debería haber tenido un aspecto ridículo. Llevaba el absurdo vestido rosa brillante de una mujer más joven, de alguien que fuera casi una niña, enamorada de su marido y yendo a visitar a su papá.

Sin embargo, no resultaba ridícula. Su severo rostro prohibía la lástima. Ella, como la casa, resultaba sobrecogedora en su ruina.

—Bane —dijo Tatiana, y abrió la puerta lo suficiente para que Magnus pudiera pasar. No pronunció ninguna palabra de bienvenida.

Cerró la puerta detrás de él, un sonido tan definitivo como el de cerrar una tumba. Magnus se detuvo en el vestíbulo, esperando a la mujer, que se había quedado atrás, y mientras aguardaba oyó pasos sobre su cabeza, la señal de que alguien más estaba vivo en esa casa.

Por la amplia escalera curva bajaba una chica. Magnus siempre había encontrado hermosos a los mortales, y había visto muchos mortales a los que cualquiera hubiera descrito como bellos.

Esta era de una belleza extraordinaria, una belleza diferente de la belleza de los mortales.

En la sucia y manchada ruina en que se había convertido la casa, ella brillaba como una perla. Su cabello también era del color de una perla, el marfil más claro con un toque de oro; su piel era del luminoso rosa y blanco de una concha marina. Las pestañas eran espesas y oscuras, y cubrían unos ojos de un profundo gris extraterrenal.

Magnus tragó aire. Tatiana lo oyó y lo miró con una sonrisa triunfal.

—Es magnífica, ¿verdad? Mi pupila. Mi Gracia.

«Gracia».

De repente, Magnus comprendió algo que lo dejó parado. Claro que James Herondale no había estado pidiendo alto tan vago y distante como una bendición, el anhelo del alma por la piedad y la comprensión divina. Su desesperación radicaba en algo más de carne y hueso que eso.

«Pero ¿por qué es un secreto? ¿Por qué nadie puede ayudarlo?».

Magnus se esforzó por mantener el rostro inexpresivo mientras la chica se acercaba a él y le tendía la mano.

—¿Cómo está usted? —murmuró ella.

Magnus la miró fijamente. Su rostro era una taza de porcelana; sus ojos eran tentadores. La combinación de la belleza, la inocencia y la promesa del pecado era impactante.

—Magnus Bane —dijo ella con una voz suave y susurrante.

Magnus no pudo más que quedársela mirando. Todo en ella estaba construido a la perfección para atraer. Era hermosa, sí, pero era más que eso. Parecía tímida, y sin embargo toda su atención estaba centrada en Magnus, como si fuera lo más fascinante que hubiera visto nunca. No había hombre que no quisiera verse reflejado así en los hermosos ojos de la muchacha. Y si el escote de su vestido era un pelín bajo, no resultaba escandaloso, porque sus ojos grises estaban cargados de una inocencia que decía que, por el momento, desconocía el deseo, aunque había una lubricidad en la curva de los labios y una oscura luz en los ojos que decía que bajo las manos adecuadas sería una pupila que daría los más exquisitos resultados...

Magnus dio un paso atrás, apartándose de ella como si fuera una serpiente venenosa. Ella no pareció dolida, o enfadada, ni siquiera sobresaltada. Miró a Tatiana con un curioso interrogante en el rostro.

—¿Mamá? —dijo—. ¿Qué pasa?

Tatiana hizo una mueca.

—Este no es como los otros —contestó—. Quiero decir, sí que le gustan las chicas, y los chicos también, he oído, pero su gusto no incluye a los cazadores de sombras. Y no es mortal. Lleva mucho tiempo vivo. No se puede esperar de él que tenga las... reacciones normales.

Magnus podía imaginarse cuáles eran las reacciones normales: las reacciones de un chico como James Herondale, extremadamente protegido, al que habían enseñado que el amor era amable, bueno, que

se debía amar con todo el corazón y entregar toda el alma. Magnus podía imaginarse las reacciones normales ante esta chica, una chica de la que cada gesto, cada expresión, cada rasgo, gritaba: «Ámame, ámame, ámame».

Pero Magnus no era ningún jovencito. Recordó sus modales e hizo una reverencia.

—Encantado —dijo—. O cualquier otra expresión que te complazca más.

Gracia lo observó con un frío interés. Sus reacciones eran calladas, pensó Magnus, o mejor dicho, cuidadosamente medidas. Parecía una criatura hecha para atraer a todos y no expresar nada real, aunque haría falta un observador maestro como Magnus para notarlo.

De repente, a Magnus le recordó no a ningún mortal, sino a la vampira Camille, que había sido su último y más lamentable amor verdadero.

Magnus se había pasado años imaginando que había fuego detrás del hielo de Camille, que había esperanzas, sueños y amor esperándolo. Lo que había amado en Camille solo había sido un espejismo. Magnus había actuado como un niño, imaginando formas y cuentos en las nubes del cielo.

Apartó la mirada de Gracia en su escueto vestido azul y blanco, como una visión del cielo en el infierno gris de esa casa, y miró a Tatiana. Ella entrecerró los ojos con desprecio.

—Ven, brujo —dijo—. Creo que tenemos asuntos que discutir.

Magnus siguió a Tatiana y a Gracia escaleras arriba y después por un largo pasillo casi tan oscuro como la noche. Magnus oyó el crujido de cristales rotos bajo sus pies, y la casi inexistente luz iluminó algo que huía correteando ante él. Esperó que fuera algo inofensivo, como una rata, pero algo en sus movimientos sugería una forma mucho más grotesca.

—No intentes abrir ninguna puerta o cajón mientras estés aquí, Bane. —La voz de Tatiana flotó, lúgubre, hacia él—. Mi padre dejó

atrás muchos guardianes para proteger lo que es nuestro.

Abrió una puerta, y Magnus contempló la sala a la que daba paso. Había un escritorio volcado y pesadas cortinas ajadas colgando ante la ventana, como cuerpos en la horca; sobre el suelo de madera había astillas y manchas de sangre, las marcas de una lucha sostenida hacía mucho que nadie había limpiado.

Muchos de los cuadros colgaban torcidos o con el vidrio roto, pero incluso los que estaban enteros se veían grises y opacos. Una buena parte de ellos parecían ser de temas náuticos (Magnus se había hartado del mar después de su desafortunado intento de vivir una vida de pirata durante un día). Los barcos de aquellos cuadros parecían estar hundiéndose en mares de polvo.

Solo había un retrato intacto y limpio. Era un óleo, sin vidrio que lo cubriera, pero no había ni una mota de polvo en la superficie. Era lo único limpio, aparte de Gracia, en toda la casa.

El retrato era de un muchacho de unos diecisiete años. Se hallaba sentado en un sillón, la cabeza apoyada en el respaldo como si no tuviera la fuerza de aguantarla por sí solo. Estaba terriblemente delgado y blanco como la sal. Sus ojos eran profundos, aún verdes, como el estanque de un bosque, escondido bajo las hojas colgantes de un árbol, jamás expuesto al sol o el viento. Tenía el cabello oscuro y le caía, tan fino y liso como la seda, sobre la frente. Los largos dedos se curvaban sobre los brazos del sillón, casi aferrándolo, y ese desesperado gesto de las manos contaba una silenciosa historia de dolor.

Magnus ya había visto antes retratos como ese, las últimas imágenes de los ausentes. Veía, pese a los años, el gran esfuerzo que le había costado al chico sentarse para ese retrato, para el consuelo de sus seres amados que vivirían cuando él ya no estuviera.

Su pálido rostro tenía la mirada distante de quien ya ha dado demasiados pasos en la senda de la muerte para poder retroceder. Magnus pensó en James Herondale, ardiendo con demasiada luz,

demasiado amor, demasiado, demasiado; mientras que el muchacho del retrato era tan hermoso como un poeta agonizante, con la frágil belleza de una vela a punto de extinguirse.

Sobre el rasgado papel de la pared, que quizá hubiera sido verde y que había mutado a un color gris verdoso, como el de un mar lleno de desperdicios, había palabras escritas con el mismo marrón oscuro de las manchas del vestido de Tatiana. Magnus reconoció lo que era ese color: sangre que había sido derramada muchos años atrás y nunca lavada.

El papel de la pared colgaba hecho jirones. Magnus pudo distinguir solo alguna palabra aquí y allá en los trozos que quedaban: pena, arrepentimiento, infernal.

La última frase aún era legible. Decía: Que Dios tenga piedad de nuestras almas. Bajo eso, escrito no en sangre sino recortado en el papel, por lo que Magnus sospechó que se trataba de una mano diferente, ponía: Dios no tiene piedad y tampoco la tendré yo.

Tatiana se hundió en un sillón, el tapizado gastado y sucio, y Gracia se arrodilló junto a su madre adoptiva sobre el mugriento suelo. Lo hizo con elegancia, delicadamente, las faldas hinchadas alrededor como los pétalos de una flor. Magnus supuso que debía de estar acostumbrada a sentarse sobre la suciedad y a alzarse de ella con una apariencia externa de radiante pureza.

—Al asunto, entonces, señora —dijo Magnus, y añadió en silencio para sí: «Para salir de esta casa lo antes posible»—. Dígame exactamente por qué necesita mis fabulosos e insuperables poderes, y qué quiere que haga.

—Como ya ha podido comprobar —respondió Tatiana—, mi Gracia no necesita hechizos que aumenten sus encantos naturales.

Magnus contempló a la muchacha, que se miraba las manos unidas sobre el regazo. Quizá ya estuviera usando hechizos. Quizá fuera simplemente bonita. Magia o naturaleza, para Magnus eran casi lo mismo.

—Estoy seguro de que es encantadora por derecho propio.

Gracia no dijo nada, solo lo observó por debajo de las pestañas. Era una mirada devastadora de un modo recatado.

—Quiero algo diferente de ti, brujo —dijo Tatiana, lenta y claramente—. Quiero que salgas al mundo y mates a cinco cazadores de sombras. Te diré cómo debe hacerse y te pagaré con mucha generosidad.

Magnus estaba tan asombrado que pensó que debía de haberla oído mal.

—¿Cazadores de sombras? —repitió—. ¿Matarlos?

—¿Tan extraña es mi petición? No siento ningún cariño por los cazadores de sombras.

—Pero, querida señora, usted es una cazadora de sombras.

Tatiana Blackthorn se cogió las manos sobre el regazo.

—No lo soy.

Magnus se la quedó mirando durante un largo momento.

—Ah —repuso—. Le pido disculpas. Hummm, ¿sería muy grosero por mi parte preguntarle qué cree ser usted? ¿Cree ser la pantalla de una lámpara?

—No encuentro divertida tu frivolidad.

Magnus habló en un tono más apagado.

—De nuevo le pido disculpas. ¿Cree ser un pianoforte?

—Contén tu lengua, brujo, y no hables de asuntos de los que no sabes nada. —Tatiana tensó las manos de repente, curvadas como garras sobre la falda del que fuera su bonito vestido. El tono de auténtica agonía en su voz fue suficiente para silenciar a Magnus, y continuó—: Un cazador de sombras es un guerrero. Un cazador de sombras nace y se lo entrena para ser la mano de Dios sobre esta tierra, para limpiarla de maldad. Eso es lo que dicen nuestras leyendas. Eso fue lo que me enseñó mi padre. Él decretó que no se me entrenara como a una cazadora de sombras. Me dijo que ese no era mi lugar, que mi lugar en la vida era ser la obediente hija de un guerrero

y, con el tiempo, la consorte de un noble guerrero y la madre de guerreros que mantendrían la gloria de los cazadores de sombras durante otra generación.

Tatiana hizo un gesto señalando las palabras de la pared y las manchas del suelo.

—Toda esta gloria —dijo, y rio con amargura—. Mi padre y mi familia cayeron en desgracia, y mi esposo fue destrozado ante mis ojos, destrozado. Tuve un hijo, mi hermoso niño, mi Jesse, pero no llegó a entrenarse como guerrero. Fue siempre muy débil, muy enfermizo. Les rogué que no le pusieran las runas, estaba segura de que lo matarían; pero los cazadores de sombras me retuvieron y lo sujetaron mientras le grababan con fuego las Marcas en la piel. Él gritó y gritó. Todos pensamos que moriría entonces, pero no fue así. Aguantó por mí, por su mamá, pero esa crueldad lo condenó. Cada año era más enfermizo y débil, hasta que fue demasiado tarde. Tenía dieciséis años cuando me dijeron que no iba a vivir.

Movía las manos sin parar mientras hablaba, desde sus gestos señalando las paredes hasta tirarse del vestido manchado con sangre vieja. Se tocaba los brazos como si aún le doliera allí donde la habían agarrado los cazadores de sombras, y jugueteaba con un relicario grande y adornado que le colgaba del cuello. Lo abría y lo cerraba, el metal deslustrado brillándole entre los dedos, y Magnus creyó vislumbrar un espantoso retrato. ¿De nuevo su hijo?

—Me hago cargo de que ha sufrido mucho, señora Blackthorn —repuso Magnus con tanta gentileza como pudo—. Pero en vez de idear un plan de venganza con la matanza sin sentido de cazadores de sombras, piense que hay muchos de ellos que lo que más desean es ayudarla y aliviar su dolor.

—¿De verdad? ¿Y de quién estás hablando? ¿De William Herondale? —Y en boca de Tatiana, el odio goteaba de cada una de las sílabas del nombre de Will—. Se burló de mí porque lo único que hice fue gritar mientras mi amado moría, pero dime, ¿qué otra cosa

podría haber hecho? ¿Qué más se me había enseñado a hacer? —Los ojos de Tatiana eran enormes y de un verde venenoso, ojos con suficiente dolor en su interior para comerse al mundo y devorar un alma—. ¿Puedes decírmelo, brujo? ¿Podría decírmelo William Herondale? ¿Puede alguien decirme qué debería haber hecho cuando hice todo lo que se me pedía? Mi esposo está muerto, mi padre está muerto, mis hermanos están perdidos, mi hogar me fue arrebatado, y los nefilim no tuvieron el poder de salvar a mi hijo. Yo era todo lo que se me había dicho que debía ser, y como recompensa mi vida fue reducida a cenizas. No me hables de aliviar mi dolor. Mi dolor es lo único que me queda. No me hables de ser una cazadora de sombras. No soy uno de ellos. Me niego a serlo.

—Muy bien, señora. Ha dejado muy clara su postura en contra de los cazadores de sombras —dijo Magnus—. Lo que no sé es por qué piensa que yo la ayudaré a conseguir lo que quiere.

Magnus era muchas cosas, pero nunca había sido tonto. La muerte de unos cuantos cazadores de sombras no era el objetivo en sí. Si era eso todo lo que quería, no lo habría necesitado a él.

La única razón por la que se vería obligada a acudir a un brujo era si quería buscar una utilidad a esas muertes, transformar, como por alquimia, las vidas de los cazadores de sombras en magia para un hechizo. Sería el más negro de los hechizos negros, y que Tatiana lo conociera le dijo a Magnus que esa no era la primera vez que se había interesado por la magia negra.

Magnus ignoraba lo que buscaba Tatiana Blackthorn, cuyo dolor la había devorado como un lobo encerrado en su pecho, qué quería de la magia negra. No quería saber lo que Tatiana había hecho con ese poder en el pasado, y sin duda no quería que llegara a tener un poder que pudiera ser cataclísmico.

Tatiana puso una expresión de confusión que la hizo parecerse de nuevo a la mimada y consentida hija de Benedict Lightwood.

—Por dinero, naturalmente.

—¿Se cree que mataré a cinco personas y le dejaré un poder indecible en las manos por dinero? —exclamó Magnus sorprendido.

Tatiana agitó una mano.

—Oh, no trates de subir el precio fingiendo que encierras algún tipo de moral o sentimientos en tu interior, engendro del demonio. Di una suma y acabemos de una vez. Las horas de la noche son muy valiosas para mí, y no deseo perder más tiempo con alguien como tú.

Fue la normalidad con la que lo dijo lo que resultó escalofriante. Por muy loca que Tatiana estuviera, en aquel momento no desvariaba ni se dejaba llevar por la amargura. Se limitaba a partir de los hechos como los conocían los cazadores de sombras: que un subterráneo era un ser tan completamente corrupto que era inimaginable que tuviera corazón.

Claro, claro, la gran mayoría de los cazadores de sombras lo consideraban algo menos que humano, y tan por debajo de los hijos del Ángel como los monos de los hombres. A veces podía ser útil, pero era una criatura despreciable, de usar y tirar, y evitaban tocarlo porque era impuro.

Después de todo, le había sido muy útil a Will Herondale. Will no había acudido a él buscando un amigo, sino una conveniente fuente de magia. Incluso los mejores cazadores de sombras no eran muy diferentes del resto.

—Permítame decirle lo que una vez, en un contexto totalmente diferente, le dije a Catalina *la Grande* —replicó Magnus—: «Mi querida dama, no tenéis lo suficiente para pagar mi precio, y por favor, dejad en paz a ese caballo». Buenas noches.

Hizo una reverencia y salió con bastante celeridad de la sala. Mientras la puerta se cerraba con un chasquido, oyó la voz de Tatiana a su espalda como otro chasquido.

—¡Ve tras él!

No le sorprendió oír unos ligeros pasos repicando tras él en la escalera. Magnus se volvió al llegar frente a la puerta principal y se

encontró con los ojos de Gracia.

Sus pasos eran tan ligeros como los de una niña, pero no parecía una niña. En su rostro de pura porcelana, sus ojos eran profundos lagos tentadores con sirenas en su interior. Ella le devolvió la mirada a Magnus, y este volvió a pensar en Camille.

Era impresionante que una chica que no parecía tener más de unos dieciséis años pudiera rivalizar en control de sí misma con un vampiro de cientos de años. No había tenido tiempo de congelar sus sentimientos.

«Debe de haber algo —pensó Magnus— detrás de todo ese hielo».

—No regresarás arriba, ya veo —dijo Gracia—. No quieres ser parte del plan de mamá.

No era una pregunta, y no parecía sorprendida o curiosa. Quizá no le parecía impensable que Magnus tuviera escrúpulos. Posiblemente la muchacha también tuviera conciencia, pero estaba encerrada en esa oscura casa con una loca, y solo oía amargura del ocaso al amanecer. No era raro que fuera diferente de las otras chicas.

De repente, Magnus se arrepintió de haber dejado de lado a Gracia. Después de todo, no era más que una niña, y nadie sabía mejor que él lo que era ser juzgado y evitado. Le tocó el brazo.

—¿Tienes algún otro lugar adonde ir?

—¿Otro lugar? —repitió Gracia—. Sobre todo residimos en Idris.

—Lo que quiero decir es si ella te dejaría marcharte. ¿Necesitas ayuda?

Gracia se movió con tal celeridad que fue como un rayo envuelto en muselina; la larga y brillante hoja voló de su falda a su mano. Le puso la reluciente punta a Magnus sobre el corazón.

Eso era realmente una cazadora de sombras, pensó Magnus. Tatiana había aprendido algo de los errores de su padre. Había hecho entrenar a la chica.

—No soy ninguna prisionera aquí.

—¿No? —preguntó Magnus—. Entonces ¿qué eres?

Los terribles ojos de Gracia se entrecerraron. Relucían como el acero, y eran, de eso Magnus estaba seguro, igual de letales.

—Soy la espada de mi madre.

Muchos cazadores de sombras morían jóvenes y dejaban hijos que otro debía criar. Eso no era nada fuera de lo normal. Era natural que esos niños, acogidos en casa de otro cazador de sombras, consideraran a sus guardianes como sus padres y así los llamaran. Magnus ni se había parado a pensarlo. Sin embargo, se le ocurrió que un niño así podría estar tan agradecido de que lo hubieran acogido que su lealtad podía ser feroz, que una niña criada por Tatiana Blackthorn quizá no deseara que la rescataran, sino que lo que más podría desear era que se cumplieran los planes de su madre.

—¿Me estás amenazando? —preguntó Magnus a media voz.

—Si no quieres ayudarnos —contestó ella—, entonces sal de esta casa. Se acerca el alba.

—No soy un vampiro —replicó Magnus—. No desapareceré con la luz.

—Lo harás si te mato antes de que salga el sol —dijo Gracia—. ¿Quién echará de menos a un brujo?

Y sonrió, una sonrisa salvaje que, de nuevo, le recordó a Camille. Esa potente mezcla de belleza y crueldad. Había caído víctima de sí mismo. Solo pudo imaginar, de nuevo y con creciente horror, el efecto que Gracia habría tenido en James Herondale, un buen muchacho al que habían enseñado a creer que el amor también era bueno. James había entregado su corazón a esta joven, pensó Magnus, y sabía muy bien, por Edmund y por Will, lo que significaba que un Herondale entregara su corazón. No era un regalo que se pudiera devolver.

Tessa, Will y Jem habían criado a James con amor, lo habían rodeado de cariño y de la bondad que este podía llegar a generar. Pero no le habían entregado ninguna armadura contra la maldad. Le habían envuelto el corazón en sedas y terciopelo, y luego él se lo había entregado a Gracia Blackthorn, y ella le había tejido una jaula de

alambre de espino y cristal roto; lo había quemado hasta reducirlo a cenizas y había hecho volar los restos, otra capa de polvo en ese lugar de hermosos horrores.

Magnus hizo un pase con la mano a su espalda y luego se apartó de la espada de Gracia, cruzando la puerta que había abierto con un gesto.

—No le dirás a nadie lo que mi madre te ha pedido esta noche —le advirtió Gracia—. O me aseguraré de tu destrucción.

—Estoy seguro de que crees poder hacerlo —susurró Magnus. Gracia era terrible y brillante, como la luz que destellaba en el borde de su cuchilla—. Oh, por cierto. Sospecho que si James Herondale hubiera sabido que venía aquí, te habría enviado recuerdos.

Gracia bajó la espada y apoyó la punta suavemente en el suelo. La mano no le tembló y las pestañas le ocultaron los ojos.

—¿Y qué me importa James Herondale? —preguntó.

—Pensaba que tal vez sí. Después de todo, una espada no elige dónde apunta.

Gracia alzó la mirada. Sus ojos eran estanques profundos y lisos, su superficie totalmente inalterada.

—A la espada no le importa —respondió.

Magnus se volvió y caminó entre marañas de rosas negras y maleza hacia la oxidada verja. Miró hacia atrás, a la mansión, una única vez; vio la ruina de lo que había sido grandioso y elegante, y observó una cortina agitarse en una ventana en lo más alto y la insinuación de un rostro. Se preguntó quién estaría observándolo marchar.

Podía advertir a los subterráneos que se mantuvieran lejos de Tatiana y de sus planes. Ningún subterráneo dejaría de prestar atención a una advertencia contra uno de los nefilim. Tatiana no conseguiría magia negra por mucho que ofreciera.

Magnus podía ocuparse de eso, pero no veía la manera de ayudar a James Herondale. Gracia y Tatiana quizá lo hubieran hechizado. No

le extrañaría de ninguna de las dos, pero no veía una razón para que lo hubieran hecho. ¿Qué papel podría jugar James Herondale en cualquier oscuro complot que estuvieran maquinando? Lo más seguro era que el chico hubiera caído presa de los encantos de Gracia. El amor era el amor; no había ningún hechizo que curara un corazón roto sin destruir para siempre la capacidad de amar de ese corazón.

Y no había ninguna razón para que Magnus les contara a Will y a Tessa lo que había descubierto. Lo que James sentía por Gracia era su secreto, y Magnus le había asegurado que él nunca revelaría sus secretos, se lo había jurado. Nunca había traicionado la confianza de Will y no iba a traicionar a James. ¿De qué les serviría a Will y a Tessa saber el nombre del dolor de su hijo y no tener ningún remedio contra él?

De nuevo pensó en Camille, y en cómo lo había herido conocer la verdad sobre ella, en cómo había luchado arrastrándose sobre cuchillos para descubrirla, y en cómo, al final, con incluso mayor dolor, se había visto obligado a aceptar esa verdad.

Magnus no se tomaba el sufrimiento a la ligera, pero ni los mortales morían por un corazón roto. Por muy cruel que hubiera sido Gracia, se dijo, James lo superaría. Aunque fuera un Herondale.

Abrió la verja con las manos, con las espinas arañándolo, y recordó de nuevo el primer momento en que había visto a Gracia y la sensación que tuvo de estar frente a un depredador. Era muy diferente de Tessa, que siempre había estabilizado y anclado a Will, que le había sabido suavizar la mirada y la expresión de los labios hasta hacerlos sonreír.

Sería irónico, cruelmente irónico y terrible, que un Herondale se salvara por amor y otro Herondale se condenara por él.

Intentó sacarse de la cabeza tanto el recuerdo de Tessa y Will como el eco de las palabras de condena de Tatiana. Le había prometido a Tessa que regresaría, pero en ese momento lo único que quería hacer era escapar. No quería que le importara lo que los

cazadores de sombras pensaran de él. No quería que le importara lo que pasaría con ellos o con sus hijos.

Esa noche había ofrecido su ayuda a tres cazadores de sombras. Uno le había respondido que ya nadie podía ayudarlo, otro le había pedido que cometiera unos asesinatos y el tercero lo había apuntado con una espada.

Su relación de distante tolerancia mutua con los Whitelaw del Instituto de Nueva York le pareció, de repente, de lo más tentadora. Formaba parte de los subterráneos de Nueva York y no quería que fuera de otro modo. Se alegraba de haber abandonado Londres. Halló dentro de sí un ansia por Nueva York y sus luces más brillantes, y por sus pocos corazones rotos.

—¿Adónde? —preguntó el cochero.

Magnus pensó en el barco de Southampton a Nueva York, en estar en la cubierta y dejar que el aire del mar le limpiara la mustia atmósfera de Londres.

—Me parece que me voy a casa —respondió.

El auge del hotel Dumort

de Cassandra Clare y Maureen Johnson



La flecha hizo una especie de sonido cantarín al cortar el aire. Entró en el pecho de Aldous con la facilidad de un cuchillo deslizándose hacia el corazón de una manzana. Aldous se mantuvo erguido durante un momento, mirándola; luego se desplomó hacia un lado, muerto. Magnus contempló su sangre derramarse sobre el granito.

El auge del hotel Dumort







Finales de septiembre, 1929

Magnus vio inmediatamente a la pequeña vampira. Avanzaba entre la gente y se detuvo un momento para un rápido contoneo frente a la banda de músicos. Una media melena perfecta y unos brillantes ojos negros bajo un flequillo recto, igual que el de Louise Brooks. Llevaba un vestido azul eléctrico con delicadas cuentas colgantes que se le estrechaba en las rodillas.

Parecía una clienta normal del bar clandestino de Magnus, y se fundía fácilmente con las tres o cuatro docenas de personas apiñadas en la pista de baile. Pero había algo de «aparte» en ella, algo soñador y extraño. La música era rápida, pero ella bailaba a un sensual ritmo medio. Su piel era muy blanca, pero no del blanco polvoriento de los cosméticos. Mientras hacía su solitario baile de serpiente delante del saxofonista, se volvió y miró a Magnus a los ojos. Al hacerlo, dos pequeños colmillitos le aparecieron sobre el brillante labio rojo. Al darse cuenta de que le habían salido, rio y se llevó una mano a la boca. Un instante después, los colmillos se habían retraído.

Mientras tanto, Alfie, que ya se estaba apoyando en la barra para no caer, seguía inventándose una historia.

—Le dije... Magnus, ¿me estás escuchando?

—Claro, Alfie —contestó el brujo. Alfie era un asiduo muy atractivo y entretenido, con un gusto excelente para los trajes y pasión por los cócteles fuertes. Era banquero o algo así. Agente de bolsa, quizá. Esos días todos tenían algo que ver con el dinero.

—... le dije: «No puedes subir un barco a tu habitación del hotel, —y él contestó—: Claro que puedo. ¡Soy el capitán!». Y dije, le dije, dije...

—Un momento, Alfie. Tengo que ocuparme de algo.

—Pero si estoy llegando a lo mejor...

—Solo un momento —insistió Magnus mientras le daba unas palmaditas a su amigo en el brazo—. Volveré enseguida.

Alfie siguió la dirección de la mirada de Magnus y llegó a la chica.

—Eso sí que es un bocado sabroso —dijo asintiendo—. Pero no creía que ese fuera tu gusto.

—Mis gustos son universales —replicó Magnus sonriendo.

—Bueno, pues ve a darte un meneo. No estará aquí toda la noche. Yo te vigilo la trinchera. —Alfie dio una palmada a la barra—. Puedes confiar en mí.

Magnus hizo un gesto a Max, su excelente camarero, e inmediatamente este preparó otro South Side para Alfie.

—Para que no se te seque el gaznate mientras no estoy.

—Muy amable —dijo Alfie inclinando la cabeza—. Eres un encanto, Seco.

Magnus llamaba a su bar Señor Seco. América era técnicamente «seca», porque el alcohol era ilegal en todas partes. Pero la verdad era que la mayoría de los establecimientos eran «mojados», estaban inundados de alcohol. Sobre todo en Nueva York. Todos bebían en Nueva York, y hacerlo de forma ilegal lo hacía incluso mejor. El bar clandestino, en opinión de Magnus, era uno de los grandes logros de la humanidad. Íntimo, festivo, ilegal sin ser inmoral; un estremecimiento de peligro sin ser peligroso en realidad.

Señor Seco no era un lugar grande; los bares clandestinos rara vez lo eran. Por definición, eran secretos. El suyo se hallaba escondido tras la fachada de una tienda de pelucas en la calle 25 Oeste. Para entrar, había que decir la contraseña a su portero, muy eficiente, que observaba a los posibles clientes a través de la pequeña mirilla de una puerta reforzada en la pared trasera de la tienda. Una vez dentro, se recorría un pequeño pasillo y se entraba en el orgulloso reino de Magnus: diez mesas y una barra de mármol (importada de París) ante una estantería de caoba que exponía todas las elusivas botellas de cosas exóticas a las que Magnus había podido poner las manos encima.

La mayor parte del espacio estaba ocupado por el estrado y la pista de baile, que vibraba bajo el repiqueteo de los pies de los bailarines. Por la mañana lo limpiarían y lo encerarían, y quedarían borradas las marcas de mil pisadas de zapatos de baile. Con cuidado, Magnus se deslizó entre los que bailaban, la mayoría tan motivados y ebrios que ni se enteraron de que estaba allí. Le gustaba el suave (y a veces no tan suave) golpeteo de los brazos de los bailarines y los taconeos. Disfrutaba con el calor humano y siendo arrastrado por el movimiento y la marea de los que bailaban, mientras se convertían, más o menos, en una masa sólida y palpitante.

La vampira era joven, no tendría más de dieciséis años, y solo le llegaba a Magnus a la altura del pecho. Este se inclinó y le habló al oído.

—¿Tal vez pueda invitarte a una copa? —le dijo—. ¿En privado? ¿En la parte trasera?

Las puntas de los colmillos volvieron a aparecer cuando sonrió.

Magnus ya se sentía hasta cierto punto tranquilo; la sonrisa con medios colmillos seguramente no era de hambre. El alcohol podía hacer que los colmillos salieran un poco. Pero los vampiros, al igual que los mundanos, a menudo buscaban alimentos salados y encuentros amorosos cuando estaban ebrios.

—Por aquí —indicó Magnus, y apartó una cortina que ocultaba un pequeño pasillo que llevaba a una única puerta. Justo detrás del salón principal, Magnus había construido una pequeña sala estrictamente privada con una barra de zinc. Estaba recubierta de grandes vidrieras, iluminadas por detrás con bombillas eléctricas que mostraban la imagen de Dionisos, el dios griego del vino. Ahí era donde guardaba lo mejor y lo peor de sus existencias, y también donde se ocupaba de sus negocios más privados.

—Creo que no nos conocemos —dijo, mientras ella se sentaba alegremente en uno de los taburetes de la barra y lo hacía girar.

—Oh, sé quién eres. Eres Magnus Bane.

Tenía uno de esos acentos neoyorquinos a los que Magnus aún se estaba acostumbrando, aunque llevaba allí ya varios meses. Era estridente y llamativa, como un cartel de neón parpadeante. Sus zapatos de baile de piel de cabritilla tenían la punta gastada, y había una mancha de barro a media altura del tacón, además de motas de otras sustancias de las que Magnus prefería no saber nada. Eran zapatos para bailar y también para cazar.

—¿Y cómo puedo llamarte?

—Lláname Dolly —contestó ella.

Magnus sacó una botella de champán frío de la gran bañera de hielo que contenía al menos sesenta botellas idénticas.

—Me gusta esto —afirmó Dolly—. Tiene clase.

—Me alegra que pienses eso.

—Muchos sitios tienen clase —repuso Dolly mientras metía la mano en una jarra que había sobre la barra y capturaba unas cuantas cerezas al marrasquino, cogiéndolas con sus largas (y seguramente sucias) uñas—. Pero son de clase... falsa, ya sabes. Este parece tener clase de verdad. Tienes buen vino. Como esta cosa.

Señaló la botella de champán barato que Magnus estaba sirviendo en una copa. La botella, como las otras de la bañera, sin duda era bonita, pero todas habían sido rellenadas con un vino espumoso barato

y luego se habían vuelto a encorchar con astucia. Los vampiros podían beber bastante y llegaba a ser muy caro tenerlos cerca, y Magnus estaba seguro de que ella no notaría la diferencia. Tenía razón. Dolly se bebió la media copa de un trago y se la tendió para que se la volviera a llenar.

—Bien, Dolly —comenzó él mientras le llenaba de nuevo la copa —, te aseguro que no me importa lo que hagas en la calle o en cualquier otro lugar, pero me gusta mi clientela. Considero que forma parte de un buen servicio hacer que los vampiros no se la coman bajo mi techo.

—No he venido aquí a comer —replicó ella—. Para eso vamos al Bowery. Me dijeron que viniera aquí y preguntara por ti.

Los zapatos cuadraban con la historia de lo del Bowery. Esas calles del centro podían ser muy sucias.

—¡Oh! ¿Y quién es tan amable de preguntar por mi humilde persona?

—Nadie —contestó la chica.

—Nadie es uno de mis nombres favoritos —repuso Magnus.

Eso hizo que la vampira soltara una risita y girara con el taburete. Se acabó la copa y le pidió más. Magnus se la volvió a llenar.

—Mi colega...

—Nadie.

—Nadie, sí. Acabo de conocer... a esa persona, pero esa persona es uno de los míos, ya sabes.

—Un vampiro.

—Sí. Bueno, pues quieren que te diga algo —continuó ella—. Dicen que tienes que largarte de Nueva York.

—Oh, ¿de verdad? ¿Y por qué?

Como respuesta, la chica se rio, medio se deslizó medio se cayó del taburete y se lanzó a un agitado y ebrio charleston privado al compás de la música que les llegaba a través de la pared.

—Verás —explicó mientras seguía adelante con su bailecito—, las

cosas están a punto de ponerse peligrosas. Algo sobre el dinero mundano y de que eso es una amenaza. Verás, todo se va a ir a la porra, o algo así. Todo el dinero. Y cuando lo haga, significará que el mundo se va a acabar...

Magnus suspiró por dentro.

El submundo de Nueva York era uno de los lugares más ridículos en los que había estado, lo que, en parte, era la razón por la que se dedicaba a servir alcohol ilegal a los mundanos. Aun así, no podía evitar todas esas tonterías. La gente iba a los bares a hablar, y lo mismo hacían los subterráneos. Los licántropos estaban paranoicos. Los vampiros chismorreaban. Todo el mundo tenía una historia que contar. Algo estaba siempre «a punto de pasar», algo importante. Era parte de la mentalidad de la época. Los mundanos estaban ganando absurdas cantidades de dinero en Wall Street y se las gastaban en frivolidades, películas y bebida. Esas eran cosas que Magnus podía respetar. Pero el mundo de los subterráneos se dedicaba a los presagios del tres al cuarto y a las rivalidades sin sentido. Los clanes peleaban entre ellos por el control de pequeños e insustanciales sectores de terreno. Los seres mágicos se mantenían al margen, como siempre, y de vez en cuando cogían a algún humano despistado del exterior del Casino de Central Park y lo atraían a su mundo con la promesa de una fiesta que nunca olvidaría.

Al menos, una vampira bailarina diciendo tonterías era mejor que un babeante licántropo borracho. Magnus asintió como si estuviera escuchándola, y mentalmente contó las botellas de brandy y de ron que había almacenadas en los estantes bajo la barra.

—Esos mundis están tratando de invocar un demonio...

—Los mundanos hacen eso demasiado a menudo —repuso Magnus, mientras cambiaba de sitio una botella de ron añejo colocada por error entre las bebidas alcohólicas especiadas—. En la actualidad, también les gusta sentarse en lo alto de palos de bandera y caminar sobre las alas de biplanos en vuelo. Es la época de las diversiones

estúpidas.

—Bueno, esos mundis van en serio.

—Siempre van en serio, Dolly —afirmó Magnus—. Y siempre acaba todo hecho un asco. He visto suficientes mundanos aplastados contra las paredes como para tener durante toda...

De repente, una campana situada en la pared comenzó a sonar insistentemente. A eso le siguió un grito alto y profundo desde la sala principal.

—¡Redada!

El alboroto llegó a continuación.

—Perdóname un momento —se disculpó Magnus.

Dejó la botella de champán barato sobre la barra y le indicó a Dolly que se sirviera el que quisiera, aunque estaba seguro de que lo haría incluso sin su permiso. Volvió a la barra principal, donde reinaba un ambiente de locura general. La banda seguía sobre el estrado, pero había dejado de tocar. Algunas personas estaban engullendo rápidamente sus bebidas, otras corrían hacia la puerta, y las más gritaban y se dejaban llevar por el pánico.

—¡Damas y caballeros! —gritó Magnus—. Por favor, tan solo dejen sus copas sobre las mesas. No pasará nada. Sigán sentados.

Magnus ya tenía suficientes clientes habituales como para haber establecido cierta rutina. Esa gente estaba sentada y encendía cigarrillos alegremente, casi sin volverse para mirar las hachas que ya se estaban abriendo camino a través de la puerta.

—¡Luces! —gritó Magnus con teatralidad.

Al momento, los camareros apagaron todas las luces y dejaron el bar en total oscuridad, excepto por las brillantes puntas incandescentes de los cigarrillos.

—Y ahora, por favor, todos a la vez —dijo Magnus por encima de los gritos de la policía, los golpes de hacha y el ruido de la madera astillada—. Si pudiéramos contar todos juntos hasta tres. —Y empezó —: ¡Uno!...

Nerviosa, la clientela se le unió en el «dos» y el «tres». Se vio un destello azul, luego un estruendo final cuando la puerta cedió y la policía entró como un tornado. Entonces, de golpe, las luces se volvieron a encender. Todo lo que los clientes tenían ante sí eran teteras y tazas de porcelana. El conjunto de jazz había sido sustituido por un cuarteto de cuerda, que al instante comenzó a tocar música relajante. Las botellas de detrás de la barra habían desaparecido, sustituidas por una librería bien surtida. Incluso la decoración había cambiado: las paredes estaban cubiertas de estanterías y cortinajes de terciopelo que escondían las existencias de alcohol.

—¡Caballeros! —Magnus abrió los brazos—. Bienvenidos a nuestro círculo de té y literatura. Estábamos a punto de comenzar la discusión sobre el libro de esta noche: *Jude, el Oscuro*. ¡Llegan a tiempo! Tendré que pedirles que me paguen la puerta, pero comprendo su ímpetu. ¡No se debe llegar tarde al debate!

La gente comenzó a caerse de risa. Levantaban las tazas de té y agitaban copias de los libros.

Magnus trataba de variar ese montaje cada vez. En una ocasión, cuando las luces volvieron a encenderse, había transformado el bar en un colmenar, con abejas zumbando por toda la sala. En otra ocasión fue un grupo de oración, con muchos de los clientes ataviados de monjas y curas.

Por lo general, eso confundía tanto a la policía que la mayoría de las redadas eran breves y relativamente no violentas. Pero Magnus notaba que la frustración de los agentes aumentaba con cada metedura de pata. Esa noche, el grupo estaba dirigido por McMantry, el policía más corrupto que Magnus había conocido. El brujo se había negado por principio a pagarle, y ahora él dirigía todos sus ataques contra el Señor Seco. Esta vez habían ido preparados. Todos los oficiales llevaban herramientas: al menos una docena de hachas, el mismo número de mazas, palancas e incluso una pala o dos.

—Lleváoslos a todos —ordenó McMantry—. Todos al furgón. Y

registrad debajo de cada piedra de este tugurio.

Magnus agitó los dedos a la espalda para esconder la luz azul que los recorría. Al momento, cuatro paneles se separaron de las paredes y dejaron al descubierto pasillos y rutas de escape. Sus clientes corrieron hacia ellos. Saldrían en diferentes lugares, a unas cuantas manzanas de distancia. Era solo un poco de magia buena y protectora. Nadie merecía ir a la cárcel por tomarse un cóctel. Unos cuantos agentes trataron de seguirlos, pero de repente los pasillos quedaron bloqueados.

Magnus deshizo el potente *glamour* y el bar recuperó su apariencia normal. Eso dejó tan sorprendidos a los policías que Magnus tuvo tiempo de meterse detrás de una cortina cercana y rodearse de un *glamour* que lo hacía invisible. Salió por la puerta del bar pasando entre los agentes. Se detuvo solo un momento para observarlos correr la cortina buscando el pasillo que había detrás, intentando descubrir la trampilla de salida que suponían que tenía que estar allí.

En la calle se notaba la pesadez de aquella noche de septiembre. En esa época del año en Nueva York seguía haciendo calor, y la atmósfera de la ciudad era especialmente agobiante. El aire era viscoso, cargado de la humedad del East River, el Hudson, el mar y el pantano; de humo y cenizas y del aroma de todo tipo de cocinas y del intenso olor a gas.

Caminó hasta uno de los puntos de salida, donde un excitado grupo de clientes se reía y charlaba de lo que acababa de ocurrir. En él había algunos de sus clientes habituales favoritos, incluyendo al apuesto Alfie.

—¡Vamos! —dijo Magnus—. Creo que debemos continuar esto en mi casa, ¿no os parece?

Una docena de personas coincidieron en que era una idea excelente. Magnus paró un taxi y algunos de los otros hicieron lo mismo. No tardó en formarse una alegre caravana de taxis preparados

para marchar. Justo cuando uno de los juerguistas se estaba apretando en el asiento trasero con Magnus, Dolly metió la cabeza por la ventanilla y le habló al oído.

—¡Eh, Magnus! —dijo—. No lo olvides. ¡Vigila el dinero!

Magnus le lanzó un educado asentimiento como de «lo que tú digas», y ella se rio y siguió su camino. Era tan poquita cosa... Muy bonita, sin duda. Y muy borracha. Probablemente se pasaría por el Bowery y comería hasta hartarse con los transeúntes menos afortunados.

La comitiva de taxis comenzó a moverse, y todo el grupo (que mirando a través de la ventanilla trasera parecía haber aumentado en otra docena de personas) se encaminó hacia la parte alta de la ciudad, donde se hallaba el hotel Plaza.



A la mañana siguiente, cuando Magnus se despertó, lo primero que notó fue que había demasiada, demasiada, demasiada, luz. En realidad, alguien tendría que deshacerse del sol.

Con rapidez, Magnus dedujo que la claridad excesiva se debía al hecho de que faltaban todas las cortinas del dormitorio de su suite. Luego se fijó en las cuatro personas totalmente vestidas que dormían como troncos a su alrededor, por completo indiferentes a la luz del sol.

Lo tercero que notó, y quizá lo más desconcertante, fue que había una pila de neumáticos de coche a los pies de la cama.

Le costó varios minutos, y un número indeterminado de extrañas contorsiones, pasar por encima de los durmientes y poner los pies en el suelo. Al menos había unas veinte personas más durmiendo o inconscientes por todo el salón. Allí tampoco había cortinas en las ventanas, pero enseguida vio dónde estaban. La gente las había usado

como mantas y tiendas improvisadas. Solo Alfie estaba despierto, sentado en el sofá y mirando el soleado día con mala cara.

—Magnus —gimió—. ¿Por qué no me matas?

—¡Eh, eso es ilegal! —repuso Magnus—. Y ya sabes lo que opino de violar la ley. ¿Y quién es toda esta gente? Cuando me dormí no había tantos... invitados.

Alfie se encogió de hombros para indicar que el universo era misterioso y que nunca nada se llegaba a comprender totalmente.

—Lo digo en serio —insistió Alfie—. Si no quieres usar ese vudú o lo que sea que tú haces, más vale que me pegues en la cabeza con algo. Tienes que matarme.

—Te prepararé un reconstituyente —le propuso Magnus—. Zumo helado de tomate y tabasco, pomelo cortado a rodajas y un plato de huevos revueltos. Eso es lo que necesitamos. Haré que el servicio de habitaciones nos suba un par de docenas de cada.

Se fue hasta el teléfono tropezando con unos cuantos cuerpos tendidos, pero se dio cuenta de que en realidad había ido a coger un dispensador de cigarrillos, grande y decorativo. Era muy posible que él tampoco estuviera en su mejor forma.

—Y café —añadió, mientras se sentaba y cogía el auricular con gran dignidad—. También pediré que nos suban café.

Magnus pasó el pedido al servicio de habitaciones, que ya había dejado de cuestionar las extrañas necesidades del señor Bane por cosas como veinticuatro platos de huevos revueltos y «café suficiente para llenar una de sus mayores bañeras». Se unió a Alfie en el sofá y observó a unos cuantos de sus nuevos invitados removerse y gemir en sueños.

—Tengo que parar esto —dijo Alfie—. No puedo seguir así.

Alfie era una de esas personas que lloriqueaban después de una buena noche de diversión. De algún modo, eso lo hacía aún más atractivo.

—Solo es una resaca, Alfie.

—Es más que eso. Verás, hay una chica...

—Ah —exclamó Magnus asintiendo—. La manera más rápida de sanar un corazón roto es seguir bebiendo...

—No para mí —repuso Alfie—. Ella era la única. Gano mucho dinero. Tengo todo lo que quiero. Pero la he perdido. Verás...

Oh, no. Una historia. Tal vez eso era demasiado lloriqueo y demasiado de todo para esa temprana hora, pero con los hombres atractivos y con penas de amor había que ser indulgente de vez en cuando. Magnus intentó parecer atento. Era difícil conseguirlo con todo aquel resplandor y su deseo de volver a dormirse, pero lo intentó. Alfie le contó una historia sobre una chica llamada Louisa, algo sobre una fiesta y una confusión con una carta, y había también algo sobre un perro y quizá un fueraborda. Era un fueraborda o una cabaña en la montaña. Suele ser difícil confundir esas dos cosas, pero era demasiado temprano para enterarse de todo con exactitud. De todas formas, seguro que había un perro y una carta y todo acababa en desastre, y con Alfie en el bar de Magnus todas las noches para ahogar sus penas. Mientras la historia llegaba a su final, Magnus vio que el primero de los durmientes que había en el suelo comenzaba a dar señales de vida. Alfie también lo vio, y se inclinó hacia Magnus para hablar más en privado.

—Oye, Magnus —dijo—. Sé que puedes... hacer cosas.

Eso parecía prometedor.

—Quiero decir... —Por un momento, a Alfie le costó continuar—. Puedes hacer cosas que no son naturales...

Eso parecía realmente prometedor, al menos al principio. Sin embargo, la expresión de cordero degollado de Alfie indicaba que no se trataba de un avance amoroso.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Magnus.

—Quiero decir... —Alfie bajó aún más la voz—. Haces... esas cosas que haces. Son... mágicas. Quiero decir... tienen que serlo. No creo en la magia, pero...

Magnus había mantenido la premisa de que no era más que un *showman*. Era una premisa que tenía sentido y la mayor parte de la gente la aceptaba sin dificultad. Pero Alfie, un mundi muy mundano en todos los otros sentidos, parecía haber visto a través de esa mentira.

Lo que resultaba atractivo. Y preocupante.

—¿Qué me estás pidiendo exactamente, Alfie?

—Quiero recuperarla, Magnus. Tiene que haber alguna manera.

—Alfie...

—O ayúdame a olvidarla. Apuesto a que podrías hacerlo.

—Alfie... —Magnus no quería mentir, pero esa no era una conversación en la que quisiera entrar. Ni en ese momento ni allí. Sin embargo, parecía evidente que tendría que decir algo.

—Los recuerdos son importantes —fue lo que dijo.

—Pero es que duele, Magnus. Pensar en ella me hace daño.

A Magnus no le apetecía algo así tan temprano por la mañana, toda esa cháchara de recuerdos dolorosos y de querer olvidar. Esa conversación tenía que acabar inmediatamente.

—Necesito un baño rápido para recuperarme. Deja que entre el servicio de habitaciones cuando llamen a la puerta, ¿quieres? Te sentirás mejor en cuanto hayas comido algo.

Magnus dio unas palmaditas a Alfie en el hombro y se dirigió al cuarto de baño. Tuvo que sacar a dos durmientes más de la bañera y el suelo para poder dedicarse a sus abluciones. Cuando salió, el servicio de habitaciones ya había llevado seis mesas de ruedas llenas de jarras de zumo de tomate y todos los huevos, pomelos y café necesarios para que la mañana volviera a brillar. Algunos de los «medio muertos» que dormían por la suite se habían levantado y comían y bebían de forma ruidosa mientras hacían comparaciones sobre quién se encontraba peor.

—¿Has visto nuestro regalo, Magnus? —preguntó uno de ellos.

—Sí, gracias. Necesitaba algunas ruedas de recambio.

—Las sacamos de un coche de policía. Como revancha por haber

reventado tu local.

—Sois muy amables. Y hablando de eso, supongo que debería ir a comprobar qué queda de mi establecimiento. Anoche, los polis no parecían muy contentos.

Nadie le prestó mucha atención cuando salió. Continuaron comiendo, bebiendo, charlando y riendo de su sufrimiento, y corriendo de vez en cuando al cuarto de baño para vomitar. Más o menos lo que pasaba todas las noches y todas las mañanas. Siempre aparecían desconocidos en su habitación del hotel, normalmente hechos polvo de la noche anterior. Y por la mañana se recomponían de nuevo. Se frotaban los rostros con ojos de mapache rodeados de maquillaje corrido, y buscaban sombreros y boas, cuentas de collares y números de teléfonos, zapatos y horas perdidas. No era una mala vida. No duraría, pero nada duraba para siempre.

Al final, todos serían como Alfie, llorando en su sofá al amanecer y lamentándose. Y esa era la razón por la que Magnus se mantenía lejos de esa clase de problemas. No parar de moverse. No parar de bailar.

Magnus silbaba alegremente mientras cerraba la puerta de su suite, y se sacó el sombrero en el pasillo ante una señora de edad, que lo miró mal al oír el alboroto en el interior de la habitación. Para cuando el ascensor lo llevó al vestíbulo, estaba de suficiente buen humor como para darle cinco dólares de propina al ascensorista.



Su magnífico estado de ánimo solo duró unos minutos. Ese viaje en taxi fue mucho menos alegre que el último. El sol seguía obstinándose en ser brillante, el taxi traqueteaba y petardeaba, y las calles estaban más cargadas de tráfico de lo normal; seis coches en línea, todos haciendo sonar el claxon a la vez, todos lanzándole humos nocivos por

la ventanilla. Cada coche de policía que veía le recordaba la humillación que había sufrido la noche anterior.

Cuando llegaron a la calle 25, vio de inmediato el alcance de la destrucción. La puerta de la tienda de pelucas estaba rota y había sido reemplazada (no con mucho esmero) por una plancha de madera y una cadena con candado. Magnus la abrió con un rápido rayo de luz azul y apartó la madera. La tienda había sufrido daños bastante importantes: las vitrinas estaba tiradas, había pelucas por todo el suelo sobre un fino charco de cerveza y vino, como algún tipo de extraños animales marinos. La puerta oculta estaba arrancada del marco y tirada en el suelo. Chapoteó por el estrecho pasillo, que tenía como medio palmo de una mezcla de diferentes licores encharcado en el suelo. La fuente de ese arroyo goteaba por los tres escalones que llevaban a la barra. La otra puerta estaba totalmente destrozada, reducida a astillas. Más allá, Magnus solo vio destrucción: vidrios rotos, sillas hechas pedazos, pilas de escombros. Hasta la inocente lámpara de techo había sido abatida de su gancho y yacía hecha añicos en lo que quedaba de la pista de baile.

Pero eso no era lo peor. Sentado entre el destrozo, en una de las tres sillas que quedaban enteras, estaba Aldous Nix, el Gran Brujo de Manhattan.

—Magnus —dijo este—. Por fin. Llevo una hora esperando.

Aldous era viejo, hasta para el estándar de los brujos. Era anterior incluso al propio calendario. Basándose en sus recuerdos, el consenso general era que lo más seguro era que tendría unos dos mil años. Tenía la apariencia de un hombre de poco menos de sesenta, con una elegante barba blanca y el cabello, también blanco, bien cortado. Su marca eran las garras de sus manos y sus pies. Las de los pies las disimulaba con unas botas hechas especialmente, y las de las manos porque casi siempre tenía una metida en el bolsillo y la otra rodeando el pomo de su largo bastón negro.

Que Aldous estuviera sentado en medio de todo el destrozo era

una especie de acusación.

—¿Qué he hecho para merecer este honor? —preguntó Magnus, mientras pisaba con cuidado entre todo aquel caos—. ¿O acaso siempre habías querido ver un bar *deconstruido*? Es un buen espectáculo.

Aldous apartó un trozo de botella rota con el bastón.

—Hay asuntos más importantes que atender, Magnus. ¿De verdad quieres pasar el rato vendiendo licor ilegal a los mundanos?

—Sí.

—Bane...

—Aldous... —lo interrumpió Magnus—. He estado metido en tantos líos y batallas... No hay nada malo en querer vivir de un modo sencillo durante un tiempo y evitar los problemas.

Aldous hizo un gesto abarcando el destrozo.

—Esto no son problemas —repuso Magnus—. No problemas de verdad.

—Pero tampoco es una dedicación seria.

—No hay nada malo en querer disfrutar un poco de la vida. Tenemos toda la eternidad. ¿Debemos pasarla trabajando siempre?

Era una pregunta estúpida. Aldous seguramente se pasaría la eternidad trabajando.

—Magnus, no puedes haber dejado de notar que las cosas están cambiando. Están ocurriendo cosas. La Gran Guerra mundana...

—Siempre se meten en guerras —replicó Magnus mientras recogía los pies de una docena de copas de vino rotas y los ponía en fila.

—No como esa. No tan global. Y se están acercando a la magia. Crean luz y sonido. Se comunican en la distancia. ¿No te preocupa?

—No —contestó Magnus—. No me preocupa.

—¿Así que no ves lo que se avecina?

—Aldous, he tenido una noche muy larga. ¿De qué estás hablando?

—Está llegando, Magnus. —De repente, la voz de Aldous era muy

profunda—. Se siente por todas partes. Está llegando, y todo caerá.

—¿Qué está llegando?

—La ruptura y la caída. Los mundanos han puesto su fe en su dinero de papel, y cuando se convierta en ceniza, el mundo quedará patas arriba.

Ser brujo no impedía estar un poco mal de la cabeza. De hecho, ser brujo podía hacer que se estuviera un poco mal de la cabeza. Cuando el verdadero peso de la eternidad te caía encima, normalmente a media noche, estando solo, podía ser insoportable. Saber que todo moriría y que tú seguirías viviendo y viviendo, hacia un vasto futuro incierto poblado por quién sabía qué, que todo iría desapareciendo y tú seguirías y seguirías...

Aldous había estado pensando en eso. Tenía todo el aspecto.

—Tómate una copa, Aldous —propuso Magnus compasivo—. Tengo unas cuantas botellas especiales escondidas en una caja fuerte bajo el suelo en la parte de atrás. Tengo un Château Lafite Rothschild de 1818 que he estado guardando para un día especial.

—Crees que esa es la solución a todo, ¿verdad, Bane? Beber, bailar y hacer el amor... Pero te diré una cosa: algo está a punto de suceder, y seremos unos idiotas si no hacemos caso.

—¿Y cuándo he dicho yo que no sea un idiota?

—¡Magnus! —Aldous se puso en pie de repente y dio un fuerte golpe con la punta del bastón. Una marea de rayos púrpura crepitó entre el destrozado suelo. Incluso cuando decía tonterías, Aldous era un brujo muy poderoso. Después de dos mil años, algo se tiene que saber.

—Cuando decidas ser serio, ven a buscarme. Pero no esperes mucho. Resido en un lugar nuevo, en el hotel Dumont, en la calle 116.

Magnus se quedó solo en los goteantes restos de su bar. Un subterráneo hablándole de un montón de tonterías sobre augurios y desastres se podía pasar por alto. Pero eso seguido de la visita de Aldous, que parecía estar diciendo más o menos lo mismo...

... a no ser que esos dos rumores fueran solo uno y ambos tuvieran su origen en Aldous, que no sonaba mucho como la voz de la razón.

Lo cierto era que sí tenía sentido. El Gran Brujo de Manhattan se volvía un poco raro, comenzaba a hablar de maldiciones, dinero mundano y desastres... Alguien recogía esa historia y la difundía, y como todas las historias, encontraba su camino hasta él.

Magnus tamborileó con los dedos sobre el agrietado mármol de su antes inmaculada barra. El tiempo, se había fijado, avanzaba más rápido estos días. Aldous no se equivocaba del todo en eso. El tiempo era como el agua, a veces glacial y lento (la década de 1720...), a veces como un lago tranquilo, otras como un pacífico arroyo y otras como un violento río. Y en ocasiones era como el vapor y se desvanecía al pasar a través de él, envolviéndolo todo en una neblina, reflejando la luz. Eso habían sido los años veinte de aquel siglo.

Incluso en tiempos en que todo pasaba tan rápido como en estos, Magnus no podía reabrir su bar inmediatamente. Tenía que mantener algún asomo de normalidad. Unos cuantos días, quizá una semana. Quizá debiera limpiarlo como lo hacían los mundanos, y contratar a gente que fuera con cubos, madera y clavos. Tal vez hasta podría hacerlo él mismo. Seguramente le sentaría bien.

Así que Magnus se arremangó y se puso a trabajar. Recogió cristales rotos, apiló sillas y mesas destrozadas, cogió una fregona y fue recogiendo charcos de bebidas mezcladas, suciedad y astillas. Después de unas cuantas horas así, se cansó y se aburrió; chasqueó los dedos y dejó todo el lugar arreglado.

No se podía quitar de la cabeza las palabras de Aldous. Algo habría que hacer. Decírselo a alguien. Alguien más responsable e interesado que él debería ocuparse de esa inquietud. Lo que, por supuesto, solo señalaba a un grupo.



Los cazadores de sombras no iban a los bares clandestinos. Respetaban las leyes mundanas contra el alcohol (siempre tan pesados con su «La ley es dura, pero es la ley»). Eso significó que Magnus tuvo que ir al Upper East Side, al Instituto.

El esplendor del Instituto nunca dejaba de impresionarlo; el modo en que se alzaba, alto y orgulloso, sobre todo lo demás, atemporal e inamovible en su gótico rechazo de todo lo que era moderno y cambiante. Por lo general, los subterráneos no podían entrar en el Instituto por la puerta principal; su entrada era por el Santuario. Pero Magnus no era un subterráneo cualquiera, y su relación con los cazadores de sombras venía de lejos y era bien conocida.

Eso no significaba que fuera a recibir una cálida bienvenida. El ama de llaves, Edith, no le dijo nada mientras le abría la puerta excepto: «Espera aquí». Lo dejó en el vestíbulo, donde fue contemplando la anticuada decoración con ojo crítico. Los cazadores de sombras adoraban su papel de pared de color bermellón, sus lámparas con forma de rosa y sus pesados muebles. En este lugar el tiempo nunca avanzaría deprisa.

—Ven —le dijo Edith al regresar.

Magnus la siguió por el pasillo hasta una sala de visitas, donde Edgar Greymark, el director del Instituto, lo esperaba ante un atril.

—Edgar —lo saludó Magnus con una inclinación de cabeza—. Veo que has cedido a la presión. —Y Magnus señaló un teléfono que había sobre una mesita en un oscuro rincón, como si estuviera castigado por existir.

—Es una maldita molestia. ¿Has oído el ruido que hace? Pero puedes hablar con facilidad con los otros Institutos y también conseguir que te traigan hielo, así que...

Dejó que el libro que estaba leyendo se cerrara pesadamente.

—¿Qué te trae a vernos, Magnus? —preguntó—. Entiendo que has estado dirigiendo un establecimiento de bebidas. ¿Es correcto?

—Del todo correcto —contestó Magnus sonriendo—. Aunque en este momento podría ser más útil como leña.

Edgar no pidió una explicación de ese comentario y Magnus no se la ofreció.

—Sabes que la venta de licor va contra la ley vigente —continuó Edgar—, pero supongo que por eso lo estás disfrutando.

—Todos deberíamos tener una afición o dos —repuso Magnus—. La mía resulta que incluye la venta ilegal, beber e ir de juerga. He oído de algunas peores.

—Nosotros no solemos tener tiempo para aficiones.

«Ah, los cazadores de sombras. Siempre mejores que tú».

—Estoy aquí porque he oído cosas en ese establecimiento de bebidas que regento, cosas sobre el mundo subterráneo que quizá quieras saber.

Magnus le explicó todo lo que pudo recordar; todo lo que había dicho Aldous, incluido su extraño comportamiento. Edgar lo escuchó con expresión impasible.

—¿Y basas todo esto en los desvaríos de Aldous Nix? —preguntó Edgar cuando el brujo hubo terminado—. Todo el mundo sabe que Aldous no está muy bien últimamente.

—He vivido mucho más tiempo que tú —replicó Magnus—. Tengo mucha experiencia y he aprendido a fiarme de mi instinto.

—Nosotros no actuamos por instinto —repuso Edgar—. O tienes información o no la tienes.

—Teniendo en cuenta tu larga historia, Edgar, pienso que quizá deberías actuar solo con la información que te estoy dando.

—¿Qué quieres que hagamos?

A Magnus le molestó tener que explicárselo todo. Había ido a los cazadores de sombras con información. No era él quien tenía que decirles cómo debían interpretarla.

—¿Hablar con él, quizá? —aventuró Magnus—. Haciendo lo que mejor sabéis hacer: estar vigilantes.

—Siempre estamos vigilantes, Magnus. —Había un ligero sarcasmo en su tono que a Magnus no le gustó nada—. Lo tendremos en cuenta. Gracias por venir a vernos. Edith te acompañará a la salida.

Hizo sonar una campana, y Edith, con su cara agria, apareció al instante para sacar al subterráneo de su casa.



Antes de ir al Instituto, Magnus había decidido no hacer nada. Solo pasar la información y seguir con su vida. Pero que Edgar no valorara su preocupación lo motivó. Aldous había dicho que el hotel Dumont se hallaba en la calle 116, que no estaba lejos de allí. Quedaba por encima del Harlem italiano, quizá a unos veinte minutos andando. Magnus se dirigió hacia el norte. Nueva York era un lugar que cambiaba bruscamente de barrio a barrio. El Upper East Side era rico y soberbio hasta ser insultante. Pero al dejarlo atrás, las casas se fueron haciendo más pequeñas, la conducción más agresiva y los carros de caballos más frecuentes. Por encima de la calle 100, los niños se volvieron más escandalosos; jugaban a darle con un palo a una pelota y a perseguirse unos a otros mientras sus madres les gritaban desde las ventanas.

La sensación en esas calles era más acogedora. Había un ambiente más familiar, con olores de cocina casera que salían por las ventanas. Y también resultaba agradable ver un barrio donde no todos tenían la piel blanca. Harlem era el centro de la cultura negra y de la mejor música del mundo. Era el lugar más interesante, más innovador.

Supuso que por eso habían construido esa monstruosidad de hotel. El Dumont no pegaba con las casas de arenisca, las tiendas y los restaurantes, pero no parecía la clase de lugar al que le importara si

gustaba o no a los vecinos. Estaba un poco retirado al final de una callejuela que bien podría haber estado hecha a propósito para él. Tenía una gran fachada de columnas con docenas de ventanas de guillotina, todas con las persianas echadas. La puerta, de un par de pesadas hojas de metal, estaba cerrada.

Magnus se sentó en el chiringuito del otro lado de la calle y decidió observar y esperar. Aunque no sabía muy bien qué. Algo. Cualquier cosa. No estaba muy seguro de que fuera a ocurrir algo, pero ya se había embarcado en esa dirección. La primera hora fue terriblemente aburrida. Leyó un periódico para matar el tiempo, se comió un sándwich de sardinas y bebió café. Empleó sus poderes para recuperar una pelota que se les había escapado a unos niños en la calle, que ni se enteraron de que lo había hecho. Estaba a punto de tirar la toalla cuando un desfile de automóviles muy caros comenzó a detenerse delante del hotel. Era como ver un espectáculo de los coches más lujosos del mundo: un Rolls-Royce, un Packard, unos cuantos Pierce-Arrow, un Isotta Fraschini, tres Mercedes-Benz y un Duesenberg, todos pulidos de forma tan esmerada que Magnus casi ni podía verlos bajo el resplandeciente brillo del atardecer. Parpadeó con ojos llorosos y observó a un chófer tras otro abrir las puertas de los coches y dejar salir a los pasajeros.

Sin duda era gente adinerada. Los ricos compraban ropa maravillosa que era fácil de reconocer. Lo más pudientes hacían que sus empleados fueran a París y adquirieran colecciones nuevas completas que nadie había visto aún fuera de una tienda de modas. Aquella gente pertenecía a ese grupo. Todos estaban entre los cuarenta y los sesenta años de edad. Los hombres, todos con barba y sombrero; las mujeres, no tan jóvenes para los vestidos Chanel rosa o los etéreos rasos de Vionnets que vestían. Todos entraron rápidamente en el hotel, sin conversar entre ellos o pararse a admirar la puesta de sol. Parecían lo bastante prepotentes y serios como para pensar que seguramente se habrían reunido para invocar a un demonio (la gente

que intentaba invocar demonios siempre tenía ese aspecto). Pero lo que más preocupó a Magnus fue que era evidente que buscaban la ayuda de Aldous para conseguirlo. Aldous tenía unos poderes y una sabiduría que Magnus ni siquiera podía comenzar a imaginar.

Así que esperó. Pasó una hora. Los chóferes aparcaron de nuevo los coches en fila y, uno a uno, sus propietarios se fueron metiendo en ellos y se alejaron en la noche neoyorquina. No había demonios. Nada. Magnus se levantó de su taburete y comenzó a caminar de vuelta al Plaza, intentando encontrar un sentido a todo aquello.

Quizá no se trataba de nada importante. Aldous no tenía una opinión muy benevolente de los humanos. Quizá solo estuviera aprovechándose de ese grupo de gente supuestamente importante. Había peores entretenimientos que jugar con un puñado de estúpidos millonarios, cogiéndoles el dinero y diciéndoles que ibas a hacer magia para ellos. Podías hacer una fortuna en muy poco tiempo y marcharte a la Riviera francesa y no tener que mover ni un dedo durante diez años. Quizá veinte.

Pero Aldous no era el tipo de brujo que se dedicara a esos juegos, y diez o veinte años... no eran más que inapreciables espacios de tiempo para él.

Quizá Aldous se hubiera vuelto raro. Podía ser.

Magnus se preguntó si, dentro de cientos de años, lo mismo le ocurriría a él. Quizá también se encerraría en un hotel y pasaría el tiempo con gente rica haciendo quién sabía qué. ¿Era tan diferente de lo que estaba haciendo él? ¿No se había pasado la mañana sacando basura de su bar mundano?

Era hora de irse a casa.

Octubre 1929

Magnus había perdido interés en su bar. El cierre de unos pocos días

que había planeado se convirtió en una semana, luego en dos, luego en tres. Con el Señor Seco temporalmente cerrado, unos cuantos de los habituales se encontraron sin sitio adonde ir. Y lo que hacían era ir todos los días a la habitación de Magnus en el hotel. Primero fueron uno o dos, pero al cabo de una semana había un torrente constante de gente. Eso hizo que intervinieran los encargados del hotel, que sugirieron con educación que el señor Bane «quizá quisiera llevarse a sus amigos y socios a otro lugar». Magnus contestó, con igual educación, que no eran ni sus amigos ni sus socios, sino que, por lo general, eran desconocidos. Cosa que no consiguió que mejorara el humor de los encargados.

Su respuesta tampoco había sido del todo cierta. Alfie estaba allí desde el principio, y había acabado residiendo de forma permanente en el sofá de Magnus. Con los días, se había vuelto aún más taciturno. Por la mañana se largaba a donde fuera que trabajara, volvía borracho y se quedaba allí hasta el día siguiente. Luego dejó de ir a trabajar.

—Se está poniendo mal, Magnus —dijo una tarde, después de despertar de un estupor inducido por el alcohol.

—Seguro que sí —repuso este sin alzar la mirada de su ejemplar de *Guerra y paz*.

—Lo digo en serio.

—Estoy convencido.

—¡Magnus!

Deseando que se callara, Magnus levantó la cabeza.

—Se está poniendo muy mal. No aguantará. Ya está comenzando a derrumbarse. ¿No lo ves?

Agitó un periódico hacia Magnus.

—Alfie, tienes que ser un poco más específico. A no ser que me estés hablando del periódico, que me parece normal.

—Quiero decir —Alfie se incorporó y miró por encima del respaldo del sofá— que toda la estructura financiera de Estados Unidos puede hundirse en cualquier momento. Todo el mundo decía

que podía ocurrir, y yo nunca les había creído, pero ahora parece que sí, que podría pasar.

—Esas cosas ocurren.

—¿Cómo puede no importarte?

—Práctica —contestó Magnus, que seguía leyendo su libro. Pasó la página.

—No sé. —Alfie parecía abatido—. Quizá tengas razón. Tal vez no pase nada. No va a pasar nada, ¿vale?

Magnus no se molestó en explicarle que no era eso lo que le había dicho. Alfie parecía tranquilizarse y ya era suficiente. Pero Magnus había perdido el hilo de lo que estaba leyendo y no tenía ganas de continuar. Esas visitas se estaban volviendo molestas.

Unos días después, Magnus estaba absolutamente cansado de tener compañía, pero no se sentía capaz de echarlos. Eso hubiera sido descortés. Se limitó a coger una segunda suite en un piso diferente, pero a nadie le importó mientras la puerta de la antigua suite de Magnus siguiera abierta, así como la cuenta en el servicio de habitaciones.

Magnus trató de llenar su tiempo con actividades corrientes: leer, pasear por Central Park, ir a ver una película o un espectáculo, hacer unas cuantas compras. El calor cesó y un suave octubre se asentó sobre la ciudad. Un día, alquiló un bote y se pasó el día navegando sin rumbo alrededor de Manhattan, observando los esqueletos de los muchos rascacielos nuevos, preguntándose qué pasaría en realidad si todo se hundiera y hasta qué punto le importaba. Ya antes había visto caer gobiernos y economías. Pero esa gente... hacía cosas grandes, y si caían lo harían desde una enorme altura.

Así que abrió una botella de champán.

Se dio cuenta de que mucha gente se pasaba los días apiñada alrededor de los teletipos bursátiles que se hallaban en todos los clubes y hoteles, en muchos restaurantes e incluso en algunos bares y barberías. Magnus estaba asombrado de que esas pequeñas máquinas

bajo unas campanas de cristal pudieran fascinar a media humanidad. La gente se reunía ante ellas, sentados hora tras hora, solo observando a la máquina escupir una larga lengua de papel llena de símbolos. Alguien solía coger el papel mientras este se desenrollaba y leía la magia que contenía.

El 24 de octubre llegó el primer susto, cuando el mercado tembló y luego se recuperó un poco. Todo el mundo tuvo un fin de semana inquieto; luego llegó la semana siguiente y las cosas se pusieron mucho peor. Llegó el martes 29 y todo se desmoronó, justo como se había estado prediciendo pero sin creer realmente que pudiera llegar a suceder. Magnus no pudo evitar la onda expansiva, ni siquiera en la paz de su habitación en el Plaza. El teléfono comenzó a sonar. Se oían voces por el pasillo, e incluso algún grito. Bajó al vestíbulo, donde se desarrollaba una escena de pánico: la gente salía corriendo con las maletas, todas las cabinas de teléfono estaban ocupadas y un hombre lloraba en un rincón.

En la calle era aún peor. Un grupo de gente estaba reunida en un corro escuchando las noticias que ya corrían de boca en boca.

—Están tirándose por las ventanas en los edificios del centro —dijo un hombre—. Lo he oído. Mi amigo trabaja allí, y dice que es cierto.

—Así que está ocurriendo —comentó otro hombre mientras se quitaba el sombrero de la cabeza y se lo llevaba al corazón, como para protegerse.

—¿Ocurriendo? ¡Ya ha ocurrido! ¡Los bancos están comenzando a tapiar las entradas!

Magnus decidió que, seguramente, lo mejor sería volver arriba, echar la llave a la puerta y sacar una buena botella de vino.



Cogió el ascensor y se dirigió a su habitación, pero en cuanto llegó, uno de los desconocidos habituales de su antigua suite apareció en la puerta.

—Magnus —dijo. El aliento le apestaba a alcohol—, tienes que venir. Alfie está tratando de tirarse por la ventana.

—Bueno, esta locura se ha contagiado rápido —repuso Magnus, suspirando—. ¿Dónde?

—En tu otra habitación.

Magnus no tuvo oportunidad de preguntarle cuánto tiempo hacía que sabían de su nueva habitación. Siguió al hombre mientras este se tambaleaba por los pasillos del Plaza. Cogieron la escalera de servicio y subieron los tres pisos hasta su antigua suite. La puerta estaba abierta y varias personas se hallaban reunidas alrededor de ella.

—Se ha encerrado allí y ha puesto algo contra la puerta —explicó uno de los hombres—. Hemos mirado por la ventana y lo hemos visto en la cornisa.

—Salid todos de aquí —ordenó Magnus—. Ahora.

Cuando se hubieron ido, Magnus extendió la mano e hizo saltar la puerta del dormitorio. La ventana, que antes ofrecía una hermosa vista de Central Park y dejaba entrar muchísima luz, en ese momento enmarcaba el cuerpo acucillado de Alfie. Estaba sobre la estrecha repisa de hormigón del exterior, fumando nervioso.

—¡No te acerques más, Magnus! —gritó.

—No tengo intención de hacerlo —repuso este, y se sentó en la cama—. Pero ¿te importaría compartir tus cigarrillos? Después de todo, es mi habitación desde donde has pensado defenestrarte.

Eso confundió a Alfie un momento, pero metió con cuidado la mano en el bolsillo, sacó un paquete de cigarrillos y lo lanzó al interior.

—Bien —dijo Magnus mientras lo recogía del suelo y se ponía uno en la boca—. Antes de que te vayas, ¿por qué no me explicas de qué va todo esto?

Chasqueó los dedos y el cigarrillo se encendió. Lo hizo con toda la intención, y sin duda captó el interés de Alfie.

—Tú... tú ya sabes de qué va esto... ¿Qué has hecho?

—He encendido un cigarrillo.

—Quiero decir, ¿qué es lo que acabas de hacer?

—Oh, eso. —Magnus cruzó las piernas y se echó un poco hacia atrás—. Bueno, creo que ya lo has adivinado, Alfie, no soy como los otros niños.

Alfie dio un pequeño respingo sobre los talones. Tenía la mirada clara, y Magnus pensó que probablemente era la primera vez en semanas que estaba del todo sobrio.

—Así que es cierto —repuso Alfie.

—Así que es cierto —repitió en una afirmación Magnus.

—¿Y qué eres?

—Lo que soy es alguien que no quiere que saltes por la ventana. El resto son solo detalles.

—Dame una buena razón para no saltar —le replicó Alfie—. Lo he perdido todo. Louisa. Todo lo que tenía, todo lo que había ganado.

—Nada es permanente —contestó el brujo—. Lo sé por experiencia. Pero puedes conseguir cosas nuevas. Puedes conocer gente nueva. Puedes seguir adelante.

—No cuando recuerdo lo que he tenido —repuso Alfie—. Y si tú eres... lo que sea que eres, podrás hacer algo, ¿no?

Magnus dio unas caladas al cigarrillo mientras pensaba.

—Entra, Alfie —dijo al final—. Y te ayudaré.



El proceso de alterar la memoria era complicado. La mente es una red muy compleja, y la memoria es importante para aprender. Si se extrae el recuerdo erróneo, puede ocurrir que alguien olvide que el fuego

quema. Pero los recuerdos también pueden suavizarse o recortarse. Un brujo con talento, y Magnus de eso tenía de sobra, podía borrar el pasado para hacerlo algo diferente.

Pero no era un trabajo fácil.

Por qué Magnus estaba haciendo eso gratis para un mundano que había estado gorreándolo durante semanas, no estaba muy claro. Quizá fuera porque aquel día era un día de mucho sufrimiento, y esa era la parte de ese sufrimiento que Magnus podía aliviar.

Una hora después, Alfie salió de su suite sin recordar a una chica llamada Louisa, que era cobradora de autobús o algo así. ¿O quizá bibliotecaria en su pueblo? Ni tan solo podía decir por qué había pensado en ese nombre. Tampoco tenía un recuerdo claro de la breve fortuna que había poseído.

Era un proceso agotador, y cuando acabó, Magnus se apoyó contra el alféizar de la ventana y, por encima de la gran extensión de Central Park, miró hacia la ciudad en la que ya estaba oscureciendo.

Fue entonces cuando vio una extraña luz en el cielo, más allá de la zona alta. Era una luz de un leve tono verdoso con forma de cono, su parte más estrecha apuntando hacia los edificios y ampliándose hacia las nubes.

Estaba justo sobre el hotel Dumont.



No había manera de conseguir un taxi. Todos los de la ciudad estaban ocupados y circulaban a gran velocidad. Todo el mundo iba a alguna parte, en un intento de colocar acciones o vender algo, o quizá solo se movían llevados por el pánico, zigzagueando frenéticos por la ciudad. Así que Magnus hizo todo el camino hasta la calle 116 por el lado este del parque. El hotel Dumont estaba exactamente igual que la última vez que Magnus lo había visto. Todas las cortinas seguían echadas y

las puertas cerradas. Era frío, silencioso y altivo. Pero cuando Magnus probó a abrir la puerta delantera, lo hizo con suma facilidad. No estaba cerrada con llave.

Lo primero que le resultó raro fue que el hotel parecía estar vacío del todo. No había nadie en el mostrador de recepción, nadie en el vestíbulo, ni en ninguna otra parte. Sin duda era un lugar magnífico, con una elegante escalera y las paredes tapizadas con relucientes tejidos. Una gruesa alfombra roja y dorada cubría el suelo, y las ventanas quedaban ocultas tras pesadas cortinas que llegaban del suelo al techo. Era fresco, umbrío, acolchado e inquietantemente silencioso. Magnus miró hacia arriba, a los frescos del techo con sus querubines de gruesas mejillas señalándose unos a otros y balanceándose con alegría en unos columpios hechos de floridas enredaderas. A la izquierda se veía un amplio arco flanqueado de columnas cubiertas de un diseño floral. Era evidente que por ahí se accedía a una de las grandes salas y parecía un lugar tan bueno como cualquier otro para echar un vistazo. Magnus abrió esa puerta. Daba a un salón de baile imponente, con el suelo de mármol blanco y un entreverado de balcones alrededor, interrumpido esporádicamente por espejos dorados que reflejaban el salón sobre sí mismo una y otra vez.

También había un montón de cuerpos humanos esparcidos por el extremo más lejano, alrededor de lo que parecía una losa de granito muy pulida. Magnus estaba bastante seguro de que eran las mismas personas que había visto saliendo de sus lujosos vehículos. Quedaban algunos rostros, algunos restos de ropa elegante esparcidos por la sala hechos jirones, en algunos casos todavía junto a un brazo o un torso separados del resto del cuerpo. El suelo en esa parte del salón tenía un color negro rojizo, de la sangre que se había extendido sobre el mármol como si fuera una capa de hielo fino.

—Por el Ángel...

Magnus se volvió y vio a Edgar Greymark a su espalda, vestido con el negro traje de combate de los cazadores de sombras y el

cuchillo serafín en la mano.

—Qué bien que hayáis venido —lo saludó Magnus. Su comentario pretendía ser sarcástico, pero le salió sin entonación. Estaba bien que hubieran acudido. Fuera lo que fuese que estuviera pasando, haría falta ayuda.

—¿Creías que íbamos a pasar por alto tu advertencia? —preguntó Edgar.

Magnus decidió no contestar a eso. Probablemente habían pasado por alto su advertencia, y, al igual que él, habían visto la luz en el cielo.

—¿Quién es esa gente? —preguntó Edgar.

—Creo que son unos mundanos que vinieron aquí a ver a Aldous.

—¿Y dónde está Aldous?

—No lo he visto. Yo también acabo de llegar.

Edgar alzó la mano y aparecieron media docena de cazadores de sombras. Fueron hacia los cadáveres y los examinaron.

—Parece el ataque de un behemoth —dijo una chica mientras estudiaba un montón de sangre, trozos de carne y restos de crepé de China—. Desorganizado, sucio. Y esto lo más seguro es que sea la marca de una doble fila de dientes, pero es difícil de decir...

Tras ellos se oyó un fuerte estallido, y todos se volvieron para mirar al joven que había gritado, que dejó caer algo humeante y siseante al suelo.

—Ha estallado mi sensor —gruñó.

—Creo que podemos suponer que hay una gran actividad demoníaca —dijo Edgar—. Registrad el hotel. Encontrad a Aldous Nix y traedlo aquí.

Los cazadores de sombras salieron corriendo, y Edgar y Magnus se quedaron junto a la pila de cadáveres.

—¿Tienes alguna idea de lo que puede haber pasado aquí? —preguntó Edgar.

—Ya te conté todo lo que sabía —contestó Magnus—. Estoy aquí

porque he visto algo en el cielo. Y al llegar me he encontrado con esto.

—¿Qué puede estar haciendo Aldous?

—Aldous tiene dos mil años. Puede hacerlo todo.

—¿Aldous tiene dos mil años?

—Eso he oído. No me invita a sus fiestas de cumpleaños.

—Me parecía un poco senil, pero nunca pensé... Bueno, no importa lo que haya pensado. Es evidente que tenemos a varios demonios en la zona. Esa es nuestra principal preocupación. Y Nix...

—Está aquí —dijo una voz.

Aldous salió de detrás de una de las gruesas cortinas. Se apoyaba pesadamente en su bastón y fue caminando muy despacio hasta la losa de granito, en la que se sentó. Edgar alzó su arma, pero Magnus le cogió el brazo.

—¿Qué ha pasado aquí, Aldous? —le preguntó Magnus.

—Solo era una prueba —contestó Aldous—. Para que lo vieran mis patrocinadores, que amablemente han puesto a mi disposición todo este hotel para que pueda hacer mi trabajo en paz.

—Tus patrocinadores —repitió Magnus—. Esa gente de ahí, en el suelo, hecha pedazos.

—¿Y qué trabajo es ese? —preguntó Edgar.

—¿El trabajo? Ah, ese sí que es un asunto interesante. Pero no para tus oídos. Hablaré con él. —Señaló a Magnus—. El resto os podéis ir a hacer algo de provecho. Los cazadores de sombras siempre estáis haciendo algo de provecho. Debe de haber unos diez demonios por ahí fuera. No me fijé en todos ellos, pero como ha dicho la chica, parecían ser sobre todo behemoths. Malos bichos. Id a matarlos.

Edgar Greymark no era la clase de hombre al que le gustara que lo echaran, pero Magnus le lanzó una mirada y trató de hacer que se contuviera.

—Sí —gruñó Edgar—, tenemos trabajo. Pero no te marches, Nix. Volveremos para tratar de este asunto.

Magnus asintió, y Edgar dejó el salón de baile dando un portazo al salir. Aldous se miró las retorcidas manos antes de hablar.

—Magnus, este no es nuestro lugar. Nunca lo ha sido. He vivido en este mundo durante más tiempo que nadie que conozca, y esa es la única verdad en que puedo confiar. Estoy seguro de que tú has llegado a la misma conclusión.

—No exactamente —contestó Magnus. Se acercó un paso, pero evitó el gran mar de sangre y cadáveres que había entre ellos.

—¿No exactamente?

—A veces me siento un poco fuera de lugar, pero me considero de este mundo. ¿De dónde voy a ser si no?

—Puede que hayas nacido aquí. Pero te originaste en otra dimensión.

—¿Te refieres al Vacío?

—A eso exactamente me refiero. Tengo la intención de ir allí adonde pertenezco. Quiero ir al único lugar que siento que podría llamar hogar. Quiero ir a Pandemónium. Estaba abriendo un Portal que me permitiera hacerlo.

—¿Y esa gente?

—Esa gente creía que gobernaban el mundo. Creía que su dinero les daba derecho a tener el control. Oyeron hablar de mí y vinieron buscando un modo de conseguir el control sin que hubiera guerra, sin emplear la fuerza. Y les dije que les daría a conocer un poder que nunca habían imaginado posible si me daban lo que quería. Llevo varios meses trabajando aquí, preparando el camino. Todo este edificio es ahora un entramado de hechizos y encantamientos. Las paredes están tejidas con electrum y metal demoníaco. Ahora es un canal. Será el Portal más poderoso y perfecto.

—Y ellos vinieron aquí...

—Para una demostración. Les dije que había riesgos. Quizá no fui lo suficientemente claro. Pensé que estaba...

Sonrió un poco al decir eso.

—Son monstruos, Magnus. No se los puede dejar vivir. Mundanos estúpidos. ¿Creen que pueden gobernar su mundo empleando nuestro poder? No. Murieron rápido.

—Y con gran dolor y terror, supongo.

—Quizá. Pero su sufrimiento ha terminado. Y ahora también el mío. Ven conmigo.

—¿Ir contigo? ¿A Pandemónium? ¿Al Vacío? Y yo que pensaba que la invitación para pasar el verano en Nueva Jersey era la peor que había recibido nunca.

—No es momento para bromas, Bane.

—Aldous —repuso Magnus—, estás hablando del ir al reino de los demonios. No se vuelve de allí. Y ya sabes los horrores a los que te enfrentarás si lo haces.

—No sabemos cómo es. No sabemos nada. Quiero saberlo. Mi deseo final es conocer ese lugar, el más misterioso, mi verdadero hogar. Bueno, este será el paso final para acabar el hechizo —dijo, mientras se erguía apoyado sobre la empuñadura de su bastón y sacaba un cuchillo—. Unas cuantas gotas de sangre de brujo. Un poco será suficiente. Un corte en la palma de la mano.

Aldous miró pensativamente el cuchillo y luego a Magnus.

—Si te quedas aquí, el Portal se abrirá y vendrás conmigo. Si no deseas venir, márchate ahora.

—Aldous, no puedes...

—Sí que puedo, y estoy a punto de hacerlo. Decídetes, Magnus. Quédate o vete, pero si te vas, hazlo ahora.

Lo que Magnus veía con toda claridad era que Aldous estaba loco. No se planeaban viajes al Vacío si uno estaba en sus cabales. Ir al Vacío era un acto más terrible que el suicidio: era enviarse uno mismo al infierno. Pero también era muy muy difícil hablar con gente que había perdido el juicio. A Alfie lo había podido convencer de que bajara de la ventana razonando. No sería tan fácil con Aldous. La fuerza física era una opción igual de difícil. Cualquier movimiento que

hiciera Magnus seguramente Aldous lo predeciría y le respondería con igual o mayor fuerza.

—Aldous...

—Entonces ¿te quedas? ¿Vienes conmigo?

—No. Solo que...

—Estás preocupado por mí —terminó la frase Aldous—. Crees que no sé lo que hago.

—No lo diría así exactamente, pero...

—He estado pensándolo durante mucho tiempo, Magnus. Sé lo que hago. Así que, por favor, quédate o vete. Decídete ya, porque voy a abrir el por...

La flecha hizo una especie de sonido cantarín al cortar el aire. Entró en el pecho de Aldous con la facilidad de un cuchillo deslizándose hacia el corazón de una manzana. Aldous se mantuvo erguido durante un momento, mirándola; luego se desplomó hacia un lado, muerto.

Magnus contempló su sangre derramarse sobre el granito.

—¡Corre! —gritó.

El joven cazador de sombras seguía mirando orgulloso su hazaña, la perfección con la que había dado en el blanco. No se fijó en la red de grietas que se abrían desde el altar por todo el suelo y astillaban el mármol blanco en cientos y miles de trocitos con el ruido del hielo al quebrarse.

Magnus corrió. Corrió de un modo que ni sabía que podía hacer, y cuando llegó hasta el cazador de sombras, lo agarró y lo arrastró con él. Acababan de llegar a la puerta y saltar fuera del edificio cuando un gran vómito de llamas llegó al vestíbulo y llenó la sala con fuego del suelo al techo. Con igual rapidez, el salón de baile volvió a tragarse el fuego. Las puertas del hotel se cerraron solas. Todo el edificio tembló como si una enorme aspiradora hubiera aparecido sobre él y lo estuviera absorbiendo.

—¿Qué está pasando? —preguntó el cazador de sombras.

—Ha abierto algún tipo de canal hacia el Vacío —contestó Magnus, tambaleándose.

—¿Qué?

Magnus negó con la cabeza. No había tiempo para explicaciones.

—¿Estaban todos fuera del edificio? —preguntó.

—No estoy seguro. Había demonios dentro y fuera. Hemos cogido a media docena en la calle, pero...

El edificio se estremeció y pareció levantarse unos centímetros, como si estuvieran tirando de él desde arriba.

—Apártate de aquí —dijo Magnus—. No tengo ni idea de lo que va a pasar, pero parece que toda esta cosa podría... ¡Apártate!

Durante todos esos años, en todos sus estudios, Magnus nunca se había encontrado con nada que lo hubiera preparado para esto: un edificio convertido en un Portal perfecto, un brujo que quería volver a casa, al Vacío, empleando su propia sangre como llave. Eso no estaba en ningún libro. Para ello haría falta adivinar. Y un montón de suerte. Y quizá alguna estupidez.

Si se equivocaba en cualquier momento del proceso, lo que seguramente pasaría, el Vacío lo absorbería hacia el mismísimo infierno. Y ahí era donde entraba la estupidez.

Magnus abrió la puerta. El cazador de sombras lanzó un grito, pero Magnus le chilló que se mantuviera alejado.

«Es una idea espantosa —pensó Magnus cuando se encontró de nuevo en el vestíbulo—. Puede que sea la peor idea que he tenido nunca».

El fuego que había estallado en el corazón del edificio había chamuscado todas las superficies; el techo estaba ennegrecido; los muebles, destruidos; se veía el suelo bajo la alfombra y la gran escalera estaba calcinada. Sin embargo, las puertas del salón de baile estaban intactas.

Magnus entró con mucho cuidado.

«Aún no se me ha tragado el Vacío —pensó—. Bien. Muy bien».

Los cadáveres no eran más que esqueletos humeantes, y el suelo de mármol blanco estaba totalmente resquebrajado. La sangre se había evaporado y dejado en su lugar una mancha negra. Pero la losa de granito parecía estar intacta. Levitaba a unos dos metros del suelo bañada por la tenue luz verde que Magnus había visto antes. A Aldous no se lo veía por ninguna parte.

¿Qué eres?

La voz le llegó desde ninguna parte. Estaba en la sala. Estaba fuera. Estaba en la cabeza de Magnus.

—Un brujo —contestó Magnus—. ¿Y qué eres tú?

Somos muchos.

—Por favor, no digas que sois legión. Eso ya lo ha dicho alguien antes.

¿Haces mofa de las escrituras mundanas, brujo?

—Solo para romper el hielo —masculló Magnus casi para sí.

¿Hielo?

—¿Dónde está Aldous?

Se halla con nosotros. Y ahora tú también vendrás con nosotros. Ve al altar.

—Creo que paso —repuso Magnus—. Estar aquí me gusta mucho.

Esto resultaba interesante. No parecía que los demonios pudieran salir. De haber podido, ya lo habrían hecho. Eso era lo que hacían los demonios. Pero se había abierto una conexión. En un solo sentido, pero una conexión de todos modos.

Magnus se acercó un poco más e intentó distinguir algún tipo de marcas en el suelo, algo que le pudiera decir lo grande que era el Portal. No había nada.

Brujo, ¿no te cansa tu vida?

—Esa es una pregunta muy filosófica para una voz sin nombre ni rostro procedente del Vacío —respondió Magnus.

¿No te cansa la eternidad? ¿No deseas poner fin a tu sufrimiento?

—¿Saltando al Vacío? La verdad es que no.

Eres como nosotros. Tienes nuestra sangre. Eres uno de nosotros. Ven y sé bienvenido. Ven y quédate con los tuyos.

Sangre...

Si la sangre de brujo abría el Portal... bueno, quizá también pudiera cerrarlo...

... o no.

Era una suposición tan buena como cualquier otra.

—¿Y por qué queréis que vaya con vosotros? —quiso saber Magnus—. Pandemónium debe de ser un lugar bastante atestado, teniendo en cuenta que siempre estáis tratando de salir de allí.

¿No reconocerías a tu padre?

—¿Mi padre?

Sí, brujo. Tu padre. ¿No lo reconocerías?

—Mi padre nunca se ha preocupado mucho por mí —replicó Magnus.

¿No reconocerías a tu padre aunque hablaras con él?

Magnus se quedó parado al oír eso.

—No —contestó—. Supongo que no. A no ser que estés intentando decirme que lo que estoy oyendo ahora es la voz de mi padre.

Oyes a tu propia sangre, brujo.

Magnus contempló la losa levitando, la destrucción, los restos de los cuerpos. También fue vagamente consciente de una presencia tras él. Algunos de los cazadores de sombras habían entrado y miraban la losa, pero no parecía que oyeran nada.

—¿Magnus? —lo llamó uno de ellos.

—Alejaos —replicó él.

¿Por qué los proteges? Ellos no te protegerían.

Magnus fue hasta el cazador de sombras que tenía más cerca, le agarró el cuchillo y se hizo un corte con él.

—Tú. —Señaló al cazador de sombras que había disparado a

Aldous—. Dame una flecha. Ahora.

Le pasaron la flecha y Magnus impregnó la punta con su sangre. Luego frotó más sangre en el asta, por si acaso. No necesitaba el arco. Dirigió la flecha hacia la losa con toda su fuerza mientras lanzaba todos los hechizos de cerrar Portales que sabía.

Notó que estaba clavado en el sitio, todo su cuerpo era como de hormigón, el tiempo transcurría lento y pausado. Magnus ya no estaba seguro de dónde estaba y ni siquiera de quién era, solo de que seguía lanzando hechizos, de que el altar continuaba ahí, y que las voces en su cabeza no dejaban de llamarlo. Cientos de voces. Miles de voces.

Magnus...

Magnus, ven conmigo...

Magnus, ven...

Pero Magnus aguantó. Y luego la losa cayó al suelo y se quebró en incontables fragmentos.



Había alguien apoyado en la puerta de su habitación del hotel cuando regresó esa noche.

—Captaste el mensaje, ¿eh? —preguntó Dolly—. Sobre el dinero mundano. Supongo que todo ha ido a la quiebra, ¿no?

—Parece que todo ha ido a la quiebra —asintió Magnus.

—No pensaba que me hubieras creído.

Magnus se apoyó en la pared de enfrente y suspiró pesadamente. No se oía ningún ruido procedente de las habitaciones del pasillo, excepto por unos gritos distantes y apagados al fondo. Tuvo la sensación de que mucha gente habría dejado el hotel porque ya no tenía dinero con que pagar la cuenta, o que estaban sentados tras la puerta en un silencio aturdido. Y sin embargo, no tenían ni idea de que, en realidad, el crac financiero era el menor de sus problemas, de

que el verdadero peligro había sido evitado. Nunca lo sabrían. Siempre era así.

—Pareces cansado —dijo Dolly—. Como si necesitaras un reconstituyente.

—Acabo de cerrar un Portal hacia el Vacío. Necesito dormir. No me despiertes antes de tres días.

Dolly soltó un silbido.

—Mi amiga me dijo que eras complicado. No bromeaba, ¿eh?

—¿Amiga?

Dolly se llevó la mano a la boca, pellizcándose la nariz con sus largas uñas pintadas.

—¡Uy!

—¿Quién te ha enviado? —le preguntó Magnus.

Dolly bajó la mano y le lanzó una rápida sonrisa.

—Una buena amiga tuya.

—No estoy seguro de tener buenas amigas.

—Oh, claro que las tienes. —Dolly hizo dar un par de vueltas en el aire a su bolsito de cuentas—. Las tienes. Ya nos veremos, Magnus.

Se fue por el pasillo contoneándose y volviéndose de vez en cuando para mirarlo. Magnus se deslizó un poco contra la pared, el cansancio tiraba de todo su cuerpo hacia abajo. Pero con un gran esfuerzo, se irguió y corrió detrás de Dolly. Desde la esquina la vio entrar en el ascensor, y de inmediato apretó el botón llamando al siguiente. Su ascensor estaba lleno de gente con cara seria, claramente afectada por las noticias del día. Así que lo que iba a hacer sería una desgracia para todos ellos.

Chasqueó los dedos y tomó el control del ascensor; y lo lanzó en un descenso rápido y algo incontrolado. Le había dado una buena propina al ascensorista el otro día, así que pensó que tenía derecho a arrebatarse el control si quería. No lo tenía con los otros pasajeros, que comenzaron a gritar mientras el ascensor caía deprisa piso tras piso.

Llegó al vestíbulo antes que Dolly y se abrió paso entre la gente aún traumatizada (varios de ellos rezaban aterrorizados) de su ascensor. Se escabulló por el vestíbulo, pegado a la pared, ocultándose detrás de las columnas, de las macetas con plantas y los grupos de gente. Se metió en una cabina de teléfono y vio pasar a Dolly, sus tacones repiqueteando con suavidad sobre el suelo de mármol. La siguió, tan en silencio y desapercibido como pudo, hasta la puerta delantera, y se cubrió con un *glamour* para pasar sin ser visto ante el portero. Había un coche fuera, un enorme Pierce-Arrow, con cortinas plateadas en las ventanillas de los pasajeros para esconder el rostro de los ocupantes. Sin embargo, la puerta estaba abierta. Había un chófer en pie, muy tieso, junto a ella. Por la abertura, Magnus pudo ver un pie y un tobillo, ambos muy elegantes, un zapatito plateado y un poco de pierna enfundada en una media. Dolly se acercó al coche y se inclinó sobre la abertura de la puerta. Mantuvo una conversación que Magnus no pudo oír, y luego se subió al coche, ofreciendo una bonita vista de su trasero a toda la gente que estaba frente al Plaza. Luego el pasajero se inclinó hacia delante para hablar con el chófer, y Magnus pudo ver su rostro de perfil. Era imposible confundir ese rostro.

Era Camille.

Salvar a Raphael Santiago

de Cassandra Clare y Sarah Rees Brennan



Se incorporó, rápido como una serpiente, y saltó. Fue solo porque Magnus había visto hacia dónde miraba el vampiro y porque sabía cómo se sentía Raphael, la sensación exacta y exquisitamente fría de ser un rechazado, alguien tan solo que casi ni parecía existir, que se movió con la rapidez suficiente.

Salvar a Raphael Santiago







A finales del verano de 1953 hubo una violenta ola de calor. El sol golpeaba sin compasión el pavimento, que parecía estar más plano de lo normal en señal de sumisión. Algunos niños del Bowery estaban abriendo una boca de riego para hacer una fuente en la calle y conseguir unos minutos de alivio.

Más tarde, Magnus pensó que habría sido un golpe de sol lo que le provocó el deseo de ser detective privado. Eso y la novela de Raymond Chandler que acababa de leer.

Aun así, había un problema con el plan. En la cubierta de los libros y en las películas, la mayoría de los detectives parecían ir vestidos con el traje de los domingos para asistir a la verbena de una ciudad de provincias. Magnus quería borrar esa lacra de su recién adoptada profesión y vestir de un modo que fuera tanto adecuado a su nuevo desempeño como agradable a la vista y, por supuesto, a lo último en moda. Aparcó la gabardina y añadió unos puños de terciopelo verde a su americana, además de calarse un bombín.

El calor era tan intenso que tuvo que quitarse la americana en cuanto puso un pie en la calle, pero lo que contaba era la idea, y además, llevaba tirantes de color verde esmeralda.

Ser investigador privado no era una decisión que hubiera tomado basándose únicamente en su guardarropa. Era brujo, y la gente (bueno,

aunque no todos pensaban en ellos como gente) a menudo acudía a él en busca de soluciones mágicas a sus problemas; y él se las daba a cambio de un precio. Por todo Nueva York se había corrido la voz de que Magnus era el brujo que te podría sacar de cualquier lío. También había un Santuario en Brooklyn, si necesitabas esconderte, pero la bruja que lo llevaba no te resolvía los problemas. Magnus resolvía problemas. Así que, ¿por qué no cobrar por ello?

No le había pasado por la cabeza que, una vez decidido a convertirse en detective, le caería un caso encima en cuanto pintara las palabras MAGNUS BANE, DETECTIVE PRIVADO en su ventana con gruesas letras negras. Pero como si alguien hubiera susurrado esa posibilidad al oído del destino, le llegó un caso.

Magnus regresaba a su despacho después de haberse comprado un cucurucho de helado, y cuando la vio, se alegró de habérselo acabado ya. Se veía con toda claridad que era una de esos mundanos que sabían lo suficiente del mundo de las sombras para acudir a Magnus en busca de magia.

Él la saludó alzando el sombrero.

—¿Puedo ayudarla, señora? —preguntó.

No era una rubia por la que un obispo partiría una vidriera de una patada si así se lo pidiera. Era una mujer menuda y morena, y aunque no fuera hermosa, tenía un atractivo lo suficientemente intenso para que, si quería que se rompiera alguna ventana, Magnus estuviera dispuesto a ver qué se podía hacer. Llevaba un vestido plisado, un poco ajado pero aún muy correcto, ceñido con un cinturón a la estrecha cintura. Parecía tener treinta y tantos, la misma edad que la compañera del momento de Magnus; el cabello oscuro y ondulado enmarcaba un rostro pequeño y con forma de corazón, con unas cejas muy finas que, además de darle un aire desafiante, la hacían a la vez más atractiva e intimidante.

Le estrechó la mano con la suya, pequeña y firme.

—Soy Guadalupe Santiago —se presentó—. Usted es... —Agitó una mano—. No sé exactamente la palabra: hechicero, mago...

—Puede decir «brujo» si le parece —respondió Magnus—. No importa. Lo que usted quiere decir es que soy alguien con el poder de ayudarla.

—Sí —asintió Guadalupe—. Sí, eso quiero decir. Necesito que me ayude. Necesito que salve a mi hijo.

Magnus la hizo entrar. Creyó haber entendido la situación en cuanto ella le mencionó que necesitaba ayuda para un familiar. A menudo, no con tanta frecuencia como acudían a Catarina Loss, pero sí bastante a menudo, la gente acudía a él para que la sanara. Aunque se sacara menos dinero, prefería con mucho curar a un niño mundano que a uno de los altivos cazadores de sombras que tan a menudo recurrían a él.

—Hábleme de su hijo —le pidió.

—Raphael —repuso Guadalupe—. Se llama Raphael.

—Hábleme de Raphael —repitió Magnus—. ¿Cuánto tiempo lleva enfermo?

—No está enfermo —contestó Guadalupe—. Me temo que pueda estar muerto.

Su voz era firme, como si no estuviera diciendo lo que sin duda era el peor temor de cualquier progenitor.

Magnus frunció el ceño.

—No sé qué le habrá dicho la gente de mí, pero en ese caso no puedo ayudarle.

Guadalupe alzó una mano.

—Esto no tiene nada que ver con una enfermedad común o con nada que nadie en mi mundo pueda curar —le explicó—. Tiene que ver con su mundo, y con cómo se ha cruzado con el mío. Es sobre los monstruos de los que Dios ha apartado la mirada, los que acechan en la oscuridad y se ceban en los inocentes.

Dio una vuelta en redondo en el salón, y la falda plisada se

acampanó sobre sus oscuras piernas.

—Los vampiros —susurró.

—Oh, Dios, los malditos vampiros otra vez no —exclamó Magnus.

Una vez dicha la temida palabra, Guadalupe recuperó el valor y siguió con su historia.

—Todos habíamos oído rumores sobre esas criaturas —explicó—. Luego fueron más que rumores. Había uno de los monstruos rondando por nuestro barrio. Cogía a niños y a niñas. A uno de los amigos de mi Raphael se le llevaron a su hermano pequeño, y lo encontraron casi en la propia puerta de su casa, con el cuerpecito totalmente desangrado. Rezamos, todas las madres rezamos, todas las familias rezamos para que se apartara de nosotros esa maldición. Pero mi Raphael había comenzado a ir con un grupo de chicos que eran un poco mayores que él. Buenos chicos, sin duda, de familias decentes, pero un poco... bruscos, con demasiadas ganas de demostrar que eran hombres antes de serlo de verdad; ya sabe lo que quiero decir.

Magnus había dejado de bromear. Un vampiro cazando niños por diversión, un vampiro con esas apetencias y sin intención de parar, no era ninguna broma. Miró a Guadalupe a los ojos con una mirada directa y seria, para demostrarle que la entendía.

—Formaron una banda —continuó Guadalupe—. No una de esas bandas callejeras, pero... bueno, dijeron que era para proteger nuestras calles del monstruo. Una vez siguieron su rastro hasta su guarida, y no paraban de hablar de que sabían dónde se escondía, de que podían ir a matarlo. Debería haber... Pero no presté atención a lo que decían los niños. Tenía miedo por mis hijos pequeños, y todo lo demás parecía un juego. Pero entonces, hace unas noches, Raphael y todos sus amigos... desaparecieron. Ya habían pasado toda la noche fuera antes, pero esto... esto es demasiado tiempo. Raphael nunca dejaría que me preocupara así. Quiero que descubra dónde está el vampiro y que vaya a buscar a mi hijo. Y si Raphael está vivo, quiero que lo salve.

Si el vampiro ya había matado niños, una banda de adolescentes yendo a por él sería como si le pusieran delante un puñado de bombones. El hijo de esa mujer estaba muerto.

Magnus asintió con la cabeza.

—Intentaré descubrir qué le ha pasado.

—No —replicó la mujer.

Magnus se encontró mirándola, cautivado por su voz.

—Usted no conoce a mi Raphael —añadió la mujer—. Pero yo sí. Está con los chicos mayores, pero no es uno más. Todos lo escuchan. Solo tiene quince años, pero es tan fuerte, tan rápido y tan inteligente como un adulto. Si solo uno de ellos ha sobrevivido, será él. No vaya a buscar su cadáver. Vaya y salve a Raphael.

—Tiene mi palabra —le prometió Magnus, y lo decía en serio.

Tenía prisa por salir. Antes de ir al hotel Dumont, un lugar que los mortales habían abandonado y por donde rondaban los vampiros desde los años veinte, el lugar al que seguro habían ido Raphael y sus amigos, tenía que hacer otras averiguaciones. Otros subterráneos podían saber algo de un vampiro que estuviera violando la Ley de una forma tan flagrante, incluso si habían estado esperando que los vampiros lo arreglaran entre ellos, incluso si habían decidido no acudir a los cazadores de sombras.

Pero Guadalupe le agarró la mano antes de irse y sus dedos se aferraron a él. Su mirada desafiante se había vuelto suplicante. Magnus tuvo la sensación de que Guadalupe nunca habría rogado por sí misma, pero estaba dispuesta a hacerlo por su hijo.

—Le di una cruz para que la llevara al cuello —le informó—. El cura de Santa Cecilia me la dio con sus propias manos y yo se la di a Raphael. Es pequeña y está hecha de oro. Lo reconocerá por ella. —Alzó la mirada, inquieta—. Le di una cruz.

—Entonces le dio una oportunidad —afirmó Magnus.



Visitar a las hadas para oír chismes sobre vampiros, a los licántropos para oír chismes sobre hadas, y no chismorrear sobre los licántropos, porque intentarían arrancarte la cara de un mordisco: ese era el lema de Magnus.

Conocía a un hada que trabajaba en el club de Lou Walters, en el Harlem español, la parte más turbia y dura de Times Square. Magnus había ido allí una vez o dos a ver a Mae West y se había fijado en una chica del coro que usaba un *glamour* para ocultar sus alas de hada y su pálida piel amatista. Desde entonces, Aeval y él habían sido amigos, tan amigos como se podía ser cuando tanto la dama como él solo estaban interesados en información.

Se hallaba sentada en los escalones, ya vestida para actuar. Había mucha delicada piel lila a la vista.

—Estoy aquí para ver a un hada y hablar con ella sobre un vampiro —dijo Magnus en voz baja, y ella se echó a reír.

Magnus no se rio con ella. Tenía la sensación de que le costaría mucho sacarse de la cabeza el recuerdo del rostro de Guadalupe o el de su mano apretándole el brazo.

—Estoy buscando a un chico. Humano. Seguramente lo ha cogido uno del clan del Harlem español.

Aeval se encogió de hombros en un gesto grácil y fluido.

—Ya conoces a los vampiros. Podría ser cualquiera de ellos.

Magnus dudó un momento.

—Se dice —añadió luego— que a este le gustan muy jóvenes.

—En ese caso... —Aeval agitó las alas. Incluso a los subterráneos más insensibles no les gustaba que se metieran con los niños—. Puede que haya oído algo sobre un tal Louis Karnstein.

Magnus le hizo un gesto animándola a que siguiera; se inclinó hacia ella y desplazó el sombrero para que Aeval pudiera hablarle al

oído.

—Estaba viviendo en Hungría hasta hace poco. Es viejo y poderoso, y por eso lady Camille lo ha acogido de buena gana. Y tiene un especial cariño por los niños. Cree que su sangre es la más pura y dulce, igual que la carne joven es la más tierna. Tuvo que huir de Hungría porque lo perseguían unos mundanos que descubrieron su guarida... y encontraron a todos los niños allí.

«Salvar a Raphael», pensó Magnus. Cada vez parecía una misión más imposible.

Aeval lo miró, y sus enormes ojos rasgados dejaron escapar una ligera chispa de preocupación. Cuando un hada parecía preocupada, era el momento de prepararse para lo peor.

—Mátalo, brujo —le dijo—. Ya sabes lo que harán los cazadores de sombras si se enteran de algo así. Si Karnstein ha vuelto a las andadas en nuestra ciudad, será malo para todos nosotros. Los nefilim matarán a todo vampiro que vean. Primero vendrán los cuchillos serafines, y luego ya se ocuparán de las preguntas.

A Magnus no le gustaba acercarse al hotel Dumont y no lo hacía si podía evitarlo. Estaba medio ruinoso y resultaba inquietante. Contenía malos recuerdos, y también, de vez en cuando, a su malvada examante.

Pero ese día parecía que el hotel era su inevitable destino.

El sol estaba abrasando el cielo, pero no seguiría así mucho rato más. Si Magnus tenía que luchar contra vampiros, prefería hacerlo cuando más débiles estuvieran.



El hotel Dumont seguía siendo bonito, aunque se notaba que abandonado, pensó Magnus al entrar. El tiempo estaba enterrando cada arco bajo espesas madejas de telarañas. Desde los años veinte, los

vampiros lo habían considerado de su propiedad y rondaban con libertad por él. Magnus nunca había preguntado cuál había sido el papel de Camille y los vampiros en la tragedia de los años veinte, o qué derecho creían tener sobre el edificio. Era posible que los vampiros simplemente se sintieran atraídos por un lugar decadente e inhabitado. Nadie más se acercaba a él. Los mundanos susurraban que estaba embrujado.

Magnus no había perdido la esperanza de que los mundanos regresaran, lo reclamaran, lo reconstruyeran y echaran a los vampiros. Eso fastidiaría tanto a Camille...

En el vestíbulo, una joven vampira corrió hacia Magnus. El rojo y verde de su vestido chino y el cabello teñido de *henna* resplandecían en la gris oscuridad.

—¡No eres bienvenido aquí, brujo! —le espetó.

—¿No lo soy? Oh, vaya, qué metedura de pata. Me disculpo. Antes de irme, ¿puedo preguntar una cosa? ¿Qué me puedes decir de Louis Karnstein? —preguntó Magnus como si tal cosa—. ¿Y de los niños que ha estado trayendo al hotel y matando?

La chica retrocedió como si Magnus le hubiera puesto una cruz en la cara.

—Es un invitado —contestó en voz baja—. Y lady Camille dijo que debíamos rendirle todos los honores. No lo sabíamos.

—¿No? —se extrañó Magnus, y la incredulidad le tiñó la voz como una gota de sangre en el agua.

Los vampiros de Nueva York tenían cuidado, claro. Se derramaba un mínimo de sangre humana, y cualquier «accidente» se camuflaba rápidamente bajo las narices de los cazadores de sombras. Sin embargo, Magnus tenía motivos para creer que si, por alguna razón, Camille quería complacer a un invitado, incluso lo dejaría asesinar. Lo haría con la misma impunidad con la que se preocuparía de que el invitado estuviera rodeado de lujos: plata, terciopelo y vidas humanas.

Y Magnus no creyó ni por un momento que, una vez Louis

Karnstein hubiera llevado sus succulentos bocados a casa, cargando con toda la culpa, pero dispuesto a compartir la sangre, los demás no se hubieran aprovechado. Miró a la chica de aspecto delicado y se preguntó a cuánta gente habría matado.

—¿Acaso prefieres que me vaya —dijo con toda amabilidad— y vuelva con los nefilim?

Los nefilim, el hombre del saco de los monstruos y de todos aquellos que podían llegar a serlo. Magnus estaba seguro de que esa chica podría ser un monstruo si quisiera. Sabía que él mismo podría ser un monstruo.

También sabía algo más: no tenía ninguna intención de dejar a un niño en la guarida del monstruo.

La chica abrió mucho los ojos.

—Eres Magnus Bane.

—Sí —repuso Magnus. A veces era bueno que te reconocieran.

—Los cuerpos están arriba. En el salón azul. Le gusta jugar con ellos... después. —Se estremeció, se apartó de su camino y desapareció entre las sombras.

Magnus cuadró los hombros. Dio por descontado que la conversación habría sido escuchada, porque nadie lo desafió ni apareció ningún otro vampiro mientras subía por la curvada escalera, el dorado y escarlata de su decoración perdido bajo un manto de gris, pero la forma conservándose intacta. Subió una y otra planta hasta los apartamentos, donde sabía que el clan de los vampiros de Nueva York albergaba a sus invitados más preciados.

Encontró el salón azul con facilidad: era el más grande y probablemente el más elegante de los apartamentos del hotel. Si todavía hubiera sido un hotel en el sentido normal del término, los huéspedes de esa estancia habrían tenido que pagar por daños importantes. Había un agujero en el alto techo. La cúpula del techo había estado, en tiempos, pintada de azul celeste, el delicado azul que los artistas imaginaban que correspondía al cielo de verano.

El auténtico cielo de verano se veía a través del agujero del techo, de un blanco resplandeciente y despiadado, tan implacable como el ansia que empujaba a Karnstein, ardiendo con tanto fulgor como la antorcha portada por alguien que iba a enfrentarse a un monstruo.

Magnus vio el suelo cubierto de polvo, que no creyó que fuera tan solo el resultado de la acumulación del tiempo. Vio polvo y vio cadáveres amontonados, tirados como muñecas de trapo, despatarrados como arañas aplastadas contra el suelo y contra las paredes. No había ninguna elegancia en la muerte.

Eran cadáveres de adolescentes, los que habían ido como una intrépida banda para cazar al depredador que rondaba por sus calles; los que, en su inocencia, habían creído que el bien triunfaría. Y había otros cuerpos, los cadáveres más antiguos de niños más pequeños. Los niños que Louis Karnstein había raptado de las calles de Raphael Santiago para luego matar y conservar.

No había forma de salvar a esos niños, pensó Magnus. No había nada en esa sala excepto sangre y muerte, y el eco del miedo, de la pérdida de toda posibilidad de redención.

Louis Karnstein estaba loco. A veces pasaba, con la edad y el distanciamiento de la humanidad. Treinta años atrás, Magnus había visto cómo le ocurría a un colega brujo.

Magnus esperó que si alguna vez se volvía loco, tan loco que envenenara el mismísimo aire que le rodeara e hiciera daño a todos los que entraran en contacto con él, hubiera alguien que lo quisiera lo suficiente para detenerlo. Para matarlo, si fuera necesario.

Chorros de sangre arterial y huellas sangrientas decoraban las sucias paredes azules, y sobre el suelo había charcos negros. Había sangre de humano y de vampiro: la sangre de vampiro era de un rojo más oscuro, un rojo que permanecía inalterado al secarse, rojo por siempre jamás. Magnus rodeó las manchas, pero en un charco de sangre humana vio relucir algo, sumergido casi más allá de toda esperanza pero con un brillo obstinado que le llamó la atención.

Se agachó y sacó el objeto del oscuro charco. Era una cruz, pequeña y dorada, y pensó que, al menos, podría devolverle eso a Guadalupe. Se la metió en el bolsillo.

Magnus dio un paso adelante y luego otro más. No estaba seguro de si el suelo soportaría su peso, se dijo, aunque sabía que eso era solo una excusa. No quería pasar a través de toda esa muerte.

Pero, de repente, supo que tenía que hacerlo.

Tenía que hacerlo porque en el rincón más alejado de la sala, entre las sombras más profundas, oyó ruidos de succión, desagradables y ansiosos. Vio a un chico en brazos del vampiro.

Magnus alzó la mano y la fuerza de su magia lanzó al vampiro por el aire contra una de las paredes manchadas de sangre. Oyó un crujido y vio al vampiro caer al suelo. No estaría así mucho rato.

Corrió por la sala, tropezando con los cadáveres y resbalando sobre la sangre, y cayó de rodillas junto al chico para cogerlo en brazos. Era joven, de unos quince o dieciséis años, y se estaba muriendo.

Magnus no tenía magia para meter sangre en un cuerpo, sobre todo en uno que ya se estaba apagando por la falta de ella. Le sujetó la cabeza morena con una mano, lo observó mover las pestañas y esperó a ver si el chico podía enfocar la mirada en algún momento, en el que Magnus pudiera decirle adiós.

El chico no lo miró ni habló. Apretó la mano de Magnus. Este pensó que se agarraba por reflejo, como lo haría un bebé, pero se la sujetó e intentó darle todo el consuelo que pudo.

El chico respiró una vez, dos, tres, y luego la mano que lo agarraba perdió toda su fuerza.

—¿Sabes su nombre? —preguntó Magnus con acritud al vampiro que lo había matado—. ¿Era Raphael?

No sabía por qué lo preguntaba. No quería saber que el chico que Guadalupe lo había enviado a buscar acababa de morir en sus brazos, y que el último miembro de la valiente y condenada misión que había

ido a salvar a los pequeños inocentes había sobrevivido casi lo suficiente. No podía olvidar la expresión suplicante del rostro de Guadalupe Santiago.

Miró al vampiro, que no se había movido para atacarlo. Estaba sentado, apoyado en la pared contra la que Magnus lo había arrojado.

—Raphael —repitió el vampiro lentamente—. ¿Has venido aquí buscando a Raphael? —Lanzó una carcajada corta y seca, casi de incredulidad.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Magnus. Una oscura furia le crecía en el pecho. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había matado a un vampiro, pero estaba dispuesto a hacerlo otra vez.

—Porque yo soy Raphael Santiago —respondió el vampiro.

Magnus se quedó mirando al joven vampiro, a Raphael. Tenía las rodillas dobladas contra el pecho, los brazos rodeándolas. Bajo sus sueltos rizos había un delicado rostro en forma de corazón como el de su madre, grandes ojos oscuros que hubieran encantado a las mujeres, o a los hombres, una vez adulto, y una boca suave e infantil manchada de rojo. La sangre le cubría la mitad inferior del rostro, y Magnus vio el blanco destello de los colmillos contra el labio inferior, como diamantes en la oscuridad. El vampiro era lo único que se movía en toda esa sala llena de una terrible quietud. Estaba temblando; los espasmos le recorrían el delgado cuerpo; temblaba tan violentamente que Magnus podía verlo a simple vista, como el helor que hacía castañetear los dientes a alguien a punto de llegar a la inmovilidad y la muerte. En esa habitación hacía tanto calor como los mundanos se imaginaban que haría en el infierno, pero el chico temblaba como si nunca más pudiera volver a entrar en calor.

Magnus se puso en pie y avanzó con cuidado entre el polvo y la muerte hasta que estuvo cerca del chico.

—¿Raphael? —le preguntó con amabilidad.

El joven vampiro alzó el rostro al oír el sonido de la voz de

Magnus. Este había visto a muchos vampiros con la piel tan blanca como la sal. La piel de Raphael aún era oscura, pero no tenía el tono cálido de la piel de su madre. Ya no era la piel de un chico vivo.

No había forma de salvar a Raphael.

Tenía las manos cubiertas de mugre y sangre, como si hubiera salido de su tumba hacía muy poco. También su rostro estaba manchado de tierra. El cabello era negro, una masa de suaves rizos por la que su madre debía de haber pasado los dedos con placer, que debía de haber acariciado cuando él tuviera pesadillas y la llamara, y haber rozado con los dedos cuando él durmiera en su cama y no quisiera despertarlo; un cabello del que ella probablemente había conservado un rizo de cuando era bebé.

Tenía marcas de lágrimas rojas en el rostro, brillando siniestras, y sangre en el cuello, aunque Magnus sabía que la herida ya estaría cerrada.

—¿Dónde está Louis Karnstein? —le preguntó Magnus.

—El vampiro pensó que yo lo ayudaría con los otros —contestó Raphael, esta vez en español, suave y bajo—, si me convertía en uno de los suyos. —Rio de repente, un sonido resonante y enloquecido—. Pero no lo hice —añadió—. No. Él no se lo esperaba. Está muerto. Convertido en cenizas que el viento se ha llevado. —Hizo un gesto hacia el agujero del techo.

Magnus se quedó callado por la sorpresa. Era muy raro que un vampiro nuevo se alzara y superara el hambre durante el rato necesario para pensar o para hacer cualquier otra cosa que no fuera alimentarse. Magnus pensó si Raphael habría matado a más de uno de sus amigos.

No iba a preguntárselo, y no solo porque hubiera sido una pregunta cruel. Incluso si Raphael había matado antes de volverse contra su creador y acabar con él, tenía que poseer una voluntad de hierro.

—Están todos muertos —dijo Raphael, que parecía intentar controlarse. De repente su voz sonó clara. Sus oscuros ojos también

parecían claros cuando miró a Magnus, y luego, de forma deliberada, los apartó de él, como si no tuviera ninguna importancia.

Magnus observó, con creciente inquietud, que Raphael estaba mirando el brillante agujero del techo, al que había señalado al decir que Karnstein se había convertido en cenizas.

—Están todos muertos —repitió Raphael con lentitud—. Y yo también estoy muerto.

Se incorporó, rápido como una serpiente, y saltó.

Fue solo porque Magnus había visto hacia dónde miraba el vampiro y porque sabía cómo se sentía Raphael, la sensación exacta y exquisitamente fría de ser un rechazado, alguien tan solo que casi ni parecía existir, que se movió con la rapidez suficiente.

Raphael saltó hacia el punto de luz letal que había en el suelo, y Magnus saltó hacia Raphael. Tiró al chico al suelo antes de que llegara a la luz del sol.

El muchacho soltó un grito incoherente, como un ave de presa, un chillido agudo que solo era rabia y hambre, y que resonó en el interior de la cabeza de Magnus e hizo que se le pusiera la piel de gallina. Raphael se debatió y se arrastró hacia el sol, y cuando Magnus no quiso dejarlo marchar, empleó toda su fuerza de vampiro recién nacido para tratar de soltarse, arañando y retorciéndose. No tenía dudas, no sentía remordimientos ni ninguna de las molestias que los vampiros nuevos solían tener con sus poderes recién adquiridos. Trató de morder a Magnus en el cuello. Trató de destrozarlo miembro a miembro. Magnus tuvo que emplear la magia para sujetarle las piernas y los brazos contra el suelo, e incluso con todo el cuerpo inmovilizado, a Magnus le costó esquivar sus mordiscos.

—¡Suéltame! —gritó el chico al final, con voz quebrada.

—Chist, chist —susurró Magnus—. Tu madre me ha enviado, Raphael. Quédate quieto. Tu madre me ha enviado a buscarte. —Sacó la cruz de oro del bolsillo y la sostuvo ante el rostro del joven vampiro—. Me dio esto y me dijo que te salvara.

El chico hizo una mueca de dolor apartándose de la cruz, y Magnus se la guardó rápidamente, pero no antes de que el chico dejara de luchar y comenzara a sollozar, unos sollozos que le sacudían todo el cuerpo, como si pudiera arrancarse su nuevo y odiado ser desde dentro si se esforzaba lo suficiente.

—¿Acaso eres estúpido? —preguntó entre gemidos—. No puedes salvarme. Nadie puede salvarme.

Magnus notaba el sabor de su desesperación como si fuera sangre. Lo creía. Sujetó al chico, un recién nacido entre tierra de cementerio y sangre, y deseó haberlo encontrado muerto.



Los sollozos habían dejado a Raphael lo bastante agotado como para mostrarse dócil. Magnus se lo llevó a su casa, porque no tenía ni la menor idea de qué hacer con él.

Se quedó sentado, un pequeño bulto trágico en el sofá de Magnus.

El brujo hubiera sentido una dolorosa lástima por él, pero, de camino a casa, había parado en una cabina telefónica para llamar a Etta al pequeño club de jazz donde cantaba esa noche y decirle que no pasara por su casa durante un tiempo porque tenía que ocuparse de un bebé vampiro.

—Un bebé vampiro, ¿eh? —había dicho Etta, riendo, del mismo modo que una esposa se reiría de un marido que siempre volviera a casa con los objetos más extraños de los mercadillos locales—. No conozco a ningún exterminador en la ciudad al que puedas llamar para que se ocupe de eso.

Magnus había sonreído.

—Yo puedo ocuparme de eso. Confía en mí.

—Oh, normalmente lo hago —le había contestado Etta—. Aunque mi madre intentó enseñarme a tener más juicio.

Magnus había estado en el teléfono hablando con Etta solo un par de minutos, pero al salir se había encontrado a Raphael agazapado sobre el pavimento. Cuando el brujo se le había acercado, el vampiro le mostró los colmillos blancos y afilados como agujas en la noche, como un gato protegiendo su presa. El hombre que tenía entre sus brazos, con el blanco cuello de la camisa teñido de rojo, ya estaba casi inconsciente; Magnus se lo arrebató al siseante vampiro y lo metió en un callejón, esperando que, al despertarse, pensara que lo habían atracado.

Cuando volvió a la acera, Raphael seguía sentado allí, con las manos cerradas como garras y apretadas contra el pecho. Aún tenía un rastro de sangre en la boca. Magnus sintió que la desesperación le destrozaba el corazón. Ahí no había solo un niño que sufría. Había un monstruo con la cara de un ángel de Caravaggio.

—Deberías haberme dejado morir —dijo Raphael con una voz vacía.

—No podía.

—¿Por qué no?

—Porque le prometí a tu madre que te llevaría a casa —contestó Magnus.

Raphael se quedó inmóvil al oír mencionar a su madre, igual que lo había hecho en el hotel. Magnus le observaba el rostro bajo el brillo de las farolas. Tenía el aspecto herido de un niño al que hubieran propinado un bofetón: dolor y perplejidad, y ningún medio de dominar esos sentimientos.

—¿Y crees que va a quererme en casa? —preguntó Raphael—. ¿Como lo que soy?

El miedo a la respuesta le estremeció la voz, y el labio inferior, aún manchado de la sangre del hombre, le empezó a temblar. Se pasó una furiosa mano por el rostro, y Magnus lo vio de nuevo: la forma en que podía recuperar la compostura en un instante, el férreo control que ejercía sobre sí mismo.

—Mírame —dijo—. Dime que me invitará a entrar.

Magnus no se lo podía decir. Recordó el modo en que Guadalupe había hablado de los monstruos, de aquellos que caminaban en la oscuridad y atacaban a los inocentes. Pensó en cómo podría reaccionar la mujer que le había dado una cruz a su hijo al verlo con sangre en las manos. Recordó a su padrastro obligándolo a repetir las oraciones hasta que las palabras le sabían amargas en la boca; recordó a su madre, que había sido incapaz de volver a tocarlo una vez lo supo, y que su padrastro lo había sujetado bajo el agua. Sin embargo, hubo un tiempo en que lo habían amado, y él a ellos.

El amor no lo podía todo. El amor no siempre aguantaba. Podían quitarte todo lo que tuvieras hasta que solo te quedara el amor, pero luego este también desaparecía.

Sin embargo, Magnus sabía que el amor podía ser una última esperanza y una estrella por la que guiarse. La luz que se apaga ha brillado al menos una vez.

Bane no podía prometerle a Raphael el amor de su madre, pero como este aún la amaba, Magnus quería ayudarlo, y pensó que quizá supiera cómo hacerlo.

Avanzó sigiloso sobre la alfombra del salón y vio un destello en los oscuros ojos del chico, sorprendido por el súbito movimiento.

—¿Y si no llegara a enterarse nunca?

Raphael parpadeó con lentitud.

—¿Qué quieres decir? —preguntó inseguro.

Magnus rebuscó en el bolsillo y sacó algo que brilló sobre la palma de su mano.

—¿Y si te presentas en su puerta —sugirió Magnus— llevando la cruz que te dio?

Dejó caer la cruz y, de forma instintiva, Raphael abrió la mano para cogerla. En cuanto le tocó la piel Magnus lo vio hacer una mueca, que se convirtió en un estremecimiento que le recorrió el delgado cuerpo e hizo que el rostro se le contrajera de dolor.

—Muy bien, Raphael —dijo Magnus.

El chico abrió los ojos y miró fijamente a Magnus. Eso no era lo que este se había esperado. El olor a piel quemada llenó la sala. Tendría que comprar un ambientador.

—Bien hecho, Raphael —insistió Magnus—. Muy valiente. Ya la puedes dejar.

Raphael mantuvo la mirada de Magnus y, muy despacio, cerró los dedos sobre la cruz. Finos hilillos de humo ascendieron entre sus dedos.

—¿Bien hecho? —repitió el muchacho vampiro—. ¿Muy valiente? Solo acabo de empezar.

Se quedó sentado en el sofá de Magnus, con todo el cuerpo arqueado de dolor, y agarró con fuerza la cruz de su madre. No la soltó.

Magnus reevaluó la situación.

—Buen comienzo —le dijo en tono condescendiente—. Pero va a hacer falta mucho más que eso.

Raphael entrecerró los ojos pero no respondió.

—Aunque —añadió Magnus como si nada— quizá no puedas hacerlo. Va a ser necesario un gran esfuerzo, y tú solo eres un crío.

—Ya sé que va a hacer falta un gran esfuerzo —respondió Raphael, apretando los dientes en cada palabra—. Solo te tengo a ti para ayudarme, y no es que seas nada del otro mundo.

A Magnus se le ocurrió pensar que la pregunta de Raphael en el hotel de los vampiros: «¿Eres estúpido?», no había sido solo una muestra de desesperación, sino también una expresión de la personalidad de Raphael.

Pronto aprendería que también era la pregunta favorita del chico.



En las noches siguientes, Raphael adquirió una buena cantidad de ropa horriblemente monocroma, espantó a varios clientes de Magnus con comentarios cáusticos y groseros, dedicó su vida a hacerle perder los nervios, y no se dejó impresionar por cualquier muestra de magia que Magnus le ofreciera. Este le advirtió sobre los cazadores de sombras, los hijos del Ángel, que podían perseguirlo si violaba cualquiera de sus leyes, y le habló de todo lo que se le ofrecía de ahora en adelante y de toda la gente que podía conocer. Le mostró todo el mundo subterráneo, pero lo único que parecía interesarle a Raphael era durante cuánto tiempo podía sujetar la cruz, cuánto más cada noche.

El veredicto de Etta fue que a ese chico nada le daba frío ni calor.

Etta y Raphael guardaban las distancias. Raphael estaba sorprendido de que Magnus tuviera una amiga y lo expresaba de forma abierta e insultante, y Etta, aunque conocía el submundo, no se sentía cómoda con los subterráneos excepto con Magnus. Por lo general, Raphael se quitaba de en medio cuando Etta aparecía por la casa.

Magnus y Etta se habían conocido en un club quince años atrás. Él la había convencido para bailar juntos, y ella siempre decía que ya se había enamorado para cuando acabó la canción. Él decía que ya estaba enamorado antes de que empezara a sonar.

Era tradición que cuando Etta llegaba a casa con los pies doloridos, después de una larga noche en la que Magnus no hubiera podido unírsele (y Magnus se estaba perdiendo muchas noches debido a Raphael), se quitaba los tacones, se dejaba puesto el elegante vestido de pedrería y bailaban juntos, murmurándose tonterías al oído y compitiendo sobre con qué canción bailarían más rato.

La primera vez que Etta se encontró con Raphael, se quedó bastante callada durante mucho rato.

—Hace solo unos días que lo convirtieron en vampiro —comentó al final, mientras estaban bailando—. Eso es lo que has dicho. Antes de eso solo era un niño.

—Si te sirve de algo, tengo la sospecha de que ya antes era

peligroso.

Etta no se rio.

—Siempre pensé que los vampiros eran muy viejos —explicó—. Nunca se me ocurrió pensar en cómo la gente se convertía en eso. Supongo que tiene sentido. Quiero decir... Raphael, pobrecito, es demasiado joven. Pero puedo entender que la gente quiera ser joven eternamente. Lo mismo que tú.

En los últimos meses, Etta hablaba cada vez más sobre la edad. Sin embargo, no mencionó a los hombres que iban a escucharla cantar a los clubes y querían llevársela con ellos para formar una familia y tener hijos juntos. No había sido necesario que lo hiciera.

Magnus lo entendía, podía interpretar las señales igual que un marinero sabía qué nubes en el cielo podían causar una tormenta. Ya lo habían dejado antes, por muchas razones, y esa era bastante frecuente.

La inmortalidad tenía un precio, que pagaban también aquellos a los que amaba, una y otra vez. Unos pocos escogidos, sin embargo, se habían quedado con Magnus hasta que la muerte los había separado, pero ya fuera por la muerte o por una nueva etapa en la que creían que él no podía seguirlos, siempre acababan marchándose.

No podía culpar a Etta.

—¿Te gustaría? —le preguntó Magnus al final, después de bailar mucho rato. No le hizo la oferta, pero pensó en ello, en que lo podría arreglar. Había maneras. Pero por las que se debía pagar un precio terrible. Maneras que su padre conocía, y Magnus odiaba a su padre. Pero si Etta pudiera quedarse para siempre con él...

Otro silencio. Lo único que oía Magnus era el sonido de sus zapatos al deslizarse y el suave roce de los pies descalzos de Etta sobre el suelo de madera.

—No —contestó Etta, la mejilla apretada contra el hombro de él—. No. Si pudiera elegir, me gustaría estar un poco más contigo. Pero no querría parar el reloj.



De vez en cuando, un vez se hubo acostumbrado a Raphael, el compañero de piso siempre irritado e irritante que le había caído encima, Magnus se sorprendía, extraña y dolorosamente, por algo que le recordaba lo que ya sabía: que el reloj de Raphael se había detenido, que su vida humana le había sido arrebatada de un modo cruel.

Magnus se estaba elaborando un nuevo peinado con la ayuda de la gomina y un poco de magia cuando Raphael apareció detrás de él y lo sobresaltó. Raphael solía hacer eso, pues tenía el paso silencioso de los vampiros. Magnus sospechaba que lo hacía a propósito, pero como Raphael nunca sonreía, no podía estar seguro.

—Eres muy frívolo —le reprochó Raphael mirando su nuevo peinado.

—Y a ti se te nota que tienes quince años —replicó Magnus.

Por lo general, Raphael tenía respuesta para cualquier cosa que le dijera Magnus, pero esta vez, en lugar de una contestación, el brujo recibió un largo silencio. Cuando apartó la mirada del espejo, vio que Raphael se había acercado a la ventana y miraba hacia la noche.

—Ya tendría dieciséis —comentó Raphael con una voz tan distante y fría como la luz de la luna—. Si hubiera vivido.

Magnus recordó el día en que se dio cuenta de que había dejado de envejecer mientras se miraba en un espejo que parecía más frío que cualquier otro espejo en el que se hubiera mirado antes, como si contemplara su reflejo en un trozo de hielo; como si el espejo hubiera sido el responsable de mantener su imagen congelada y absolutamente distante.

Se preguntó lo diferente que sería para un vampiro saber el día exacto, la hora, el minuto en el que dejaba de pertenecer al curso,

cálido y cambiante, de la humanidad. Cuando se quedaba en un mismo punto y el mundo seguía girando y nunca lo echaba de menos.

No quiso preguntárselo a Raphael.

—Tu gente —dijo Raphael (esa era la displicente forma en que se refería a los brujos)— dejáis de envejecer en algún momento, ¿no? Nacéis como nacen los humanos y siempre sois lo que sois, pero envejecéis como los humanos hasta que dejáis de hacerlo.

Magnus se preguntó si Raphael le habría leído el pensamiento.

—Así es.

—¿Crees que tu gente tiene alma? —preguntó Raphael. Seguía mirando por la ventana.

Magnus había conocido a personas que pensaban que no. Él creía que sí, pero eso no significaba que nunca lo hubiera dudado.

—No importa —continuó Raphael antes de que Magnus pudiera responderle. Su voz no tenía ninguna inflexión—. De un modo otro, te envidio.

—¿Por qué?

La luz de la luna cayó sobre Raphael, y le emblanqueció el rostro hasta hacerlo parecer la estatua de mármol de algún santo que hubiera muerto joven.

—O aún tenéis alma —respondió Raphael— o nunca la habéis tenido, por lo que no sabéis lo que es vagar por el maldito mundo echándola de menos para siempre.

Magnus dejó el cepillo que tenía en la mano.

—Todos los subterráneos tienen alma —afirmó—. Eso es lo que nos hace diferentes de los demonios.

Raphael hizo una mueca.

—Eso es lo que dicen los nefilim.

—¿Y qué? —repuso Magnus—. A veces tienen razón.

Raphael dijo algo grosero en español.

—Se creen que son unos grandes salvadores, esos cazadores de sombras. Pero jamás vinieron a salvarme.

Magnus miró en silencio al chico. Nunca había sido capaz de discutir contra la convicción de su padrastro sobre lo que Dios quería o Dios juzgaba. No sabía cómo convencer a Raphael de que quizá siguiera teniendo alma.

—Ya veo que estás tratando de apartarme de la verdadera cuestión —repuso Magnus en lugar de intentar convencerlo—. Ha sido tu cumpleaños, una excusa perfecta para montar una de mis famosas fiestas, y ni siquiera me lo has dicho.

Raphael lo miró en silencio, luego se volvió y se marchó.

A menudo, Magnus había pensado en buscarse una mascota, pero nunca había considerado la posibilidad de adquirir un vampiro adolescente y taciturno. En cuanto se marchara Raphael, se compraría un gato. Y así siempre podría montarle una fiesta de cumpleaños al gato.



Poco después, Raphael llevaba la cruz al cuello, toda la noche, sin gritar ni mostrar señales visibles de incomodidad. Al final de la noche, cuando se la quitaba, tenía unas finas marcas en el pecho, como de una quemadura antigua, pero eso era todo.

—Pues ya está —dijo Magnus—. Fantástico. ¡Lo has logrado! Vamos a visitar a tu madre.

Magnus le había enviado un mensaje a Guadalupe diciéndole que no se preocupara y que no fuera a visitarlo, que estaba empleando toda la magia posible en salvar a Raphael y no podía ser molestado. Sin embargo, sabía que no podía darle largas eternamente.

Raphael no mostró ninguna expresión mientras jugueteaba con la cadena, su única señal de inseguridad.

—No —dijo—. ¿Cuántas veces vas a infravalorarme? Aún no estoy listo. Ni de lejos.

Explicó a Magnus su siguiente paso.

—Estás haciendo mucho para ayudarme —dijo Raphael la noche siguiente mientras se acercaban al cementerio. Su voz sonaba casi clínica.

«Sí —pensó Magnus sin decirlo—, porque ha habido veces en las que he estado tan desesperado como tú, y me sentía igual de desgraciado, e igual de convencido de que no tenía alma».

Algunas personas lo habían ayudado cuando lo necesitaba, simplemente porque lo necesitaba y no por ninguna otra razón. Recordó a los Hermanos Silenciosos visitándolo en Madrid y enseñándole que seguía habiendo para él una forma de vivir.

—No hace falta que me lo agradezcas —fue lo que dijo Magnus—. No lo hago por ti.

Raphael se encogió de hombros en un gesto fluido y displicente.

—Pues muy bien.

—Quiero decir que de vez en cuando podrías mostrar agradecimiento —repuso Magnus—. Quizá limpiando el piso en alguna ocasión.

Raphael lo pensó.

—No, no creo que lo haga.

—Creo que tu madre debería haberte dado alguna paliza con cierta frecuencia —soltó Magnus.

—Mi padre me pegó una vez, cuando estábamos en Zacatecas —explicó Raphael.

Nunca antes había mencionado a su padre, y Guadalupe no había hablado de ningún marido, aunque Magnus sabía que Raphael tenía hermanos.

—¿Ah, sí? —Magnus trató de que su voz sonara neutra e interesada, por si acaso Raphael quería abrirse con él.

El chico no era de los que se abrían, y pareció divertido antes de decir:

—No tuvo ocasión de pegarme una segunda vez.

Era un cementerio pequeño y escondido, lejos, en Queens, flanqueado de edificios altos y oscuros: un almacén y una casa victoriana abandonada. Magnus se había ocupado de que regaran la zona con agua bendita, la bendijeran y la santificaran. Las iglesias eran tierra sagrada, pero los cementerios no. Había que enterrar a los vampiros en alguna parte, y estos tenían que tener la posibilidad de alzarse de nuevo.

Todo eso no crearía una barrera como la del Instituto de los cazadores de sombras, pero haría que a Raphael le costara bastante poner el pie en el suelo.

Era otra prueba. Raphael le había prometido que no haría más que poner los pies sobre el suelo.

Lo había prometido.

Cuando alzó la barbilla, como un caballo mordiendo el bocado, y cargó directo hacia el suelo sagrado, corriendo, quemándose y gritando, Magnus se preguntó cómo pudo haberlo creído.

—¡Raphael! —gritó, y corrió tras él en la oscuridad, hacia la tierra consagrada.

El vampiro saltó sobre una lápida y cayó de pie. El rizado cabello se le fue hacia atrás, como empujado por el viento, el cuerpo se le arqueó, los dedos arañaron el borde del mármol. Tenía los colmillos totalmente extendidos, desde la encía hasta la punta, y los ojos negros y sin vida. Parecía un resucitado, una pesadilla alzándose de la tumba. Menos humanos, con menos alma que cualquier bestia salvaje.

Saltó. No hacia Magnus, sino hacia el límite del cementerio. Salió por el otro lado.

El brujo corrió tras él. Raphael se tambaleaba, apoyado en un muro bajo de piedra, como si casi no se aguantara en pie. En los brazos le estaban saliendo ampollas. Parecía como si quisiera arrancarse a arañazos la piel a causa del dolor pero no tuviera la fuerza necesaria.

—Bien, ya lo has hecho —remarcó Magnus—. Con lo que quiero

decir que casi me provocas un ataque al corazón. No te detengas. La noche es joven. ¿Qué vas a hacer ahora para ponerme nervioso?

Raphael lo miró y sonrió de medio lado. No era una expresión agradable.

—Voy a hacer lo mismo otra vez.

Magnus supuso que se lo había buscado.

Cuando Raphael hubo atravesado corriendo el campo sagrado no una, sino diez veces más, se apoyó contra la pared, agotado, y aunque estaba demasiado débil para seguir corriendo, continuó murmurando para sí, casi ahogándose al principio, y luego logrando decirlo en voz alta, el nombre de Dios.

Sacó sangre por la boca al pronunciarlo, tosió y siguió murmurando: «Dios».

Magnus aguantó verlo de esa forma, demasiado débil para mantenerse en pie y aun así haciéndose daño, todo lo que pudo.

—Raphael, ¿no crees que ya has hecho suficiente?

Como era de esperar, el chico lo miró enfadado y respondió:

—No.

—Tienes toda la eternidad para aprender a hacer esto y cómo controlarte. Tienes...

—¡Pero ellos no! —le espetó Raphael—. Dios, ¿no lo entiendes? Lo único que me queda es la esperanza de verlos, de no romperle el corazón a mi madre. Necesito convencerla. Necesito hacerlo perfectamente, y necesito hacerlo pronto, mientras ella aún mantiene la esperanza de que estoy vivo.

Había pronunciado la palabra «Dios» casi sin inmutarse.

—Estás siendo muy bueno.

—Ya no me es posible ser bueno —replicó Raphael con voz severa—. Si aún fuera bueno y valiente, haría lo que mi madre querría que hiciera si supiera la verdad. Me pondría bajo el sol y acabaría con mi vida. Pero soy una bestia egoísta, mala y desalmada, y todavía no quiero arder en los fuegos del infierno. Quiero ver a mi m... madre, y

lo haré. La veré. La veré.

Magnus asintió.

—¿Y si Dios pudiera ayudarte? —le preguntó con delicadeza.

Era lo más que se atrevía a acercarse a decir: «¿Y si todo en lo que crees es falso y aún puedes ser amado y perdonado?».

Raphael negó con la cabeza, obstinado.

—Soy uno de los Hijos de la Noche. Ya no soy uno de Sus hijos, ya no estoy bajo Su mirada vigilante. Dios no me ayudará —contestó Raphael con voz pastosa, como si hablara con la boca llena. De nuevo escupió sangre—. Y Dios no me detendrá.

Magnus no quiso discutir más. Raphael, en muchos sentidos, era aún muy joven, y todo su mundo se había hecho pedazos. Todo lo que le quedaba para dar sentido al mundo eran sus creencias, y se aferraría a ellas incluso si esas creencias le decían que estaba irremisiblemente perdido, condenado y muerto.

Magnus ni siquiera sabía si sería correcto tratar de arrebatarle esas creencias.

Esa noche, Magnus se despertó y oyó el murmullo ferviente de la voz de Raphael. Había oído muchas veces a gente rezando y reconoció la cantinela. Oyó los nombres, para él desconocidos, y pensó si esos habrían sido los amigos de Raphael. Luego oyó el nombre de Guadalupe, el nombre de la madre de Raphael, y supo que los otros nombres tenían que ser los de sus hermanos.

Igual que los mortales llamaban a Dios, a los ángeles y a los santos mientras rezaban el rosario, Raphael estaba pronunciando los únicos nombres que eran sagrados para él y no le quemaban la lengua al decirlos: Raphael llamaba a su familia.



Había muchos inconvenientes en tener a Raphael como compañero de

piso que no tenían nada que ver con su convicción de que era un alma perdida y condenada, o incluso con el hecho de que Raphael usara demasiado jabón en la ducha (aunque nunca sudaba y no necesitaba para nada ducharse tan a menudo) y jamás lavara los platos. Cuando Magnus se lo comentaba, Raphael le replicaba que él no comía comida normal y que por tanto no ensuciaba platos, respuesta muy propia de él.

Otra desventaja se hizo evidente el día que Ragnor Fell, el Gran Brujo de Londres y una perpetua piedra verde en el zapato de Magnus, lo visitó inesperadamente.

—Ragnor, qué sorpresa más agradable —exclamó Magnus, abriendo la puerta de par en par.

—Unos nefilim me han pagado el viaje —explicó Ragnor—. Quieren un hechizo.

—Y mi lista de espera es demasiado larga —asintió Magnus fingiendo tristeza—. Estoy muy solicitado.

—Y tú siempre eres irrespetuoso con los cazadores de sombras, así que les caes mal a todos, excepto a unas cuantas obstinadas almas rebeldes —replicó Ragnor—. ¿Cuántas veces te lo he dicho, Magnus? Comportate de forma profesional cuando trabajas como un profesional. Lo que significa no ser grosero con los nefilim, y también no encariñarte de ninguno de ellos.

—¡Nunca me encariño de los nefilim! —protestó Magnus.

Ragnor tosió, y en medio de la tos dijo algo que sonó como «blerondale».

—Bueno —rectificó Magnus—. Casi nunca.

—No te encariñes de ningún nefilim —repitió Ragnor severo—. Habla con respeto a tus clientes y dales el servicio que desean, además de la magia. Y deja la grosería para tus amigos. Y hablando de eso, no te he visto en toda esta época, y estás hecho un horror más de lo normal.

—Eso es una sucia mentira —exclamó Magnus.

Sabía que su aspecto era de lo más elegante. Llevaba una asombrosa corbata de brocado.

—¿Quién ha venido? —La imperiosa voz de Raphael llegó desde el cuarto de baño, y el resto de Raphael fue con ella, envuelto en una toalla, pero con la misma pinta critica de siempre—. Te he dicho que deberías comenzar a tener un horario de trabajo regular, Bane.

Ragnor miró de reojo a Raphael. Este lo miró con saña. Se notó cierta tensión en el aire.

—Oh, Magnus —dijo Ragnor, y se cubrió los ojos con una gran mano verde—. Oh, no, no.

—¿Qué? —preguntó Magnus confuso.

Ragnor bajó la mano de golpe.

—No, tienes razón, claro. Es una tontería por mi parte. Es un vampiro. Parece tener catorce años. ¿Qué edad tienes? Apuesto a que eres mayor que cualquiera de nosotros, ja, ja.

Raphael miró a Ragnor como si este se hubiera vuelto loco. Magnus encontró muy refrescante que mirara así a otra persona, para variar.

—Ya tendría dieciséis años —contestó Raphael lentamente.

—¡Oh, Magnus! —gimió Ragnor—. ¡Es repugnante! ¿Cómo has podido? ¿Has perdido el juicio?

—¿Qué? —preguntó Magnus de nuevo.

—Acordamos que dieciocho era la edad mínima —replicó Ragnor—. Tú, Catarina y yo hicimos un juramento.

—Un ju... ¡Oh, espera! ¿Crees que estoy saliendo con Raphael? —preguntó Magnus—. ¿Con Raphael? Eso es ridículo. Es...

—¡Es la idea más repulsiva que he oído nunca! —exclamó Raphael a voz en grito.

Seguramente la gente de la calle pudo oírlo.

—Eso es un poco fuerte —protestó Magnus—. Y, sinceramente, hiriente.

—Y si quisiera dedicarme a actividades antinaturales, y que quede

muy claro que no quiero —continuó Raphael desdeñoso—, ¡cómo iba a elegirlo a él! ¡A él! Viste como un loco, se comporta como un loco y hace chistes peores que los de ese hombre al que le tiran huevos podridos fuera del Dew Drop todos los domingos.

Ragnor se echó a reír.

—Hombres mejores que tú han suplicado por la oportunidad de tener todo esto —masculló Magnus—. Se han batido en duelo en mi honor. Uno incluso se batió en duelo por mi honor, pero eso fue un poco incómodo, porque mi honor hacía tiempo que había volado.

—¿Sabes que a veces se pasa horas en el cuarto de baño? —anunció Raphael sin piedad—. Y malgasta magia real en su pelo. ¡En su pelo!

—Me encanta este chico —dijo Ragnor.

Por supuesto que le encantaba. Raphael sentía una gran desesperación hacia el mundo en general, estaba ansioso por insultar a Magnus en particular y tenía la lengua tan afilada como los colmillos. Resultaba evidente que Raphael era el alma gemela de Ragnor.

—Llévatelo —sugirió Magnus—. Llévatelo lejos, muy lejos.

En vez de eso, Ragnor cogió una silla, y Raphael se vistió y se sentó con él a la mesa.

—Déjame que te diga otra cosa sobre Bane —comenzó Raphael.

—Me voy —lo interrumpió Magnus—. Os explicaría lo que voy a hacer, pero me cuesta creer que alguno de vosotros pueda comprender el concepto de «pasárselo bien con un grupo de animados compañeros». No pienso volver hasta que hayáis acabado de insultar a vuestro encantador anfitrión.

—¿Así que te vas y me dejas el piso? —preguntó Raphael—. Acepto.

—Algún día esa boquita tuya te va a traer muchos problemas —exclamó Magnus enfadado, mientras salía.

El peor de los compañeros de piso.

Ragnor se quedó trece días. Fueron los trece días más largos de la

vida de Magnus. Siempre que intentaba divertirse un poco, ahí estaban ellos, el bajito y el verde, meneando la cabeza al unísono y luego haciendo comentarios insolentes. En una ocasión, Magnus volvió la cabeza rápidamente y los vio chocando el puño.

—Escríbeme —le dijo Ragnor a Raphael cuando se marchaba—. O llámame por teléfono, si lo prefieres. Sé que a los jóvenes os gusta eso.

—Ha sido fantástico conocerte, Ragnor —repuso Raphael—. Estaba comenzando a pensar que todos los brujos eran unos inútiles.



No mucho después de que Ragnor partiera, Magnus intentó recordar la última vez que Raphael había bebido sangre. Siempre, incluso cuando la amaba, Magnus había evitado pensar en cómo conseguía Camille su alimento, y no quería ver a Raphael matando de nuevo. Pero veía cómo le cambiaba el tono de la piel, el aspecto tenso de su boca, y pensó que, después de lo lejos que habían llegado, no quería ver a Raphael venirse abajo de puro desespero.

—Raphael, no sé cómo decirte esto, pero... ¿ya te alimentas bien? —preguntó Magnus—. Hasta hace poco eras un muchacho en pleno crecimiento.

—El hambre agudiza el ingenio —repuso Raphael.

—Agudo refrán —asintió Magnus—. Sin embargo, como la mayoría de los refranes, parece muy sabio pero no clarifica nada.

—¿Crees que me permitiría estar con mi madre y con mis hermanos si tuviera la más mínima duda de que puedo controlarme? —replicó Raphael—. Quiero saber que si estoy encerrado en una habitación con uno de ellos, aunque no haya probado la sangre en días, seré capaz de controlarme.

Raphael casi mató a otro hombre aquella noche ante los ojos de

Magnus. Demostró lo que quería decir.

Magnus no tenía que preocuparse de que Raphael se dejara morir de hambre por pena, o por piedad, o por cualquier otro sentimiento tierno hacia la humanidad. Raphael no se consideraba parte de la humanidad y pensaba que podía cometer cualquier pecado del mundo, porque ya estaba condenado. Simplemente había estado absteniéndose de beber sangre para demostrarse que podía, para superar sus propios límites y para ejercer el autocontrol absoluto que estaba decidido a lograr.

La noche siguiente, Raphael corrió sobre el campo sagrado y luego bebió con tranquilidad la sangre de un vagabundo que dormía en la calle y que quizá nunca volviera a despertarse, a pesar del hechizo sanador que Magnus susurró sobre él. Caminaban en la noche, Raphael calculando en voz alta cuánto tiempo más tardaría en ser tan fuerte como necesitaba ser.

—Creo que eres lo bastante fuerte —dijo Magnus—. Y tienes mucho autocontrol. Mira con qué severidad reprimes toda la adoración que estás deseando mostrarme que sientes por mí.

—A veces, lo que realmente es un ejercicio de autocontrol es no reírme en tu cara —replicó Raphael muy serio—. Eso es cierto.

En ese momento Raphael se puso tenso, y cuando Magnus hizo un ruidito inquisitivo, lo hizo callar con sequedad. Magnus miró a Raphael a los ojos y luego siguió la dirección en que estaban clavados. No sabía a qué estaba mirando Raphael, pero, cuando este se movió, supuso que no le haría ningún daño seguirlo.

Había un callejón que pasaba detrás de una lavandería. De las sombras salió un ruido que podría haber sido el de una rata removiendo la basura, pero al acercarse más, Magnus oyó lo que había atraído a Raphael: el sonido de risitas, el ruido de succión y los gemidos de dolor.

No estaba seguro de qué estaba haciendo Raphael, pero no tenía intención de abandonarlo en ese momento. Magnus chasqueó los

dedos y se hizo la luz; le radiaba de la mano y llenó de brillo el callejón. Cayó sobre el rostro de los cuatro vampiros que tenían delante y de su víctima.

—¿Qué creéis que estáis haciendo? —exigió saber Raphael.

—¿A ti qué te parece que hacemos? —replicó la única chica del grupo. Magnus la reconoció como la solitaria valiente que se le había acercado en el hotel Dumont—. Estamos bebiendo sangre. ¿Qué, eres nuevo?

—¿Es eso lo que estáis haciendo? —preguntó Raphael poniendo en la voz un exagerado tono de sorpresa—. Lo siento mucho. Debe de haberseme pasado por alto, ya que estaba preocupado por lo increíblemente estúpidos que estáis siendo.

—¿Estúpidos? —repuso la chica—. ¿Quieres decir «malos»? ¿Nos estás dando un sermón sobre...?

Raphael chasqueó los dedos hacia ella con impaciencia.

—¿Quiero decir «malos»? —repitió—. Ya estamos muertos y condenados. ¿Qué puede significar «malo» para seres como nosotros?

La chica inclinó la cabeza hacia un lado y pareció pensar.

—Quiero decir «estúpidos» —insistió Raphael—. Aunque tampoco es que considere honorable cazar a una niña de pocas luces. Pensad en esto: la matáis y hacéis que los cazadores de sombras caigan sobre todos nosotros. No sé vosotros, pero yo no quiero que los nefilim vengan y me acorten la vida con una espada solo porque alguien ha sido un poco demasiado goloso y muy tonto.

—Así que estás diciendo: «Oh, no le quitéis la vida» —se burló uno de los chicos, aunque la chica le pegó un codazo.

—Pero aunque no la matéis —continuó Raphael implacable, como si nadie lo hubiera interrumpido—, bueno, entonces, ya habéis bebido de ella en condiciones incontroladas y frenéticas que hacen que sea fácil que, accidentalmente, ella pruebe algo de vuestra sangre. Lo que la dejará con el impulso irreprimible de seguiros por todas partes. Haced eso con suficientes víctimas y acabaréis bajo una avalancha de

siervos, y la verdad, no son los mejores conversadores, o los transformaréis en vampiros. Lo que, matemáticamente hablando, os acabará dejando con un problema de suministro de sangre, porque no quedarán humanos. Los humanos pueden desperdiciar sus recursos porque saben que al final no tendrán que enfrentarse a las consecuencias, pero vosotros, colegas, no tenéis esa excusa. «Dios mío», vais a pensar cuando un cuchillo serafín os corte la cabeza o cuando contempléis un panorama vacío mientras os morís de hambre. «Ojalá hubiera sido más listo y hubiese escuchado a Raphael cuando tuve la oportunidad», os diréis.

—¿Habla en serio? —preguntó otro de los vampiros, que parecía asombrado.

—Casi siempre —contestó Magnus—. Eso es lo que lo convierte en una compañía tan aburrida.

—¿Es ese tu nombre? ¿Raphael? —inquirió la chica vampiro. Sonreía y le bailaban los ojos.

—Sí —contestó él con tono irritado, inmune a los flirteos del mismo modo que era inmune a todo lo que era divertido—. ¿De qué sirve ser inmortal si no hacéis nada con ello, aparte de ser irresponsable e inaceptablemente estúpidos? ¿Cómo te llamas?

La sonrisa de la chica vampiro se hizo más amplia, mostrando los colmillos, que destellaron tras los labios rojos.

—Lily.

—Aquí yace Lily —recitó Raphael—. Muerta por cazadores de vampiros porque estaba asesinando gente sin tener la inteligencia de cubrir luego su rastro.

—Qué, ¿ahora nos estás diciendo que tengamos miedo de los mundanos? —replicó uno de ellos, burlándose; este era un hombre mayor con las sienes plateadas—. Esas son viejas historias para asustar a los más jóvenes. Supongo que tú eres bastante joven también, pero...

Raphael sonrió con los colmillos extendidos, aunque en su

expresión no había nada de humor.

—Soy bastante joven —asintió—. Y cuando estaba vivo, era un cazador de vampiros. Yo maté a Louis Karnstein.

—¿Eres un cazador de vampiros? —preguntó Lily.

Raphael soltó un impropio en su lengua materna.

—No, claro que no soy un cazador de vampiros —respondió—. ¿Exactamente qué clase de serpiente traidora sería yo entonces? Además, qué cosa más estúpida de ser. Me matarían al instante todos los otros vampiros, que se unirían contra una amenaza común. Al menos, espero que lo hicieran. Aunque, pensándolo bien, quizá serían todos demasiado estúpidos. Soy alguien que tiene la razón —declaró dirigiéndose a ellos con severidad—, y hay muy poca competencia para ese puesto.

El vampiro de pelo gris casi estaba haciendo pucheros.

—Lady Camille nos deja hacer lo que queramos.

Raphael no era tonto. No iba a insultar a la líder del clan vampiro de su propia ciudad.

—Sin duda, lady Camille tiene suficientes cosas que hacer sin tener que correr detrás de vosotros, y debe de suponer que no sois tan idiotas como realmente demostráis ser. Dejadme que os diga algo para que os lo penséis, si es que sois capaces de pensar.

Lily se acercó a Magnus sin apartar los ojos de Raphael.

—Me gusta —le dijo—. Es como un jefe, aunque sea tan raro. ¿Sabes a lo que me refiero?

—Perdón. Me he quedado sordo del puro asombro de que a alguien le pueda gustar Raphael.

—Y no le tiene miedo a nada —continuó Lily, sonriendo—. Está hablándole a Derek como un maestro le hablaría a un niño travieso, y personalmente he visto a Derek arrancarle la cabeza a gente y beber de su cuello.

Ambos miraron a Raphael, que estaba soltando un discurso. Los otros vampiros iban atemorizándose un poco.

—Ya estáis muertos. ¿Queréis dejar de existir completamente? —preguntó Raphael—. Cuando abandonemos este mundo, todo lo que nos quedará será el tormento de los fuegos eternos del infierno. ¿Queréis que vuestra condenada existencia no sirva para nada?

—Creo que necesito un trago —murmuró Magnus—. ¿Alguien más quiere un trago?

Todos los vampiros menos Raphael alzaron la mano en silencio. Este los miró, acusador y crítico, pero Magnus estaba convencido de que esa expresión ya se le había quedado fija en la cara.

—Muy bien. Estoy dispuesto a compartir —dijo Magnus, y sacó su petaca repujada en oro del lugar diseñado especialmente para ella en su cinturón también repujado en oro—. Pero os lo advierto, se me ha acabado la sangre de inocentes. Esto es whisky escocés.

Después de que los otros vampiros bebieran, Raphael y Magnus hicieron que la chica mundana siguiera su camino, un poco mareada por la falta de sangre, pero bien en general. Magnus no se sorprendió cuando Raphael la «encantó» a la perfección. Supuso que también habría estado practicando eso. O quizá imponer su voluntad sobre los demás le saliera de una forma muy natural.

—No ha pasado nada. Vas a meterte en la cama y no recordarás nada. No te dediques a pasear por esta zona por la noche. Te encontrarás hombres desagradables y demonios chupasangres —le dijo Raphael a la chica con los ojos clavados en los de ella, sin moverlos—. Ve a la iglesia.

—¿Crees que tu vocación podría ser ir diciendo a todo el mundo que haga eso? —preguntó Magnus mientras caminaban de regreso a casa.

Raphael le lanzó una mirada agria. Tenía un rostro tan dulce, pensó Magnus, el rostro de un ángel inocente y el alma de la persona más cascarrabias del mundo entero.

—No tendrías que volver a ponerte ese sombrero.

—Justo lo que pensaba —repuso Magnus.



La casa de los Santiago se hallaba en Harlem, en la calle 129 con la avenida Lenox.

—No hace falta que me esperes —le dijo Raphael a Magnus mientras caminaban—. Estaba pensando que después de esto, acabe como acabe, iré a ver a lady Camille y viviré con los vampiros. Podría ser útil allí y me iría bien... hacer algo. Me... disculpo si eso te ofende.

Magnus pensó en Camille y en todo lo que sospechaba de ella; recordó el horror de los años veinte y que aún no sabía muy bien cómo había estado ella envuelta en todo eso.

Pero Raphael no podía seguir siendo el invitado de Magnus, un invitado temporal en el submundo sin pertenecer a ningún sitio, con nada que lo anclara a las sombras y lo mantuviera lejos del sol.

—Oh, no, Raphael, no me dejes —dijo Magnus en un tono monótono—. ¿Qué será de mí sin la luz de tu dulce sonrisa? Si te vas, me tiraré al suelo y lloraré.

—¿Lo harás? —preguntó Raphael, alzando una fina ceja—. Porque si lo haces, me quedaré a ver el espectáculo.

—Lárgate —exclamó Magnus—. ¡Fuera! Quiero que te vayas. Cuando te marches, voy a dar una fiesta, y ya sabes cómo odias eso. Además de la moda, la música y el concepto de diversión. Nunca te culparé por marcharte y hacer lo que más te cuadra. Quiero que tengas un objetivo, quiero que tengas algo por lo que vivir, incluso si tú no crees estar vivo.

Hubo un breve silencio.

—Bien, excelente —repuso Raphael—. Porque me iba a ir de todos modos. Estoy harto de Brooklyn.

—Eres un crío inaguantable —le espetó Magnus, y Raphael le

lanzó una de sus raras sonrisas, sorprendentemente dulces.

La sonrisa se le borró en cuanto se acercaron a su antiguo barrio. Magnus se dio cuenta de que Raphael estaba tratando de controlar su miedo. Recordó entonces el rostro de su padrastro y el de su madre. Sabía lo que se sentía cuando la familia te daba de lado.

Preferiría que le arrebataran el sol, como le había pasado a Raphael, a que le arrebataran el amor. Se encontró rezando, algo que casi no había hecho en años; rezando como solía hacer el hombre que lo había criado y como hacía Raphael, para que este no tuviera que soportar que le arrebataran ambos.

Se acercaron a la puerta de la casa, una escalera de gastada celosía pintada de verde. Raphael la miró con una mezcla de anhelo y temor, como un pecador podría mirar las puertas del cielo.

Magnus fue quien tuvo que llamar a la puerta y esperar la respuesta.

Cuando Guadalupe Santiago abrió la puerta y vio a su hijo, el tiempo de rezar concluyó.

Magnus pudo verle todo el corazón en los ojos al mirar a Raphael. No se había movido, no se había echado a sus brazos. Lo miraba, miraba su cara de ángel y los oscuros rizos; su cuerpo menudo y sus sonrojadas mejillas (se había alimentado antes de ir para parecer más vivo). Pero más que a nada, miró la cadena de oro que le brillaba alrededor del cuello. ¿Era la cruz? Magnus vio que se lo preguntaba. ¿Era su regalo, el que le había dado para mantenerlo a salvo?

A Raphael le brillaban los ojos. Eso era lo único que no habían planeado, comprendió Magnus con repentino horror. Lo que no habían practicado: evitar que Raphael llorara. Si derramaba lágrimas ante su madre, esas lágrimas serían de sangre, y el juego habría acabado.

Magnus comenzó a hablar tan deprisa como pudo.

—Lo encontré para ti, como me pediste —dijo—. Pero cuando llegué hasta él estaba cerca de la muerte, así que tuve que darle parte de mi poder, hacerlo como yo. —Magnus trató de atraer la mirada de

Guadalupe, aunque resultaba difícil, pues toda su atención estaba puesta en su hijo—. Un hacedor de magia —dijo, como ella lo había llamado una vez—. Un hechicero inmortal.

Guadalupe creía que los vampiros eran monstruos, pero había acudido a Magnus en busca de ayuda. Podía confiar en un brujo. Creía que un brujo no estaba condenado.

Guadalupe estaba tensa, pero asintió ligeramente. Reconocía las palabras y quería creerlas. Quería tanto creer lo que esas palabras le decían que no podía llegar a confiar en ellas.

Parecía mayor que hacía unos cuantos meses, envejecida por el tiempo que su hijo había faltado de su lado. Parecía mayor, pero no menos feroz, y permaneció con el brazo bloqueando la entrada, con los niños asomando las cabecitas por sus costados pero protegidos por su cuerpo.

No cerró la puerta. Escuchó la historia; dedicó toda su atención a Raphael y recorrió con los ojos los familiares rasgos de su rostro mientras él hablaba.

—Todo este tiempo me he estado entrenando para poder volver a casa contigo y hacer que te sientas orgullosa, madre —dijo Raphael—. Te lo aseguro, te ruego que me creas. Aún tengo alma.

Guadalupe seguía con los ojos clavados en la fina cadena que brillaba alrededor del cuello de su hijo. Los dedos temblorosos de Raphael sacaron la cruz de debajo de la camisa. Bailó colgada de su mano, dorada y brillante, lo más brillante en la noche de la ciudad.

—La llevabas —susurró Guadalupe—. Tenía tanto miedo de que no hubieras hecho caso a tu madre.

—Claro que la llevaba —contestó Raphael con voz temblorosa. Pero no lloró, el Raphael de la voluntad de hierro no lloró—. La llevaba y me mantuvo a salvo. Me salvó. Tú me salvaste.

Entonces, todo el cuerpo de Guadalupe cambió, y pasó de una forzada inmovilidad al movimiento, y Magnus se dio cuenta de que más de una persona en esa conversación había estado empleando un

autocontrol férreo. Supo de dónde lo había sacado Raphael.

Guadalupe cruzó el umbral y abrió los brazos. Raphael corrió hacia ellos; más deprisa de lo que cualquier humano podía moverse, dejó el lado de Magnus y le rodeó el cuello con un brazo a su madre. Temblaba en sus brazos, le temblaba todo el cuerpo mientras ella le acariciaba el cabello.

—Raphael —murmuró con el rostro enterrado en sus oscuros rizos. Al principio, Magnus y Raphael no habían podido dejar de hablar, y en ese momento era ella la que no parecía poder hacerlo—. Raphael, *mijo*, Raphael, mi Raphael.

Magnus se dio cuenta, en medio de las palabras de amor y consuelo, de que ella estaba invitando a Raphael a entrar, que estaban a salvo, que lo habían logrado, que Raphael tendría a su familia y esta nunca llegaría a saber la verdad. Todas las palabras que ella decía eran tanto de cariño como afirmaciones de amor y de posesión: «mi hijo», «mi muchacho», «mi niño».

Los otros chicos rodearon a Raphael después de que este recibiera la bendición de su madre, y Raphael los acarició con manos tiernas, acarició el cabello de los pequeños, estirándoselo con un afecto que parecía descuidado, aunque era muy cuidadoso, y empujó a los mayores a modo de brusco saludo, aunque nunca demasiado brusco.

En su papel de benefactor y maestro de Raphael, Magnus también lo abrazó. Puntilloso como era, Raphael no invitaba a dejarse abrazar. Magnus no había estado tan próximo a él desde el día que había luchado para impedir que Raphael se pusiera debajo del sol. Bajo sus manos, la espalda de Raphael parecía delgada, frágil, aunque no lo era.

—Estoy en deuda contigo, brujo —murmuró Raphael en un frío susurro al oído de Magnus—. Te prometo que no lo olvidaré.

—No seas ridículo —repuso Magnus, y luego, sabiendo que podía hacerlo sin consecuencias, cuando se apartó le alborotó el rizado cabello.

La mirada indignada de Raphael fue hilarante.

—Te dejaré a solas con tu familia —le dijo Magnus, y se dispuso a marcharse.

Pero antes de hacerlo, se detuvo y formó unas cuantas chispas azules con los dedos que dibujaron pequeñas casitas de juguete y estrellas; así hizo de la magia algo divertido que no asustaba a los niños. Les dijo que Raphael no era tan dotado ni tenía un talento tan fabuloso como el suyo y aún tardaría años en poder hacer esos pequeños milagros. Luego hizo una florida reverencia que provocó la risa de los pequeños y que Raphael pusiera los ojos en blanco.

Magnus se marchó, caminando lentamente. El invierno se avecinaba, pero aún no había llegado, y él se sentía feliz limitándose a caminar y a disfrutar de las pequeñas cosas de la vida, del fresco aire de finales de otoño, de unas cuantas hojas doradas que aún se curvaban bajo sus pies, de los desnudos árboles en lo alto, esperando renacer en toda su gloria. Se iba a casa, a un piso que sospechaba que iba a estar demasiado vacío, pero pronto invitaría a Etta, y ella bailarían con él y llenaría las habitaciones de amor y risas, como llenaría su vida de amor y risas aún durante un tiempo, antes de dejarlo.

Oyó unos pasos resonando fuertemente a su espalda y por un momento pensó que sería Raphael, que de repente la farsa había resultado un fracaso cuando ya pensaban que habían salido victoriosos.

Pero no era Raphael. Magnus no vio a Raphael hasta al cabo de unos meses, y para entonces ya era el segundo al mando de Camille y daba órdenes con tranquilidad a vampiros cientos de años más viejos que él, como solo podía hacerlo Raphael. Entonces, Raphael le habló a Magnus como de un subterráneo importante a otro, con una profesionalidad perfecta, pero Magnus sabía que Raphael no había olvidado nada. La relación entre Magnus y los vampiros de Nueva York, el clan de Camille, siempre había sido tirante, pero de repente fue menos tensa. Los vampiros de Nueva York asistían a sus fiestas, aunque Raphael no lo hacía, y acudían a él en busca de ayuda mágica,

aunque Raphael nunca más lo haría.

Los pasos que perseguían a Magnus en la noche de finales de otoño no eran los de Raphael sino los de Guadalupe. Jadeaba por lo rápido que había corrido; las horquillas se le caían del oscuro cabello, que formaba una nube alrededor de su rostro. Casi chocó contra él antes de poder detenerse.

—Espera —dijo—. No te he pagado.

Le temblaban las manos y se le caían los billetes. Magnus le cerró los dedos sobre el dinero y rodeó con sus manos las de ella.

—Cógelo —le insistió Guadalupe—. Cógelo. Te lo has ganado. Te has ganado mucho más. Me lo has devuelto, a mi chico mayor, al más dulce de todos, mi querido corazón, mi chico valiente. Lo has salvado.

Seguía temblando mientras Magnus le cogía las manos, así que él puso la frente contra la de la mujer. La sujetó lo suficientemente cerca para besarla, para susurrarle los secretos más importantes del mundo, pero le habló como habría querido que algún ángel bueno le hubiera hablado a su familia, a su propia alma temblorosa, mucho tiempo atrás y en un país lejano.

—No —murmuró—. No, no lo he hecho. Lo conoces mejor que nadie lo ha conocido o lo conocerá jamás. Lo has hecho tú; tú le enseñaste a ser todo lo que es, y lo conoces hasta lo más profundo. Sabes lo fuerte que es. Sabes lo mucho que te quiere. Si te he dado algo, dame tu fe ahora. Educa del mismo modo a todos tus hijos. Nunca te he dicho nada más cierto. Créelo, aunque no creas nada más. Raphael se ha salvado a sí mismo.

La caída del hotel Dumort

de Cassandra Clare y Maureen Johnson



Llevaba el largo cabello platino suelto y alborotado. Dio unas palmadas a los pies de la cama. Ese no era el recibimiento que Magnus se había esperado. Esa no era la Camille que él recordaba, ni siquiera la que había visto alguna vez de pasada.

La caída del hotel Dumort







Julio 1977

—¿Y qué haces? —preguntó la mujer.

—Esto y aquello —contestó Magnus.

—¿Te dedicas a la moda? Tienes pinta de dedicarte a la moda.

—No —replicó él—. Yo soy la moda.

Era un comentario un poco cursi, pero pareció encantar a la mujer que se sentaba a su lado en el avión. En realidad, el comentario había sido una especie de prueba. Todo parecía encantar a su vecina: el respaldo del asiento que tenía delante, sus uñas, su vaso, su propio cabello, el cabello de todos los demás, la bolsa para vómitos...

El avión llevaba solo una hora en el aire, pero la vecina de Magnus ya se había levantado cuatro veces para ir al servicio. En cada ocasión, había regresado poco después, frotándose furiosamente la nariz y con un tic muy evidente. En ese momento se inclinaba sobre él, y el rubio cabello, cortado a lo Farrah Fawcett, se metía en la copa de champán de Magnus. El cuello le apestaba a Eau de Guerlain. En la nariz aún le quedaba un ligero rastro de polvo blanco.

Magnus podría haber hecho ese viaje en segundos pasando a través de un Portal, pero había algo agradable en volar en avión. Eran encantadores, íntimos y lentos. Se conocía a gente. A Magnus le

gustaba conocer gente.

—Pero ¿tu traje? —preguntó ella—. ¿De qué va?

Magnus se miró el traje de vinilo a cuadros rojos y negros, muy ancho, que llevaba con una camisa rasgada debajo. Era lo último en el ambiente punk de Londres, pero en Nueva York el punk aún no había arraigado.

—Me dedico a las relaciones públicas —explicó la mujer, que parecía haber olvidado su pregunta—. Para discotecas y clubes. Los mejores clubes. Mira. Mira.

Rebuscó en su enorme bolsa y se detuvo un momento cuando encontró sus cigarrillos. Se metió uno entre los labios, lo encendió y siguió rebuscando. Finalmente sacó un pequeño tarjetero de concha de tortuga. Lo abrió y cogió una tarjeta en la que ponía: Eléctrica.

—Pásate —dijo, tamborileando la tarjeta con una uña larga y roja—. Ven. Acaba de abrir. Va a ser la bomba. Muuuucho mejor que Studio 54. Oh. Perdona un momento. ¿Quieres?

Le mostró un pequeño frasco que tenía en la palma de la mano.

—No, gracias.

Ya estaba abandonando de nuevo del asiento, y el bolso le dio a Magnus en la cara en su camino hacia el servicio.

Los mundanos habían comenzado a interesarse mucho otra vez por las drogas. Pasaban por esas fases. Actualmente era la cocaína. Magnus no había visto tanta desde principios de siglo, cuando la ponían en todo: tónicos, brebajes e incluso en la Coca-Cola. Durante un tiempo pensó que esa droga había quedado en el olvido, pero ahí estaba de nuevo, y con renovada fuerza.

Las drogas nunca le habían interesado. Un buen vino, claro, pero se mantenía lejos de los brebajes, los polvos y las pastillas. No se podían tomar drogas y hacer magia. Además, la gente que se drogaba era de lo más aburrida. Perdida e implacablemente aburrida. Las drogas los hacían o demasiado lentos o demasiado rápidos, y casi no hablaban de otra cosa que de drogas. Y luego lo dejaban, en un

proceso bastante desagradable, o se morían. No había nunca un punto medio.

Como todas las fases de los mundanos, esta también pasaría. Pronto, con suerte. Cerró los ojos y decidió dormir mientras cruzaban el Atlántico. Londres quedaba atrás. Era hora de volver a casa.



Al salir del JFK, Magnus recordó por qué, de repente, había dejado la ciudad dos veranos antes. Nueva York era condenadamente calurosa en verano. Estaban rozando los cuarenta grados, y el olor a combustible de avión y del humo de los escapes se mezclaba con los gases pantanosos que cubrían esa lejana punta de la ciudad. Y sabía que el olor no haría más que empeorar.

Con un suspiro se puso en la cola del taxi.

Este era tan cómodo como cualquier caja de metal puesta al sol, y el sudoroso taxista añadía un toque personal al perfume general del aire.

—¿Adónde, colega? —preguntó, echando una mirada al traje de Magnus.

—Esquina de Christopher con la Sexta Avenida.

El taxista lanzó una especie de gruñido y puso en marcha el taxímetro; luego se metió entre el tráfico. El humo del puro que estaba fumando le iba a Magnus directo a la cara. Alzó un dedo y modificó su dirección hacia la ventanilla.

El camino desde el JFK hasta Manhattan era raro; pasaba por barrios conocidos, partes desoladas y extensos cementerios. Era una vieja tradición. Poner a los muertos fuera de la ciudad, pero no demasiado lejos. Londres, de donde acababa de llegar, estaba rodeado de viejos cementerios. Y Pompeya, que había visitado hacía unos meses, tenía una avenida entera de muertos, tumbas que llegaban hasta

los muros de la ciudad. Después de todos los barrios y cementerios de Nueva York, al final de un abarrotado cinturón, reluciendo en la distancia, se alzaba Manhattan, con sus altas torres y aguzadas puntas que comenzaban a iluminarse para la noche. De la muerte a la vida.

No había planeado pasar tanto tiempo fuera de la ciudad. Solo iba a hacer un corto viaje a Montecarlo... pero, claro, esas cosas pueden alargarse. Una semana en Montecarlo se convirtió en dos en la Riviera, que pasaron a ser un mes en París y dos meses en la Toscana, para acabar luego en un barco hacia Grecia, y después de vuelta en París para pasar la temporada, y más tarde a Roma, y a Londres...

Y todo eso, accidentalmente, acababan siendo dos años. Suele ocurrir.

—¿De dónde eres? —le preguntó el taxista, mirando a Magnus por el retrovisor.

—Oh, de por ahí. De aquí, sobre todo.

—¿Eres de aquí? ¿Has estado fuera? Tienes pinta de haber estado fuera.

—Una temporada.

—¿Has oído algo de los asesinatos?

—Hace tiempo que no leo un periódico —contestó Magnus.

—Algún chalado. Se hace llamar «el Hijo de Sam». También lo llaman «el asesino del calibre cuarenta y cuatro». Va por ahí disparando a la gente en los callejones adonde van a darse el lote, ¿sabes? Cabrón de mierda. Un auténtico cabrón. La poli no lo ha pillado. No hacen nada. Cabrón de mierda. La ciudad está llena de pasma. No deberías haber vuelto.

Los taxistas de Nueva York; siempre un rayo de sol y alegría.



Magnus bajó en la esquina de la Sexta Avenida y la calle Christopher,

en el corazón del West Village. Incluso al atardecer, el calor era sofocante. Aun así, no suponía un impedimento para que hubiera un ambiente de fiesta en el barrio. El Village había sido un lugar interesante antes de marcharse. Parecía que, en su ausencia, las cosas habían alcanzado una mayor intensidad festiva. Hombres disfrazados caminaban por la calle. Las terrazas de los cafés estaban abarrotadas. Había un ambiente de carnaval que a Magnus enseguida le resultó atractivo.

El piso de Magnus estaba cerca, en la tercera planta de uno de los edificios de ladrillo que flanqueaban la calle. Entró y subió con paso ligero, de muy buen humor. Cosa que empeoró al llegar a su rellano. Lo primero que notó, justo ante su puerta, fue un olor fuerte y desagradable: algo podrido mezclado con un poco de mofeta y con otras cosas que prefería no identificar. Magnus no vivía en un piso apestoso. Su casa olía a suelos limpios, flores e incienso. Puso la llave en la cerradura, y cuando trató de abrir la puerta, esta se atascó. Tuvo que empujar con fuerza para abrirla. La razón se hizo evidente al instante: había cajas de botellas de vino vacías al otro lado. Y para su sorpresa, el televisor estaba encendido. Cuatro vampiros se hallaban tumbados en el sofá, viendo dibujos animados con cara de nada.

Inmediatamente supo que eran vampiros. La falta de color en el rostro, la pose lánguida. Además, esos vampiros no se habían molestado en limpiarse la sangre de las comisuras de la boca. Todos tenían manchas de sangre seca por la cara. Un disco daba vueltas en el tocadiscos. Se había enganchado en el surco final, repitiendo de forma incesante un siseo molesto.

Solo uno de los visitantes se volvió para mirarlo.

—¿Quién eres? —preguntó la vampira.

—Magnus Bane. Vivo aquí.

—Oh.

Volvió la vista hacia la pantalla.

Cuando Magnus se fue, dos años atrás, había dejado su piso al

cuidado de su asistente, la señora Milligan. Todos los meses le había enviado dinero para las facturas y la limpieza. Era evidente que había pagado las facturas, pues no habían cortado la electricidad. Pero no había limpiado, y sin duda la señora Milligan no había invitado a esos cuatro vampiros a que se instalaran y destrozaran el piso. Allí adonde mirara, Magnus veía señales de destrucción y deterioro. Una de las sillas de la cocina estaba hecha trizas sobre el suelo. Pilas de revistas y periódicos ocupaban las otras. Había ceniceros rebosantes y ceniceros improvisados, rastros de ceniza por todas partes y platos llenos de colillas. Las cortinas del salón estaban mal colgadas y rasgadas. Todo se hallaba fuera de lugar y directamente faltaban algunas cosas. Magnus poseía muchas bellas obras de arte que había ido acumulando durante años. Buscó una de sus piezas favoritas de porcelana de Sèvres, que solía tener en una mesa en el pasillo. Eso, naturalmente, no estaba. Ni tampoco la mesa.

—No quisiera ser grosero —dijo Magnus, mirando con tristeza una pila de basura apestosa en la esquina de su mejor alfombra persa—, pero ¿puedo preguntar qué hacéis en mi casa?

La respuesta fue una mirada adormilada.

—Vivimos aquí —contestó la chica al final, la osada que había conseguido volver la cabeza.

—No —replicó Magnus—. Creo que acabo de explicaros que yo vivo aquí.

—No estabas aquí. Así que nosotros vivimos aquí.

—Bueno, he vuelto. Así que tendremos que arreglarnos de alguna otra manera.

No hubo respuesta.

—Dejadme ser más claro —dijo, y se colocó delante del televisor. Una luz azul le crepitaba entre los dedos—. Si estáis aquí, seguramente sabéis quién soy. Y deberíais saber de qué soy capaz. ¿Quizá queréis llamar a alguien para que os ayude en la mudanza? ¿O tal vez podría abrir un Portal y enviaros a la otra punta del Bronx?

¿Ohio? ¿Mongolia? ¿Dónde os gustaría que os dejara?

Los vampiros tumbados en el sofá continuaron sin decir nada durante un minuto o dos. Luego consiguieron mirarse los unos a los otros. Se oyó un gruñido, después un segundo gruñido, y luego se fueron levantando del sofá con una tremenda dificultad.

—No os preocupéis por vuestras cosas —les dijo Magnus—. Os las enviaré. ¿Al Dumont?

Hacía mucho tiempo que los vampiros se habían apropiado del condenado hotel Dumont. Era el cuartel general de los vampiros de Nueva York.

Magnus se fijó más en ellos. Nunca había visto vampiros exactamente como esos. Parecían estar... ¿enfermos? Los vampiros no padecían enfermedades. Tenían hambre, pero no enfermedades. Y esos vampiros habían comido. La prueba estaba pegada a sus rostros. Además, sufrían como pequeños espasmos.

Teniendo en cuenta el estado del piso, no le dio la gana de preocuparse por su salud.

—Vamos —dijo uno de ellos. Arrastraron los pies hasta el rellano y luego bajaron la escalera. Magnus cerró la puerta con firmeza, y con un gesto de la mano movió un antiguo mueble de lavabo con la encimera de mármol para bloquear la puerta desde dentro. Al menos eso había sido demasiado pesado y sólido para romperlo, pero estaba lleno de ropa sucia que parecía estar cubriendo algo que de forma instintiva supo que no quería ver.

El olor era terrible. Eso era lo primero que tenía que hacer desaparecer. Un rayo azul cortó el aire, y el hedor pasó a ser un ligero aroma a jazmín nocturno. Sacó el disco del plato. Los vampiros se habían dejado una pila de álbumes. Les echó una ojeada y escogió el último de Fleetwood Mac, que sonaba por todas partes. Le gustaba. Había un ligero tono mágico en la música. Magnus pasó la mano por el aire de nuevo y, lentamente, el piso comenzó a ordenarse. Como agradecimiento, envió la basura y varios asquerosos montoncitos al

Dumont. Después de todo, les había prometido que les enviaría sus cosas.



A pesar de la magia que había empleado en el aire acondicionado de su ventana, a pesar de la limpieza y de todo lo que había hecho, seguía notando el piso pegajoso, sucio y desagradable. Durmió mal. Se rindió sobre las seis de la mañana y salió en busca de café y desayuno. De todas formas, todavía seguía con el horario de Londres.

En la calle, algunas personas aún estaban regresando a sus casas. Había una mujer cojeando entre un zapato de tacón alto y un pie desnudo. Vio tres personas envueltas en vaporosas boas de plumas y cubiertas de purpurina y sudor que salían de un taxi en la esquina de su casa. Magnus se sentó a la mesa central de una cafetería al otro lado de la calle, que era lo único que estaba abierto. Se hallaba sorprendentemente llena, y la mayor parte de la gente parecía estar acabando el día, no comenzándolo, y devoraban tortitas para absorber el alcohol que les llenaba el estómago.

Magnus se había comprado un periódico de camino. El taxista no había mentido: las noticias de Nueva York eran malas. Había dejado una ciudad con problemas y regresaba a una que estaba en las últimas. La ciudad estaba en bancarrota. La mitad de los edificios del Bronx habían quedado calcinados. La basura se amontonaba en las calles porque no había dinero para recogerla. Asaltos, asesinatos, robos... y sí, alguien que se hacía llamar a sí mismo «el Hijo de Sam», y afirmaba ser un agente de Satán, iba por ahí con un arma y disparaba a la gente al azar.

—Estaba seguro de que eras tú —dijo una voz—. Magnus. ¿Dónde has estado, tío?

Un joven se sentó al otro lado de la mesa. Llevaba vaqueros, un

chaleco de cuero sin camisa y una cruz de oro colgada de una cadena al cuello. Magnus sonrió y dobló el periódico.

—¡Greg!

Gregory Jensen era un joven licántropo en extremo atractivo, con una melena rubia hasta los hombros. El rubio no era el color de pelo favorito de Magnus, pero Greg, sin duda, llevaba bien el suyo. Magnus se había colgado un poco de él durante un tiempo, un cuelgue del que finalmente pasó cuando conoció a su esposa, Consuela. El amor de los licántropos era intenso. No era cuestión de acercarse a él.

—Por si no lo sabías —Greg sacó el cenicero de debajo de la mesa y encendió un cigarrillo—, las cosas son una mierda últimamente, y quiero decir, una mierda.

—¿Una mierda? ¿Por qué?

—Los vampiros, tío. —Greg bebió un largo trago—. Algo malo les pasa.

—Ayer por la noche, cuando llegué a casa, me encontré a unos cuantos en mi piso —explicó Magnus—. No parecían estar bien. Para empezar, eran asquerosos. Y parecían enfermos.

—Están enfermos. Se alimentan como locos. La cosa se está poniendo mal, tío. Se está poniendo muy mal, te lo digo yo... —Se inclinó hacia Magnus y bajó la voz—. Los cazadores de sombras se nos van a echar encima si los vampiros no se controlan. En este momento no estoy seguro de que los cazadores de sombras sepan lo que está pasando. Hay tantos asesinatos en la ciudad que quizá no se hayan percatado, pero no tardarán en darse cuenta.

Magnus se recostó en su asiento.

—Camille acostumbraba a mantenerlos bajo control.

Greg se encogió de hombros de forma ostensible.

—Solo puedo decirte que los vampiros están yendo a todos los clubes y las discos. Les encanta ese rollo. Pero luego comienzan a atacar a la gente por todas partes. En los clubes, en las calles... La policía cree que los ataques son robos, así que hasta ahora la cosa ha

quedado tapada. Pero cuando los cazadores de sombras se enteren, van a caer sobre nosotros. Y se están volviendo de gatillo fácil. Cualquier excusa vale.

—Los Acuerdos prohíben...

—¿Los Acuerdos?, y una mierda. Te lo digo, no tardarán mucho en empezar a pasar de los Acuerdos. Y los vampiros se los están saltando tanto que puede ocurrir cualquier cosa. Te lo digo, tío, todo es una mierda.

Depositaron un plato de tortitas delante de Magnus, y Greg y él dejaron de hablar durante un momento. Greg apagó el cigarrillo, del que casi no había fumado.

—Tengo que irme —dijo—. Estaba patrullando para ver si han atacado a alguien y te he visto a través de la ventana. Quería darte la bienvenida. Me alegro de tenerte de vuelta.

Magnus dejó cinco dólares sobre la mesa y apartó las tortitas.

—Voy contigo. Quiero ver esto por mí mismo.

La temperatura se había disparado en la última hora que había estado en la cafetería. Eso aumentaba la peste de la basura no recogida; rebosaba de los contenedores de metal (lo cual hacía que quedaran las tapas abiertas e intensificaba el hedor), bolsas llenas se amontonaban en las aceras. Magnus pasó por encima de los envoltorios de hamburguesas, las latas y los periódicos.

—Dos zonas básicas para patrullar —explicó Greg, mientras encendía otro cigarrillo—. Esta y la parte oeste del centro. Vamos calle por calle. Hoy hacia el oeste desde aquí. Hay un montón de clubes junto al río, en el Meatpacking District.

—Hace mucho calor.

—Mucho calor, tío. Supongo que puede ser el calor lo que los pone raros. Puede con todos.

Greg se quitó el chaleco. Sin duda, había cosas peores que caminar con un atractivo hombre descamisado en una mañana de verano. Ya era una hora más civilizada y la gente estaba saliendo a la

calle. Parejas gais cogidas de la mano abiertamente durante el día. Eso era bastante nuevo. Incluso en una ciudad que parecía estar desmoronándose, algo bueno estaba pasando.

—¿Ha hablado Lincoln con Camille? —preguntó Magnus.

Max Lincoln era el jefe de los licántropos. Todo el mundo lo llamaba solo por el apellido, que cuadraba con su aspecto, alto y demacrado, y su barba; y porque, al igual que el Lincoln más famoso, era un líder conocido por su calma y resolución.

—No se hablan —contestó Greg—. Ya no. Camille viene por aquí, por los clubes, y eso es todo. Ya sabes cómo va.

Magnus sabía perfectamente que Camille siempre había sido un poco altiva, tanto con los desconocidos como con los conocidos. Tenía un aire como de la realeza. La Camille privada era un bicho del todo diferente.

—¿Y qué hay de Raphael Santiago? —preguntó Magnus.

—Se ha ido.

—¿Ido?

—Los rumores dicen que lo han enviado lejos. Lo he oído de una de las hadas. Dicen que se lo oyeron a unos vampiros que paseaban por Central Park. Debía de saber lo que está pasando y se las tendría con Camille. Y ahora ya no está.

Esto no pintaba bien.

Caminaron por el Village, pasando ante las tiendas y los cafés, hacia el Meatpacking District, con sus calles adoquinadas y sus almacenes abandonados. Muchos de ellos se habían transformado en clubes. Por la mañana tenía un aspecto desolado, con los restos de las fiestas y el río fluyendo perezosamente por abajo. Hasta el Hudson parecía notar el calor. Miraron por todas partes: en los callejones, junto a la basura, por debajo de las furgonetas y los camiones...

—Nada —dijo Greg mientras miraban en el último montón de basura del último callejón—. Supongo que ha sido una noche tranquila. Es hora de presentarse en el cuartel. Ya es tarde.

Eso requirió un rápido paseo en el creciente calor. Greg no podía pagarse un taxi y se negó a que lo hiciera Magnus, así que este, por desgracia, tuvo que unírsele a paso ligero todo el camino hasta Canal Street. La guarida de los licántropos se escondía detrás de la fachada de un restaurante de comida para llevar de Chinatown. Una licántropo se hallaba detrás del mostrador, bajo el menú y las fotos de varios platos chinos. Miró a Magnus de arriba abajo. Cuando Greg asintió, los dejó pasar a la parte trasera, cruzando una cortina de cuentas.

Detrás de la pared del fondo no había ninguna cocina. Lo que sí había era una puerta que daba a un local mucho más grande: la antigua comisaría de policía del segundo distrito (las celdas eran de gran utilidad durante la luna llena). Magnus siguió a Greg por los pasillos con luz tenue hasta la sala principal de la comisaría, que ya estaba llena. La manada se hallaba reunida y Lincoln estaba en lo alto de la sala, escuchando los informes y asintiendo con gravedad. Cuando vio a Magnus, alzó una mano para saludarlo.

—Muy bien —dijo—. Parece que estáis todos aquí. Y tenemos un invitado. Muchos de vosotros ya conocéis a Magnus Bane. Es un brujo, como veis, y un buen amigo de esta manada.

Eso fue reconocido al instante, y hubo gestos y saludos de bienvenida por parte de todos. Magnus se apoyó en un archivador cerca del fondo para contemplar la sesión.

—Greg —lo llamó Lincoln—, eres el último que ha llegado. ¿Algo que informar?

—Nada. Mi zona estaba limpia.

—Bien. Pero, desgraciadamente, ha habido un incidente. Elliott, ¿te importa explicarlo?

Otro licántropo se adelantó.

—Hemos encontrado un cadáver —informó—. En el centro, cerca de Le Jardin. Sin duda un ataque vampírico. Marcas claras en el cuello. Se lo cortamos para que no se vieran.

Hubo un gruñido general por toda la sala.

—Eso mantendrá lejos de los periódicos las palabras «vampiro asesino» durante un tiempo —dijo Lincoln—. Pero es evidente que las cosas se han puesto peor, y ahora ya hay muertos.

Magnus oyó varios comentarios en voz baja sobre los vampiros, y algunos en voz no tan baja. Todos ellos estaban adornados con insultos e imprecaciones.

—De acuerdo. —Lincoln alzó la mano y cesaron los murmullos de descontento general—. Magnus, ¿qué opinas de todo esto?

—No lo sé —contestó Magnus—. Acabo de regresar a la ciudad.

—¿Alguna vez has visto algo igual? ¿Ataques repetidos y al azar?

Todas las cabezas se volvieron hacia él. Magnus se irguió junto al archivador. A esa hora de la mañana no estaba preparado para dar una conferencia sobre la forma de actuar de los vampiros.

—He visto mal comportamiento por su parte muchas veces —contestó Magnus—. La verdad es que depende. He estado en sitios donde no había ni policía ni cazadores de sombras cerca, así que las cosas a veces se salían de madre. Pero nunca he visto algo así aquí, o en cualquier lugar desarrollado. Y menos cerca de un Instituto.

—Tenemos que encargarnos de esto —dijo alguien.

Otras voces asintieron.

—Vamos a hablar fuera —le indicó Lincoln a Magnus.

Hizo un gesto hacia la puerta y los licántropos le abrieron paso al brujo. Lincoln y él fueron al restaurante de la esquina, donde les sirvieron un café recalentado, y se sentaron en un escalón frente a la clínica de un acupunturista.

—Algo les pasa —comenzó Lincoln—. Y sea lo que sea, les ha dado de repente y fuerte. Si hay vampiros enfermos que están causando esta masacre... finalmente tendremos que actuar, Magnus. No podemos dejarlo así. No podemos permitir que haya asesinatos, y no podemos correr el riesgo de que los cazadores de sombras vengan por aquí. Si dejamos que vuelvan a empezar esos problemas, la cosa acabará mal para todos nosotros.

Magnus examinó la grieta del escalón inferior.

—¿Has hablado con el Praetor Lupus? —preguntó.

—Claro. Pero no hemos conseguido identificar quién está haciendo esto. No parece el trabajo de un vampiro nuevo renegado. Son ataques múltiples en diferentes lugares. Lo único bueno es que todas las víctimas habían tomado alguna sustancia, así que no pueden contar lo que les ha pasado. Si uno de ellos dice la palabra «vampiro», la policía pensará que es porque estaba drogado. Pero poco a poco la historia irá tomando forma. La prensa se enterará y los cazadores de sombras también, y todo empeorará con rapidez.

Lincoln tenía razón. Si eso continuaba, los licántropos estarían en todo su derecho a actuar. Y entonces correría la sangre.

—Tú conoces a Camille —continuó Lincoln—. Podrías hablar con ella.

—Conocía a Camille. En este momento, seguramente la conoces tú mejor que yo.

—No sé cómo hablar con Camille. Es una persona con la que cuesta comunicarse. Ya habría hablado con ella si supiera cómo. Y nuestra relación no es la misma que la que tuvisteis vosotros.

—No nos llevamos muy bien —repuso Magnus—. Hace varias décadas que no hablamos.

—Pero todo el mundo sabe que vosotros dos...

—Eso fue hace mucho tiempo. Hace cien años, Lincoln.

—¿Y para vosotros ese tiempo tiene alguna importancia?

—¿Y qué quieres que le diga? Es difícil entrar ahí después de tanto tiempo y decir: «Deja de atacar a la gente. Y por cierto, ¿qué tal te ha ido desde principios de siglo?».

—Si algo va mal, quizá puedas ayudarlos. Si se están alimentando en exceso, entonces tienen que saber que estamos preparados para actuar. Y si ella te importa, y creo que sí, se merece una advertencia. Sería lo mejor para todos. —Le puso la mano en el hombro—. Por favor —insistió Lincoln—. Aún podemos arreglar esto. Porque si la

cosa sigue así, sufriremos todos.



Magnus tenía muchos ex. Estaban esparcidos a lo largo de la historia. La mayoría eran solo un recuerdo, muertos hacía mucho tiempo. Otros ya eran muy viejos. Etta, una de sus últimas amantes, se hallaba en una residencia de ancianos y ya ni lo reconocía. Visitarla resultaba demasiado doloroso.

Camille Belcourt era diferente. Había entrado en la vida de Magnus bajo la luz de una lámpara de gas, con aspecto regio. Eso había sucedido en Londres y en un mundo diferente. Su romance había transcurrido entre la niebla. En carruajes que botaban por las calles adoquinadas, en sofás tapizados de seda de color ciruela. Se habían amado en el tiempo de los autómatas, antes de las guerras mundanas. Entonces parecía haber más tiempo, tiempo para llenar, tiempo para gastar. Y ellos lo habían llenado. Y lo habían gastado.

Se habían separado mal. Cuando se ama a alguien de una forma tan intensa y ese alguien no ama del mismo modo, es imposible separarse bien.

Camille había llegado a Nueva York a finales de la década de 1920, justo cuando el crac bursátil y cuando todo se estaba desmoronando. Tenía un gran sentido de la teatralidad y un buen olfato para lugares que estaban en crisis y necesitaban una mano que los guiase. En muy poco tiempo se había convertido en la jefa de los vampiros. Se había instalado en el famoso edificio Eldorado, en el Upper West Side. Magnus sabía dónde estaba Camille y ella sabía dónde estaba él. Pero no se habían puesto en contacto. Se habían cruzado por casualidad en varios clubes y eventos a lo largo de los años y simplemente habían intercambiado una rápida inclinación de cabeza. Esa relación estaba acabada. Era un cable cargado de

electricidad que no había que tocar. Ella era la única tentación en la vida de Magnus de la que podía prescindir.

Y sin embargo, ahí estaba él, solo veinticuatro horas después de regresar a Nueva York, entrando en Eldorado. Era uno de los grandes edificios *art déco* de Nueva York y se hallaba en el lado oeste de Central Park, mirando al lago. Era famoso por sus dos torres cuadradas que se alzaban como cuernos. El edificio Eldorado era el hogar del dinero viejo, los famosos y la gente que simplemente «tenía». El portero uniformado estaba entrenado para no fijarse en la indumentaria o la apariencia de nadie mientras fuera evidente que iban al edificio por una razón justificada. Para la ocasión, Magnus había decidido pasar de su nuevo aspecto. Nada de punk allí, ni vinilo, ni red de pescar. Esa noche tocaba un traje Halston, negro, con amplias solapas de satén. Eso pasó la prueba y le valió un saludo y una pequeña sonrisa.

Camille vivía en el piso veintiocho de la torre norte, a un viaje de ascensor, forrado de paneles de roble y con pasamanos de bronce, por la propiedad inmobiliaria más cara de Manhattan.

Las torres permitían plantas pequeñas e íntimas. En algunas solo había uno o dos apartamentos. En este caso había dos. Camille vivía en el 28C. Magnus oyó música que salía por debajo de la puerta. Notó un penetrante olor a humo y un resto de perfume de quien fuera que acabase de pasar por ahí. A pesar de que había actividad en el interior, tuvo que llamar durante tres minutos antes de que alguien le abriera.

Se sorprendió al ver que reconocía a la persona al instante. Era un rostro de hacía mucho tiempo. En aquel entonces, la mujer llevaba un corte de pelo bob y un gastado vestido años veinte. Había sido joven, y a pesar de que mantenía esa juventud básica (los vampiros no envejecían realmente), parecía algo ajada por el tiempo. En ese momento llevaba el cabello teñido de rubio y peinado con largos y pesados rizos. Lucía un ajustado vestido dorado que le llegaba justo a

las rodillas y un cigarrillo colgaba de un lado de su boca.

—Bueno, bueno, bueno. ¡Si es el brujo favorito de todos! No te había visto desde que tenías el bar clandestino. Ha pasado mucho tiempo.

—Así es —asintió Magnus—. ¿Daisy?

—Dolly. —Abrió la puerta del todo—. ¡Eh, chicos, mirad quién ha venido!

La sala estaba llena de vampiros, todos muy bien vestidos. Magnus tuvo que reconocerlo. Los hombres llevaban los trajes blancos que estaban tan de moda esa temporada. Las mujeres vestían fantásticos vestidos disco, la mayoría blancos o dorados. La mezcla de laca de pelo, humo de cigarrillo, incienso, colonias y perfumes le cortó un momento la respiración.

Aparte de los fuertes olores, había una tensión en el aire que no sabía de dónde provenía. Magnus conocía a los vampiros, y ese grupo estaba tenso, mirándose los unos a los otros, moviéndose de un lado a otro. Esperando algo.

No lo invitaron a entrar.

—¿Está Camille? —preguntó al final.

Dolly apoyó la cadera en la puerta.

—¿Qué te trae aquí esta noche, Magnus?

—Acabo de volver de unas largas vacaciones. Me pareció lo correcto hacer una visita.

—¿De verdad?

Al fondo, alguien bajó el volumen del tocadiscos hasta que la música fue casi inaudible.

—Hay alguien que quiere hablar con Camille —dijo Dolly sin volverse. Se quedó donde estaba, bloqueando la entrada con su cuerpecito. Cerró un poco la puerta para estrechar la abertura. Seguía sonriendo a Magnus de un modo que resultaba un poco perturbador.

—Un minuto —dijo.

Al fondo, alguien se metió en el pasillo.

—¿Qué es esto? —preguntó Dolly, y le sacó algo a Magnus del bolsillo—. ¿Eléctrica? Nunca he oído hablar de ese club.

—Es nuevo. Dicen que es mejor que Studio 54. Yo tampoco he estado, así que no lo sé. Me han dado estos pases.

Magnus se había metido los pases en el bolsillo al salir de casa. Después de todo, había hecho el esfuerzo de ponerse elegante. Si esa visita acababa tan mal como pensaba que acabaría, estaría bien tener algún sitio al que ir después.

Dolly abrió los pases en abanico y los agitó suavemente ante su rostro.

—Quédateľos —dijo Magnus. Era evidente que Dolly no se los iba a devolver, así que lo más correcto era hacerlo oficial.

El vampiro volvió del pasillo y habló con otros que estaban en el sofá y alrededor de la sala. Luego, uno de ellos se acercó a la puerta. Dolly la cerró un poco más y se puso detrás. Magnus oyó cómo hablaban en voz baja. Luego la puerta volvió a abrirse lo suficiente para franquearle el paso.

—Es tu noche de suerte —dijo ella—. Por aquí.

La alfombra blanca que cubría todo el suelo era tan peluda y espesa que Dolly se tambaleaba sobre sus altos tacones al andar. Tenía manchas por todas partes: bebidas derramadas, ceniza y charquitos de algo que Magnus supuso que sería sangre. Los sofás y las sillas blancas se hallaban en una condición similar. Las muchas plantas que adornaban el salón, las palmeras y los helechos plantados en enormes macetas estaban secos y tenían un aspecto agónico. Varios cuadros colgaban torcidos de las paredes. Por todas partes había botellas y vasos vacíos con vino reseco en el fondo. Era el mismo tipo de desorden que Magnus se había encontrado en su piso.

Lo más inquietante era el silencio de todos los vampiros de la sala, que lo observaron pasar mientras Dolly lo guiaba hacia el pasillo. Al fondo vio un sofá lleno de humanos inmóviles, sin duda siervos, todos deslumbrados y tumbados con la boca abierta. Los moretones y las

heridas del cuello y los brazos tenían muy mala pinta. La mesa de vidrio frente a la que estaban sentados aparecía cubierta de una fina capa de polvo blanco y unas cuantas cuchillas de afeitar. Lo único que se oía era la tenue música y el lejano retumbar del trueno en el exterior.

—Por aquí —dijo Dolly, y cogió a Magnus de la chaqueta.

El pasillo estaba oscuro y había ropa y zapatos desperdigados por todo el suelo. Le llegaron sonidos apagados a través de las tres puertas del corredor. Dolly fue hasta el final, donde había una de doble hoja. Llamó una vez y la abrió.

—Entra —dijo, todavía con su extraña sonrisita en la boca.

En contraste con la blancura de todo lo que había en la sala, esa habitación era el lado oscuro del piso. La alfombra era azul oscuro, como un mar nocturno. El papel de las paredes era de color plata también oscura. Las pantallas de las lámparas estaban cubiertas con chales y pañuelos dorados y plateados. Las mesas eran de espejo, y reflejaban el entorno una y otra vez. En medio de todo eso había una enorme cama lacada de negro con sábanas negras y una pesada colcha dorada. Y en ella estaba Camille, cubierta con un kimono de seda de color melocotón.

Y cien años parecieron desvanecerse súbitamente. Por un momento, Magnus fue incapaz de hablar. Podría haber estado en Londres de nuevo, con todo el siglo XX hecho una bola tirada a la papelera.

Sin embargo, el presente le cayó encima como una losa cuando Camille comenzó a gatear hacia él sin ninguna elegancia, resbalando sobre las sábanas de satén.

—¡Magnus! ¡Magnus! ¡Magnus! ¡Ven aquí! ¡Siéntate!

Llevaba el largo cabello platino suelto y alborotado. Dio unas palmaditas a los pies de la cama invitándolo a sentarse. Ese no era el recibimiento que Magnus se había esperado. Esa no era la Camille que

él recordaba, ni siquiera la que había visto alguna vez de refilón.

Cuando iba a pasar por encima de lo que creía que era un montón de ropa, se dio cuenta de que había un humano en el suelo, boca abajo. Se agachó y metió la mano con suavidad en la mata de largo cabello negro para volverle la cara. Era una mujer, y aún le quedaba un poco de calor en el cuerpo; un ligero pulso le latía en el cuello.

—Es Sarah —dijo Camille, mientras se tiraba boca abajo sobre la cama y dejaba colgar la cabeza por un lado para observar.

—Te has estado alimentando de ella —dijo Magnus—. ¿Es un donante voluntario?

—Oh, le encanta. Bueno, Magnus... Estás maravilloso, por cierto. ¿Es eso un Halston? Estábamos a punto de salir. Te vienes con nosotros.

Se deslizó de la cama y fue hasta un enorme armario. Magnus oyó el ruido de las perchas al correr sobre las barras. Volvió a examinar a la chica que estaba en el suelo. Tenía marcas de pinchazos por todo el cuello, y comenzaba a sonreírle débilmente a Magnus mientras se echaba hacia atrás el cabello, ofreciéndole el cuello.

—No soy vampiro —dijo él, y con cuidado le volvió a apoyar la cabeza en el suelo—. Y tú deberías marcharte de aquí. ¿Quieres que te ayude?

La chica profirió un sonido que estaba entre una carcajada y un gemido.

—¿Cuál? —preguntó Camille mientras salía tambaleándose del armario, sujetando en la mano dos vestidos de noche negros casi idénticos.

—Esta joven está muy débil —repuso Magnus—. Camille, le has sacado demasiada sangre. Necesita ir al hospital.

—Está bien. Déjala en paz. Ayúdame a elegir un vestido.

Esa conversación no tenía ni pies ni cabeza. No era así como debería haberse desarrollado el rencuentro. Debería haber sido tímido, con muchos silencios extraños y momentos de doble sentido. En vez

de eso, Camille actuaba como si se hubieran visto el día anterior. Como si fueran amigos. Eso era suficiente como para permitirle ir directo al grano.

—Estoy aquí porque hay un problema, Camille. Tus vampiros están matando gente y dejando los cadáveres por la calle. Se están alimentando en exceso.

—Oh, Magnus. —Camille negó con la cabeza—. Puede ser que yo esté al mando, pero no los controlo. Tengo que permitirles cierta libertad.

—¿Eso incluye matar a mundanos y dejar sus cadáveres en la acera?

Camille ya no lo escuchaba. Había dejado los vestidos sobre la cama y estaba rebuscando entre un montón de pendientes. Mientras tanto, Sarah trataba de arrastrarse hacia ella. Sin ni siquiera mirarla, Camille dejó un espejo lleno de polvo blanco en el suelo. Sarah fue directa hacia él y comenzó a esnifar.

Y entonces Magnus lo entendió.

Aunque las drogas humanas no acababan de funcionar en los subterráneos, no se sabía qué efecto podía tener si esa droga corría por el sistema circulatorio humano y los subterráneos la ingerían por medio de la sangre al alimentarse de un humano.

Tenía sentido. El desorden. El comportamiento confuso. El alimentarse frenéticamente en los clubes. El que todos tuvieran aspecto de estar muy enfermos, que su personalidad pareciera haber cambiado. Lo había visto miles de veces en mundanos.

Camille lo estaba mirando sin parpadear.

—Ven con nosotros esta noche, Magnus —le propuso con voz seductora—. Eres un hombre que sabe divertirse. Y yo soy una mujer que ofrece diversión. Ven con nosotros.

—Camille, tienes que parar esto. Tienes que darte cuenta de lo peligroso que es.

—No me va a matar, Magnus. Eso es imposible. Y tú no entiendes

cómo te hace sentir.

—La droga no puede matarte, pero otras cosas sí. Sabes que hay gente ahí fuera que no puede permitirte que sigas asesinando a mundanos. Si continúas así, alguien hará algo.

—Que lo intenten —replicó ella—. Después de tomar un poco de esto podría con diez cazadores de sombras.

—Quizá no sean...

Camille se lanzó al suelo antes de que Magnus pudiera acabar la frase y hundió el rostro en el cuello de Sarah. Esta se sacudió una vez y gruñó, luego se quedó inmóvil y en silencio. Magnus oyó el desagradable sonido de la succión. Camille alzó la cabeza. Tenía la boca cubierta de sangre que le goteaba por la barbilla.

—¿Vienes o no? —preguntó—. Me encantaría llevarte a Studio 54. Nunca has pasado una noche de fiesta como las nuestras.

Magnus tuvo que obligarse a seguir mirándola a pesar de su aspecto.

—Déjame ayudarte. Unas cuantas horas, unos cuantos días... Podría hacer que te desengancharas.

Camille se pasó el dorso de la mano por la boca y se manchó de sangre la mejilla.

—Si no vienes con nosotros, entonces apártate de nuestro camino. Considéralo una educada advertencia, Magnus. ¡Dolly!

Esta ya esperaba en la puerta.

—Creo que ya hemos acabado —dijo.

Magnus vio a Camille hundir los colmillos de nuevo en el cuello de Sarah.

—Sí —asintió—. Creo que sí.



Fuera estaba diluviando. El portero sujetó un paraguas sobre la cabeza

de Magnus y le paró un taxi. Nada tenían que ver los modales de allí abajo con los que lo habían tratado arriba...

No quería ni pensarlo. Magnus entró en el taxi, indicó la dirección y cerró los ojos. La lluvia que repicaba sobre el techo del vehículo era como si le golpeará directamente el cerebro.

Magnus no se sorprendió al encontrar a Lincoln sentado en los escalones frente a su puerta. Cansado, le hizo un gesto para que entrara.

—¿Y bien? —preguntó Lincoln.

—Nada bueno —contestó Magnus mientras se sacaba la chaqueta empapada—. Son las drogas. Se alimentan con la sangre de gente que toma drogas. Les aumenta el ansia y disminuye la capacidad de control de sus impulsos.

—Tienes razón —asintió Lincoln—. No es nada bueno. Pensaba que tendría algo que ver con las drogas, pero creí que eran inmunes a cosas como la adicción.

Magnus sirvió unas copas de vino y se sentaron a escuchar la lluvia durante un momento.

—¿Puedes ayudarla? —preguntó Lincoln.

—Si me deja. Pero no puedo curar la adicción de alguien que no quiere curarse.

—No —estuvo de acuerdo Lincoln—. Lo he visto con los nuestros. Pero tú lo entiendes... ¿no? No podemos permitir que sigan comportándose así.

—Sé que no podéis.

Lincoln se acabó el vino y dejó la copa con cuidado.

—Lo siento, Magnus. De verdad. Pero si vuelve a pasar, tendrás que dejármelo a nosotros.

Magnus asintió. Lincoln le dio un apretón en el hombro y luego se marchó.



Durante los siguientes días, Magnus se mantuvo alejado de todo. Hacía muy mal tiempo; pasaba del calor a las tormentas. Intentó olvidar la escena en el apartamento de Camille, y la mejor manera de olvidar era mantenerse ocupado. Llevaba al menos dos años sin ponerse al día de su trabajo. Tenía clientes a los que llamar. Tenía hechizos que estudiar y traducciones que hacer. Libros que leer. El piso necesitaba una nueva decoración. Había restaurantes nuevos, bares nuevos, gente nueva...

En cuanto paraba, volvía a ver a Camille agachada en la alfombra, la chica inerte en sus brazos, el espejo lleno de droga, el rostro de Camille cubierto de sangre. El desorden. El hedor. El horror. Las miradas vacías.

Cuando se perdía a alguien por una adicción, y él había perdido a muchos, se perdía algo muy valioso. Se lo veía caer. Se esperaba a que tocara fondo. Era una espera terrible. No quería tener nada que ver con eso. Lo que estaba sucediendo no era su problema. No dudaba de que Lincoln y los licántropos se encargarían del asunto, y cuanto él menos supiera, mejor.

Ese asunto lo mantenía en vela por la noche. Eso y los truenos.

Dormir solo era un infierno, así que decidió no dormir solo.

Siguió despertándose.

Era la noche del 13 de julio, el aciago número por excelencia. La tormenta era increíblemente ruidosa, más ruidosa que el aire acondicionado, más ruidosa que la radio. Magnus estaba acabando una traducción y pensaba en salir a cenar cuando las luces parpadearon. La radio se fue y volvió. Después todo se puso muy brillante mientras una gran potencia recorría los cables. Luego...

Apagado general. El aire acondicionado, la luz, la radio, todo. Magnus movió la mano sin pensar y encendió una vela en el escritorio.

Los apagones de luz no eran raros. Por eso tardó un momento en darse cuenta de que todo se había quedado muy silencioso y oscuro, y que había voces gritando en el exterior. Fue a la ventana y la abrió.

Todo estaba apagado. Las farolas. Los edificios. Todo excepto los faros de los coches. Cogió la vela y, con cuidado, bajó la escalera hasta la calle y se unió a los excitados grupos de gente. La lluvia había parado; solo quedaba el trueno retumbando a lo lejos.

Nueva York... estaba apagada. Todo estaba apagado. No había perfil de la ciudad recortándose contra el cielo. No se veía el resplandor del Empire State Building. La ciudad estaba absoluta y totalmente negra. Y una palabra se gritaba de ventana a ventana, de la calle a los coches y a las puertas...: ¡apagón!

Las fiestas comenzaron casi al instante. Fue la tienda de helados de la esquina la que empezó: vendía todo lo que tenían a diez céntimos el cucurucho, y luego empezaron a dar helado gratis a todos los que se acercaban con un cuenco o una taza. Poco después, los bares comenzaron a regalar cócteles a los peatones en vasos de papel. Todo el mundo salió a la calle. Se pusieron radios de pilas en las ventanas, así que había en el aire una mezcla de música y noticias. El apagón lo había causado un rayo. Toda Nueva York estaba sin electricidad. Pasarían horas... ¿días?, antes de que se restableciera el servicio.

Magnus regresó a su piso, cogió una botella de champán del frigorífico y volvió a la calle para compartirla con las personas que pasaban. Hacía demasiado calor para quedarse dentro, y lo que ocurría fuera era demasiado interesante para perderselo. La gente comenzó a bailar por las aceras, y Magnus se unió a ella durante un rato. Aceptó un martini de un agradable joven con una hermosa sonrisa.

Luego se oyó un siseo. La gente se reunió alrededor de una de las radios, una que retransmitía noticias. Magnus y su nuevo amigo, que se llamaba David, también se acercaron.

—«... fuegos en los cinco distritos. Más de cien incendios se han declarado en la última hora. Y tenemos numerosos informes de saqueos. Ha habido disparos. Por favor, si están fuera esta noche, extremen las precauciones. Aunque todos los oficiales de policía han sido llamados para incorporarse a sus puestos, no hay suficientes efectivos...».

Otra radio, a unos cuantos metros, en otra emisora, daba una información similar.

—«... cientos de tiendas han sido saqueadas. Hay informes de un caos total en algunas áreas. Aconsejamos permanecer dentro de casa. Si no pueden llegar a sus casas, busquen refugio en...».

En el corto silencio que siguió, Magnus oyó sirenas en la distancia. El Village era una comunidad unida, así que el ambiente resultaba festivo y alegre. Pero era evidente que no sucedía lo mismo en el resto de la ciudad.

—¡Magnus!

Este se volvió y vio a Greg, que se abría paso entre el grupo de gente reunida. Llevó a Magnus aparte y se dirigió a un espacio tranquilo entre dos coches.

—Me ha parecido que eras tú —explicó—. Está pasando. Se han vuelto locos todos. El apagón... Los vampiros han enloquecido en un club. Ni siquiera puedo explicarlo. Está entre la Décima Avenida y una manzana más abajo. No hay taxis, con este apagón. Tendrás que correr.

Ahora que trataba de llegar a un lugar concreto, Magnus se dio cuenta de la pura locura de las calles negras. Como no funcionaban los semáforos, había gente que trataba de dirigir el tráfico. Los coches, o bien estaban parados en mitad de la calzada o circulaban demasiado deprisa. Algunos estaban aparcados en batería mirando hacia la acera, y sus faros se empleaban para iluminar tiendas y restaurantes. Todo el mundo estaba en la calle; los edificios del Village estaban vacíos y era casi imposible moverse. Magnus y Greg tuvieron que serpentear entre

la gente, entre los coches, tropezando en la oscuridad.

Al irse acercando al río, la multitud se hizo menos densa. El club estaba en uno de los antiguos almacenes de empaquetado de carne. La fachada de ladrillo industrial había sido pintada de plata y se veía la palabra «Eléctrica», junto al dibujo de un rayo, sobre la antigua puerta de carga. Dos licántropos hacían guardia, uno a cada lado, con una linterna en la mano, y Lincoln esperaba un poco más allá. Estaba enfrascado en una conversación con Consuela, que era su segunda al mando. Cuando vieron a Magnus, Consuela se fue hacia una furgoneta que esperaba cerca y Lincoln se acercó al brujo.

—Esto es lo que nos estábamos temiendo —dijo Lincoln—. Hemos esperado demasiado.

Los licántropos que vigilaban la entrada se apartaron y Lincoln abrió la puerta. Dentro del club la oscuridad era absoluta, excepto por los haces de las linternas de los licántropos. Había un extraño olor a mezcla de licores derramados y algo desagradablemente agrio y fuerte.

Magnus alzó las manos. Las luces de neón que rodeaban la sala zumbaron y se encendieron. Las lámparas del techo, unos fluorescentes nada elegantes, chisporrotearon. Y la bola de espejo volvió a la vida; su lenta rotación fue lanzando miles de puntos de luces de colores por toda la sala. La pista de baile, hecha de grandes cuadrados de plástico coloreados, también se iluminaba desde abajo.

Lo que hacía que la escena resultara aún más dantesca.

Había cuatro cadáveres, tres mujeres y un hombre. Todos parecían haber estado intentando dirigirse hacia varios puntos de salida. Tenían la piel de color ceniza, cubierta de cardenales verdes morados y de docenas de marcas; todo macabramente iluminado por las lámparas rojas, amarillas y azules del suelo. Había poca sangre; solo unos cuantos charquitos aquí y allí. Muchísima menos de la que debería haber habido.

Magnus se fijó en que una de las mujeres muertas tenía una melena rubia que le resultaba familiar. La había visto por última vez

en el avión, cuando le entregaba los pases...

Magnus tuvo que volverse con rapidez.

—Están secos —le explicó Lincoln—. El club no había abierto aún. Estaban teniendo problemas con el equipo de sonido cuando se fue la luz, así que los únicos que había aquí eran los empleados. Dos allí...

Señaló a la plataforma elevada del DJ, con su montón de platos giradiscos y altavoces. Unos licántropos estaban allí, examinando la escena.

—Dos detrás de la barra —continuó Lincoln—. Otro salió corriendo y se escondió en el servicio, pero la puerta está arrancada. Y esos cuatro. Nueve en total.

Magnus se sentó en una de las sillas cercanas y puso la cabeza entre las manos durante un instante, para centrarse. Por mucho tiempo que viviera, nunca se acostumbraría a ver cosas terribles. Lincoln lo dejó tranquilo un momento.

—Es culpa mía. Cuando fui a ver a Camille, uno de ellos me cogió del bolsillo unos pases para este lugar.

Lincoln acercó una silla y se sentó junto a Magnus.

—Eso no lo convierte en tu responsabilidad. Yo te pedí que hablaras con Camille. Si ella vino aquí por ti... eso no nos hace culpables a ninguno de los dos, Magnus. Pero ya lo ves, esto no puede continuar.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Magnus.

—Esta noche hay incendios por toda la ciudad. Aprovecharemos esta oportunidad. Vamos a quemar este lugar. Creo que eso hará que las familias de las víctimas piensen que sus seres queridos murieron en un incendio, en vez de...

Señaló la terrible escena que tenían delante.

—Tienes razón —admitió Magnus—. A nadie le puede aportar nada bueno ver a sus seres queridos así.

—No. Y tampoco aportaría nada bueno que la policía lo viera.

Traería el pánico a la ciudad, y los cazadores de sombras se verían obligados a venir aquí. Mejor disimularlo. Nosotros nos encargaremos de todo.

—¿Y los vampiros?

—Vamos a ir a por ellos y a encerrarlos aquí mientras arde. Tenemos el permiso del Praetor Lupus. Todo el clan debe tratarse como infectado, pero intentaremos actuar de forma razonable. A la primera que iremos a buscar es a Camille.

Magnus dejó escapar el aire lentamente.

—Magnus —dijo Lincoln—, ¿qué otra cosa podemos hacer? Ella es la jefa del clan. Tenemos que acabar con esto ahora.

—Dame una hora —le pidió Magnus—. Una hora. Si puedo sacarlos de las calles en una hora...

—Ya hay un grupo que se dirige al apartamento de Camille. Otro va al hotel Dumont.

—¿Cuánto hace que se han marchado?

—Una media hora.

—Entonces, me voy ya. —Magnus se puso en pie—. Tengo que intentar hacer algo.

—Magnus —le advirtió Lincoln—, si te metes en medio, la manada te apartará de la situación. ¿Lo entiendes?

Magnus asintió.

—Yo iré cuando acabemos aquí —lo informó Lincoln—. Iré al hotel Dumont. Ahí es donde acabarán todos, de todas formas.



Se requería un Portal. Dada la situación en las calles, había muchas posibilidades de que los licántropos aún no hubieran llegado al apartamento de Camille, y eso suponiendo que ella estuviera allí. Tendría que ir a donde ella estuviera. Pero antes de que pudiera

comenzar a dibujar las runas, oyó una voz en la oscuridad:

—Aquí estás.

Magnus se volvió rápidamente y alzó una mano para iluminar el callejón.

Camille iba hacia él, tambaleante. Llevaba un largo vestido negro, o mejor dicho, un vestido que había acabado teñido de negro por la cantidad de sangre que lo empapaba. Aún estaba mojado y pesado, y se le pegaba a las piernas al avanzar.

—Magnus...

Tenía la voz engolada. Manchas de sangre le cubrían la cara, los brazos y el cabello rubio platino. Se apoyaba con una mano en la pared mientras se acercaba a él con una serie de torpes pasos, como de bebé.

Magnus fue hacia ella despacio. En cuanto estuvo lo suficientemente cerca, Camille dejó de esforzarse por mantenerse erguida y cayó hacia delante. Él la sujetó antes de que llegara al suelo.

—Sabía que vendrías —dijo ella.

—¿Qué has hecho, Camille?

—Te estaba buscando... Dolly dijo que estabas... estabas aquí.

Magnus la dejó con cuidado en el suelo.

—Camille... ¿sabes lo que ha pasado? ¿Sabes lo que has hecho?

Su olor era nauseabundo. Magnus inspiró lentamente por la nariz para asentarse el estómago. A Camille se le pusieron los ojos en blanco. Magnus la zarandeó.

—Tienes que escucharme —insistió—. Intenta mantenerte despierta. Tienes que llamarlos a todos.

—No sé dónde están... Están por todas partes. Está tan oscuro... Es nuestra noche, Magnus. Para mis pequeños. Para nosotros.

—Necesitas tierra de tumba —dijo Magnus.

Eso obtuvo un asentimiento de cabeza bastante decidido.

—De acuerdo. Conseguiremos la tierra de tumba y la usarás para

llamarlos. ¿Dónde está la tierra de tumba?

—En la cámara acorazada.

—¿Y dónde está la cámara acorazada?

—Cementerio... de Green-Wood. Brooklyn.

Magnus se puso en pie y comenzó a dibujar las runas. Cuando acabó y el Portal empezó a abrirse, alzó en brazos a Camille del suelo y la sujetó con fuerza.

—Piensa en ese lugar ahora —le indicó—. Tienes que verlo con claridad en la cabeza. La cámara acorazada.

Teniendo en cuenta el estado de Camille, era una proposición bastante arriesgada. La apretó contra sí y notó que la sangre de su vestido le empapaba la camisa... Magnus entró en el Portal.



Había árboles. Árboles y un poco de luz de luna que atravesaba el nublado cielo nocturno. Ni una persona, ni una voz. Solo el lejano retumbar de los atascos de tráfico. Y cientos de lápidas blancas surgiendo del suelo.

Magnus y Camille se hallaban frente a un mausoleo que recordaba un capricho de jardín: la parte delantera de un pequeño templo de columnas. Estaba construido directamente sobre la loma de una pequeña colina.

Magnus bajó la mirada y vio que Camille había reunido la fuerza suficiente para rodearlo con sus delgados brazos. Temblaba un poco.

—¿Camille?

Ella alzó la cabeza. Estaba llorando. Camille no lloraba. Incluso en esas circunstancias, Magnus se sintió conmovido. Aún quería consolarla, tomarse el tiempo de decirle que todo saldría bien. Pero lo único que pudo decir fue:

—¿Tienes la llave?

Ella negó con la cabeza. No era nada probable que así fuera. Magnus puso la mano en la cerradura que aseguraba las amplias puertas de metal, cerró los ojos y se concentró hasta que notó un ligero chasquido bajo los dedos.

La cámara acorazada era un cuadrado de algo más de un metro de lado, construida de hormigón. Las paredes estaban cubiertas de estantes de madera del suelo al techo. Y esos estantes estaban repletos de pequeños frascos de vidrio que contenían tierra. Los frascos eran bastante variados: algunos gruesos y verdes, o de cristal amarillo soplado, con burbujas visibles. Había botellas estrechas, otras muy pequeñas y unas cuantas botellitas marrones. Las más antiguas tenían tapones de corcho. Otras, de vidrio. Las más nuevas, tapones de rosca. La antigüedad también se veía en las capas de polvo y suciedad, además de en la cantidad de telarañas que había entre ellas. Al fondo había botellas que no parecía posible levantar, de grueso que era el residuo acumulado a lo largo de los años. Ahí había una historia del vampirismo neoyorquino que seguramente hubiera interesado a mucha gente, que seguramente valdría la pena estudiar...

Magnus alzó las manos, y con un gran estallido de luz azul, todos los frascos se quebraron al mismo tiempo. Se alzó una gran nube de suciedad y polvo de vidrio.

—¿Adónde irán? —le preguntó a Camille.

—Al Dumont.

—Claro —repuso Magnus—. Ellos y todos los demás. Vamos allí, y vas a hacer lo que yo te diga. Tenemos que solucionar esto, Camille. Tenemos que intentarlo. ¿Me entiendes?

Ella asintió una vez.



Esa vez Magnus controlaba el Portal. Aparecieron en la calle 116, en

medio de lo que parecía una revuelta a gran escala. Había incendios. El eco de gritos y cristales rotos iba desde una punta de la calle hasta la otra. Nadie se fijó en que Magnus y Camille aparecieron de repente ahí en medio. Estaba demasiado oscuro, y el gentío completamente enloquecido. El calor era peor en esa zona, y Magnus notó que le sudaba todo el cuerpo.

Había dos furgonetas aparcadas justo delante del Dumont, y ya se estaba reuniendo una inconfundible multitud de licántropos. Llevaban bates de béisbol y cadenas. Eso era lo único visible. Sin duda también habría agua bendita. Además de mucho fuego alrededor.

Magnus dejó a Camille detrás de un Cadillac aparcado que ya tenía todas las ventanas destrozadas. Metió la mano y abrió la puerta.

—Entra —le dijo a Camille—. Y quédate aquí. Te están buscando. Déjame ir a hablar con ellos.

Mientras Magnus rodeaba el coche, Camille encontró fuerzas para arrastrarse por el asiento delantero, lleno de vidrios rotos, y caer fuera por la puerta del lado del conductor. Cuando Magnus trató de hacerla volver a entrar, ella lo apartó.

—Sal de en medio, Magnus. Es a mí a quien quieren.

—Te matarán, Camille.

Pero ya la habían visto. Los licántropos cruzaron la calle, los bates en ristre. Camille alzó una mano. Varios vampiros acababan de llegar delante del hotel. Unos cuantos más yacían inmóviles sobre la acera. A otros los tenían retenidos.

—Entrad en el hotel —ordenó Camille.

—Camille... nos quemarán —dijo uno de ellos—. Míralos. Mira lo que está ocurriendo.

Camille miró a Magnus, y él la entendió. Esperaba que él se encargara.

—Entrad —repitió ella—. No os lo estoy pidiendo.

Durante las siguientes horas, uno a uno, todos los vampiros de Nueva York, sin importar en qué condición estuvieran, fueron

aparecieron en la entrada del Dumont. Camille, que se apoyaba en las puertas para no caer, les fue ordenando que entraran. Los vampiros, recelosos, pasaban entre una falange de licántropos armados con bates y cadenas. Casi amanecía cuando apareció el último grupo.

Lincoln llegó al mismo tiempo.

—Faltan algunos —dijo Camille en cuanto Lincoln bajó del coche.

—Han muerto unos cuantos —replicó Lincoln—. Y tienes que agradecerle a Magnus que no hayan sido más.

Camille inclinó la cabeza una vez. Luego entró en el hotel y cerró la puerta.

—¿Y ahora? —preguntó Lincoln.

—No los puedes curar sin su consentimiento, pero puedes dejarlos secos. Estarán encerrados hasta que estén limpios —contestó Magnus.

—¿Y si eso no funciona?

Magnus miró la desconchada fachada del Dumont. Se fijó en que alguien había cambiado la «n» por una «r». Dumort. El hotel de los muertos.

—Entonces ya veremos qué pasa —repuso Magnus.



Durante tres días, Magnus mantuvo puestas salvaguardas sobre el Dumort e iba allí varias veces al día. Los licántropos patrullaban el perímetro a todas horas y se aseguraban de que no saliera nadie. El tercer día, después del ocaso, Magnus alzó las salvaguardas de la puerta delantera, entró y las selló de nuevo una vez hubieron entrado.

Estaba claro que dentro del hotel se había aplicado una especie de organización. Los vampiros a los que no había afectado la droga estaban esparcidos por el vestíbulo, los balcones y los escalones. La mayoría dormía. Los licántropos les permitieron levantarse y salir.

Con Lincoln y sus ayudantes al lado, Magnus rehízo el camino que

había tomado casi cincuenta años atrás, hasta la sala de baile del Dumort. De nuevo, las puertas estaban selladas, esta vez con una cadena.

—Traed la cizalla de la furgoneta —ordenó Lincoln.

Un olor terrible salía por debajo de la puerta.

«Por favor —pensó Magnus—, que esté vacío».

Pero era evidente que el salón no estaría vacío. Era estúpido desear que los acontecimientos de los últimos tres días no hubieran sucedido. Porque, al final, nada es peor que ver caer a quien se ama. De algún modo, era incluso peor que perder un amor. Hacía que todo pareciera cuestionable. Hacía que el pasado fuera amargo y confuso.

Un licántropo regresó con la cizalla y cortaron la cadena, que cayó al suelo con un sonido metálico. Unos cuantos de los vampiros no afectados se habían quedado para observar, y permanecieron detrás de los licántropos.

Magnus abrió la puerta.

El suelo de mármol blanco estaba destrozado. ¿De verdad había sido ahí mismo, hacía cincuenta años, donde Aldous había abierto el Portal hacia el Vacío?

Había vampiros por toda la sala, quizá unos treinta en total. Esos estaban enfermos y todos sufrían profundamente. Solo el olor que despedían era suficiente para asfixiar a cualquiera. Y los licántropos se llevaron las manos a la cara para protegerse.

Los vampiros no se movieron ni saludaron. Solo unos cuantos alzaron el rostro para ver qué estaba pasando. Magnus pasó sobre ellos, mirándolos uno a uno. Encontró a Dolly cerca del centro de la sala, inmóvil. Camille estaba tirada detrás de una de las largas cortinas que colgaban del fondo de la sala de baile. Como los otros, la rodeaban unos apestosos charcos de sangre regurgitada.

Tenía los ojos abiertos.

—Quiero caminar —dijo—. Ayúdame, Magnus. Ayúdame a caminar un poco. Tengo que parecer fuerte.

A pesar de que estaba demasiado débil para levantarse por sí sola, su voz era firme. Magnus se inclinó y la ayudó a ponerse en pie, luego la sujetó mientras ella pasaba, con tanta dignidad como pudo, sobre los cuerpos tumbados de los miembros de su clan. Magnus selló la puerta de nuevo cuando salieron.

—Arriba —dijo ella—. Necesito caminar. Arriba.

Magnus notaba el esfuerzo que le costaba dar cada paso. A veces, casi la sostenía en volandas.

—¿Te acuerdas? —preguntó ella—. El viejo Aldous abrió el Portal aquí..., ¿recuerdas? Te tuve que avisar de lo que estaba haciendo.

—Lo recuerdo.

—Hasta los mundanos sabían que tenían que mantenerse lejos de este lugar y dejarlo que se pudriera. Odio que algunos de mis pequeños vivan en lugares así, pero es oscuro. Es seguro.

Le resultaba demasiado difícil hablar y andar al mismo tiempo, así que Camille se calló de nuevo y se apoyó contra el pecho de Magnus. Cuando llegaron al último piso, se apoyaron un momento contra la barandilla y miraron hacia los escombros del vestíbulo del hotel.

—Nunca se acabó del todo entre nosotros, ¿verdad? —dijo ella—. En realidad, nunca ha habido nadie más... No como tú. ¿Te pasa lo mismo?

—Camille...

—Sé que no podemos volver. Lo sé. Solo dime que nunca ha habido nadie más como yo.

Lo cierto era que hubo muchos otros. Y mientras que Camille era, sin duda, distinta, había habido mucho amor... al menos por parte de Magnus. Sin embargo, su pregunta cargaba con cien años de dolor, y Magnus se dijo que quizá no había estado tan solo en lo que sentía.

—No —dijo Magnus—. Nunca ha habido nadie como tú.

Esto pareció darle nuevas fuerzas a Camille.

—Nunca tendría que haber sucedido —explicó—. Hay un club en

el centro donde a algunos de los mundanos les gusta que los mordamos. Tenían drogas en el cuerpo. Esas sustancias son muy potentes. Nos engancharon. Me dieron sangre infectada para beber como si fuera un regalo. No sabía lo que estaba bebiendo, solo el efecto que causaba. Ni siquiera pensé que fuéramos capaces de caer en la adicción. No lo sabíamos.

Magnus miró el techo requemado. Viejas heridas. Nunca nada desaparecía totalmente.

—Daré... daré la orden —continuó Camille—. Lo que ha pasado aquí no volverá a pasar. Tienes mi palabra.

—No es a mí a quien se lo tienes que decir.

—Díselo al Praetor —repuso—. Díselo a los cazadores de sombras si crees que es necesario. Entregaré mi vida antes de permitirlo.

—Seguramente es mejor que hables con Lincoln.

—Entonces, hablaré con él.

El manto de la dignidad había regresado a sus hombros. A pesar de todo lo que había pasado, seguía siendo Camille Belcourt.

—Deberías irte ahora —dijo ella—. Esto ya no es para ti.

Magnus vaciló un momento. Alguna parte de él quería quedarse. Pero se dio cuenta de que ya estaba bajando los escalones.

—Magnus —lo llamó Camille.

Él se volvió.

—Gracias por mentirme. Siempre has sido muy amable. Yo no. Por eso lo nuestro no pudo ser, ¿no crees?

Sin contestar, Magnus se volvió y siguió bajando la escalera. Raphael Santiago se cruzó con él.

—Lo siento —dijo.

—¿Dónde has estado?

—Cuando vi lo que estaba pasando traté de detenerlos. Camille intentó hacerme beber un poco de esa sangre. Quería que todos en el círculo interno participáramos. Estaba enferma. Lo había visto antes y

sabía cómo acabarían. Así que me fui. Regresé cuando el frasco de la tierra de mi tumba se rompió.

—No te vi entrar en el hotel —repuso Magnus.

—Entré por una ventana rota del sótano. Pensé que era mejor seguir oculto durante un tiempo. He estado cuidando a los enfermos. Ha sido muy desagradable, pero...

Miró más allá del hombro de Magnus, en dirección a Camille.

—Debo irme. Tenemos mucho que hacer por aquí. Vete, Magnus. En este lugar no hay nada para ti.

Raphael siempre había sido capaz de saber lo que pensaba Magnus.



Tomó la decisión cuando iba en el taxi hacia casa. En cuanto entró en su piso, se preparó sin vacilar y reunió todo lo que iba a necesitar. Tendría que ser muy específico. Lo escribiría todo.

Luego llamó a Catarina y bebió un poco de vino mientras esperaba a que esta llegara.

Catarina quizá fuera la amiga más íntima de Magnus, aparte de Ragnor (y esa relación a menudo estaba en un estado de cambio). Catarina era la única a quien había escrito o llamado durante los dos años que estuvo de viaje. Sin embargo, no la avisó de que había vuelto a casa.

—¿Es posible? —exclamó ella cuando Magnus le abrió la puerta—. Dos años, y luego, cuando regresas, pasan dos semanas y ni siquiera me has llamado. Y luego: «Ven, te necesito». Ni siquiera me habías dicho que estabas en casa, Magnus.

—Estoy en casa —repuso él mientras le dedicaba la que consideraba su sonrisa más encantadora. Le costó un poco, pero esperaba que hubiera parecido auténtica.

—No trates de poner esa cara conmigo. No soy una de tus conquistas, Magnus. Soy tu amiga. Se supone que nosotros pedimos pizza, no que hacemos guarradas.

—¿Guarradas? Pero yo...

—No. —Alzó un dedo en señal de advertencia—. Lo digo en serio. He estado a punto de no venir. Pero parecías estar tan mal por teléfono que he tenido que hacerlo.

Magnus examinó la camiseta arco iris que Catarina llevaba debajo de un mono rojo. Ambos contrastaban con fuerza contra su piel azul, tanto que a Magnus le hacía daño a la vista. Los monos rojos eran muy populares. Pero la mayor parte de la gente no era azul. La mayor parte de la gente no vestía de arco iris.

—¿Por qué me estás mirando así? De verdad, Magnus...

—Déjame que te explique —la interrumpió él—. Luego podrás gritarme todo lo que quieras.

Él le explicó. Y ella lo escuchó. Catarina era enfermera y sabía escuchar muy bien.

—Hechizos para borrar la memoria —dijo, negando con la cabeza—. No son lo mío. Soy una sanadora. Tú eres el que se dedica a esa clase de cosas. Si me equivoco...

—No te equivocarás.

—Podría.

—Confío en ti. Toma.

Le pasó a Catarina el papelito doblado. Era una lista de todas las veces que había visto a Camille en Nueva York. Cada una de las veces durante todo el siglo XX. Eso era lo que tenía que desaparecer.

—¿Sabes? Hay una razón por la que podemos recordar —le dijo ella, ahora en tono más amable.

—Eso es más fácil cuando tu vida tiene fecha de caducidad.

—Podría ser más importante para nosotros.

—La amaba —replicó él—. No puedo borrar lo que vi.

—Magnus...

—O me lo haces tú o intentaré hacérmelo yo.

Catarina suspiró y asintió. Examinó el papelito durante un rato, luego cogió a Magnus por las sienes con cuidado.

—Recuerda que eres muy afortunado por tenerme, ¿vale? —dijo.

—Siempre.



Cinco minutos después, Magnus se quedó sorprendido al ver a Catarina sentada junto a él en el sofá.

—¿Catarina? ¿Qué...?

—Estabas durmiendo —dijo ella—. Te dejaste la puerta abierta y he entrado. Tendrías que cerrar la puerta. La ciudad se ha vuelto loca. Puede que seas brujo, pero eso no significa que no te vayan a robar el equipo de música.

—Por lo general la cierro —contestó Magnus frotándose los ojos—. Ni siquiera me he dado cuenta de que me quedaba dormido. ¿Cómo sabías que...?

—Me has llamado y me has dicho que estabas en casa y querías salir a comer pizza.

—¿Lo he hecho? ¿Qué hora es?

—La hora de la pizza —repuso ella.

—¿Te he llamado?

—Uh, uh. —La chica se puso en pie y le tendió la mano para ayudarlo—. Hace dos semanas que has vuelto y me llamas esta noche, así que estás metido en algún lío. Parecías triste por teléfono, pero no lo suficiente. Te hará falta humillarte un poco más.

—Lo sé. Lo siento. Estaba...

Magnus no encontró las palabras. ¿Qué había estado haciendo durante el último par de semanas? Trabajando. Llamando a clientes.

Bailando con apuestos desconocidos. Y algo más, pero eso se le escapaba. En fin, no importaba.

—Pizza —dijo Catarina de nuevo, arrastrándolo para que se pusiera en pie.

—Pizza. Claro. Me parece bien.

—Oye —exclamó ella mientras Magnus cerraba la puerta con llave—, ¿has sabido algo de Camille últimamente?

—¿Camille? No la he visto en al menos... ¿ochenta años? Algo así. ¿Por qué me preguntas por Camille?

—Por nada —contestó ella—. Me ha venido su nombre a la cabeza. Por cierto, pagas tú.

¿Qué comprarle a un
cazador de sombras
que tiene de todo?

(y con el que, de todas formas,
no estás saliendo oficialmente)

de Cassandra Clare y Sarah Rees Brennan



—¿Alec es tu amante? —le preguntó Elyaas, el demonio tentaculado. Magnus se lo quedó mirando. No estaba preparado para que alguien dijera «amante» con una supurante gota de baba colgando de la palabra. Y pensó que nunca lo estaría.

**¿Qué comprarle a un cazador de sombras que
tiene de todo?**







Magnus se despertó con la lenta luz del dorado mediodía filtrándose por la ventana y el gato durmiendo acurrucado en su cabeza.

Presidente Miau a veces expresaba su afecto de esa desafortunada manera. Magnus se quitó al gato del cabello con cuidado y con firmeza, y las garritas de *Presidente* causaron aún más destrozos en su peinado mientras soltaba un triste grito felino de incomodidad.

Luego el gato saltó a la almohada, al parecer recuperado totalmente de su mal trago, y bajó de la cama. Aterrizó en el suelo con un suave golpe y se lanzó con un grito de guerra hacia el cuenco de la comida.

Magnus se dio la vuelta y se quedó tumbado de medio lado sobre las sábanas. El hueco de la ventana que daba a su cama lo cerraba una vidriera. Diamantes dorados y verdes descansaban de una forma cálida sobre su piel desnuda. Alzó la cabeza de la almohada y entonces se dio cuenta de lo que estaba haciendo: buscando en el aire algún rastro de olor a café.

Había ocurrido unas cuantas veces en las últimas semanas. Magnus entraba medio dormido en la cocina arrastrado por el intenso aroma del café mientras se iba poniendo un batín de su amplia y variada colección, y se encontraba allí a Alec. Magnus había comprado una cafetera porque Alec siempre le había parecido que se

sentía un poco incómodo con las tazas de café y té que Magnus robaba mágicamente de The Mudd Truck. La cafetera era una molestia extra, pero se alegraba de haberla comprado. Alec tenía que saber que la cafetera estaba allí por él y su delicada sensibilidad moral; además, parecía sentir una comodidad cerca de esa máquina que no experimentaba en ninguna otra parte del piso. Hacía el café sin preguntar si podía y le llevaba a Magnus una taza cuando estaba trabajando. En cualquier otro lugar del piso de Magnus, Alec aún iba con cuidado y usaba las cosas como si no tuviera ningún derecho a ellas, como si fuera un invitado.

Y por supuesto que era un invitado. Pero Magnus tenía un deseo irracional de que Alec se sintiera como si estuviera en su propia casa, como si eso fuera a significar algo, como si eso le diera a Magnus algún derecho sobre Alec o indicara que Alec quería tener algún derecho sobre él. Magnus supuso que se trataba de eso. Deseaba con todas sus fuerzas que Alec quisiera estar ahí, y que fuera feliz cuando estuviera.

Sin embargo, no podía raptar al primogénito de los Lightwood y tenerlo en casa como decoración. Alec se había quedado a dormir allí dos veces, y en el sofá, no en la cama. Una después de una larga noche de lentos besos; y otra, cuando había pasado para tomar un café rápido, claramente exhausto después de un largo día cazando demonios, y se había quedado frito casi al instante. Magnus había comenzado a dejar la puerta principal abierta, ya que nadie osaría robar al Gran Brujo de Brooklyn, y a veces Alec aparecía por la mañana temprano.

Siempre que Alec había pasado por el piso, o por las mañanas después de haberse quedado a dormir allí, Magnus se despertaba con el aroma del café que Alec le preparaba, aunque este sabía que Magnus podía materializar café del aire. Pero eso únicamente había ocurrido unas pocas veces, solo había despertado allí un par de mañanas. No era algo a lo que Magnus debiera acostumbrarse.

Naturalmente, Alec no estaba allí ese día, porque era su cumpleaños e iba a pasarlo con su familia. Y Magnus no era exactamente la clase de novio que se pudiera llevar a las reuniones familiares. De hecho, y hablando de reuniones familiares, los Lightwood ni siquiera sabían que Alec tenía novio, y mucho menos uno que además era brujo, y Magnus no tenía ni idea de si alguna vez lo sabrían. No era una cuestión en la que presionara a Alec. Por el cuidado con que este actuaba, se dio cuenta de que era demasiado pronto.

No había ninguna razón para que Magnus se levantara de la cama, deambulara por el salón hacia la cocina y se imaginara a Alec inclinado ante la encimera, preparando café vestido con un feo jersey, totalmente concentrado en esa simple tarea. Alec era meticuloso incluso con eso.

«Y lleva unos jerséis realmente feos», pensó Magnus, y se desesperó cuando esa idea le hizo sentir un intenso afecto por él.

No era culpa de los Lightwood. Era evidente que proveían a la hermana de Alec, Isabelle, y a Jace Wayland de dinero suficiente para vestirse de una manera adecuada. Magnus sospechaba que a Alec le compraba la ropa su madre, o que se la compraba él mismo pensando solo en lo práctico («Oh, mira qué bonito. En el gris el icor no se nota tanto»), y luego usaba esas prácticas pero feas prendas una y otra vez, sin darse cuenta, al parecer, de que el tiempo las estaba desgastando o que el uso causaba agujeros.

Contra su voluntad, Magnus notó que una sonrisa le curvaba los labios mientras buscaba su gran taza azul en la que ponía Mejor que Gandalf en letras brillantes. Estaba colado, y oficialmente asqueado de sí mismo.

Quizá estuviera colado, pero ese día tenía otras cosas en las que pensar aparte de en Alec. Una compañía mundana lo había contratado para invocar a un demonio cecelia. Por la cantidad de dinero que le pagaban, y teniendo en cuenta que los demonios cecelia eran demonios

menores que tampoco podían causar tantos estragos, Magnus había aceptado no hacer preguntas. Bebió su café y pensó en el atuendo que iba a llevar ese día para invocar demonios. No invocaba demonios a menudo, porque técnicamente era en extremo ilegal. No tenía un gran respeto por la Ley, pero ya que iba a violarla, quería estar guapo haciéndolo.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el campanilleo del timbre. No había dejado la puerta abierta para Alec, y alzó las cejas al oír su sonido. La señora Connor llegaba con veinte minutos de adelanto.

A Magnus le desagradaba en profundidad la gente que llegaba a las reuniones de negocios antes de la hora. Era tan malo como llegar tarde, porque incomodaba a todo el mundo, e incluso peor, porque la gente que llegaba pronto siempre tenía una actitud de superioridad a pesar de su falta de puntualidad. Actuaban como si fuera moralmente más correcto levantarse temprano que acostarse tarde, aunque se hiciera exactamente el mismo trabajo en idéntico tiempo. Magnus la consideraba una de las grandes injusticias de la vida.

Aunque era posible que estuviera un poco malhumorado por no haber podido acabarse el café antes de tener que ocuparse del trabajo.

Apretó el timbre de apertura de la puerta para dejar pasar a la representante de la compañía. La señora Connor resultó ser una mujer de treinta y tantos años cuyo aspecto confirmaba su apellido irlandés. Llevaba el espeso cabello pelirrojo recogido en una coleta, y tenía la clase de piel blanca impenetrable que nunca se bronceaba. Vestía con un amplio y caro traje azul, y miró con mucho recelo el atavío del brujo.

Esa era su casa, era ella la que había llegado pronto, y Magnus se sentía con todo el derecho de estar vestido con unos pantalones de pijama de seda negra decorados con un dibujo de tigres y flamencos danzantes. Se dio cuenta de que los pantalones se le bajaban por la cadera y se los subió. Vio la mirada de desaprobación que la señora

Connor le pasaba por el pecho desnudo y dejaba clavada sobre la lisa piel oscura de su estómago en el punto donde debería haber estado el ombligo. La «marca del diablo», lo llamaba su padrastro, pero también decía eso de los ojos de Magnus. A este ya hacía tiempo que había dejado de importarle lo que pensarán de él los mundanos.

—Caroline Connor —se presentó la mujer. No le ofreció la mano—. Directora financiera y vicepresidente de marketing de Sigblad Enterprises.

—Magnus Bane —respondió él—. Gran Brujo de Brooklyn y campeón de scrabble.

—Viene muy bien recomendado. He oído que es un mago extremadamente poderoso.

—Brujo, en realidad —la corrigió Magnus.

—Esperaba que fuera...

Se detuvo como alguien que mirara una selección de chocolates en la que todos le resultaran sospechosos. Magnus se preguntó cuál escogería, qué característica de mago fiable se habría imaginado o esperado: anciano, barbudo, canoso. Se había encontrado con mucha gente en el mercado que buscaba un hombre sabio. Él no tenía tiempo para eso.

Aun así, tenía que admitir que quizá su aspecto no fuera de lo más profesional.

—¿Esperaba que, por ejemplo —sugirió amablemente—, llevara camisa?

La señora Connor se encogió un poco de hombros.

—Todo el mundo me ha dicho que es usted bastante excéntrico en su gusto por la moda, y estoy segura de que ese corte de pelo es el último grito —repuso ella—. Aunque, con sinceridad, parece que haya tenido un gato durmiendo en la cabeza.



Magnus le ofreció un café a Caroline Connor, oferta que ella declinó. Lo único que aceptó fue un vaso de agua. Magnus desconfiaba de ella cada vez más.

Cuando salió de su dormitorio vestido con unos pantalones de cuero marrones y un brillante jersey con capucha que iba con una alegre bufanda a juego, Caroline lo miró con una fría distancia que sugería que no lo consideraba una gran mejora respecto a los pantalones del pijama. Magnus ya había aceptado que nunca habría una amistad eterna entre los dos, y no notó que por ello se le hubiera roto el corazón.

—Bien, Caroline... —comenzó.

—Preferiría «señora Connor» —lo interrumpió la señora Connor, apoyada en el borde del sofá de terciopelo dorado de Magnus. Miraba los muebles con el mismo reparo con que había mirado el pecho desnudo del brujo, como si pensara que unos cuantos grabados interesantes y una lámpara con campanitas fueran, de algún modo, el equivalente a las orgías romanas.

—Señora Connor —corrigió Magnus sin inmutarse. El cliente siempre tenía la razón, y esa sería su política hasta que hubiera acabado el trabajo. A partir de ese momento declinaría volver a trabajar para esa empresa.

Ella sacó un *dossier* de su maletín, un contrato en una carpeta verde oscuro que le pasó a Magnus para que le echara una ojeada. Este había firmado dos contratos más durante la última semana; uno tallado en un tronco de árbol en lo más profundo de un bosque alemán bajo la luz de la luna nueva, y otro con su propia sangre. Los mundanos eran tan típicos...

Pasó la mirada por los papeles: invocación de un demonio menor, objetivo misterioso, sumas de dinero desorbitadas... De acuerdo, de acuerdo y de acuerdo. Lo firmó con una floritura y se lo devolvió a la señora Connor.

—Bueno —dijo esta mientras colocaba las manos sobre el regazo

—. Ahora me gustaría ver un demonio, por favor.

—Se tarda un rato en preparar el pentagrama y el círculo de invocación —repuso Magnus—. Quizá prefiera ponerse cómoda.

La señora Connor pareció sorprendida y decepcionada.

—Tengo una comida de trabajo —indicó—. ¿No hay alguna manera de acelerar el proceso?

—En absoluto. Esto es magia negra, señora Connor —respondió Magnus—. No es exactamente lo mismo que pedir una pizza.

La señora Connor apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea.

—¿Sería posible que regresara dentro de unas horas?

La convicción de Magnus de que la gente que llegaba pronto a las reuniones no tenía respeto por los horarios de la otra gente se vio confirmada. Por otro lado, no tenía ningunas ganas de que esa mujer estuviera en su casa más rato del necesario.

—Váyase, váyase —respondió Magnus con voz amable y encantadora—. Cuando regrese, habrá un demonio cecelia aquí para que haga con él lo que desee.

»Casa Bane —tarareó Magnus cuando la señora Connor hubo salido. Se aseguró de no bajar demasiado el tono para que ella pudiera oírlo—. Demonios calientes y fríos a su servicio.

No tuvo tiempo de sentarse y disfrutar de su enfado. Tenía trabajo que hacer. Magnus empezó a formar el círculo de velas negras. Dentro del círculo dibujó un pentagrama, empleando para ello un palo de serbal recién cortado por la mano de un hada. Todo el proceso le llevó un par de horas, y entonces estuvo preparado para comenzar el encantamiento.

—*Iam tibi impero et praecipio, maligne spiritus!* Te invoco, por el poder de la campana, el libro y la vela. Te invoco, Elyaas, el que nada en los mares nocturnos de almas que se ahogan eternamente; Elyaas, el que ronda entre las sombras que rodean Pandemónium; Elyaas, el que se baña en lágrimas y juega con los huesos de los marinos perdidos.

Magnus fue salmodiando las palabras mientras tamborileaba con el dedo sobre la copa y examinaba su estropeada laca de uñas de color verde. Se enorgullecía de su trabajo, pero esa no era su parte favorita, ni su cliente favorito, ni el día para hacerlo.

La madera dorada del suelo comenzó a humear y a despedir olor a azufre. Pero el humo se alzaba en perezosos hilillos. Magnus notó resistencia mientras tiraba de la dimensión de los demonios para acercarla, como un pescador tirando de un sedal para conseguir el pez que se le resiste.

Era demasiado pronto para eso. Magnus siguió con la invocación en voz más alta, y notó el poder que crecía en él al hacerlo, como si la sangre comenzara a arderle y a enviar chispas desde el centro de su ser hacia el espacio entre los dos mundos.

—Como el destructor de Marbas, yo te invoco. Te invoco como el hijo del diablo que puede convertir vuestros mares en desiertos. Te invoco por mi propio poder y por el poder de mi sangre, y ya sabes quién es mi padre, Elyaas. No me desobedecerás, no te atreverás a desobedecerme.

El humo se alzó más y más, hasta convertirse en un velo, y más allá de ese velo, por un instante, Magnus captó un vistazo de otro mundo. Luego, el humo se volvió demasiado espeso para ver a través de él. Magnus tuvo que esperar a que fuera menguando y se configurara hasta adquirir forma, aunque no exactamente la de un hombre.

Magnus había invocado muchos demonios desagradables durante su vida. El demonio anfisbena tenía las alas y el tronco de un enorme pollo. Las historias mundanas decían que la cabeza y la cola eran las de una serpiente, pero eso no era cierto. Los demonios anfisbena estaban cubiertos de tentáculos, y en el extremo del más largo se abrían un ojo y una boca con grandes dientes. Magnus entendía por qué se había creado esa confusión.

Los demonios anfisbena eran los peores, pero los cecelia tampoco

eran sus favoritos. No eran estéticamente agradables y dejaban baba por todo el suelo.

La forma de Elyaas era más una masa que otra cosa. La cabeza se parecía un poco a la de un hombre, pero con los ojos verdes muy juntos en el centro y una abertura triangular que le servía tanto de nariz como de boca. No tenía brazos. El tronco se le acababa bruscamente y la parte inferior recordaba a la de un calamar, con tentáculos gruesos y cortos. Desde la cabeza hasta los rechonchos tentáculos estaba cubierto de una baba negra verdosa, como si se hubiera alzado de un pantano fétido y exudara putrefacción por todos los poros.

—¿Quién ha llamado a Elyaas? —preguntó el demonio con una voz casi alegre que sonaba como la de un hombre normal aunque con un curioso burbujeo, como si tuviera la cabeza sumergida en el agua. Era posible que eso fuera debido a que tenía la boca llena de baba. Magnus vio al demonio pasarse la lengua, que era como la humana, pero verde y acabada en una gruesa punta, entre sus agudos y babosos dientes.

—Yo —contestó Magnus—. Pero creo que eso ya lo hemos tratado cuando te estaba invocando y te mostrabas recalcitrante.

Hablaba alegremente, pero las llamas azul claro de las velas respondieron a su humor y se contrajeron, formando una jaula de luz alrededor de Elyaas, lo que lo hizo gañir. Su baba no surtía ningún efecto contra ese fuego.

—¡Oh, vamos! —gruñó Elyaas—. ¡No seas así! Iba a venir. Me han retenido unos asuntos personales.

Magnus puso los ojos en blanco.

—¿Qué estabas haciendo, demonio?

Elyaas parecía receloso, por lo que se podía ver bajo la película de baba.

—Tenía un asunto que resolver. ¿Y a ti qué tal te ha ido, Magnus?

—¿Cómo? —se sorprendió Magnus.

—Ya sabes, desde la última vez que me invocaste. ¿Cómo te ha ido?

—¿Qué? —siguió Magnus confuso.

—¿No me recuerdas? —inquirió el demonio tentaculado.

—Invoco a un montón de demonios —masculló el brujo.

Se hizo un largo silencio. Magnus miró el fondo de su taza de café y deseó desesperadamente que apareciera más café. Eso era algo que también hacían un montón de mundanos, pero Magnus tenía una ventaja sobre esos pobres. Su taza se fue llenando lentamente hasta arriba del intenso líquido oscuro. Bebió y miró a Elyaas, que se removía pasando el peso de su cuerpo de tentáculo a tentáculo.

—Bueno —dijo al fin—. Esto resulta un poco incómodo.

—No es nada personal —repuso Magnus.

—Quizá si te refrescara la memoria —sugirió Elyaas, voluntarioso—. Me invocaste cuando estabas buscando a un demonio que había maldecido a un cazador de sombras. ¿Bill Herondale?

—Will Herondale —lo corrigió Magnus.

Elyaas chasqueó los tentáculos como si fueran dedos.

—Sabía que era algo así.

—¿Sabes? —dijo Magnus—, creo que lo recuerdo. Lamento lo que pasó. Me di cuenta enseguida de que no eras el demonio que estaba buscando. En uno de los dibujos se te veía un poco azul, pero es evidente que no eres azul, y te hice perder el tiempo. Fuiste muy comprensivo.

—No fue nada. —Elyaas agitó un tentáculo—. Esas cosas pasan. Y puedo ser azul. Ya sabes, con la luz adecuada.

—La iluminación es importante, es verdad —asintió Magnus.

—¿Y qué fue de Bill Herondale y la maldición que le había echado el demonio azul? —El interés del demonio cecelia parecía auténtico.

—Will Herondale —lo corrigió Magnus de nuevo—. En realidad es una larga historia.

—Ya sabes, a veces los demonios fingimos estar maldiciendo a alguien, pero no lo hacemos de verdad —comentó Elyaas, que tenía ganas de hablar—. Es algo que hacemos para divertirnos. ¿Lo sabías?

—Quizá me lo mencionarás hace uno o dos siglos —observó Magnus fríamente.

Elyaas meneó la cabeza de lado a lado y sonrió con su boca llena de baba.

—La vieja maldición fingida. Es un clásico. Muy divertido. —Por primera vez pareció notar la expresión imperturbable del brujo—. No desde vuestra perspectiva, claro.

El teléfono de Magnus zumbó sobre la encimera, donde lo había dejado. Se lanzó a por él y comprobó encantado que era Catarina. Había estado esperando su llamada.

Luego se dio cuenta de que el demonio lo miraba con curiosidad.

—Perdona —dijo Magnus—. ¿Te importa...?

Elyaas agitó un tentáculo.

—Oh, no, no te preocupes.

Magnus cogió el teléfono y fue hacia la ventana, lejos del demonio y de los humos de azufre.

—¡Hola, Catarina! —exclamó—. Me alegro mucho de que por fin me hayas devuelto la llamada.

Quizá había puesto demasiado énfasis en el «por fin».

—Solo lo he hecho porque decías que era urgente —contestó su amiga Catarina, que primero era enfermera y, luego, bruja. Magnus no creía que hubiera tenido una cita en quince años. Antes de eso, tuvo un novio con el que iba a casarse, pero nunca encontraba el momento, y finalmente él murió de viejo, esperando que algún día ella fijara la fecha.

—Es urgente —afirmó Magnus—. Ya sabes que he estado... eh... viéndome con uno de los nefilim del Instituto de Nueva York.

—Un Lightwood, ¿no es así? —preguntó Catarina.

—Alexander Lightwood —contestó Magnus, y se horrorizó un

poco al darse cuenta de cómo se le suavizaba la voz al pronunciar ese nombre.

—No creía que fueras a tener tiempo, con todo lo que está pasando.

Era cierto. La noche que Magnus había conocido a Alec solo había querido montar una fiesta, divertirse un rato, jugar a ser un brujo cargado de *joie de vivre* hasta que pudiera volver a sentir aquello. Recordaba cómo en el pasado, cada pocos años, solía sentir una inquieta ansia de amor y comenzaba a buscar la posibilidad de conseguirlo en hermosos desconocidos. De algún modo, en esta ocasión no había sucedido así. Pasó los años ochenta en una extraña nube de tristeza, pensando en Camille, la vampira a la que amó hacía más de un siglo. No había amado a nadie, no de verdad, ni lo habían amado, desde Etta, en los años cincuenta. Ella llevaba muchos años muerta y lo dejó antes de morir. Desde entonces había tenido aventuras, claro, amantes que lo habían decepcionado o a los que él había decepcionado, rostros que apenas recordaba, destellos brillantes que desaparecían incluso mientras se acercaba a ellos.

En ningún momento dejó de desear el amor. Simplemente, de algún modo, había dejado de buscarlo.

Se preguntaba si se podía estar exhausto sin saberlo, si la esperanza podía perderse no de golpe sino de forma gradual, día a día, hasta que desaparecía sin darse cuenta.

Luego Clary Fray apareció en aquella fiesta, la chica cuya madre le había estado ocultando su herencia de cazadora de sombras durante toda la vida. La madre de Clary la había llevado a Magnus una y otra vez mientras crecía para que este le hechizara la memoria y empañara su Visión, y Magnus lo había hecho. No era algo demasiado bueno que hacerle a una niña, pero su madre tenía tanto miedo por ella que Magnus no se sintió con derecho a negarse. Sin embargo, Magnus no fue capaz de evitar sentir cierto interés personal por ella. Ver crecer a la niña, año tras año, fue algo nuevo para él, como lo había sido la

sensación del peso de la memoria de la niña en sus manos. Había comenzado a sentirse responsable, y quiso saber qué iba a ser de ella y a desearle lo mejor.

Magnus estuvo interesado en Clary, la pequeña pelirroja que se había convertido en... una pequeña pelirroja un poco mayor, pero jamás pensó que iba a sentirse terriblemente interesado por los compañeros que ella se había buscado: el insulso chico mundano, Jace Wayland, con sus ojos dorados que le recordaban demasiado un pasado que prefería olvidar, y mucho menos en cualquiera de los hermanos Lightwood, el chico y la chica morenos cuyos padres desagradaban a Magnus por una buena razón.

No tenía sentido que los ojos se le hubieran ido hacia Alec una y otra vez. Este permanecía al final de su pequeño grupo y no había hecho ningún esfuerzo por atraer su atención. Tenía una coloración sorprendente, la rara combinación de cabello negro y ojos azules favorita de Magnus, y supuso que fue eso lo que le hizo mirarlo. Era raro ver una coloración que había distinguido tanto a Will y a su hermana, a tantos kilómetros y años de distancia, y en alguien con un apellido completamente diferente...

Entonces, Alec sonrió ante una de las bromas de Magnus. La sonrisa encendió una luz en su rostro solemne, hizo que le brillaran los ojos, y por un instante dejó a Magnus sin respiración. Y cuando Alec ya había captado toda la atención de Magnus, este vislumbró un destello de interés recíproco en los ojos del chico. Los cazadores de sombras eran muy chapados a la antigua en esas cuestiones, lo que quería decir que eran intolerantes y rígidos, igual que lo eran en todo lo demás. Magnus había recibido los avances de algunos cazadores de sombras con anterioridad, siempre en rincones oscuros, siempre como si le estuvieran haciendo algún tipo de enorme favor, como si las caricias de Magnus, aunque deseadas, pudieran mancillarlos (Magnus siempre los había rechazado). Para él resultó toda una sorpresa ver esos sentimientos de una forma abierta e inocente en el hermoso rostro

del joven.

Cuando Magnus le guiñó un ojo a Alec y le dijo que lo llamara, fue por un impulso incontrolado, poco más que un capricho. En absoluto esperaba encontrarse al cazador de sombras en su puerta unos días después, pidiéndole una cita. Tampoco se esperó que la cita transcurriera de un modo tan espectacularmente extraño, ni que, después, Alec le gustara tanto.

—Alec me cogió por sorpresa —le dijo Magnus a Catarina al final, lo que era un gran eufemismo, y tan cierto que se sintió como si hubiera hablado demasiado.

—Bueno, me parece una idea absurda, pero esas a ti te suelen funcionar —repuso Catarina—. ¿Y qué problema hay?

Esa era la pregunta del millón. Magnus decidió parecer desenfadado. No era algo por lo que debiera preocuparse tanto como se preocupaba, y quería consejo, pero no quería dejar que nadie, ni siquiera Catarina, viera lo mucho que le importaba.

—Me alegro de que lo preguntes. Lo que ocurre es esto —respondió Magnus—: Hoy es el cumpleaños de Alec. Cumple dieciocho. Me gustaría regalarle algo, porque la celebración del cumpleaños es un momento tradicional para hacer regalos, y estos indican tu afecto hacia la persona. Pero, y en este momento me gustaría decir que ojalá me hubieras devuelto la llamada antes, no tengo ni idea de qué regalarle, y te agradecería que me aconsejaras. La cosa es que a él no parece importarle lo material, incluida la ropa, lo que no entiendo, aunque me resulta encantador de un modo curioso. Es imposible comprarle algo. Lo único nuevo que le veo son armas, y los nunchaku no son precisamente un regalo romántico. Además, me pregunto si crees que hacerle un regalo me hará parecer demasiado interesado y lo hará salir corriendo. Hace muy poco que lo veo, y sus padres ni siquiera saben que le gustan los chicos, mucho menos los brujos degenerados, así que quiero ser sutil. Quizá hacerle un regalo sea un error. Es posible que crea que voy demasiado en serio. Y como

sabes, Catarina, yo no soy serio. Soy *laissez-faire*. Soy un sofisticado hastiado. No quiero que se haga una idea equivocada de mí o crea que el regalo significa más de lo que es. Quizá lo más adecuado sea solo un cheque regalo. ¿Qué opinas?

Magnus respiró hondo. Esa parrafada le había salido un poco menos fría, calmada, razonada y sofisticada de lo que le hubiera gustado.

—Magnus —dijo Catarina—. Tengo que salvar vidas.

Y le colgó.

Magnus miró el teléfono sin poder creérselo. Nunca se le hubiera ocurrido que Catarina pudiera hacerle eso. Parecía de una crueldad innecesaria. Lo que le había contado tampoco había sonado tan mal.

—¿Alec es tu amante? —le preguntó Elyaas, el demonio tentaculado.

Magnus se lo quedó mirando. No estaba preparado para que alguien dijera «amante» con una supurante gota de baba colgando de la palabra. Y pensó que nunca lo estaría.

—Deberías regalarle una cinta de temas mezclados —continuó Elyaas—. A los chavales les encantan las cintas así. Son el último grito en este momento.

—¿La última vez que te invocaron fue en los ochenta? —preguntó Magnus.

—Puede que sí —respondió Elyaas, a la defensiva.

—Las cosas han cambiado.

—¿La gente aún escucha a Fleetwood Mac? —preguntó el demonio tentaculado. Había un tono lastimero en su voz—. Me encantan.

Magnus hizo caso omiso al demonio, que había comenzado a cantar una babosa canción para sí mismo. El brujo estaba planteándose su propio oscuro destino. Tenía que aceptarlo. No había alternativa. No podía contar con nadie más.

Iba a tener que llamar a Ragnor Fell y pedirle consejo sobre su

vida amorosa.

Últimamente, Ragnor pasaba mucho tiempo en Idris, la ciudad de cristal de los cazadores de sombras, donde los teléfonos, la televisión e Internet no funcionaban, y donde Magnus imaginaba que los elegidos del Ángel tenían que acabar con tallas de madera pornográficas cuando querían relajarse después de todo un día de cazar demonios. Ragnor había empleado su magia para instalar un único teléfono, pero no podía esperarse que se pasara junto a él todo el día. Así que Magnus se sintió profundamente agradecido cuando el teléfono de Ragnor sonó y el brujo lo cogió.

—Ragnor, gracias al cielo —exclamó.

—¿Qué pasa? —preguntó Ragnor—. ¿Es Valentine? Estoy en Londres, y Tessa está en el Amazonas y no hay manera de contactar con ella. Muy bien. Arreglemos esto rápido. Tú llamas a Catarina y yo me reuniré con vosotros en...

—No —lo cortó Magnus—. No será necesario. Aunque gracias por acudir inmediatamente a mi rescate, mi dulce príncipe esmeralda.

Hubo un silencio.

—Entonces ¿para qué me molestas? —replicó Ragnor en un tono mucho menos interesado y mucho más malhumorado.

—Bueno, me iría bien un pequeño consejo —contestó Magnus—. Así que he recurrido a ti, como uno de mis amigos más antiguos y queridos, como compañero brujo y camarada de toda confianza, como el antiguo Gran Brujo de Londres, al que respeto de forma implícita.

—Que me halagues me pone nervioso —replicó Ragnor—. Significa que quieres algo. Algo horrible, sin duda. No voy a volver a hacer de pirata contigo, Magnus. No me importa lo mucho que me pagues.

—No iba a proponerte eso. Mi pregunta es de un carácter más... personal. No me cuelgues. Catarina ya ha sido de lo menos comprensiva.

Hubo un silencio más largo. Magnus jugueteó con el cierre de la

ventana mientras miraba hacia la fila de almacenes convertidos en pisos. Unas cortinas de encaje se agitaban bajo la brisa estival en una ventana abierta al otro lado de la calle. Intentó no fijarse en el reflejo del demonio en su propia ventana.

—Espera —dijo Ragnor finalmente, y comenzó a soltar una risita medio contenida—. ¿Es por tu... novio nefilim?

—Nuestra relación aún no está definida —replicó Magnus con toda dignidad. Luego aferró con fuerza el teléfono y siseó—: ¿Y cómo sabes detalles personales de mi vida privada con Alexander?

—Ooooooh, Alexander... —soltó Ragnor con sonsonete—. Lo sé todo. Raphael me llamó y me lo contó.

—Raphael Santiago —repitió Magnus, enrabiado de repente con el actual jefe del clan de los vampiros de Nueva York— tiene un corazón negro y desagradecido, y algún día será castigado por esta traición.

—Raphael me llama todos los meses —explicó Ragnor—. Sabe que es importante mantener buenas relaciones y una comunicación regular entre las diferentes facciones de los subterráneos. Y añadiría más: Raphael siempre recuerda las fechas importantes de mi vida.

—¡Me olvidé de tu cumpleaños una vez hace sesenta años! —exclamó Magnus—. No estaría mal que lo dejaras correr ya.

—Fue hace cincuenta y ocho años, para que conste. Y Raphael sabe que tenemos que presentar un frente unido contra los nefilim, y no, por ejemplo, vernos a escondidas con sus hijos menores de edad —continuó Ragnor.

—¡Alec tiene dieciocho años!

—Lo que sea —repuso Ragnor—. Raphael nunca saldría con un cazador de sombras.

—Claro, ¿por qué iba a hacerlo cuando estáis los dos tan enamoradoooooos? —soltó Magnus—. «Oooh, Raphael es siempre tan profesional...». «Oooh, Raphael planteó los asuntos más interesantes en la reunión a la que tú te olvidaste de asistir». «Oooh, Raphael y yo

estamos planeando la boda para junio». Además, Raphael nunca saldría con un cazador de sombras porque Raphael tiene por costumbre no hacer nunca nada que sea maravilloso.

—Las runas de resistencia no son lo único que importa en la vida —replicó Ragnor.

—Mira quién lo dice. Alguien que está desperdiciando su vida —le espetó Magnus—. Y además, no es... Alec es...

—Si me hablas de tus tiernos sentimientos por uno de los nefilim, me pondré doblemente verde y vomitaré —replicó Ragnor—. Te lo advierto.

Lo de doblemente verde sonaba interesante, pero Magnus no tenía tiempo que perder.

—Vale. Solo aconséjame en un asunto práctico —pidió Magnus—. ¿Le debería comprar un regalo de cumpleaños? Y en tal caso, ¿qué debería ser?

—Acabo de recordar que tengo que ocuparme de un asunto muy importante —dijo Ragnor.

—¡No! —exclamó Magnus—. Espera. No me hagas esto. ¡Confiaba en ti!

—Lo siento, Magnus, pero te oigo entrecortado.

—¿Quizá un jersey de cachemir? ¿Qué te parece un jersey?

—Oooh, un túnel —se oyó decir a Ragnor, y un pitido le resonó a Magnus en el oído.

El brujo no sabía por qué todos sus amigos inmortales tenían que ser tan insensibles y horribles. El asunto importante de Ragnor seguramente sería reunirse con Raphael para escribir un libro de cotilleos. Magnus podía imaginárselos, compartiendo un pupitre y escribiendo alegremente sobre el estúpido corte de pelo de Magnus.

En eso estaba pensando cuando fue apartado de esa visión particular por la visión real de lo que estaba ocurriendo en su piso. Elyaas estaba generando más y más baba y el pentagrama se llenaba poco a poco. El demonio cecelia estaba disfrutando empapado en esa

baba.

—Creo que tendrías que regalarle una vela de olor —propuso Elyaas con una voz que era cada vez más pegajosa. Agitó los tentáculos con entusiasmo para enfatizar su idea—. Las hay de muchos olores interesantes, como arándanos o flores de azahar. Le proporcionará serenidad y pensará en ti cuando se vaya a dormir. A todo el mundo le gustan las velas de olor.

—Necesito que cierres el pico —replicó Magnus—. Tengo que pensar.

Se tiró sobre el sofá. Debería haberse esperado que Raphael, como sucio traidor y puritano remilgado que era, informara a Ragnor de lo que sabía.



Magnus recordó la noche en que llevó a Alec a Taki's. Acostumbraban a ir a lugares frecuentados por mundanos. Los antros del submundo, llenos de hadas, licántropos, brujos y vampiros que podían hacer llegar la voz a sus padres, ponían a Alec claramente nervioso. Magnus no creía que Alec entendiera lo mucho que los subterráneos preferían mantenerse al margen de los asuntos de los cazadores de sombras.

El café estaba a reventar, y el centro de atención era un hada y un licántropo que mantenían algún tipo de disputa territorial. Nadie prestó atención a Alec y a Magnus excepto Kaelie, la pequeña camarera rubia, que les sonrió cuando entraron y se mostró muy atenta.

—¿La conoces? —preguntó Magnus.

—Un poco —contestó Alec—. Es en parte nixie. Le gusta Jace.

No era la única a la que le gustaba Jace, y Magnus lo sabía, aunque él, personalmente, no veía a qué venía tanto revuelo. Aparte de que Jace tuviera el rostro de un ángel y unos abdominales

impresionantes.

Magnus comenzó a explicarle a Alec una historia sobre un *nightclub* de nixies al que había ido una vez. Alec se reía, y entonces Raphael Santiago apareció en la puerta del café con sus seguidores más fieles, Lily y Elliott. Vio a Magnus y a Alec, y sus finas cejas arqueadas se alzaron hasta tocarle el pelo.

—No, no, no y no —exclamó Raphael, y llegó a dar varios pasos de vuelta hacia la puerta—. Nos vamos, todos. No quiero saber esto. Me niego a presenciarlo.

—Uno de los nefilim —comentó Lily, como la chica mala que era, y tamborileó con sus brillantes uñas azules sobre la mesa—. Vaya, vaya.

—Hola —los saludó Alec.

—Un momento —repuso Raphael—. ¿Eres Alexander Lightwood? Alec parecía cada vez más presa del pánico.

—S-sí —contestó, como si no estuviera muy seguro. Magnus pensó que podría estar valorando la posibilidad de cambiar su nombre por el de Horace Whipplepool y huir del país.

—¿No tienes doce años? —quiso saber Raphael—. Recuerdo claramente que tenías doce años.

—Bueno, eso fue hace un tiempo —respondió Alec.

Parecía aún más asustado. Magnus supuso que debía de ser muy inquietante ser acusado de tener doce años por alguien con el aspecto de un niño de quince.

En otro momento, Magnus quizá hubiera encontrado divertida esa situación, pero miró a Alec. Este tenía los hombros tensos.

Ya conocía a Alec lo suficiente para saber lo que estaba sintiendo, los impulsos en conflicto que luchaban en su interior. Era escrupuloso, la clase de persona que creía que los que estaban a su alrededor eran mucho más importantes que él, que creía haber decepcionado ya a todo el mundo. Y era sincero, alguien que, por naturaleza, era abierto respecto a lo que sentía y quería. Las virtudes de Alec le habían

tendido una trampa: esas dos cualidades chocaban de una forma dolorosa entre sí. Pensaba que no podía ser sincero sin decepcionar a todos los que lo amaban. Para él era un terrible problema, como si el mundo hubiera sido creado para hacerlo infeliz.

—Déjalo en paz —dijo Magnus, y le cogió la mano a Alex sobre la mesa. Por un instante, los dedos de Alex se relajaron bajo los del brujo y comenzaron a cerrarse sobre ellos, correspondiéndole. Luego miró a los vampiros y apartó la mano de golpe.

A lo largo de los años, Magnus había conocido a muchos hombres y mujeres con miedo a lo que eran y a lo que querían. Había amado a muchos de ellos e, inevitablemente, sufrido por todos. Le habían encantado las épocas en las que la gente estaba menos asustada. Adoraba ese presente, en el que podía cogerle la mano a Alec en un lugar público.

No mejoraba su opinión de los cazadores de sombras el ver a uno de sus guerreros tocados por el Ángel asustarse por algo así. Si se creían tan superiores a los demás, al menos deberían ser capaces de enseñar a sus hijos que se sintieran bien fueran como fuesen.

Elliott se apoyó en la silla de Alec, meneando la cabeza de tal forma que sus finas rastas le rozaban la cara.

—¿Qué pensarían tus padres? —preguntó con burlona solemnidad. A los vampiros les pareció divertido. No así a Alec.

—Elliott —replicó Magnus—. Eres aburrido. Y no quiero oír que has estado largando aburridos cuentos por ahí. ¿Me entiendes?

Jugueteó con una cucharilla. Chispas azules le recorrían los dedos hasta el extremo de la misma y volvían atrás. Los ojos de Elliott decían que Magnus no sería capaz de matarlo con una cucharilla. Los de Magnus desafiaban a Elliott a que lo averiguara.

A Raphael se le acabó la paciencia, lo que en realidad era como un desierto quedándose sin agua.

—Dios —soltó Raphael, y los otros vampiros hicieron una mueca de dolor—. No estoy interesado en tus sórdidos encuentros o en tus

elecciones en la vida, como siempre demenciales, y te aseguro que no estoy interesado en meter las narices en los asuntos de los nefilim. Lo digo en serio. No quiero saber nada de esto. Y no voy a saberlo. Nunca ha ocurrido. No he visto nada. Vámonos.

Pero, al parecer, Raphael había ido corriendo a contárselo a Ragnor. Así eran los vampiros: siempre a por la yugular, tanto literal como metafóricamente. Le estaban fastidiando su vida amorosa, además de ser unos invitados desconsiderados que en la última fiesta que había dado habían dejado el equipo de música de Magnus manchado de sangre y habían convertido al tonto del amigo de Clary, Stanley, en una rata, lo que demostraba muy malos modales. Magnus no volvería a invitar a los vampiros a sus fiestas. Serían solo para licántropos y hadas, incluso a pesar de la pesadez que suponía sacar luego todo el pelo de lobo y el polvo de hada del sofá.

Magnus y Alec se habían quedado sentados en silencio después de que los vampiros se marcharan, y entonces sucedió algo más. La disputa entre el hada y el licántropo se había desmadrado. El rostro del licántropo cambió y el hada volcó la mesa patas arriba. Se oyó un fuerte golpe.

Magnus se sobresaltó un poco con el ruido, y Alex se puso en pie de un salto; en la palma de una mano le apareció un cuchillo arrojadizo mientras que la otra mano voló hacia la espada que llevaba al cinto. Se movió con mayor rapidez de la que cualquier otro ser en la sala, licántropo, vampiro o hada, podía hacerlo.

Instintivamente se colocó ante la mesa donde Magnus estaba sentado, con el cuerpo entre este y la posible amenaza. Magnus había visto cómo Alec actuaba con sus compañeros cazadores de sombras, con su hermana y su *parabatai*, más unido a él que un hermano. Les guardaba la espalda, los cuidaba, se comportaba todo el rato como si sus vidas fueran más valiosas que su propia existencia.

Magnus era el Gran Brujo de Brooklyn, y llevaba siglos siendo poderoso más allá de los sueños, no solo de los mundanos, sino

también de la mayoría de los subterráneos. Magnus no necesitaba ninguna protección y nadie había pensado nunca en ofrecérsela, y jamás, desde luego, un cazador de sombras. Lo mejor que se podía esperar de los cazadores de sombras, si se era un subterráneo, era que te dejaran en paz. Que él pudiera recordar, nadie había intentado protegerlo desde que, de niño, había tenido que buscar la fría piedad del santuario de los Hermanos Silenciosos. Eso había sido hacía mucho tiempo y en un país lejano. Y Magnus nunca había querido volver a ser tan débil. Sin embargo, ver a Alec saltar a defenderlo le hizo sentir una punzada en el centro del pecho, dulce y dolorosa a la vez.

Pero los clientes del café Taki's se apartaron de Alec, del poder angélico que mostraba en ese repentino ataque de furia. En aquel momento, nadie dudó de que los pudiera destruir a todos.

El hada y el licántropo corrieron a rincones diferentes del café y luego se apresuraron a abandonar el local. Alec se sentó a la mesa, frente a Magnus, y le dedicó una sonrisa avergonzada.

Fue extraña, deslumbrante y terriblemente tierna, como el propio Alec.

Entonces Magnus se llevó a Alec afuera, lo empujó contra la pared de ladrillo del Taki's, bajo el titilante cartel puesto boca abajo, y lo besó. Los ojos de Alec, que habían ardido de furia angélica hacía un momento, se volvieron tiernos de repente y se oscurecieron de pasión. Magnus sintió el cuerpo de Alec, fuerte y ágil, tensarse contra el suyo, notó las manos del chico deslizándose por su espalda. Alec le devolvió el beso con un entusiasmo arrollador, y Magnus pensó: «Sí, este, es este. Después de todos los tumbos y las búsquedas, aquí está».

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Alec mucho rato después, con los ojos todavía brillantes.

Alec era joven. Magnus nunca había sido viejo, nunca había sabido cómo reaccionaba el mundo hacia ti cuando eras viejo, y

tampoco se le había permitido ser joven durante mucho tiempo. Ser inmortal significaba estar al margen de esas preocupaciones. Todos los mortales a los que Magnus había amado le habían parecido, al mismo tiempo, más jóvenes y más viejos que él. Pero era plenamente consciente de que esa era la primera vez que Alec salía con alguien, que hacía una cosa así. Él había sido el primer beso de Alec. Magnus quería ser algo bueno para él, no cargarlo con el peso de unos sentimientos a los que Alec quizá no correspondiera.

—A nada —mintió Magnus.



Al pensar en aquella noche en Taki's, Magnus cayó en cuál sería el regalo perfecto para Alec. También cayó en que no tenía ni idea de cómo dárselo.

En el único momento de suerte en un día terrible, lleno de babas y amigos crueles, sonó el timbre de la calle.

Magnus cruzó la sala en tres zancadas y gritó por el interfono:

—¿Quién osa molestar al Gran Brujo en su trabajo?

Hubo un silencio.

—De verdad, como seas un Testigo de Jehová...

—Ah, no —respondió una voz de chica, ligera, segura de sí misma y con el leve y extraño acento de Idris—. Soy Isabelle Lightwood. ¿Te importa que suba?

—En absoluto —respondió Magnus, y apretó el botón para dejarla entrar.



Isabelle Lightwood fue directa a la cafetera y se sirvió una taza sin pedir permiso. Era de esa clase de chicas, pensó Magnus, la clase que

cogía lo que quería y daba por hecho que estaría encantado de que se le hubiera antojado cogerlo. Isabelle no prestó ninguna atención a Elyaas al pasar: le había echado una mirada al entrar en el apartamento y, al parecer, había decidido que hacer preguntas sobre la presencia del demonio tentaculado sería grosero y probablemente aburrido.

Se parecía a Alec. Tenía los mismos pómulos altos, piel de porcelana y cabello negro, aunque ella llevaba una melena larga cuidadosamente arreglada. Pero los ojos eran diferentes, brillantes y negros, como la caoba lacada: hermosos e indestructibles. Parecía ser tan fría como su madre, como si le pudiera ser tan fácil caer en la corrupción como lo había sido para muchos de sus antepasados. Magnus había conocido a muchos Lightwood, y la mayoría no lo habían impresionado demasiado. Hasta que conoció al último.

Isabelle se sentó en la encimera de un salto y estiró las largas piernas. Llevaba unos vaqueros a medida, botas con tacones de aguja y un top de seda de un color rojo oscuro que hacía juego con el colgante de rubí que le adornaba el cuello. Magnus lo había comprado por el precio de una mansión en Londres hacía más de cien años. Le gustó que lo llevara. Era como contemplar a la sobrina de Will, la descarada, risueña y fumadora de puros Anna Lightwood (una de los pocos Lightwood que le habían caído bien), llevándolo casi cien años atrás. Lo encandiló, lo hizo sentir como si hubiera sido importante para aquella gente durante todo ese tiempo. Se preguntó hasta qué punto se sentirían horrorizados los Lightwood si supieran que ese colgante había sido el regalo de amor de un brujo disoluto a una vampira asesina.

Se imaginaba que no tanto como si se enteraran de que Magnus estaba saliendo con su hijo.

Miró directamente a los atrevidos ojos negros de Isabelle y decidió que lo más probable fuera que ella no se horrorizara tanto si supiera de dónde provenía su collar. Pensó que le podría hacer mucha gracia.

Tal vez algún día se lo diría.

—Hoy es el cumpleaños de Alec —anunció Isabelle.

—Lo sé —repuso Magnus.

No dijo nada más. Desconocía lo que le había contado Alec a Isabelle. Sabía lo mucho que Alec la apreciaba y cuánto deseaba protegerla, no decepcionarla, del mismo modo que no quería decepcionar a ninguno de ellos y temía con ansiedad que acabaría por hacerlo. A Magnus no le iba lo secreto. Le había guiñado el ojo a Alec la noche que lo conoció, cuando este no era más que un chico delirantemente guapo que lo miraba con un tímido interés. Pero todo se había vuelto más complicado desde que sabía que a Alec se le podía herir con facilidad, desde que sabía lo mucho que le importaba que Alec no sufriera.

—Sé que vosotros dos... os estáis viendo —explicó Isabelle, escogiendo las palabras con cuidado, pero aun así mirando a Magnus fijamente a los ojos—. No me importa. Quiero decir que no me preocupa. En absoluto.

Le lanzó las palabras a Magnus de un modo desafiante. No hacía falta que fuera así con él, pero el brujo entendió por qué lo hacía, entendió que debía de haber estado practicando lo que era posible que les dijera a sus padres algún día si tenía que defender a su hermano.

Y lo defendería. Amaba a su hermano.

—Me alegro de saberlo —repuso Magnus.

Vio que Isabelle Lightwood era hermosa, y pensó que parecía fuerte y divertida; supo que era alguien con quien no le importaría tomar una copa o a quien podía invitar a una fiesta. Comprendió que en ella había una profunda lealtad y amor.

No era experto en leer los corazones de los cazadores de sombras, detrás de sus lisas y angelicales fachadas de arrogancia. Pensaba que podía ser por eso que Alec lo había sorprendido tanto: lo había cogido a contrapié y Magnus había chocado contra unos sentimientos que no planeaba despertar. Alec no tenía ninguna fachada.

Isabelle asintió, como si entendiera lo que Magnus le estaba diciendo.

—He pensado... Me parecía importante hablarlo con alguien, en su cumpleaños —explicó Isabelle—. No puedo decírselo a nadie más, aunque lo haría. Tampoco es que mis padres o la Clave fueran a escucharme. —Isabelle hizo una mueca al mencionar a sus padres y a la Clave. A Magnus le caía cada vez mejor—. Él no puede contárselo a nadie. Y tú tampoco se lo dirás a nadie, ¿verdad?

—No es solo mi secreto, para ir contándolo por ahí —repuso Magnus.

Desde luego no le gustaba tener que esconderse, pero jamás contaría el secreto de otra persona. Y, sobre todo, no se arriesgaría a causarle dolor a Alec.

—¿Te gusta de verdad? —preguntó Isabelle—. Mi hermano, quiero decir.

—Oh, ¿te refieres a Alec? —replicó Magnus—. Pensé que hablabas de mi gato.

Isabelle se rio y le dio una patada a una de las puertas de los armarios de Magnus con un fino tacón, desenfadada y radiante.

—Vamos —dijo—. Te gusta.

—¿Vamos a hablar de chicos? —inquirió Magnus—. No me había dado cuenta, y la verdad, no estoy preparado. ¿No podrías volver en otro momento, cuando esté en pijama? Podríamos hacernos un tratamiento facial y trenzarnos el pelo mutuamente, y entonces y solo entonces te diré que pienso que tu hermano es todo un sueño.

Isabelle pareció complacida, si bien un poco perpleja.

—La mayor parte de la gente va a por Jace. O a por mí —añadió con alegría.

En una ocasión, Alec le había dicho eso mismo, al parecer asombrado de que Magnus esperara verlo a él en vez de a Jace.

No estaba planeando hablar sobre por qué prefería a Alec. El corazón tomaba sus propias decisiones, y en raras ocasiones eran

demasiado razonables. Entonces se podría preguntar por qué Clary no había formado un hilarante triángulo amoroso colgándose también de Alec, ya que, en opinión de Magnus, Alec era muy atractivo y casi siempre hosco con ella, lo que les gustaba a algunas chicas. Te gustaba la gente que te gustaba.

Aparte de eso, el brujo tenía muchas otras razones: los nefilim eran reservados, los nefilim eran arrogantes, los nefilim debían ser evitados. Incluso los cazadores de sombras que Magnus había conocido y había querido fueron como un complicado helado de frutas y nueces con oscuras guindas secretas encima.

Alec no era como ningún cazador de sombras que Magnus hubiera conocido.

—¿Puedo ver tu látigo? —le preguntó.

Isabelle parpadeó sorprendida, pero para ser justos con ella, no vaciló. Deshizo el lazo del látigo de electrum y, por un momento, se lo enredó en toda su longitud dorado plateada en las manos, como un niño jugando a hacer figuras con el hilo.

Magnus cogió el látigo con cuidado, sobre las palmas abiertas, como si fuera una serpiente, y lo llevó hasta la puerta del armario. Sacó una poción del interior, una por la que había pagado un precio exorbitante y había estado guardando para algo especial. Los cazadores de sombras tenían sus runas para protegerse. Los brujos tenían la magia. Magnus siempre había preferido su magia a la de ellos. Solo un cazador de sombras podía portar runas, pero él podía dar magia a todos. Dejó caer sobre el látigo un poco de poción de polvo de hada y sangre tomada en uno de los antiguos rituales, hematita, eléboro, y más cosas.

«En el último momento esta arma no te fallará; en la hora más oscura, esta arma derrotará a tu enemigo».

Cuando acabó, llevó el látigo de vuelta a Isabelle.

—¿Qué le has hecho? —preguntó esta.

—Le he añadido un pequeño extra —contestó Magnus.

Isabelle lo contempló con los ojos entrecerrados.

—¿Y por qué ibas a hacerlo?

—¿Por qué has venido a decirme que sabías lo de Alec y yo? —preguntó Magnus—. Es su cumpleaños. Eso significa que la gente que lo quiere querrá darle lo que más desea. En tu caso, tu aceptación. En el mío, sé que lo más importante en el mundo para él es que tú estés a salvo.

Isabelle asintió y sus ojos se encontraron. Magnus ya había dicho demasiado, y le preocupó que Isabelle pudiera ver aún más.

Saltó de la encimera, hacia la pequeña mesita de café de alabastro, y escribió algo en la libreta de Magnus.

—Este es mi número.

—¿Y puedo preguntar por qué me lo das?

—Bueno... vaya, Magnus. Sé que tienes cientos de años y todo eso, pero esperaba que estuvieras al día en tecnología. —Isabelle sacó su móvil para ilustrar lo que decía—. Para que puedas llamarme, o enviarme un mensaje, si alguna vez necesitas la ayuda de los cazadores de sombras.

—¿Yo necesitar la ayuda de los cazadores de sombras? —inquirió Magnus incrédulo—. Déjame decirte que en mis... de acuerdo, cientos de años... he encontrado que casi invariablemente es al revés. Presumo que estarás esperando mi número en justa correspondencia, y también apostaría, basándome solo en un conocimiento pasajero de tu círculo de amistades, que os vais a meter en líos y necesitaréis mi asistencia mágica a menudo.

—Sí, puede ser —repuso Isabelle con una sonrisa pícar—. Se me conoce por haber causado un lío o dos. Pero no te he dado mi número porque quiera ayuda mágica, y de acuerdo, entiendo que el Gran Brujo de Brooklyn probablemente no necesite la ayuda de un puñado de nefilim de corta edad. Había pensado que, si vas a ser importante para mi hermano, debemos poder estar en contacto. Y que quizá te iría bien tenerlo si... si necesitas hablar conmigo por algo de Alec. O si yo

necesito ponerme en contacto contigo.

Magnus entendía lo que quería decir la joven. Su número era fácil de conseguir, lo tenían en el Instituto, pero al darle el suyo, Isabelle le estaba ofreciendo un intercambio gratis de información sobre la seguridad de Alec. Los nefilim vivían vidas peligrosas, persiguiendo demonios, acosando a los subterráneos que violaban la Ley, sus cuerpos marcados con runas, rápidos como los ángeles, la última línea de defensa del mundo de los mundanos. La segunda vez que Magnus había visto a Alec, este se estaba muriendo a causa del veneno demoníaco.

Alec podía morir en cualquier momento, en cualquiera de las batallas venideras. Isabelle podía ser la única entre los cazadores de sombras que supiera que había algo entre Magnus y Alec, la única que sabría que si Alec moría habría que decírselo a Magnus.

—Muy bien —dijo lentamente—. Gracias, Isabelle.

Esta le guiñó un ojo.

—No hace falta que me des las gracias. No tardaré mucho en estar volviéndote loco.

—Lo estaré esperando —repuso Magnus mientras ella salía entre el repiqueteo de sus tacones, largos y finos como estiletes. Admiraba a cualquiera que reuniera utilidad y belleza.

—Por cierto, este demonio te está llenando el suelo de baba —dijo Isabelle volviendo a meter la cabeza por la puerta.

—Hola —saludó Elyaas, y agitó un tentáculo hacia ella.

Isabelle lo miró con desprecio, luego alzó una ceja en dirección a Magnus.

—He pensado que debía mencionártelo —dijo, y entonces cerró la puerta.



—No entiendo qué sentido tiene tu regalo —dijo Elyaas—. ¿Se va a enterar él alguna vez? Deberías haberte decidido por las flores. Las rosas rojas son muy románticas. O quizá tulipanes, si crees que las rosas le dirían que solo lo quieres por el ssssexo.

Magnus se tumbó en el sofá y se quedó mirando el techo. El sol estaba bajo en el cielo, un destello de pintura dorada trazado con mano descuidada sobre el perfil de Nueva York. La forma del demonio se había ido haciendo cada vez más gelatinosa a lo largo del día, hasta solo parecer una expectante masa de baba. Posiblemente Caroline Connor no regresaría nunca. Posiblemente Elyaas iba a quedarse a vivir con Magnus. Siempre había pensado que Raphael Santiago había sido el peor compañero de piso que nunca podría tener. Posiblemente estaba a punto de descubrir que estaba equivocado.

Deseó, con un anhelo tan profundo que lo sorprendió, que Alec estuviera allí.

Magnus recordaba la ciudad en Perú cuyo nombre en quechua significaba «lugar tranquilo». Recordaba incluso más vivamente estar borracho de un modo obsceno y sentirse muy desgraciado por su corazón roto, y los pensamientos sensibleros que se le habían repetido a lo largo de los años, como un invitado indeseado colándose por la puerta: que no había paz para los que eran como él, ningún lugar tranquilo, y que nunca lo habría.

Excepto que se encontró recordando estar en la cama con Alec, sin ropa, tumbados en una perezosa tarde. Alec riendo con la cabeza echada hacia atrás, las marcas que Magnus le había dejado en el cuello a plena vista.

Para él, el tiempo era algo que se movía a trompicones, que se disipaba como la neblina o se arrastraba como cadenas; pero cuando Alec estaba allí, el tiempo de Magnus parecía unirse en un ritmo tranquilo con el del joven cazador de sombras, y todo su ser se sentía inquieto y rebelde cuando este no estaba allí, porque sabía lo diferente que sería cuando Alec sí estuviera, cómo se calmaría el tumultuoso

mundo con el sonido de su voz.

Era parte de la dicotomía de Alec lo que había pillado desprevenido a Magnus y lo había dejado fascinado: que Alec pareciera viejo para su edad, serio y responsable, y que, sin embargo, se acercara al mundo con una tierna visión que hacía que todo fuera nuevo. Alec era el guerrero que daba paz a Magnus.

El brujo, tumbado en el sofá, lo admitió para sí. Sabía por qué había estado actuando como un demente y molestando a sus amigos por un regalo de cumpleaños. Sabía por qué, en un corriente y desagradable día laborable, todos sus pensamientos había ido acompañados de un pensamiento por Alec, con una insistente ansia de él. Eso era el amor: nuevo, brillante y aterrador.

Había pasado por cientos de desengaños, pero sintió que se asustaba cuando pensó en Alexander Lightwood rompiéndole el corazón. No sabía cómo ese chico con el cabello negro alborotado y unos preocupados ojos azules, con sus firmes manos y sus escasas sonrisas tiernas, que eran menos escasas en presencia de Magnus, había adquirido tal poder sobre él. Alec no había tratado de obtenerlo, nunca había parecido que se diera cuenta de que lo tenía ni había tratado de hacer nada con él.

Quizá no lo quisiera. Puede que estuviera siendo estúpido, como lo había sido tantas veces antes. Él era la primera experiencia de Alec, no su novio. El chico aún estaba acunando su primer enamoramiento, de su mejor amigo, y Magnus era un cauto experimento, un paso al frente desde la seguridad que el dorado y amado Jace representaba. Jace, que parecía un ángel; Jace quien, al igual que un ángel, nunca correspondería al amor de Alec.

Magnus podría ser simplemente un paseo por el lado salvaje, la rebelión de uno de los más cuidadosos hijos de Idris antes de que volviera a retirarse al secreto y la circunspección. Magnus recordó a Camille, que nunca lo había tomado en serio, que nunca lo había amado. ¿Cuánto más posible era que un cazador de sombras se

sintiera así?

Sus tristes pensamientos fueron interrumpidos por el zumbido del timbre.

Caroline Connor no ofreció ninguna explicación por su tardanza. Al contrario, pasó ante Magnus como si este fuera el portero, y comenzó a explicarle su problema al demonio.

—Formo parte de Pandemónium Enterprises, una empresa dirigida a cierto segmento de los ricos.

—Los que han empleado su dinero e influencia para comprar conocimiento del Mundo de las Sombras —apostilló Magnus—. Conozco su organización. Hace bastante tiempo que está por aquí.

La señora Connor inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Mi responsabilidad en concreto es ofrecer entretenimiento a nuestros clientes en un entorno natural. Aunque hay otros cruceros en el puerto de Nueva York, nosotros les ofrecemos una comida de lujo servida en un yate con vistas a los habitantes más mágicos de la ciudad: nixies, kelpis, sirenas varias y diversos duendes de agua. Hacemos que la experiencia sea muy exclusiva.

—Suenan elegante —gorgoteó Elyaas.

—Sin embargo, no queremos que sea una experiencia muy exclusiva en la que unas sirenas rebeldes arrastran a nuestros acaudalados clientes al fondo del río —continuó la señora Connor—. Por desgracia, a algunas de las sirenas no les gusta que las miren, y eso ha estado ocurriendo. Lo que quiero es que use sus poderes infernales para acabar con esa amenaza al crecimiento económico de mi empresa.

—Espere un segundo. ¿Quiere echar una maldición a las sirenas? —quiso saber Magnus.

—Podría echar una maldición a algunas sirenas —repuso Elyaas, todo amabilidad—. Seguro.

Magnus lo fulminó con la mirada.

Elyaas encogió los tentáculos.

—Soy un demonio —se defendió—. Maldeciría a una sirena al igual que a un cocker spaniel. No me importa nada.

—No puedo creer que me haya pasado el día entero viendo crecer la baba para nada. Si me hubiera dicho que el problema consistía en unas sirenas enfadadas, podría haberlo arreglado sin tener que invocar demonios que las maldigan —protestó Magnus—. Tengo varios contactos en la comunidad de las sirenas, y si eso fallara, siempre están los cazadores de sombras.

—Oh, sí. Magnus está saliendo con un cazador de sombras —apuntó Elyaas.

—Eso es información personal que te agradecería que no fueras repitiendo por ahí —replicó Magnus—. ¡Y no estamos saliendo oficialmente!

—Mis órdenes eran invocar un demonio —dijo la señora Connor en tono desabrido—. Pero si usted puede resolver el problema de una forma más efectiva, brujo, estaré encantada. Prefiero no maldecir a las sirenas; a los clientes les gusta miraras. Quizá se podría arreglar para que haya alguna recompensa monetaria. ¿Tenemos que modificar su contrato, brujo, o está de acuerdo con los mismos términos?

Magnus se sintió tentado a pedir un aumento de sus honorarios, pero ya les estaba cobrando una suma satisfactoriamente escandalosa y quería evitar que cayera una maldición sobre las sirenas de Nueva York. Eso tenía toda la pinta de poder complicarse muy rápido.

Aceptó firmar el contrato modificado de forma conveniente, le estrechó la mano a la señora Connor, y esta se marchó. Magnus esperaba no tener que volver a verla. Otro día, otro dólar (bueno, otro enorme montón de dólares. Las habilidades especiales de Magnus no se vendían baratas).

Elyaas se había puesto de mal humor al ver que le negaban la oportunidad de causar el caos en la ciudad de Magnus.

—Gracias por ser inútil por completo durante todo el día —dijo Magnus.

—Buena suerte con tu escogido del Ángel, hijo de demonio —replicó Elyaas, con una voz mucho más seca y menos babosa—. ¿Crees que, en el fondo de su corazón, hará algo que no sea despreciarte? Sabe de dónde vienes. Y todos nosotros también lo sabemos. Al final, tu padre te atrapará. Algún día, tu vida aquí te parecerá un sueño, como un estúpido juego de niños. Algún día, el Gran Oscuro vendrá y te arrastrará abajo, abajo, con nosssotrosssss...

Su voz sibilante se fue convirtiendo en un grito mientras las llamas crecían y crecían hasta lamer el techo. Luego desapareció, sus últimas palabras colgando en el aire:

—Debería haber traído una vela de essssenciasssss...

Magnus abrió todas las ventanas del piso. El persistente olor a azufre y baba apenas había comenzado a disiparse cuando sonó el móvil que se había guardado en el bolsillo. Lo sacó no sin dificultad; llevaba los pantalones muy ajustados porque sentía que tenía la responsabilidad hacia el mundo de estar despampanante, pero eso significaba que no le quedaba mucho espacio en la zona de los bolsillos. El corazón le dio un salto al ver quién lo llamaba.

—Hola —dijo Alec al contestar. Su voz sonó profunda y tímida.

—¿Por qué me llamas? —preguntó Magnus, ante el súbito temor de que su regalo de cumpleaños hubiera sido, de algún modo, inmediatamente descubierto y los Lightwood estuvieran enviando a Alec a Idris por culpa de los hechizos realizados sobre un látigo por un brujo imprudente y que Alec no podía explicar.

—Bueno... Puedo llamar en otro momento —contestó Alec con voz preocupada—. Seguro que tienes algo mejor que hacer...

No lo dijo del modo en que lo hubieran dicho los antiguos amantes de Magnus, acusándolo de desinterés o exigiéndole que les diera seguridad en su relación. Lo dijo de forma totalmente natural, como si aceptara que así era el mundo, que él no podía ser la máxima prioridad de nadie. Eso hizo que Magnus quisiera tranquilizarlo cien veces más de lo necesario que si Alec hubiera parecido esperarlo.

—Claro que no, Alexander —repuso Magnus—. Solo es que me ha sorprendido que me llamaras. Me imaginaba que estarías con tu familia en tu gran día.

—Oh —contestó Alec, y pareció tímido y complacido—. No me esperaba que te acordaras.

—Puede que se me haya pasado por la cabeza una vez o dos a lo largo del día —mintió Magnus—. ¿Y te lo estás pasando en grande a lo cazador de sombras? ¿Alguien te ha regalado un hacha gigante dentro de un pastel? ¿Dónde estás? ¿Has salido a celebrarlo?

—Eee... —Alec pareció pensárselo—. Estoy como... a la puerta de tu piso.

El timbre sonó. Magnus apretó el botón para dejarlo entrar, incapaz de hablar por un momento. Había deseado tan intensamente que Alec estuviera ahí... Y ahí estaba. Parecía más mágico que nada de lo que él pudiera hacer.

Y entonces Alec apareció, ante la puerta abierta.

—Quería verte —dijo Alec con devastadora sencillez—. ¿Te parece bien? Puedo irme si estás ocupado o lo que sea.

Debía de estar lloviznando. Había brillantes gotas de agua en el alborotado cabello negro de Alec. Llevaba una sudadera que, pensó el brujo, seguramente se habría encontrado en un contenedor de basuras, y unos descuidados vaqueros, y todo su rostro brillaba solo por estar viendo a Magnus.

—Creo —dijo este mientras tiraba de Alec por los cordones de su horrible sudadera gris— que se me podría convencer para vaciar mi agenda.

Alec se lanzó a besarlo, y sus besos eran desinhibidos y totalmente sinceros, todo su desgarrado cuerpo de guerrero centrado en lo que deseaba, todo su corazón abierto a él. Durante un largo, alocado y eufórico momento, Magnus creyó que Alec no quería nada más que estar con él, que no se separarían. No durante mucho, mucho, tiempo.

—Feliz cumpleaños, Alexander —murmuró Magnus.

—Gracias por recordarlo —le contestó Alec en un susurro.

La última batalla del Instituto de Nueva York

de Cassandra Clare, Sarah Rees Brennan
y Maureen Johnson



Por un momento, Magnus sintió como si se hubiera transformado en tormenta: negras nubes arremolinadas, el retumbar del trueno y el crepitar del rayo; y lo único que la tormenta quería era saltarle al cuello a Valentine. La magia de Magnus estalló casi por voluntad propia, saltándole de ambas manos. Fue como un rayo; ardía con un color tan azul que era casi blanco. Lanzó a Valentine por los aires. Este se estrelló con tal fuerza contra la pared que se oyó un resonante crujido; luego cayó deslizándose hasta el suelo.

La última batalla del Instituto de Nueva York







Nueva York, 1989

El tipo estaba demasiado cerca. Rondaba junto al buzón a un par de metros de Magnus y comía un pringoso perrito caliente de Gray Papaya cubierto de chile. Cuando acabó, arrugó el papel manchado de salsa y lo tiró al suelo, más o menos en dirección a Magnus, luego tiró de un agujero que tenía en la chaqueta vaquera y no apartó la vista. Era como la mirada que algunos animales lanzaban a su presa.

Magnus estaba acostumbrado a que le prestaran cierta atención. Su ropa invitaba a ello. Llevaba unas Doc Martens de color plata, vaqueros artísticamente rotos y tan anchos que solo un estrecho cinturón de plata evitaba que se le cayeran del todo, y una camiseta rosa, tan grande que le dejaba al descubierto la clavícula y un buen trozo de pecho; la clase de indumentaria que hacía que la gente pensara en la desnudez. Pequeños pendientes le bordeaban una oreja y culminaban en uno más grande que le colgaba del lóbulo, un pendiente con la forma de un gato con una corona y una sonrisa. Un collar con un *ankh* de plata le reposaba sobre el corazón, y se había encasquetado una chaqueta negra, hecha a medida, con un ribete de cuentas azabache, más para complementar el conjunto que para protegerse del aire de la noche. Todo eso rematado por un corte de

pelo a lo mohicano decorado con una cenefa de color rosa intenso.

Estaba apoyado contra la pared de la clínica del West Village ya entrada la noche. Lo que era suficiente para sacar lo peor de cierta gente. La clínica era para pacientes de sida. La plaga moderna. En vez de mostrar compasión, o sentido común, o respeto, mucha gente veía la clínica con odio y desagrado. Cada época pensaba ser muy sabia y cada época daba palos de ciego en más o menos la misma oscuridad de ignorancia y miedo.

—Tío raro —dijo el hombre finalmente.

Magnus no le prestó atención y siguió leyendo su libro *Siempre hay algo*, de Gilda Radner, bajó la tenue luz fluorescente de la puerta de la clínica. Molesto por la falta de respuesta, el tipo comenzó a mascullar para sí. Magnus no oía lo que decía, pero podía imaginárselo. Insultos a su supuesta sexualidad, sin duda.

—¿Por qué no te largas? —le espetó Magnus mientras pasaba con tranquilidad la página—. Conozco una barbería que abre toda la noche. Te podrían arreglar esa monoceja en un momento.

No fue lo mejor que podía haber dicho, pero a veces esas cosas salían de forma espontánea. Solo se puede aguantar cierta cantidad de estúpida y ciega ignorancia sin responder de modo conveniente.

—¿Qué has dicho?

En ese momento pasó una pareja de polis. Echaron un vistazo en dirección a Magnus y el desconocido. Al hombre le dedicaron una mirada de advertencia, y a Magnus, de mal disimulado desagrado. Esa mirada lo hirió un poco, pero estaba tristemente acostumbrado a ese trato. Hacía mucho tiempo que se había jurado que nadie lo haría cambiar nunca; ni los mundanos, que lo odiaban por una cosa, ni los cazadores de sombras, que en ese momento lo perseguían por otra.

El hombre se marchó, pero fue echándole torvas miradas mientras se alejaba.

Magnus se metió el libro en el bolsillo. Eran casi las ocho y estaba demasiado oscuro para andar leyendo en la calle; además, había

perdido el hilo. Miró a su alrededor. Solo unos cuantos años atrás esa había sido una de las zonas más vibrantes, festivas y creativas de la ciudad. Buena comida en cada esquina y parejas paseando. Ahora los cafés tenían pocos clientes. La gente andaba deprisa. Habían muerto muchos, mucha gente maravillosa. Desde donde se hallaba, Magnus podía ver tres apartamentos que antes habían estado ocupados por amigos y amantes. Si torcía la esquina y caminaba unos cinco minutos, pasaría por una docena más de ventanas sin luz.

Los mundanos morían con facilidad. Por muchas veces que lo viera, no le resultaba más fácil. Llevaba siglos viviendo, y aún esperaba que la muerte se le hiciera más llevadera.

Por lo general evitaba esa calle por esa misma razón, pero aquella noche estaba esperando a que Catarina acabara su turno en la clínica. Cambió el peso de un pie al otro y se cerró la chaqueta sobre el pecho mientras lamentaba haberla elegido por su elegante caída más que porque le proporcionara calor o comodidad. El verano se había alargado, y luego las hojas de los árboles se habían secado de golpe. Estaban cayendo con rapidez y las calles aparecían vacías y sin abrigo. La única nota destacada era el mural de Keith Haring en la pared de la clínica: brillantes siluetas de cómic en colores primarios bailando juntas, con un corazón flotando sobre ellas.

Magnus vio interrumpidos sus pensamientos por la súbita reaparición del hombre, que sin duda había dado la vuelta a la manzana mientras se iba enfureciendo por el comentario de Magnus. Esta vez, el hombre fue directo hacia él y se le plantó delante.

—¿De verdad? —lo retó Magnus con displicencia—. Lárgate. No estoy de humor.

Como respuesta, el hombre sacó una navaja y la abrió. Estaban tan cerca uno del otro que nadie más podría verla.

—¿Te das cuenta —comentó Magnus, sin mirar hacia la punta de la navaja justo bajo su rostro— de que estando donde estás todos creerán que nos estamos besando? Y eso es terriblemente incómodo

para mí. Tengo mucho mejor gusto con los hombres.

—¿Crees que no lo haré, tío raro? Tú...

Magnus alzó la mano y un caliente destello azul se le extendió por los dedos; un instante después, su asaltante salió volando de espaldas por encima de la acera, y luego cayó y se golpeó la cabeza contra una boca de riego. Por un momento, cuando el hombre tendido boca abajo no se movía, Magnus se inquietó pensando que lo había matado de forma accidental. Pero entonces lo vio recuperarse. Lanzó una mirada a Magnus con los ojos entrecerrados; la combinación del terror y la furia visible en su rostro. Estaba un poco desconcertado por lo que acababa de pasar. Un hilillo de sangre le recorría la frente.

En ese momento salió Catarina. Valoró la situación rápidamente, fue directa al hombre caído y le pasó la mano por la cabeza para parar la hemorragia.

—¡Aparta de mí! —le gritó él—. ¡Has salido de ese sitio! ¡Apártate de mí! ¡Tienes esa cosa por todas partes!

—Idiota —lo increpó Catarina—. No es así como se contagia el sida. Soy enfermera. Déjame...

El desconocido dio a Catarina un empujón y se puso en pie como pudo. Al otro lado de la calle algunos peatones contemplaban la situación con cierta curiosidad, pero cuando el hombre se alejó trastabillando, perdieron interés.

—De nada —le dijo Catarina al hombre que se alejaba—. Gilipollas. —Se volvió hacia Magnus—. ¿Estás bien?

—Perfectamente —contestó este—. Él era el que sangraba.

—A veces me gustaría poder dejar sangrando a tipos como ese —declaró Catarina mientras sacaba un pañuelo de papel y se limpiaba las manos—. ¿Y qué estás haciendo tú aquí?

—He venido para acompañarte a casa.

—No hace falta —repuso ella suspirando—. Estoy bien.

—No es seguro. Y estás agotada.

Catarina se iba ligeramente de lado. Magnus le cogió la mano.

Estaba tan cansada que Magnus notó que el *glamour* se le disolvía al vislumbrar durante un breve instante el tono azul de la mano que sostenía.

—Estoy bien —repitió ella, aunque sin gran convencimiento.

—Sí —replicó Magnus con sorna—. Evidentemente. Ya sabes, si no empiezas a cuidarte, me obligarás a ir a tu casa y prepararte mi desagradable sopa mágica de atún hasta que estés mejor.

Catarina se echó a reír.

—Lo que sea menos sopa de atún.

—Entonces comamos algo. Vamos. Te llevaré al Veselka. Necesitas un plato de *goulash* y un gran trozo de tarta.

Caminaron en silencio sobre resbaladizos montones de hojas mojadas y pisoteadas.

El Veselka estaba tranquilo y se sentaron a una mesa junto a la ventana. La poca gente que los rodeaba hablaba en ruso a media voz, fumaba y comía rollitos de col. Magnus tomó café y *rugelach*. Catarina se zampó un gran cuenco de *borscht*, un plato grande de *pierogi* frito con cebolla y compota de manzana, unas bolas de carne ucranianas para acompañar y unos cuantos cócteles de cereza y lima. No fue hasta que acabó todo esto y se pidió un postre de *blintzes* de queso que encontró la energía suficiente para hablar.

—Las cosas están mal ahí dentro —dijo—. Es duro.

No había mucho que Magnus pudiera decir, así que solo escuchó.

—Los pacientes me necesitan —afirmó, mientras hundía la cañita en el hielo del vaso vacío—. Algunos médicos, gente que debería saber, no quieren ni tocar a los pacientes. Y esta enfermedad es tan horrible... Ver cómo se consumen. Nadie debería morir así.

—No.

Catarina siguió jugando con el hielo un momento y luego se recostó en el asiento con un profundo suspiro.

—No puedo creer que los nefilim la estén liando ahora, justo ahora —dijo mientras se frotaba el rostro con la mano—. Y chavales nefilim,

nada menos. ¿Por qué está pasando todo esto?

Esa era la razón por la que Magnus había esperado junto a la clínica para acompañar a Catarina a casa. No porque el barrio fuera peligroso, ya que en realidad no lo era. Había esperado a Catarina porque los subterráneos ya no estaban del todo seguros yendo solos. Le costaba creer que el submundo estuviera sumido en un estado de caos y terror por los actos de una banda de cazadores de sombras jóvenes y estúpidos.

Cuando oyó los rumores por primera vez, hacía solo unos meses, Magnus había puesto los ojos en blanco. Un grupo de cazadores de sombras de apenas veinte años, poco más que niños, se estaban rebelando contra la Ley de sus padres. Era de prever. El montaje de la Clave, el Consejo y los ancianos respetables siempre le había parecido a Magnus la receta ideal para una revuelta juvenil. Según el informe de un subterráneo, ese grupo se llamaba a sí mismo «el Círculo», y lo dirigía un joven carismático llamado Valentine. A ese grupo pertenecían algunos de los mejores y más brillantes cazadores de sombras de su generación.

Y los miembros del Círculo decían que la Clave no era lo suficientemente dura con los subterráneos. Magnus supuso que así giraba la rueda, una generación contra la siguiente; de Aloysius Starkweather, que quería colgar las cabezas de los licántropos en la pared como trofeos, a Will Herondale, que había intentado, sin lograrlo nunca del todo, ocultar su gran corazón. Al parecer, la juventud del momento pensaba que la política de fría tolerancia de la Clave era demasiado generosa. Esos jóvenes querían luchar contra los monstruos, y habían decidido convenientemente que los compañeros de Magnus eran monstruos, todos ellos. Magnus suspiró. Esa parecía una razón para odiar muy extendida por todo el mundo.

El Círculo de Valentine aún no había hecho gran cosa. Quizá nunca hiciera gran cosa. Pero sí lo suficiente. Había recorrido Idris, atravesado Portales y visitado otras ciudades con la misión de ayudar

a los Institutos de allí, y en todas las ciudades por las que había pasado, dejaron un reguero de muertos subterráneos.

Siempre había subterráneos que transgredían los Acuerdos, y los cazadores de sombras les hacían pagar por ello. Pero Magnus no había nacido el día antes, ni siquiera este siglo. No creía que fuera una coincidencia que allí adonde fueran Valentine y sus amigos la muerte los siguiera. Estaban buscando cualquier excusa para librar al mundo de los subterráneos.

—¿Y qué quiere ese chaval, Valentine? —preguntó Catarina—. ¿Qué plan tiene?

—Quiere la muerte y la destrucción de los subterráneos —contestó Magnus—. Posiblemente, su plan es ser un gran capullo.

—¿Y qué pasará si viene aquí? —preguntó Catarina—. ¿Qué harán los Whitelaw?

Magnus llevaba décadas viviendo en Nueva York, y durante todo ese tiempo se había relacionado con los cazadores de sombras del Instituto de la ciudad. Los Whitelaw llevaban varias décadas dirigiendo el Instituto. Siempre habían sido cumplidores aunque distantes. A Magnus no le había caído bien ninguno de ellos, y el sentimiento había sido recíproco. No tenía ninguna prueba de que los Whitelaw pudieran traicionar a un subterráneo inocente, pero los cazadores de sombras tenían tan alta opinión de sí mismos y de su sangre que, llegado el caso, Magnus no estaba seguro de lo que harían.

Había ido a ver a Marian Whitelaw, la directora del Instituto, y le había explicado que, según los informes del submundo, Valentine y sus jóvenes ayudantes estaban matando a subterráneos que no habían violado los Acuerdos, y luego, los miembros del Círculo mentían sobre ello a la Clave.

—Reúne a la Clave —le había sugerido Magnus—. Dile que controle a sus niños rebeldes.

—Controla tú tu lengua rebelde —le había respondido fríamente Marian Whitelaw— cuando hablas con tus superiores, brujo. Valentine

Morgenstern está considerado un cazador de sombras muy prometedor, igual que sus jóvenes amigos. Conocí a su esposa, Jocelyn, cuando aún era una niña; es una chica dulce y encantadora. No dudaré de su bondad. Y menos aún sin pruebas y basándome solo en los cotilleos maliciosos del submundo.

—¡Están matando a mi gente!

—Están matando a subterráneos criminales en total conformidad con los Acuerdos. Están mostrando celo en la lucha contra el mal. Nada malo puede salir de eso. Esperaba que lo entendieras.

Parecía evidente que los cazadores de sombras no iban a creerse que sus jóvenes más prometedores se habían vuelto sedientos de sangre en exceso. No había duda de que iban a aceptar las excusas que Valentine y los otros les presentaran, y naturalmente creerían que Magnus y los otros subterráneos que se quejaban lo único que pretendían era que los criminales escaparan de la justicia.

Como sabían que no podían contar con los cazadores de sombras, los subterráneos habían intentado colocar sus propias salvaguardas. Se había habilitado un local como refugio en Chinatown, gracias a una tregua entre los vampiros y los licántropos, que solían pelearse constantemente, y todos estaban vigilantes.

Los subterráneos estaban solos. Pero ¿no habían estado siempre solos?

Magnus suspiró y miró a Catarina por encima de los platos.

—Come —le dijo—. Ahora mismo no está pasando nada. Es posible que no pase nada.

—La semana pasada mataron a un «vampiro rebelde» en Chicago —explicó Catarina mientras cortaba un *blintz* con el tenedor—. Ya sabes que querrán venir aquí.

Comieron en silencio, Magnus pensativo, y Catarina exhausta. Les llevaron la cuenta y él la pagó. Catarina no pensaba mucho en cosas como el dinero. Era enfermera en una clínica de escasos recursos, y él tenía mucho efectivo a mano.

—Tengo que volver —dijo ella. Se pasó la mano por el cansado rostro y Magnus vio rastros cerúleos al paso de los dedos; el *glamour* le fallaba incluso mientras hablaba.

—Vas a ir a casa a dormir —le ordenó Magnus—. Soy tu amigo. Te conozco. Te mereces una noche libre. Deberías pasarla permitiéndote lujos como dormir.

—¿Y si ocurre algo? —preguntó ella—. ¿Y si vienen?

—Puedo hacer que me ayude Ragnor.

—Ragnor está en Perú —le recordó Catarina—. Dice que lo encuentra muy tranquilo sin tu maldita presencia, y eso es una cita literal. ¿Ha podido venir Tessa?

Magnus negó con la cabeza.

—Está en Los Ángeles. Los Blackthorn, los descendientes de su hija, dirigen el Instituto de allí. Tessa quiere quedarse para echarles un ojo.

Magnus también estaba preocupado por Tessa, sola y oculta cerca del Instituto de Los Ángeles, esa casa en las altas colinas junto al mar. Era la bruja más joven con la que Magnus tenía suficiente relación como para llamarla amiga, y había vivido muchos años con los cazadores de sombras, donde no había podido practicar la magia hasta el punto que podían Magnus, Ragnor o Catarina. El primero tenía terribles visiones de Tessa lanzándose a una lucha entre cazadores de sombras. Tessa nunca permitiría que uno de los suyos resultara herido, si podía sacrificarse en su lugar.

Pero Magnus conocía y apreciaba al Gran Brujo de Los Ángeles. Este no permitiría que le ocurriera nada a Tessa. Y era lo suficientemente astuto para que Magnus no tuviera que preocuparse mucho por él. Ragnor nunca bajaría la guardia en ningún lugar donde no se sintiera del todo seguro.

—Así que estamos solo tú y yo —repuso Catarina.

Magnus sabía que el corazón de Catarina estaba con los mortales, y que se involucraba más por amistad que porque quisiera luchar

contra los cazadores de sombras. Catarina tenía sus propias batallas, su propio terreno que defender. Era más valiente que cualquier cazador de sombras que Magnus hubiera conocido nunca. Estos habían sido elegidos por el Ángel para luchar. Catarina lo había elegido ella misma.

—Parece una noche tranquila —dijo Magnus—. Va. Acaba y déjame que te acompañe a casa.

—¿Es esto caballeridad? —repuso Catarina sonriendo—. Pensaba que hacía tiempo que había muerto.

—Al igual que nosotros, nunca muere.

Regresaron por el mismo camino que habían recorrido antes. Ya había oscurecido totalmente y la noche se había vuelto fría. Parecía que iba a llover. Catarina vivía en un sencillo bloque de pisos sin ascensor, algo desvencijado, cerca de la calle 21, no lejos de la clínica. La cocina nunca funcionaba, y los cubos de basura que había delante siempre estaban rebosantes, pero a ella no parecía importarle. Tenía una cama y espacio para su ropa. Eso era todo lo que necesitaba. Llevaba una vida mucho más sencilla que Magnus.

Magnus fue hacia su casa, a su *loft* en el Village, en Christopher Street. Su piso tampoco tenía ascensor, y subió los escalones de dos en dos. A diferencia del de Catarina, su hogar era muy acogedor. Las paredes estaban pintadas con brillantes y coloridos tonos rosa y amarillo, y entre los muebles había varios de los objetos que había ido acumulando con el tiempo: una maravillosa mesa francesa, unos cuantos sofás victorianos y un impresionante dormitorio *art déco* hecho de espejo.

Normalmente, en una fresca noche de otoño como esa, Magnus se serviría una copa de vino, pondría un álbum de The Cure en el reproductor de CD, subiría el volumen y esperaría a que comenzara el trabajo. Las de la noche solían ser sus horas laborables. Tenía muchos clientes que iban a su domicilio, y siempre había investigaciones que realizar o lecturas de las que ponerse al día.

Esa noche se preparó café fuerte, se sentó en la silla junto a la ventana y miró hacia la calle. Aquella noche, como todas las otras desde que habían comenzado los rumores sobre los sanguinarios cazadores de sombras, se sentaría, vigilaría y pensaría. Si el Círculo iba a Nueva York, como parecía que acabarían haciendo, ¿qué pasaría? Se decía que Valentine tenía un odio especial a los licántropos, pero había matado a un brujo en Berlín por invocar demonios. De Magnus se sabía que había invocado demonios algunas veces.

Era muy probable que si iban a Nueva York fueran a por él. Lo más razonable sería marcharse, desaparecer en el campo. Se había comprado una pequeña casa en los cayos de Florida para escapar a los brutales inviernos neoyorquinos. La casa estaba en una de las islas más pequeñas y menos habitadas, por lo que también tenía un buen barco. Si pasaba algo, se podía embarcar y dirigirse al Caribe o a Sudamérica. Se preparó la maleta varias veces, para deshacerla después.

No tenía sentido escapar. Si el Círculo continuaba con su campaña de supuesta justicia, el mundo entero sería un lugar inseguro para los subterráneos. Y Magnus no podría vivir consigo mismo si escapaba, y sus amigos, como Catarina, se quedaban para intentar defenderse. Tampoco le gustaba la idea de que mataran a Raphael Santiago o a alguno de sus vampiros, ni a ninguna de las hadas que conocía porque trabajaban en Broadway, ni a las sirenas que nadaban en el East River. Magnus siempre se había considerado un trotamundos, pero ya llevaba mucho tiempo viviendo en Nueva York. Se había dado cuenta de que quería defender no solo a sus amigos, sino también su ciudad.

Así que se quedaba, e intentaría estar preparado para cuando llegara el Círculo.

La espera era lo peor. Quizá por eso se había enfrentado al hombre de delante de la clínica. Algo en su interior quería que llegara el momento de pelear. Agitó y flexionó los dedos, y una luz azul brilló

entre ellos. Abrió la ventana y aspiró el aire de la noche, que olía a una mezcla de lluvia, hojas mojadas y pizza del restaurante de la esquina.

—Venid ya —dijo en voz alta hablándole a nadie.



El niño apareció bajo su ventana sobre la una de la madrugada, justo cuando Magnus por fin había conseguido apartar la mente de esos pensamientos y comenzaba a traducir un antiguo texto griego que llevaba semanas sobre su escritorio. Magnus alzó la vista por casualidad y se fijó en el niño, que iba de aquí para allá como si se hubiera perdido. Tendría unos nueve o diez años; un pequeño *punk* del East Village con una camiseta de Sex Pistols, que probablemente pertenecía a algún hermano mayor, y unos pantalones de chándal grises y anchos. Tenía un corte de pelo como hecho en casa, con trasquilones. No llevaba abrigo.

Todo eso unido daba como resultado un niño conflictivo, y su aspecto espabilado, junto a cierta fluidez en el andar, sugería que era un licántropo. Magnus abrió la ventana.

—¿Buscas a alguien? —le preguntó.

—¿Eres Magnífico Bane?

—Claro —contestó Magnus—. Dejémoslo así. Espera. Abre la puerta cuando oigas el zumbido.

Se puso en pie y se dirigió al interfono junto a la puerta. Oyó unos rápidos pasos sobre los escalones. El niño tenía prisa. En cuanto abrió la puerta, el niño se coló en el interior rápidamente. Ya dentro y bajo la luz, percibió con claridad toda su angustia. Tenía las mejillas muy coloradas y manchadas de lágrimas secas. Sudaba a pesar del frío, y su voz era temblorosa y urgente.

—Tienes que venir —dijo en tono suplicante—. Tienen a mi

familia. Están aquí.

—¿Quién está aquí?

—Los cazadores de sombras locos de los que todos hablan con miedo. Están aquí. Tienen a mi familia. Tienes que venir ya.

—¿El Círculo?

El niño meneó la cabeza, no en señal de negación sino por no saber de qué le estaba hablando. Magnus se dio cuenta de que no sabía qué era el Círculo, pero la descripción cuadraba. El niño debía de estar hablando del Círculo.

—¿Dónde están?

—En Chinatown. En el refugio. —El niño casi temblaba de impaciencia—. Mi madre oyó que esos tíos estaban por aquí. Ya han matado a un puñado de vampiros en el Harlem español esta misma noche, dicen que por cargarse a mundanos, pero nadie ha oído nada sobre mundanos muertos, y un hada ha dicho que iban hacia Chinatown a por nosotros. Así que mi mamá nos ha llevado a todos al refugio, pero luego han entrado. Yo me he escapado por una ventana. Mi mamá me ha dicho que te buscara.

Toda la historia le salió tan enmarañada y la contó tan rápidamente que Magnus no tuvo tiempo de desenredarla.

—¿Cuántos sois? —preguntó.

—Mi mamá, mi hermano y mi hermana, y seis más de la manada.

Nueve licántropos en peligro. La prueba había llegado, y tan deprisa que Magnus no había tenido tiempo de ordenar bien sus ideas o de pensar en un plan.

—¿Has oído algo de lo que ha dicho el Círculo? —preguntó Magnus—. ¿De qué acusa el Círculo a tu familia?

—Dicen que nuestra antigua manada hizo algo, pero nosotros no sabemos nada de eso. No importa, ¿no? ¡Los matarán igualmente, eso es lo que dicen todos! Tienes que venir.

Agarró a Magnus por la mano y tiró de él. Él se soltó del chico y cogió papel y lápiz.

—Tú —dijo mientras apuntaba la dirección de Catarina— ve a esta dirección. No vayas a ningún otro sitio. Te quedas allí. Hay una señora azul muy amable. Yo iré al refugio.

—Voy contigo.

—O haces lo que te digo o no voy —replicó Magnus—. No hay tiempo para discutir. Tú decides.

El chico estaba al borde de las lágrimas. Se secó los ojos con brusquedad utilizando el dorso de la mano.

—¿Los salvarás? —le preguntó—. ¿Lo prometes?

—Lo prometo —contestó Magnus.

No tenía ni idea de cómo iba a hacerlo. Pero había llegado la batalla. Por fin, había llegado la batalla.

Lo último que hizo antes de marcharse fue escribir los detalles: dónde estaba el refugio, un almacén en Chinatown, y lo que se temía que el Círculo pensaba hacer a los licántropos que estaban dentro. Dobló el papel en forma de pájaro y lo envió, con un movimiento de los dedos y una descarga de chispas azules. El frágil pajarito de papel se movió en el aire como una hoja pálida, y voló en la noche hacia las torres de Manhattan, que cortaban la oscuridad como relucientes cuchillos.

No sabía por qué se había molestado en enviar un mensaje a los Whitelaw. No creía que acudieran.



Magnus corrió por Chinatown, bajo los carteles de neón que parpadeaban y zumbaban, a través de la neblina amarilla de la ciudad, que se colgaba de los transeúntes como un fantasma pedigüeño. Pasó corriendo ante un grupo de gente que tomaba *crack* en una esquina, y finalmente llegó a la calle donde se hallaba el almacén, con su techo de hojalata repiqueteando bajo el viento de la noche. Un mundano lo

hubiera visto más pequeño de lo que era, destartalado y oscuro, con las ventanas protegidas con tablas claveteadas. Magnus vio las luces. Magnus vio la ventana rota.

Una vocecita en la cabeza la pedía que tuviera cuidado, pues Magnus había oído con gran detalle lo que el Círculo de Valentine hacía a los subterráneos vulnerables cuando los encontraba.

Corrió hacia el refugio, casi tropezando con sus Doc Martens en las grietas del pavimento. Llegó a una puerta de doble hoja, con halos, coronas y espinas pintadas con aerosol, y la abrió de par en par.

En el espacio principal del almacén, de espaldas a la pared, había un grupo de licántropos, aún con forma humana, aunque Magnus pudo ver garras y dientes en algunos que se agazapaban en posición de defensa.

Los rodeaba un grupo de jóvenes cazadores de sombras.

Todos se volvieron y miraron a Magnus.

Aunque los cazadores de sombras hubieran estado esperando una interrupción y los licántropos un salvador, al parecer nadie se esperaba todo ese rosa intenso.

Los informes sobre el Círculo eran ciertos. Muchos de ellos eran terriblemente jóvenes, una nueva generación de cazadores de sombras, resplandecientes guerreros recién llegados a adultos. Magnus no se sorprendió, pero lo entristeció y lo enfureció que desperdiciaran el brillante inicio de sus vidas en ese odio sin sentido.

Delante del grupo de cazadores de sombras había unos cuantos que, aunque igual de jóvenes, tenían un aire de autoridad: la élite del Círculo de Valentine. Magnus no vio a ninguno que coincidiera con la descripción que había oído del líder.

No estaba seguro, pero pensó que el líder de ese grupo era o bien un hermoso chico con el cabello dorado y unos profundos ojos azules, o bien el que estaba a su lado, de cabello negro y un rostro largo e inteligente. Magnus había vivido mucho tiempo y le era fácil saber qué miembros del grupo eran los que mandaban. Ninguno de esos dos

resultaba imponente, pero el lenguaje corporal de los demás los señalaba a ellos. Los presuntamente líderes estaban flanqueados por un hombre y una mujer jóvenes, ambos de cabello negro y rostro de feroces halcones, y detrás de estos había seis más. En el otro extremo de la sala se veía una puerta de una sola hoja, una puerta interior que daba a otra sala. Un cazador de sombras joven y grueso se hallaba ante ella.

Eran demasiados para pelear contra ellos, y todos muy jóvenes y tan recién salidos de las aulas de Idris que era imposible que Magnus los hubiera podido conocer antes. Llevaba décadas sin enseñar en la academia de los cazadores de sombras, pero recordaba las aulas, las lecciones del Ángel, los jóvenes rostros vueltos hacia él, absorbiendo cada palabra sobre su sagrado deber.

Y esos cazadores de sombras, adultos por bien poco, habían salido de sus aulas para hacer esto.

—¿El Círculo de Valentine, supongo? —preguntó, y vio que todos se sobresaltaban ante sus palabras, como si pensarán que los subterráneos no tenían sus propios medios de divulgar la información cuando los estaban persiguiendo—. Pero no me parece ver a Valentine Morgenstern. He oído que tiene carisma suficiente para sacar a los pájaros de los árboles y convencerlos de que vivan en el mar; es alto, devastadoramente apuesto y tiene el cabello rubio casi blanco. Ninguno de vosotros encaja con esa descripción.

Magnus hizo una pausa.

—Y tampoco tenéis el cabello rubio casi blanco.

Todos parecían sorprendidos de que les hablara así. Eran de Idris, y sin duda, si conocían a algunos brujos, serían como Ragnor, que se aseguraban de ser profesionales y educados en su trato con los nefilim. Marian Whitelaw le había dicho a Magnus que controlara su lengua rebelde, pero no se había asombrado de que le hablara con franqueza. Esos niños estúpidos se conformaban con odiar a distancia, con luchar y nunca hablar con los subterráneos, con no arriesgarse a

ver a quienes habían escogido como enemigos como algo parecido a personas.

Pensaban saberlo todo y sabían muy poco.

—Soy Lucian Graymark —dijo el joven del grupo de delante con el rostro largo e inteligente. Magnus había oído ese nombre antes: el *parabatai* de Valentine, su segundo al mando, más querido que un hermano. A Magnus le desagradó en cuanto abrió la boca—. ¿Quién eres tú para venir aquí e interferir en el desempeño de la misión que hemos jurado cumplir?

Graymark hablaba con la cabeza alta y con una voz clara y autoritaria que contrastaba con su edad. Parecía en todo el perfecto hijo del Ángel, severo y despiadado. Magnus miró por encima de su hombro a los licántropos, apiñados al fondo de la sala.

Alzó la mano y pintó una línea de magia, una resplandeciente barrera azul y dorada. Hizo que la luz ardiera con tanta fiereza como debía de hacerlo la espada de cualquier ángel, y cortó el paso a los cazadores de sombras.

—Soy Magnus Bane. Y estáis invadiendo mi ciudad.

La réplica fue una risita.

—¿Tu ciudad? —se burló Lucian.

—Tenéis que dejar marchar a esa gente.

—Esas criaturas —replicó Lucian— son parte de una manada que mató a los padres de mi *parabatai*. Los hemos seguido hasta aquí. Ahora podemos aplicar la justicia de los cazadores de sombras, como es nuestro derecho.

—¡Nosotros no hemos matado a ningún cazador de sombras! —gritó la única mujer entre los licántropos—. Y mis hijos son inocentes. Matar a mis hijos sería un asesinato. Bane, tienes que hacer que dejen marchar a mis hijos. Tienen a mi...

—No voy a seguir escuchándote gañir como un perro callejero —dijo el joven con el rostro de halcón, el que estaba al lado de la mujer morena. Parecían ser pareja, y la expresión de sus rostros era

igualmente feroz.

Valentine no era famoso por su piedad, y Magnus no tenía ninguna confianza en que su Círculo dejara vivos a los niños.

Los licántropos podían haberse transformado parcialmente de humanos a lobos, pero no parecían dispuestos a luchar, y Magnus no sabía por qué. Había demasiados cazadores de sombras para que Magnus estuviera seguro de poder con todos. Lo mejor que podía esperar era distraerlos hablando y confiar en hacer dudar a algunos de los del Círculo, o que Catarina llegara, o que aparecieran los Whitelaw y se pusieran de parte de los subterráneos y no de los suyos.

Parecía una esperanza muy vaga, pero era la única que tenía.

No pudo evitar mirar de nuevo al chico de cabello dorado que estaba al frente del grupo. Había algo terriblemente familiar en él, además de un toque de ternura en su boca y dolor en los profundos pozos de sus ojos. Había algo en él que hizo que Magnus lo viera como la única posibilidad de conseguir que el Círculo abandonara su propósito.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Magnus.

Los ojos azules del joven se entrecerraron.

—Stephen Herondale.

—Yo conocí muy bien a los Herondale, hace tiempo —explicó Magnus, y por la mueca que hizo Stephen Herondale vio que había cometido un error. Resultó evidente que el cazador de sombras sabía algo, que había oído algún oscuro susurro sobre su árbol familiar y estaba desesperado por demostrar que no era cierto. Magnus no sabía cuán desesperado podía estar Stephen Herondale y no tenía ningunas ganas de descubrirlo. Continuó, dirigiéndose a todos afablemente—: Siempre he sido amigo de los cazadores de sombras. Conozco a muchas de vuestras familias, desde hace siglos.

—No hay nada que podamos hacer para corregir el cuestionable criterio de nuestros antepasados —replicó Lucian.

Magnus lo odió hasta la médula.

—Vuestra historia me resulta sospechosa —continuó Magnus, pasando por alto de un modo claro el comentario de Graymark—. Valentine está dispuesto a cazar a cualquier subterráneo con cualquier vago pretexto. ¿Qué le habían hecho los vampiros que ha matado en Harlem?

Stephen Herondale frunció el ceño y miró a Lucian, que también pareció inquieto, aunque contestó:

—Valentine me dijo que había ido a cazar unos vampiros que habían violado los Acuerdos.

—Oh, los subterráneos son todos culpables. Eso os resulta muy conveniente a todos, ¿no es cierto? ¿Y sus hijos? El niño que ha venido a buscarme tenía unos nueve años. ¿Acaso había estado comiendo carne de cazador de sombras?

—Los cachorros roen cualquier hueso que les traigan sus mayores —masculló la mujer morena, y el hombre a su lado asintió.

—Maryse, Robert, por favor. ¡Valentine es un hombre noble! —exclamó Lucian, y alzó la voz mientras se volvía para dirigirse a Magnus—. No haría daño a un niño. Valentine es mi *parabatai*, mi querido hermano de armas. Su lucha es la mía. Su familia ha sido destruida, los Acuerdos han sido violados. Se merece venganza y la tendrá. Apártate, brujo.

Lucian Graymark no había puesto la mano sobre su arma, pero Magnus vio que la mujer morena, Maryse, detrás de él, tenía una hoja brillando entre los dedos. Magnus volvió a mirar a Stephen y se dio cuenta de por qué su rostro le resultaba tan familiar. Cabello dorado y ojos azules: era una versión más etérea y esbelta de un joven Edmund Herondale, como si Edmund hubiera vuelto del cielo doblemente angélico. Magnus no había tenido una relación larga con Edmund, pero este había sido el padre de Will Herondale, uno de los poquísimos cazadores de sombras que Magnus había considerado amigos.

Stephen vio a Magnus mirarlo. Sus ojos se habían entrecerrado tanto que el dulce azul se desvaneció y parecieron negros.

—¡Ya basta de entretenernos con una semilla del demonio! — exclamó Stephen. Parecía estar citando a alguien, y Magnus habría apostado que sabía a quién.

—Stephen, no... —ordenó Lucian, pero el rubio Stephen ya había lanzado un cuchillo hacia uno de los licántropos.

Magnus movió la mano y el cuchillo cayó al suelo. Miró fijamente a los licántropos. La mujer que había hablado antes le devolvió la mirada con gran intensidad, como si estuviera tratando de enviarle un mensaje solo con los ojos.

—¿En esto se han convertido los modernos cazadores de sombras? —les soltó Magnus—. Dejadme ver, ¿cómo va vuestro pequeño cuento sobre lo superextraespeciales que sois? Ah, sí. A través de los siglos vuestro mandato ha sido proteger a la humanidad, luchar contra las fuerzas del mal hasta derrotarlas y que el mundo pueda vivir en paz. Pues no parecéis muy interesados en la paz o en proteger a nadie. ¿Por qué estáis luchando exactamente?

—Lucho por un mundo mejor para mi hijo y para mí —contestó la mujer llamada Maryse.

—No me interesa en absoluto el mundo que tú quieres —le replicó Magnus—. O tu mocoso, sin duda repelente, debo añadir.

Robert se sacó una daga de la manga. Magnus no estaba dispuesto a malgastar su magia desviando dagas. Alzó una mano en el aire y toda la sala quedó a oscuras. Solo el ruido y el destello de neón de la ciudad iluminaba el interior, sin proporcionar suficiente luz para ver, pero Robert lanzó la daga de todos modos. Fue entonces cuando el vidrio de las ventanas se rompió y dejó paso a una avalancha de oscuras figuras: la joven Rachel Whitelaw rodó por el suelo para colocarse delante de Magnus y recibió en el hombro la daga que iba dirigida a él.



Magnus podía ver en la oscuridad mejor que la mayor parte de la gente. Y vio que, más allá de toda esperanza, los Whitelaw habían acudido. Marian Whitelaw, la directora del Instituto, su esposo Adam, el hermano de este y los jóvenes primos Whitelaw a quienes Marian y Adam habían acogido después de la muerte de sus padres. Los Whitelaw ya habían estado luchando esa noche. Sus trajes de combate estaban manchados de sangre y rasgados en algunos puntos, y Rachel Whitelaw estaba herida. También había sangre en el cabello gris de Marian, pero Magnus no creyó que fuera suya. Bane había llegado a saber que Marian y Adam no podía tener hijos propios. Se decía que adoraban a los jóvenes primos que vivían con ellos, y que siempre estaban encantados con cualquier joven cazador de sombras que visitara el Instituto. Los miembros del Círculo debían de haber sido compañeros de los primos Whitelaw, debían de haberse criados juntos en Idris. El Círculo era perfecto para haberse ganado la simpatía de los Whitelaw.

Sin embargo, el Círculo era presa del pánico. No podían ver como podía hacerlo Magnus. No sabían quién los estaba atacando, solo que alguien había ido a ayudar al brujo. Este vio blandir las espadas y oyó el estruendo metálico al chocar las hojas, tan fuerte que resultó casi imposible oír a Marian Whitelaw ordenando al Círculo que se detuviera y tirara las armas. Magnus se preguntó qué componente del Círculo se daría cuenta de contra quién estaban luchando. Conjuró una lucecita en la palma de la mano y buscó a la mujer licántropo. Tenía que saber por qué los licántropos no querían atacar.

Alguien chocó contra él. Magnus miró a los ojos de Stephen Herondale.

—¿Nunca tienes dudas de todo esto? —le susurró Magnus.

—No —jadeó Stephen—. He perdido demasiado... He sacrificado demasiado a esta gran causa para darle la espalda ahora.

Mientras hablaba llevó el cuchillo hacia el cuello de Magnus. Este hizo que el mango se calentara en la mano del joven hasta que tuvo

que soltarlo.

De repente, ya no le importó lo que Stephen había sacrificado, o el dolor que veía en sus ojos azules. Quería a Stephen fuera de este mundo. Magnus quería olvidar que había visto el rostro de Stephen Herondale, tan cargado de odio y tan parecido a los rostros que Magnus había amado. El brujo conjuró un nuevo hechizo en su mano, y estaba a punto de lanzárselo a Stephen cuando una idea lo detuvo. No sabía cómo podría mirar a Tessa a la cara si mataba a uno de sus descendientes.

En ese momento, Marian Whitelaw entró en el círculo de luz que proyectaba el hechizo que brillaba en la palma de la mano del brujo, y el rostro de Stephen se puso blanco de la sorpresa.

—¡Señora, eres tú! No deberíamos... Somos cazadores de sombras. No deberíais luchar por ellos. Son subterráneos —susurró Stephen—. Se volverán contra vosotros como los perros traicioneros que son. Está en su naturaleza. No vale la pena luchar por ellos. ¿No es así?

—No tengo ninguna prueba de que estos licántropos hayan violado los Acuerdos.

—Valentine dijo... —comenzó Stephen, pero Magnus notó la incerteza en su voz. Lucian Graymark podía creer que solo cazaban a subterráneos que habían violado los Acuerdos, pero Stephen sabía que se estaban tomando la justicia por su mano en vez de actuar como cazadores de sombras respetuosos de la Ley. Y a pesar de saberlo, Stephen no se había detenido.

—No me importa lo que diga Valentine Morgenstern. Yo digo que la Ley es dura —replicó Marian Whitelaw. Sacó su espada, la blandió y se encontró con la de Stephen.

Se miraron a los ojos, que destellaban sobre las hojas.

—Pero es la Ley —concluyó Marian suavemente—. No pondréis la mano encima a esos subterráneos mientras yo o cualquiera de mi sangre siga vivo.

El caos estalló, pero lo peor que había imaginado Magnus no se había cumplido. Cuando se entabló la pelea, había cazadores de sombras a su lado, luchando con él contra otros cazadores de sombras, que luchaban por los subterráneos y por los Acuerdos de paz que todos habían aceptado.

La primera muerte fue la de la más joven de los Whitelaw. Rachel Whitelaw arremetió contra la mujer llamada Maryse, y la pura ferocidad del ataque la sorprendió tanto que Rachel casi pudo con ella. Aquella se tambaleó y recuperó el equilibrio mientras intentaba sacar una nueva arma. Entonces, el hombre moreno, Robert, que Magnus suponía era el esposo de Maryse, embistió a Rachel y le clavó la espada.

Rachel cayó sin fuerza sobre la espada, que la atravesaba como un alfiler, igual que si fuera una mariposa.

—¡Robert! —exclamó Maryse en voz baja, como si no pudiera creer lo que estaba pasando.

Robert arrancó la espada del pecho de Rachel, y esta cayó al suelo.

—¡Rachel Whitelaw acaba de morir a manos de un cazador de sombras! —gritó Magnus, y entonces pensó que Robert podría responder que no había hecho más que defender a su esposa. Pensó que los Whitelaw podrían bajar las armas y detener el derramamiento de sangre nefilim.

Pero Rachel había sido el bebé de la familia, querida especialmente por todos. Los Whitelaw gritaron a una un desafío y se lanzaron a la refriega con redoblada ferocidad. Adam Whitelaw, un anciano impasible de cabello blanco que siempre había parecido seguir a su esposa, cargó contra el Círculo de Valentine blandiendo en alto una reluciente hacha y segando la vida a todos los que se le ponían por delante.

Magnus se acercó a los licántropos, a la mujer que era la única que aún permanecía en forma humana, aunque los dientes y las garras

le estaban creciendo.

—¿Por qué no estáis luchando? —le preguntó.

La licántropo lo miró como si fuera totalmente estúpido.

—Porque Valentine está aquí —contestó—. Porque tiene a mi hija. Se la llevó por ahí, y dijo que si intentábamos seguirlo, la mataría.

Magnus no tuvo ni un momento para pensar qué podría hacerle Valentine a la indefensa niña subterránea. Alzó una mano, hizo saltar por los aires al grueso cazador de sombras que guardaba la puerta al fondo de la sala y luego corrió hacia allí.

Oyó tras él los gritos de los Whitelaw:

—¡Bane, ¿adónde...?! —a los que siguió una voz, Magnus creyó que de Stephen, diciendo:

—¡Va a por Valentine! ¡Matadlo!

A través de la puerta, Magnus oyó un ruido bajo y horrible. La abrió de golpe.

Al otro lado había una habitación corriente, del tamaño de un dormitorio, aunque no había cama, solo dos personas y una única silla. Un hombre alto, con el cabello rubio casi blanco, vestido con el negro de los cazadores de sombras, se inclinaba sobre una niña de unos doce años. Ella estaba atada a la silla con una cuerda de plata, y profería un espantoso ruido bajo, una mezcla de gemido y gañido.

Por un momento, Magnus pensó que le brillaban los ojos, que la luz de la luna los había vuelto como espejos.

Su error duró un brevísimo instante. Valentine se apartó un poco y Magnus vio el origen del brillo de los ojos de la niña. No eran sus ojos. La luz de la luna se reflejaba en dos monedas de plata apretadas contra ellos; pequeños hilillos de humo se alzaban desde debajo de los brillantes discos mientras aquel terrible ruido salía por la boca de la niña. Trataba de contener el sonido de su dolor, porque estaba demasiado asustada por lo que Valentine podía hacerle después.

—¿Adónde ha ido tu hermano? —le preguntó este, y la niña continuó gimiendo, pero no dijo nada.

Por un momento, Magnus sintió como si se hubiera transformado en tormenta: negras nubes arremolinadas, el retumbar del trueno y el crepitar del rayo; y lo único que la tormenta quería era saltarle al cuello a Valentine. La magia de Magnus estalló casi por voluntad propia, saltándole de ambas manos. Fue como un rayo; ardía con un color tan azul que era casi blanco. Lanzó a Valentine por los aires. Este se estrelló con tal fuerza contra la pared que se oyó un resonante crujido; luego cayó deslizándose hasta el suelo.

Ese acto también le supuso un enorme gasto de poder, pero Magnus no podía pensar en eso. Corrió hasta la niña y la liberó de la cadena, luego le tocó el rostro con cuidadosa suavidad.

Ella ya lloraba sin contenerse; se estremecía y sollozaba bajo sus manos.

—Chist, chist. Me envía tu hermano. Soy un brujo. Estás a salvo —murmuró, y la sujetó delicadamente por la nuca.

Las monedas le estaban haciendo daño. Había que sacárselas. Pero ¿le causaría eso aún más dolor? Magnus podía curar, pero nunca había sido su especialidad, como lo era de Catarina, y no había curado a muchos licántropos. Eran muy resistentes. Solo podía esperar que la niña fuera resistente en ese momento.

Sacó las monedas con todo el cuidado que pudo y las lanzó contra la pared.

Era demasiado tarde. Había sido demasiado tarde incluso antes de que entrara. La niña estaba ciega.

—¿Mi hermano está a salvo? —preguntó ella.

—Tan a salvo como se puede estar, cariño —contestó Magnus—. Te llevaré con él.

En cuanto pronunció la palabra «él» notó la fría hoja hundírsele en la espalda y la boca se le llenó de sangre.

—Oh, ¿tú crees? —susurró la voz de Valentine en su oído.

La hoja se deslizó hacia fuera, y eso le dolió tanto como cuando había entrado. Magnus apretó los dientes y agarró el respaldo de la

silla con más fuerza, mientras se mantenía arqueado para proteger a la niña. Volvió la cabeza hacia Valentine. El hombre de pelo blanco parecía mayor que los otros líderes, pero Magnus no estaba seguro de si realmente era mayor o si su frío propósito hacía que su rostro pareciera tallado en mármol. El brujo deseó destrozárselo.

Valentine movió la mano, y Magnus solo consiguió agarrarlo por la muñeca para impedir que su espada le llegara al corazón.

Se concentró e hizo que su mano ardiera. La electricidad azul le circulaba por los dedos. Hizo que su contacto lo quemara como la plata había quemado a la niña, y sonrió de un modo siniestro cuando oyó el siseo de dolor de Valentine.

Este no le preguntó su nombre como habían hecho los otros, no trató a Magnus como si fuera una persona. Simplemente lo miró con ojos fríos, del mismo modo que alguien podía mirar a un repugnante animal que estuviera en su camino y le impidiera avanzar.

—Estás interfiriendo en mis asuntos, brujo.

Magnus le escupió sangre a la cara.

—Estás torturando a una niña en mi ciudad, cazador de sombras.

Con la mano libre, Valentine le dio un golpe que lo mandó tambaleándose hacia atrás. El cazador de sombras se volvió y fue hacia él, y Magnus pensó: «Bien». Eso quería decir que se alejaba de la niña.

Estaba ciega, pero era una licántropo; el olor y el sonido eran tan importantes para ella como la vista. Podía correr y encontrar a su familia.

—Cuando nos hemos dicho lo que era el otro y lo que estaba haciendo, creía que estábamos jugando —le dijo Magnus—. ¿Me he equivocado? ¿Puedo probar de nuevo? ¿Estás violando tu propia Ley sagrada, gilipollas?

Miró a la niña, esperando que echara a correr, pero ella parecía paralizada de terror. Magnus no se atrevió a decirle que corriera, por si eso atraía hacia ella la atención de Valentine.

El brujo alzó una mano y dibujó un hechizo en el aire, pero Valentine lo vio venir y lo esquivó. Saltó hacia arriba, y luego se impulsó contra la pared, con la velocidad de los nefilim, para embestir a Magnus. Lo golpeó en las piernas y lo derribó, luego lo pateó con brutalidad. Sacó una espada y fue a ensartarlo. Magnus rodó por el suelo y solo recibió un tajo de refilón en las costillas, que le cortó la camisa y la piel pero no le alcanzó ningún órgano vital. No esta vez.

Esperaba no morir ahí, en ese frío almacén, lejos de todos a los que amaba. Intentó levantarse del suelo, pero su propia sangre lo hacía resbaladizo, y los restos de magia que le quedaban no eran suficientes ni para curarse ni para luchar, menos aún para ambas cosas.

De repente, Marian Whitelaw estaba ante él, con las espadas desenvainadas y nuevas runas brillándole en los brazos. Con la mirada desenfocada, Magnus veía su cabello de plata reluciente.

Valentine blandió la espada y la partió casi por la mitad.

Magnus ahogó un grito: la salvación perdida tan rápidamente como la había encontrado. Después volvió la cabeza hacia el ruido de otros pasos sobre la piedra.

Había sido un tonto por haber esperado la llegada de otro salvador. Vio a uno del Círculo de Valentine, parado en la puerta con los ojos fijos en la niña.



—¡Valentine! —gritó Lucian Graymark. Corrió hacia la niña, y Magnus se tensó, se encogió para saltar y luego se inmovilizó al ver que Lucian cogía a la niña y se volvía hacia su jefe—. ¿Cómo has podido hacer esto? ¡Es una niña!

—No, Lucian. Es un monstruo con forma de niña.

Lucian sujetaba a la niña y le pasaba la mano por el cabello, acariciándola y tranquilizándola. Magnus comenzaba a pensar que

quizá hubiera juzgado mal a Lucian Graymark. El rostro de Valentine estaba tan blanco como un hueso. Más que nunca, parecía una estatua.

—Me prometiste obediencia incondicional. Dime, ¿de qué me sirve un segundo al mando que me desautoriza así?

—Valentine, te amo y comparto tu dolor —repuso Lucian—. Sé que eres un buen hombre. Sé que si te paras a pensarlo, verás que esto es una locura.

Cuando Valentine dio un paso hacia él, Lucian retrocedió. Curvó una mano protectora sobre la cabeza de la niña, que se aferraba a él con las piernecitas alrededor de su cintura. Lucian movió la otra mano como si fuera a por su arma.

—Muy bien —repuso tranquilamente Valentine al cabo de un instante—. Como tú quieras.

Se apartó para dejar pasar a Lucian Graymark por la puerta y volver a la sala en la que los licántropos habían pensado que podrían estar seguros. Dejó que Lucian devolviera la niña a los licántropos y lo siguió a cierta distancia.

Magnus no se fiaba de Valentine ni por un instante. No creería que la niña estaba a salvo hasta que la viera en brazos de su madre.

Lucian Graymark le había dado suficiente tiempo al brujo para reunir lo que le quedaba de su magia. Magnus se concentró, y notó que su piel se retorció mientras se vaciaba de todo su poder.

Se levantó del suelo y corrió tras ellos.



La sala de la pelea estaba mucho más silenciosa porque había un gran número de muertos. Alguien había conseguido volver a encender la luz. Había un licántropo muerto en el suelo, transformándose centímetro a centímetro en un joven pálido. Otro joven yacía muerto a su lado, uno del Círculo, y en la muerte no parecían diferentes.

Muchos de los cazadores de sombras del Círculo de Valentine aún estaban en pie. Ninguno de los Whitelaw. Maryse Lightwood tenía el rostro oculto entre las manos. Otros más se mostraban visiblemente perturbados. El frenesí de la batalla había pasado, y ahora bajo la luz, contemplaban el desastre.

—Valentine —dijo Maryse con voz implorante mientras su líder se acercaba—. Valentine, ¿qué hemos hecho? Los Whitelaw están muertos... Valentine...

Todos miraron a Valentine mientras se acercaba, y se apiñaron a su alrededor como niños asustados en vez de adultos. Valentine debía de haberlos convencido de muy jóvenes, pensó Magnus, pero no conseguía que le importara si les había lavado el cerebro o los había engañado, no después de lo que habían hecho. No parecía quedar ninguna compasión en su interior.

—No habéis hecho nada excepto intentar mantener la Ley —declaró Valentine—. Ya sabéis que todos los traidores a nuestra gente pagarán algún día. Si hubieran elegido quedarse al margen y confiar en nosotros, sus compañeros hijos del Ángel, no habría pasado nada.

—¿Y qué pasará con la Clave? —preguntó el hombre de pelo rizado con una nota de desafío en la voz.

—Michael —murmuró el marido de Maryse.

—¿Qué pasa con ellos, Wayland? —preguntó Valentine con voz seca—. Los Whitelaw han muerto por culpa de unos licántropos rebeldes. Es la verdad, y eso le diremos a la Clave.

El único del Círculo que no escuchaba desesperadamente a Valentine era Lucian Graymark. Fue hasta donde estaba la mujer licántropo y le puso a la niña en brazos. Magnus oyó a la mujer gemir cuando vio los ojos de su hija. Oyó cómo comenzaba a llorar en silencio. Lucian se quedó junto a la madre y la hija, consternado, luego cruzó la sala con paso repentinamente decidido.

—Vámonos, Valentine —dijo—. Todo esto de los Whitelaw ha sido... ha sido un terrible accidente. No podemos dejar que el Círculo

sufra por ello. Debemos irnos ahora. Estas criaturas no valen nuestro tiempo, ninguna de ellas. Estos licántropos son solo unos que se han separado de la manada. Esta noche, tú y yo iremos a cazar al campamento de los licántropos, donde está la verdadera amenaza. Juntos derrotaremos al jefe de la manada.

—Juntos. Pero mañana por la noche. ¿Vienes a casa esta noche?
—le preguntó Valentine en voz baja—. Jocelyn quiere decirte algo.

Lucian cogió a Valentín del brazo, sin duda aliviado.

—Por supuesto. Lo que sea por Jocelyn. Lo que sea por cualquiera de vosotros dos. Ya lo sabes.

—Amigo mío —repuso Valentine—. Lo sé.

Valentine le cogió el brazo a Lucian, pero Magnus se fijó en la mirada que le echaba. Había cariño en esa mirada, pero también había odio, y el odio estaba ganando. Era tan claro como la aleta plateada de un tiburón en las oscuras aguas de los ojos de Valentine. Había muerte en esos ojos.

Magnus no se sorprendió. Había conocido a muchos monstruos que podían amar, pero solo a unos cuantos que habían dejado que ese amor los cambiara, que habían sido capaces de transformar el amor por una persona en bondad para con muchos.

Recordó el rostro de Valentine cuando el líder del Círculo había dividido a Marian Whitelaw en dos sangrientas mitades, y Magnus se preguntó cómo sería vivir con alguien como Valentine, se preguntó cómo sería para su esposa, a la que Marian había descrito como encantadora. Se podía compartir la cama con un monstruo, apoyar la cabeza en la almohada junto a otra cabeza llena de muerte y locura. El propio Magnus lo había hecho.

Pero el amor ciego no duraba. Un día alzabas la cabeza de la almohada y te dabas cuenta de que vivías en una pesadilla.

Lucian Graymark podía ser el único de todo el grupo que valiera la pena, y Magnus estaba seguro de que ya era como si estuviera muerto.

Se había equivocado terriblemente al permitir que el pasado lo engañara; se había equivocado al pensar que quien tenía un fondo de bondad era Stephen Herondale. Miró a Stephen, a su hermoso rostro y su boca débil. Tuvo el súbito impulso de decirle que él había conocido y querido a sus antepasados, que para Tessa él sería una gran decepción. Pero no quería que el Círculo de Valentine se acordara de Tessa o fuera tras ella.

Permaneció en silencio. Stephen Herondale había escogido su propio bando y Magnus el suyo.

El Círculo de Valentine se retiró del almacén, marchando como un pequeño ejército.

Magnus corrió a donde yacía Adam Whitelaw en medio de un charco de su propia sangre; su brillante hacha, ennegrecida e inmóvil, en el mismo charco.

—¿Marian? —quiso saber Adam. Magnus se arrodilló sobre el charco, buscando con las manos las peores heridas para cerrarlas. Había muchas, demasiadas.

Miró a Adam a los ojos, en los que la luz se iba apagando, y supo que Adam había leído la respuesta en su rostro incluso antes de que él pudiera pensar en mentirle.

—¿Mi hermano? —preguntó Adam—. ¿Los... los niños?

Magnus contempló a los muertos alrededor de la sala. Cuando volvió a mirar a Adam, este había apartado el rostro y apretaba los labios para no mostrar su dolor ni su pena. Después, Adam alzó una mano, detuvo la de Magnus y apoyó la cabeza en su brazo.

—Basta, brujo —dijo con voz rasposa—. No querría... no querría vivir aunque pudiera. —Tosió, un sonido horrible y húmedo, y cerró los ojos.

—*Ave atque vale*, cazador de sombras —susurró Magnus—. Tu ángel estaría orgulloso.

Adam Whitelaw no pareció oírlo. Solo un momento después, el último de los Whitelaw murió en brazos de Magnus.



La Clave creyó que a los Whitelaw los habían matado unos licántropos rebeldes, y nada de lo que Magnus repitió una y otra vez la hizo cambiar esa idea. No había esperado que lo creyeran. Ni siquiera estaba muy seguro de por qué había dicho nada al respecto, aparte de porque los nefilim hubieran preferido que se quedara callado.

Magnus esperó a que el Círculo regresara.

El Círculo no volvió a Nueva York, pero Magnus los vio tiempo después otra vez. En el Alzamiento.

No mucho después de la noche en el almacén, Lucian Graymark desapareció como si hubiera muerto, y Magnus supuso que eso era lo que había ocurrido. Luego, un año más tarde, Magnus volvió a saber de Lucian. Ragnor Fell le contó que había un licántropo que antes había sido cazador de sombras y que estaba haciendo correr la voz de que había llegado la hora, que los subterráneos tenían que prepararse para luchar contra el Círculo. Valentine desveló sus planes y armó a su Círculo en el momento en que los Acuerdos de paz entre los nefilim y los subterráneos tenían que ratificarse de nuevo. Su Círculo abatió a cazadores de sombras y a subterráneos por igual en el Gran Salón del Ángel.

Gracias al aviso de Lucian Graymark, los subterráneos pudieron irrumpir en el Gran Salón y sorprender al Círculo de Valentine. Habían sido advertidos de antemano e iban fuertemente armados.

Entonces, los cazadores de sombras sorprendieron a Magnus, como lo habían sorprendido antes los Whitelaw. Lucharon por las alianzas que había jurado mantener y por la paz, y el Círculo de Valentine fue derrotado.

Pero cuando acabó la batalla, los cazadores de sombras culparon a los subterráneos de la muerte de tantos de los suyos, como si esa

batalla hubiera sido idea del submundo. Los cazadores de sombras se enorgullecían de su justicia, pero esta siempre acababa resultando amarga para los de Magnus.

Las relaciones entre los nefilim y el submundo no mejoraron, y el brujo perdió la esperanza de que lo hicieran alguna vez.

Sobre todo cuando la Clave envió a los miembros del Círculo que quedaban, los Lightwood y a otro miembro llamado Hodge Starkweather, a Nueva York, para expiar sus crímenes dirigiendo el Instituto de esa ciudad como exiliados de la Ciudad de Cristal. Los cazadores de sombras habían quedado muy reducidos en número después de la masacre, y no podían aumentar sus filas sin la Copa Mortal, que parecía haberse perdido junto con Valentine. Los Lightwood sabían que habían sido tratados con mucha clemencia debido a sus buenos contactos en la Clave, y que si se desviaban del camino marcado, aunque fuera una sola vez, la Clave acabaría con ellos.

Raphael Santiago, líder de los vampiros, que debía a Magnus un favor, o puede que incluso veinte, informó que los Lightwood eran distantes pero escrupulosamente justos con todos los subterráneos con los que se relacionaban. Magnus sabía que tarde o temprano tendría que trabajar con ellos, tendría que aprender a ser educado con ellos, pero prefería que fuera lo más tarde posible. Toda la maldita tragedia del Círculo de Valentine había acabado, y Magnus prefería no mirar atrás, hacia la oscuridad, sino hacia delante, y confiar en la luz.

Durante más de dos años después del Alzamiento, Magnus no volvió a ver a nadie del Círculo de Valentine. Hasta que ocurrió.

Nueva York, 1993

La vida de los brujos era una vida de inmortalidad, magia, *glamour* y efervescencia año tras año.

Pero a veces Magnus prefería quedarse en casa y ver la tele, como cualquier otra persona. Estaba tirado en el sofá con Tessa y veían el vídeo de *Orgullo y prejuicio*. Tessa se estaba quejando desde hacía rato de que el libro era mucho mejor.

—Eso no es lo que hubiera querido Jane Austen —decía Tessa—. Si lo viera, seguro que se horrorizaría.

Magnus se levantó del sofá y se acercó a la ventana. Estaba esperando a que le llevaran la comida china que había encargado, y se encontraba hambriento después de un largo día de ocio y disipación. Pero no veía al repartidor. La única persona que pasaba por la calle era una joven con un bebé bien abrigado contra el frío. Caminaba deprisa, sin duda de camino a su casa.

—Si Jane Austen pudiera ver esto —repuso Magnus—, supongo que se pondría a gritar: «¡Hay demonios diminutos en esa caja! ¡Traed al clérigo!», mientras golpeaba el televisor con la sombrilla.

Sonó el timbre de la puerta y Magnus se apartó de la ventana.

—Por fin —exclamó, mientras cogía el billete de diez dólares de la mesita cercana a la puerta y apretaba el botón del interfono para abrir al repartidor—. Necesito carne y brócoli antes de seguir aguantando al señor Darcy. Es una verdad reconocida universalmente que si ves demasiada televisión con el estómago vacío se te cae la cabeza.

—Si se te cayera la cabeza —bromeó Tessa—, la industria de la peluquería entraría en crisis.

Magnus asintió y se tocó el cabello, que llevaba cortado recto a la altura de la barbilla. Abrió la puerta, aún en esa pose, y se encontró mirando a una mujer con una corona de rizos pelirrojos. Llevaba en brazos a un bebé. Era la mujer que había visto por la ventana hacía un momento. Magnus se sorprendió al ver a alguien en su puerta con un aspecto tan... mundano.

La joven iba vestida con unos gastados vaqueros y una camiseta desteñida. Bajó la mano, que tenía alzada como si fuera a llamar a la puerta con los nudillos, y Magnus le vio el rastro de unas cicatrices

plateadas en el brazo. Había visto demasiadas como esas para poder equivocarse.

Llevaba las Marcas del Convenio, los restos de viejas runas en su piel, como recuerdos. No era mundana en absoluto. Era una cazadora de sombras, pero una cazadora de sombras que no llevaba Marcas recientes, que no vestía como ellos.

No estaba allí por asuntos oficiales de los cazadores de sombras. Tenía problemas.

—¿Quién eres? —le preguntó Magnus.

La mujer tragó saliva.

—Soy... Era Jocelyn Morgenstern.

Aquel nombre conjuró recuerdos de años atrás. Magnus recordó la hoja atravesándole la espalda y el sabor de la sangre en la boca. Le entraron ganas de escupir.

La esposa del monstruo en su puerta. Magnus no podía apartar los ojos de ella.

Ella también lo miraba. Parecía anonadada por su pijama. Magnus se sintió francamente ofendido. No había invitado a ninguna esposa de ningún enloquecido líder de un culto de odio a que se pasara por su casa y criticara su guardarropa. Si le apetecía prescindir de la camisa y llevar un pijama escarlata cerrado con cordones con un estampado de osos polares negros junto con un batín de seda negra, podía hacerlo. Nadie que hubiera tenido la suerte de ver a Magnus en sus galas de dormitorio se había quejado nunca.

—No recuerdo haber pedido una esposa de maníaco malvado —repuso Magnus—. Sin duda era ternera y brócoli. ¿Y tú qué, Tessa? ¿Has pedido tú una esposa de maníaco malvado?

Abrió más la puerta para que Tessa pudiera ver quién estaba allí. Por un momento, nadie dijo nada más. Entonces Magnus vio que el bulto cubierto de mantas en brazos de Jocelyn se movía. En ese instante recordó que había un bebé.

—He venido aquí, Magnus Bane —dijo Jocelyn—, para rogarte

que me ayudes.

Magnus apretó el borde de la puerta hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Déjame pensarlo —contestó—. No.

Lo detuvo la voz de Tessa.

—Permítele entrar, Magnus.

Este se volvió para mirar a Tessa.

—¿En serio?

—Quiero hablar con ella.

La voz de Tessa había adquirido un tono extraño. Además, el repartidor acababa de aparecer por el corredor con la comida. Magnus dejó pasar a Jocelyn, le entregó los diez dólares al confuso repartidor y le cerró la puerta en las narices antes de que este pudiera darle la bolsa de la comida.

Jocelyn se quedó en la puerta, incómoda. La personita que llevaba en los brazos pateó el aire con sus piernecitas.

—Tienes un bebé —dijo Magnus, señalando lo que resultaba evidente.

Tessa fue hacia ellos en silencio y se puso junto a Jocelyn. Aunque llevaba unos *leggings* negros y una enorme camiseta gris en la que ponía William quiere una muñeca, siempre mantenía un aire de seriedad y autoridad. La camiseta era un eslogan feminista que reivindicaba que a los niños les gustaba jugar con muñecas y a las niñas con camiones, pero Magnus sospechaba que la había elegido, en parte, por el nombre. El esposo de Tessa llevaba tanto tiempo muerto que su nombre le evocaba recuerdos felices y borrosos en vez de la intensa agonía que había sentido durante años después de su muerte. Otros brujos habían amado y perdido al ser amado, pero pocos eran tan irremediabilmente fieles como Tessa. Décadas después, aún no había permitido a nadie ni siquiera estar cerca de ganar su corazón.

—Jocelyn Fairchild —dijo Tessa—. Descendiente de Henry Branwell y Charlotte Fairchild.

Jocelyn parpadeó sorprendida, como si no se hubiera esperado un discurso sobre su propia genealogía.

—Así es —repuso con cautela.

—Los conocí, ¿sabes? —explicó Tessa—. Te pareces mucho a Henry.

—¿Los conociste? Entonces debes de ser...

Henry llevaba muerto casi un siglo, y Tessa no parecía tener más de veinticinco años.

—¿También eres bruja? —preguntó Jocelyn con recelo.

Magnus vio que sus ojos recorrían a Tessa de la cabeza a los pies, buscando la marca del demonio, la señal que indicaría a los cazadores de sombras que era impura, inhumana y despreciable. Algunos brujos podían esconder su marca bajo la ropa, pero Jocelyn podría mirar a Tessa todo lo que quisiera y nunca encontraría ninguna marca.

Tessa no se irguió de una forma visible, pero resultó evidente que era más alta que Jocelyn, y que sus ojos grises podían ser muy fríos.

—Lo soy —contestó Tessa—. Soy Theresa Gray, hija de un Gran Demonio y de Elizabeth Gray, que nació siendo Adele Starkweather, una de los vuestros. Fui esposa de William Herondale, que dirigió el Instituto de Londres, y fui la madre de James Herondale y Lucie Blackthorn. Will y yo criamos a nuestros hijos cazadores de sombras para proteger a los mundanos, para vivir de acuerdo con las leyes de la Clave y el Convenio, y para respetar los Acuerdos.

Habló de un modo que conocía bien, a la manera de los nefilim.

—Durante un tiempo viví entre los cazadores de sombras —continuó Tessa a media voz—. Hubo una época en que casi podría haberte parecido una persona.

Jocelyn se veía perdida, como le pasa a la gente cuando se entera de algo tan sorprendente que de repente todo le parece desconocido.

—Entenderé que encuentres imperdonables mis crímenes contra los subterráneos —repuso Jocelyn—, pero no... no tengo ningún otro sitio adonde ir. Y necesito ayuda. Mi hija necesita ayuda. Es una

cazadora de sombras e hija de Valentine. No puede vivir entre los suyos. No podemos regresar jamás. Necesito un hechizo que le cierre los ojos a todo excepto al mundo de los mundanos. No tiene que saber nunca quién era su padre. —Jocelyn casi se atragantó, pero alzó la barbilla y añadió—: O lo que hizo su madre.

—Así que vienes a rogarnos —replicó Magnus—, a nosotros, los monstruos.

—Yo no tengo nada contra los subterráneos —dijo Jocelyn finalmente—. Mi... mejor amigo es un subterráneo, y no creo que sea tan diferente de la persona a la que siempre he querido. Me equivoqué. Tendré que vivir cargando siempre con lo que hice. Pero, por favor, mi hija no ha hecho nada.

Su mejor amigo, un subterráneo. Magnus supuso que Lucian Graymark seguía vivo, aunque nadie lo había visto desde el Alzamiento. La opinión que tenía Magnus de Jocelyn mejoró por decir que Lucian era su mejor amigo. La gente decía que ella y Lucian habían planeado juntos la derrota de Valentine, aunque Jocelyn no estuvo allí después de la batalla para confirmar el rumor. Magnus no había visto a Jocelyn durante el Alzamiento. No supo si creer lo que se decía o no.

A menudo, Magnus había considerado que la justicia de los cazadores de sombras era cruel, y él no quería ser cruel. Miró el rostro desesperado y cansado de la mujer y el bulto que tenía entre los brazos, y no pudo ser cruel. Creía en la redención, en la gracia imperfecta de toda persona que conocía. Era una de las pocas cosas en las que tenía que creer, en la posibilidad de la belleza ante la realidad de tanta fealdad.

—Has dicho que estuviste casada con un Herondale. —Jocelyn apeló a Tessa, con una voz tan baja que parecía reconocer la debilidad de su argumento, pero lo planteó de todas maneras—. Stephen Herondale era mi amigo...

—Stephen Herondale me habría matado si me hubiera conocido —

replicó Tessa—. Yo no habría estado segura viviendo entre gente como tú o como él. Soy esposa y madre de guerreros que lucharon y murieron, y que nunca se deshonraron como lo hicisteis vosotros. He llevado el traje de combate, he empleado espadas y he matado demonios, y todo lo que deseaba era vencer la maldad para poder vivir y ser feliz con los que amaba. Esperaba haber construido un mundo mejor y más seguro para mis hijos. Por culpa del Círculo de Valentine, el linaje de los Herondale, el linaje que era el de los hijos de los hijos de mi hijo, se ha perdido. Eso pasó por tu culpa, por la de tu Círculo y por la de tu esposo. Stephen Herondale murió con odio en el corazón y la sangre de mi gente en las manos. No puedo imaginar un final peor para el linaje de Will y mío. Tendré que cargar toda mi vida con la herida que el Círculo de Valentine me infligió, y yo viviré eternamente.

Tessa permaneció en silencio un momento, y miró el rostro desesperado y pálido de Jocelyn.

—Pero Stephen Herondale tomó sus propias decisiones —añadió en tono más amable—, y tú has tomado otra decisión que no es odiar. Sé que Valentine no podría haber sido derrotado sin tu ayuda. Y tu hija no ha hecho ningún daño a nadie.

—Eso no significa que tenga derecho a nuestra ayuda —la interrumpió Magnus. No quería negarle la ayuda a Jocelyn, pero una vocecita en su interior seguía insistiendo en que ella era el enemigo—. Además, no soy una organización caritativa para cazadores de sombras, y dudo que tenga dinero para pagar por mi ayuda. Los fugitivos pocas veces disponen de una buena financiación.

—Encontraré el dinero —repuso Jocelyn—. No necesito caridad, y ya no soy una cazadora de sombras. No quiero tener nada más que ver con los cazadores de sombras. Quiero ser otra persona. Quiero criar a mi hija para que sea otra persona, que no esté ligada a la Clave y que nadie la engañe. Quiero que sea más valiente que yo, más fuerte de lo que yo lo fui y que no deje que nadie decida su destino por ella.

—Nadie podría pedir más para su hijo —repuso Tessa, y se acercó más—. ¿Puedo cogerla?

Jocelyn vaciló un momento y sujetó con fuerza a su pequeña hija. Luego, lentamente, a desgana, con movimientos sincopados, se inclinó hacia delante y depositó a su bebé con inmenso cuidado en los brazos de la mujer que acababa de conocer.

—Es muy guapa —murmuró Tessa. Magnus no sabía si su amiga había cogido a un bebé en las últimas décadas, pero se llevó la niña a la cadera y la sostuvo con el interior del brazo, con el gesto instintivo y normal de una madre. Magnus la había visto una vez coger a uno de sus nietos de esa misma forma—. ¿Cómo se llama?

—Clarissa —contestó Jocelyn. Miraba a Tessa fijamente, y luego, como si le estuviera confiando un secreto, añadió—: Yo la llamo Clary.

Magnus miró a la niña por encima del hombro de Tessa. Era mayor de lo que Magnus había pensado, pequeña para su edad, pero su rostro había perdido ya la redondez de la primera infancia: debía de tener casi dos años, y ya se parecía a su madre. Se parecía a los Fairchild. Tenía rizos pelirrojos, del mismo color que los de Henry, y ojos verdes, claros como el cristal y brillantes como una joya, y parpadeaba curiosa mirando a su alrededor. No parecía tener ningún problema por estar con una desconocida. Tessa le acomodó mejor la manta, y el puñito de Clary se cerró decidido sobre su dedo. Se lo movió de un lado al otro, como mostrando su nueva posesión.

Tessa sonrió a la niña, una sonrisa lenta y brillante.

—Hola, Clary —susurró.

Era evidente que Tessa ya se había decidido. Magnus se inclinó, con el hombro apoyado ligeramente en el de Tessa, y miró el rostro de la niña. Agitó la mano para llamar su atención, moviendo los dedos para que todos los anillos destellaran bajo la luz. Clary se rio, toda dientes blancos y alegría, y Magnus notó que el nudo del resentimiento comenzaba a aflojarse en su interior.

La pequeña hizo una clara e imperiosa señal de que quería que la dejaran en el suelo, pero Tessa se la devolvió a Jocelyn para que la madre decidiera si quería ponerla en el suelo o no. Quizá Jocelyn no quisiera que su hija se paseara por la casa de un brujo.

Jocelyn miró a su alrededor con cierta aprensión, pero o bien decidió que era seguro dejarla en el suelo, o la pequeña y decidida Clary era obstinada y su madre sabía que era mejor no llevarle la contraria. La puso en el suelo, y Clary se fue de exploración caminando con torpeza. Los adultos se quedaron quietos y observaron su brillante cabecita moverse mientras ella cogía, por turno, el libro de Tessa, una de las velas de Magnus (que mordisqueó pensativa durante un momento) y una bandeja de plata que Magnus había dejado bajo el sofá.

—Vaya cosita curiosa que es, ¿no? —comentó Magnus. Jocelyn lo miró. Sus ojos habían estado clavados ansiosamente en su hija. Magnus se descubrió sonriéndole—. No es una mala cualidad —le aseguró—. Puede acabar siendo una aventurera.

—Quiero que crezca segura y feliz —dijo Jocelyn—. No quiero que corra aventuras. Las aventuras ocurren cuando la vida es cruel. Quiero que tenga una vida mundana, tranquila y dulce, y esperaba que naciera incapaz de ver el Mundo de las Sombras. No es un mundo para un niño. Pero nunca he tenido demasiada suerte con mis esperanzas. Esta tarde la he visto intentando jugar con un hada en un seto. Necesito que me ayudes. Necesito que la ayudes. ¿Puedes cegarle esa parte?

—¿Puedo arrancar una parte esencial del ser de tu hija y convertirla en algo que te complazca más? —preguntó Magnus—. Si quieres que al final esté loca...

Lamentó esas palabras en cuanto las hubo pronunciado. Jocelyn se lo quedó mirando, pálida, como si acabaran de golpearla. Pero Jocelyn Morgenstern no era la clase de mujer que lloraba, ni la clase de mujer que se rendía fácilmente, o Valentine la hubiera quebrantado hacía

mucho. Así que se irguió y habló con voz firme.

—¿Hay alguna otra cosa que puedas hacer?

—Hay... algo que podría intentar —contestó Magnus.

No dijo que fuera a hacerlo. Mantuvo la mirada sobre la niña y pensó en la niña licántropo que Valentine había cegado; en Edmund Herondale, desposeído de sus Marcas siglos atrás; en los hijos de Tessa, Jamie y Lucie, y todo lo que habían tenido que soportar. No iba a entregar a un niño a los cazadores de sombras, para los que la Ley iba antes que la piedad.

Clary miraba al pobre gato de Magnus. *El Gran Gatsby*, ya entrado en años, estaba tumbado sobre un cojín de terciopelo, con la peluda cola gris colgando de él.

Los adultos vieron que el desastre era inminente. Dieron un paso adelante al unísono, pero Clary ya había agarrado con fuerza la cola de *El Gran Gatsby*, con el aire regio y seguro de una condesa tirando de la cuerda de la campanilla para llamar a su doncella.

El Gran Gatsby lanzó un maullido lastimero para protestar por esa humillación, se volvió y arañó a Clary, que se puso a gritar. Al instante, Jocelyn estaba arrodillada junto a ella, con su cabello pelirrojo desparramado como un velo sobre su hija, como una pantalla que protegiera a Clary del mundo.

—¿Tiene algo de *banshee*? —preguntó Magnus por encima del agudo chillido del bebé. Clary parecía una sirena de policía. Magnus pensó que lo iban a arrestar por vigésimo séptima vez. Jocelyn los miró a través de su cabello, y Magnus alzó las manos en señal de burlona rendición—. Oh, perdóname por pensar que las líneas de sangre de un hijo de Valentine puedan no ser totalmente puras.

—Va, Magnus —lo reconvino Tessa. Ella había amado a muchos más cazadores de sombras que Magnus. Se acercó a Jocelyn y le puso la mano en el hombro. Esta no se apartó.

—Si quieres que tu hija esté a salvo —dijo Magnus—, no necesita solo un hechizo que le oculte su propia Visión. Necesita estar

protegida también de lo sobrenatural, por si se le acerca algún demonio.

—¿Y qué Hermana de Hierro o Hermano Silencioso realizaría esa ceremonia por mí sin entregarnos a Clary y a mí a la Clave? —quiso saber Jocelyn—. No. No puedo arriesgarme. Si no sabe nada del Mundo de las Sombras, estará a salvo.

—Mi madre era una cazadora de sombras que no sabía nada del Mundo de las Sombras —explicó Tessa—. Eso no la mantuvo a salvo.

Jocelyn miró a Tessa con una expresión de horror al inferir la historia de lo que había ocurrido: que un demonio había tenido acceso a una cazadora de sombras sin protección, y Tessa había sido el resultado.

Se hizo el silencio. Clary se había vuelto hacia Tessa con curiosidad cuando esta se le acercó, y como por ensalmo dejó de llorar. Tendió sus bracitos regordetes hacia Tessa. Jocelyn dejó que cogiera a Clary de nuevo, y esta vez la niña no hizo ningún intento de que volviera a dejarla en el suelo. Se secó la carita manchada de lágrimas en la camiseta de Tessa. Parecía un gesto de afecto. Magnus confió en que nadie le ofreciera coger a Clary en su pegajoso estado actual.

Jocelyn parpadeó y comenzó a sonreír lentamente. Magnus se fijó por primera vez en que era hermosa.

—Clary nunca va con desconocidos. Quizá... quizá note que para los Fairchild no eres una desconocida.

Tessa miró a Jocelyn con sus claros ojos grises. Magnus pensó que, en este caso, Tessa estaba viendo más que él.

—Quizá. Te ayudaré con la ceremonia —prometió—. Conozco a un Hermano Silencioso que guardará cualquier secreto si yo se lo pido.

Jocelyn bajó la cabeza.

—Gracias, Theresa Gray.

A Magnus se le ocurrió pensar en lo indignado que se sentiría

Valentine al ver a su esposa suplicando a subterráneos, pensar en su hija en manos de una bruja. La idea que había tenido Magnus de responder a la petición de Jocelyn con crueldad se disipó todavía más. Esta parecía una venganza que valía la pena llevar a cabo: probar, incluso después de su muerte, cuán errado había estado Valentine.

Se acercó a las dos mujeres y la niña. Miró a Tessa y la vio asentir.

—Muy bien, entonces —declaró Magnus—. Parece que te vamos a ayudar, Jocelyn Morgenstern.

Jocelyn hizo una mueca casi de dolor.

—No me llames así. Soy... soy Jocelyn Fairchild.

—Creía que ya no eras una cazadora de sombras —replicó Magnus—. Si no quieres que te encuentren, cambiarte el apellido parece un primer paso muy elemental. Créeme, soy un experto. He visto un montón de películas de espías.

Jocelyn parecía escéptica, y Magnus puso los ojos en blanco.

—Yo tampoco nací llamándome Magnus Bane —explicó—. Ese nombre me lo inventé yo.

—Pues yo siempre me he llamado del mismo modo —comentó Tessa—. Pero deberías elegir el nombre que te parezca mejor. Siempre he dicho que las palabras tienen mucho poder, y eso incluye también los nombres. El nombre que elijas para ti puede decirte cuál será tu destino y quién pretendes ser.

—Llamadme Fray. Dejadme unir los nombres de los Fairchild, mi familia perdida, y el de Gray. Porque tú eres... una amiga de la familia —dijo Jocelyn con repentina firmeza.

Tessa le sonrió, sorprendida y complacida, y Jocelyn sonrió a su hija. Magnus vio la determinación en su rostro. Valentine había intentado acabar con el mundo como lo conocía Magnus, pero esa mujer había ayudado a acabar con Valentine, y ahora estaba mirando a su hija como si fuera a crear otro mundo, nuevo y reluciente, solo para ella, para que a Clary nunca la alcanzara la oscuridad de su pasado.

Magnus sabía lo que era desear olvidar tanto como lo deseaba Jocelyn, conocía la apasionada urgencia por proteger que acompaña al amor.

Quizá ningún niño de la nueva generación, ni esa obstinada cosita pelirroja, ni los medio hada Helen y Mark Blackthorn en el Instituto de Los Ángeles, ni siquiera los hijos de Maryse Lightwood, que crecían en Nueva York, lejos de la Ciudad de Cristal, tuvieran que conocer toda la verdad sobre la fealdad del pasado.

Jocelyn acarició la carita de su hija y todos la contemplaron sonreír, solo por la simple alegría de vivir. Era toda una historia en sí misma, dulce y llena de esperanza, comenzando.

—Jocelyn y Clary Fray —dijo solemnemente Magnus—. Encantado de conoceros.

El curso del amor verdadero

(y las primeras citas)

de Cassandra Clare



Alec tenía los ojos exageradamente abiertos. Magnus sospechó que había sido un acto reflejo y que, en realidad, no había pretendido usar contra un mundano la fuerza destinada a enemigos demoníacos. El tipo pelirrojo graznó, mostrando una ortodoncia correctora en los dientes, y aleteó con las manos en lo que parecía ser una rendición urgente o bien una muy buena imitación de un pato presa del pánico.

—¡Tío! —exclamó—. ¡Lo siento! ¡De verdad! ¡No sabía que fueras un ninja!

El curso del amor verdadero







Era viernes por la noche en Brooklyn, y las luces de la ciudad se reflejaban en el cielo: nubes teñidas de color naranja presionaban el calor del verano contra las aceras como una flor en medio de las páginas de un libro. Magnus iba de un lado al otro de su piso, solo y preguntándose, con lo que únicamente era un ligero interés, si iban a darle plantón.

Que un cazador de sombras le pidiera para quedar formaba parte de las diez cosas más extrañas e inesperadas que le habían sucedido, y Magnus siempre había tratado de vivir una vida inesperada.

Se sorprendió a sí mismo aceptando.

El último martes transcurrió como un aburrido día en casa con el gato y un inventario que incluía sapos cornudos. Entonces, Alec Lightwood, el hijo mayor de los cazadores de sombras que dirigían el Instituto de Nueva York, había aparecido en su puerta, le había dado las gracias por salvarle la vida y le había propuesto que quedaran mientras por el rostro le pasaban cincuenta tonos de rubor entre el rosa y el malva. Como respuesta, Magnus perdió la cabeza, lo besó, y quedaron en verse el viernes.

Todo había sido muy raro. Para empezar, Alec había ido a darle las gracias por salvarle la vida. Muy pocos cazadores de sombras hubieran pensado en hacer algo así. Consideraban que la magia era su

derecho, que podían usarla siempre que la necesitaran, y veían a los brujos como una comodidad o una molestia. A la mayoría de los nefilim se les habría ocurrido antes dar las gracias al ascensor por llevarlos al piso que querían.

Luego estaba el que ningún cazador de sombras le había pedido nunca una cita. Habían buscado favores de diferentes tipos: mágicos, sexuales y extraños. Pero ninguno de ellos había querido pasar el rato con él, ir a ver una peli y compartir las palomitas. Ni siquiera estaba seguro de que los cazadores de sombras vieran películas.

Era algo tan simple, una petición tan directa... Como si ningún cazador de sombras hubiera organizado un lío porque Magnus lo había tocado, o le hubiera escupido «brujo» como si se tratara de un insulto. Como si todas las heridas se pudieran curar, hacer como si nunca hubieran existido, y el mundo pudiera ser del modo que se veía a través de los ojos azul claro de Alec Lightwood.

En aquel momento, Magnus había dicho que sí porque quería decir sí. Sin embargo, era posible que lo hubiera dicho porque era un idiota.

Magnus no dejaba de recordarse que, a fin de cuentas, Alec tampoco estaba tan interesado en él. Solo estaba respondiendo a la única atención masculina que había recibido nunca. Alec no había salido del armario, era tímido, evidentemente inseguro y estaba claro que se había colgado de su rubio amigo Trace Wayland. Magnus estaba casi seguro de que se llamaba así, pero Wayland le había recordado de forma inexplicable a Will Herondale, y Magnus no quería pensar en Will. Sabía que la mejor manera de evitar que se le rompiera el corazón era no pensar en amigos perdidos y no volver a liarse con los cazadores de sombras.

Se dijo que esa cita sería un poco de diversión, un incidente aislado en una vida que se había vuelto algo rutinaria, y nada más.

Intentó no pensar en el modo en que le había dado a Alec una salida, y en cómo este lo miró y le dijo con devastadora sencillez: «Me gustas». Magnus siempre se había considerado alguien que podía

envolver a la gente en palabras, hacerla tropezar o ponerle un velo ante los ojos cuando debía hacerlo. Era asombroso cómo Alec podía ver a través de todo eso. Y lo más asombroso era que ni siquiera pareciera intentarlo.

En cuanto Alec se hubo marchado, Magnus llamó a Catarina, le hizo jurar que guardaría el secreto y se lo contó todo.

—¿Has aceptado salir con él porque crees que los Lightwood son unos gilipollas y quieres demostrarles que puedes pervertir a su niño? —preguntó Catarina.

Magnus puso un pie con suavidad sobre *Presidente Miau*.

—No creo que los Lightwood sean unos gilipollas —admitió—. Y eso no parece algo que yo haría, maldita sea.

—No, la verdad es que no —admitió Catarina—. Eres sarcástico doce horas al día, pero casi nunca rencoroso. Tienes un buen corazón debajo de toda esa purpurina.

Catarina era la que tenía buen corazón. Magnus sabía exactamente de quién era hijo y de dónde provenía.

—Incluso si fuera por rencor, nadie podría culparte, no después de lo del Círculo, después de todo lo que ocurrió.

Magnus miró por la ventana. Había un restaurante polaco al otro lado de la calle, sus luces destellantes anunciaban *borscht* y café (cabía esperar que no mezclados) las veinticuatro horas del día. Pensó cómo le habían temblado las manos a Alec cuando le preguntó a Magnus si quería quedar con él, y en lo alegre y estupefacto que pareció cuando Magnus le contestó que sí.

—No —dijo—. Seguramente sea una mala idea, con toda probabilidad la peor idea de esta década, pero no ha tenido nada que ver con sus padres. Le dije que sí por él.

Catarina guardó silencio un momento. Si Ragnor estuviera por ahí se habría reído, pero Ragnor se había largado a un balneario en Suiza para una serie de complicados tratamientos faciales cuyo objetivo era eliminar el color verde de su piel. Catarina tenía el instinto de una

sanadora: sabía cuándo ser amable.

—Entonces, buena suerte con tu cita —dijo finalmente.

—Te lo agradezco, pero no necesito suerte; necesito ayuda —repuso Magnus—. Que vaya a ir a esa cita no significa que esta vaya a salir bien. Soy encantador, pero hacen falta dos para bailar el tango.

—Magnus, recuerda lo que pasó la última vez que intentaste bailar un tango. El zapato te salió volando y casi mata a alguien.

—Era una metáfora. Es un cazador de sombras, es un Lightwood y le gustan los rubios. Es un peligro de cita. Necesito una estrategia de escape. Si la cita es un completo desastre, te enviaré un mensaje. Diré: «Ardilla Azul, este es Zorro Guaperas. Abortar la misión con máxima cautela». Y entonces tú me llamas y me dices que hay una terrible emergencia que requiere mi experta asistencia mágica.

—Me parece innecesariamente complicado. Es tu teléfono, Magnus; no hacen falta nombres en clave.

—Vale, pues solo escribiré: «Abortar». —Magnus estiró la mano y le pasó los dedos a *Presidente Miau* desde la cabeza hasta la cola; el gato se estiró y ronroneó su aprobación entusiasta—. ¿Me ayudarás?

Catarina soltó un largo y prologado bufido.

—Te ayudaré —prometió—. Pero por este siglo ya has agotado todos los favores para citas, y me debes una.

—Trato hecho —exclamó Magnus.

—Y si funciona —continuó Catarina, echándose a reír—, quiero ser la madrina de tu boda.

—Voy a colgar ya —la advirtió Magnus.

Había hecho un trato con Catarina. Y había hecho más que eso: había llamado a un restaurante y reservado una mesa. Para la cita había elegido un atuendo de pantalones rojos Ferragamo, zapatos a juego y un chaleco de seda negra que llevaba sin camisa porque les sentaba de fábula a sus hombros. Y todo eso para nada.

Alec se retrasaba media hora. Era muy probable que el chico

hubiera perdido el valor, que hubiera considerado su vida, con su preciosa obligación de cazador de sombras, contra salir con un tipo que ni siquiera le gustaba tanto, y que al final no fuera a presentarse.

Magnus se encogió de hombros con filosofía y, haciendo gala de una indiferencia que no acababa de sentir, fue al mueble bar y se preparó un excitante brebaje con lágrimas de unicornio, poción energética, zumo de arándanos y un toque de lima. Algún día recordaría esto y se reiría. Seguramente mañana. Bueno, quizá pasado mañana. Mañana tendría resaca.

Pegó un brinco cuando el timbre resonó en todo el piso, pero solo estaba *Presidente Miau* para verlo. Magnus ya se hallaba del todo compuesto cuando Alec corrió escaleras arriba y traspasó el umbral.



Al cazador de sombras no se lo podía describir como del todo compuesto. Su cabello negro iba en todas direcciones, como un pulpo bañado en tinta; el pecho le subía y bajaba visiblemente bajo su camiseta azul pálido, y tenía un ligero brillo de sudor en el rostro. Hacía falta mucho para que un cazador de sombras sudara. Magnus se preguntó lo rápido que habría estado corriendo.

—Bueno, esto sí que es inesperado —dijo Magnus alzando las cejas.

Con el gato en brazos, se había dejado caer con suavidad sobre el sofá y pasado las piernas por encima de los brazos de madera tallada. *Presidente Miau* estaba sobre su estómago y maullaba perplejo ante el súbito cambio de situación.

Quizá Magnus se estuviera esforzando demasiado en parecer disoluto e indiferente, pero, a juzgar por la expresión abatida de Alec, estaba siendo muy convincente.

—Siento llegar tarde —jadeó este—. Jace quería que entrenara

con él, y no he sabido cómo escaparme... Quiero decir, no le podía contar...

—Oh, Jace, eso es —repuso Magnus.

—¿Qué?

—Por un momento había olvidado el nombre del rubio —explicó Magnus, y chasqueó los dedos en un gesto de indiferencia.

Alec se quedó pasmado.

—Oh, soy... soy Alec.

Magnus se detuvo a medio chasquido de indiferencia. El resplandor de las luces de la ciudad que entraba por la ventana se reflejó en las joyas azules de sus dedos; saltaron chispas de un azul intenso, que brillaron y luego se perdieron, ahogándose en el profundo azul de los ojos de Alec.

Este había hecho un esfuerzo, pensó Magnus, aunque hacía falta un ojo experto para darse cuenta. La camiseta azul claro le sentaba mucho mejor que la horrorosa sudadera gris que llevaba el martes. Olía vagamente a colonia. Magnus se sintió inesperadamente conmovido.

—Sí —repuso Magnus con lentitud, y luego sonrió, también con lentitud—. De tu nombre sí me acuerdo.

Alec sonrió. Quizá no importara que el muchacho sintiera algo por ese Jace. Ese Jace era guapo, pero era la clase de persona que lo sabía, y por lo general esas personas daban más problemas de otra cosa. Si Jace era oro, que atrapaba la luz y la atención, Alec era plata: tan acostumbrado a que todos miraran a Jace que ahí era donde también miraba él, tan acostumbrado a vivir a la sombra de Jace que no esperaba que lo vieran. Quizá bastara con ser la primera persona en decirle a Alec que se merecía que lo vieran antes que a nadie más y lo miraran durante más rato.

Y la plata, aunque poca gente lo sabía, era un metal más raro que el oro.

—No te preocupes —dijo Magnus. Se levantó del sofá mientras

dejaba a *Presidente Miau* con cuidado sobre los cojines para fastidio del gato, que lo expresó lastimeramente—. Tómame una copa.

Buen anfitrión, le puso su propia copa a Alec en la mano; no había tomado ni un trago y podía prepararse otra. Alec pareció sorprendido. Era evidente que estaba mucho más nervioso de lo que Magnus había pensado, porque cogió la copa con torpeza y se le cayó. El líquido escarlata se le derramó por encima y sobre el suelo. Se oyó un fuerte estrépito cuando la copa chocó a sus pies y se hizo añicos.

Alec parecía querer que se lo tragara la tierra; estaba de lo más avergonzado.

—Vaya —exclamó Magnus—. La verdad es que los nefilim exageráis con eso de vuestros reflejos de élite.

—Oh, por el Ángel, lo... lo siento mucho.

Magnus le quitó importancia con un movimiento de la cabeza e hizo un gesto que dejó una estela de chispas azules en el aire. El charco de líquido escarlata y la copa rota desaparecieron.

—No te preocupes —repuso—. Soy brujo. No hay desastre que no pueda limpiar. ¿Por qué crees que doy tantas fiestas? Déjame que te lo diga, no lo haría si tuviera que limpiar los baños. ¿Alguna vez has visto vomitar a un vampiro? Es asqueroso.

Alec abrió mucho los ojos, horrorizado, como si se estuviera imaginando a una serie de vampiros disolutos vomitando la sangre de inocentes mundanos.

—No recuerdo... conocer a ningún vampiro fuera del trabajo.

Magnus apostaría a que no conocía a ningún subterráneo en persona. Los hijos del Ángel solo se relacionaban con los suyos.

Magnus se preguntó por qué, exactamente, estaría Alec en su piso. Y hubiera apostado a que el chico se hacía la misma pregunta.

Quizá fuera a ser una noche larga, pero al menos ambos podrían ir bien vestidos. La camiseta demostraba que Alec lo estaba intentando, pero Magnus podía hacerlo mucho mejor.

—Ahora te dejo otra camisa —se ofreció, y fue hacia el

dormitorio mientras Alec seguía insistiendo débilmente en que no era necesario.

El armario de Magnus ocupaba la mitad del dormitorio, y siempre estaba pensando en que debería ampliarlo. Había un montón de prendas que Magnus pensó que le quedarían muy bien a Alec, pero mientras las buscaba, se le pasó por la cabeza que quizá no le gustaría que Magnus le impusiera su exclusivo sentido de la moda.

Decidió decantarse por una selección más sobria y eligió la camiseta negra que había llevado el martes. Eso quizá fuera un poco sentimental por su parte.

Cierto que en la camiseta ponía Parpadea si me quieres escrito con lentejuelas, pero era de lo más sobrio que Magnus tenía. La cogió de la percha y volvió a la sala, donde encontró que Alec ya se había sacado la camiseta mojada y estaba de pie, un poco perdido, con la prenda sucia arrugada en el puño.

Magnus se quedó muerto.

La sala solo estaba iluminada por una lámpara de lectura; el resto de la iluminación entraba por las ventanas. Alec estaba pintado de luces de la calle y de luz de luna, con sombras que se le enroscaban en los bíceps y las suaves marcas de la clavícula; el torso, todo piel suave y desnuda hasta llegar al borde de los vaqueros. Tenía runas sobre los planos músculos del estómago y las finas cicatrices plateadas de viejas Marcas ondeándole por las costillas, una de ellas situada en el borde de la cadera. Había inclinado la cabeza; el cabello tan negro como la tinta, y la piel luminosa y blanca como el papel. Parecía una obra de arte, un claroscuro hermoso y fantástico.

Magnus había oído muchas veces la historia de la creación de los nefilim. Debían de haberse olvidado la parte que decía: «Y el Ángel descendió de lo alto y otorgó a sus elegidos unos abdominales de fábula».

Alec miró a Magnus y abrió los labios como si fuera a decir algo. Observó al brujo con los ojos muy abiertos, inquieto al ser

contemplado de aquel modo.

Magnus ejerció un heroico autocontrol, sonrió y le ofreció la camiseta.

—Lamento... ser tan torpe y estropear nuestra cita —masculló Alec.

—¿Qué estás diciendo? —replicó Magnus—. Eres fantástico. Solo llevas aquí diez minutos y ya he conseguido que te quites la mitad de la ropa.

Alec pareció incómodo y complacido por igual. Le había dicho a Magnus que era nuevo en eso, así que algo más que un suave flirteo podría asustarlo. El brujo tenía planeada una salida muy tranquila y normal: sin sorpresas, sin nada imprevisto.

—Vamos —dijo, y cogió una chaqueta de cuero rojo—. Vamos a cenar.



La primera parte del plan de Magnus, llegar hasta el metro, era muy simple en apariencia; parecía imposible que algo pudiera ir mal.

No se le había ocurrido pensar que el chico cazador de sombras no estaba acostumbrado a dejarse ver y a tener que relacionarse con mundanos.

El metro estaba abarrotado el viernes por la noche, lo que no era una sorpresa, pero pareció alarmar a Alec. Miraba a los mundanos como si se encontrara en la selva rodeado de monos amenazadores, y aún parecía traumatizado por la camiseta que le había prestado Magnus.

—¿No puedo emplear una runa de *glamour*? —preguntó mientras subían al tren F.

—No. No quiero que parezca que estoy solo un viernes por la noche únicamente porque no te gusta que los mundanos te miren.

Consiguieron encontrar dos asientos, pero eso no pareció mejorar la situación. Se sentaron uno junto al otro, incómodos, con las conversaciones de los demás envolviéndolos. Alec guardaba un silencio total. Magnus estaba bastante seguro de que lo único que el chico quería era irse a su casa.

Unos carteles azules y lila los observaban desde arriba; en ellos se veía a parejas de gente mayor que se miraban con tristeza. El texto rezaba: Con el paso de los años llega... ¡la impotencia! Magnus se encontró mirando los carteles con una especie de horror. Le echó un vistazo a Alec y comprobó que él tampoco podía apartar la mirada de los anuncios. Se preguntó si el cazador de sombras sería consciente de que él tenía trescientos años y si estaría pensando en lo impotente que podía volverse uno después de todo ese tiempo.

Dos tipos entraron en el vagón en la parada siguiente y abrieron un espacio justo frente a donde ellos estaban sentados.

Uno de los tipos comenzó a bailar moviéndose exageradamente alrededor de la barra. El otro se sentó con las piernas cruzadas y empezó a marcar el ritmo con un tambor.

—¡Hola, damas y caballeros y cualquier otra cosa! —gritó el tipo del tambor—. Ahora una pequeña actuación para entretenerlos. Espero que les guste. La llamamos... *Canción del culo*.

Comenzaron a rapear juntos. Era evidente que habían sido ellos mismos quienes habían escrito esa canción.

*Las rosas son rojas y dicen que el amor es duro,
Pero yo nunca me cansaré de tu dulce, dulce culo.
Toda esa gelatina en tus vaqueros,
Todos esos trastos en tu maletero,
Tengo que tenerlos; una mirada y me colgué entero.
Si te preguntas por qué tienes que ser mía,
Es por tu trasero, como el de ninguna otra tía.*

*Dicen que no eres guapa, pero qué más da,
Lo que me importa es la vista por detrás.
No soy romántico, yo el amor no lo quiero,
Pero me mola cómo te caen esos vaqueros.
No quiero que te marches, pero me pone ver cómo te
vas,
Media vuelta y ven, luego, lentamente, vuélvete a
marchar.
Voy a por ti, y no me pondré chulo,
Porque nunca me cansaré de tu dulce, dulce culo.*

La mayoría de los viajeros se habían quedado estupefactos. Magnus no estaba seguro de si Alec solo estaba estupefacto o si también se había escandalizado profundamente y en ese momento encomendaba su alma a Dios. Tenía una expresión muy peculiar en el rostro y apretaba mucho los labios.

En circunstancias normales, Magnus se hubiera tronchado de risa y les habría dado un montón de dinero a los músicos. Pero tal y como estaban las cosas, se sintió muy aliviado cuando llegaron a su parada. Aunque sí que pescó del bolsillo unos cuantos dólares para los cantantes mientras Alec y él bajaban del vagón.

Magnus tuvo otra muestra de las muchas desventajas de la visibilidad ante los mundanos cuando un tipo delgado y pecoso pasó junto a ellos. Justo estaba pensando que le parecía haber notado una mano en el bolsillo cuando el tipo lanzó una combinación de aullido y chillido.

Mientras Magnus pensaba tontamente si le estarían robando, Alec había reaccionado como un cazador de sombras: agarró al tipo por el brazo y lo lanzó por los aires. El ladrón voló, con los brazos extendidos, agitándose sin fuerza, como una muñeca rellena de algodón. Aterrizó con un fuerte crujido sobre el andén, y se encontró

con la bota de Alec sobre el cuello. Otro metro entró traqueteando, todo luces y ruido. Los pasajeros del viernes por la noche no le hicieron ni caso, habían formado un remolino de cuerpos en ajustada ropa brillante y artísticos peinados alrededor de Magnus y Alec.

Este tenía los ojos abiertos de un modo exagerado. Magnus sospechó que había sido un acto reflejo y que, en realidad, no había pretendido usar contra un mundano la fuerza destinada a enemigos demoníacos.

El tipo pelirrojo graznó, mostrando una ortodoncia correctora en los dientes, y aleteó con las manos en lo que parecía ser una rendición urgente o una muy buena imitación de un pato presa del pánico.

—¡Tío! —exclamó—. ¡Lo siento! ¡De verdad! ¡No sabía que fueras un ninja!

Alec apartó la bota y lanzó una mirada casi asustada hacia los fascinados rostros de los mirones.

—No soy un ninja —susurró.

Una bonita chica con clips en forma de mariposa en las rastas le puso una mano sobre el brazo.

—Eres increíble —le dijo con voz aflautada—. Tienes los reflejos de una serpiente al atacar. Deberías hacer de doble en pelis de acción. La verdad, con tus pómulos, deberías ser actor. Un montón de gente está buscando a alguien tan guapo como tú capaz de hacer sus propias escenas de acción.

Alec le lanzó a Magnus una mirada de terror y súplica. El brujo se apiadó del chico; le puso la mano en la parte baja de la espalda y se inclinó hacia él. Su actitud y la mirada que le lanzó a la chica le comunicaron claramente su advertencia: «mi pareja».

—No pretendo molestar —se disculpó la chica, que apartó la mano con rapidez para rebuscar en su bolso—. Déjame que te dé mi tarjeta. Trabajo para una agencia de talentos. Podrías ser una estrella.

—Es extranjero —mintió Magnus—. No tiene número de la seguridad social. No puedes contratarlo.

La chica miró con tristeza a Alec, que inclinaba la cabeza.

—Es una pena. Podría ser muy bueno. ¡Esos ojos!

—Sé que es espectacular —repuso Magnus—. Pero me temo que me lo tengo que llevar. Lo busca la Interpol.

Alec le lanzó una mirada extraña.

—¿Interpol?

Magnus se encogió de hombros.

—¿Espectacular?

El brujo alzó una ceja y se quedó mirándolo.

—Ya deberías saber que eso es lo que pienso. ¿Por qué, si no, hubiera aceptado quedar esta noche?

Al parecer, Alec no lo tenía muy claro, a pesar de que había dicho que tanto Isabelle como Jace se lo habían comentado. Quizá los vampiros hubieran vuelto a su casa después de la fiesta cotilleando que Magnus pensaba que uno de los cazadores de sombras era todo un sueño. Era posible que tuviera que aprender a ser más sutil, y quizá a Alec no le permitían mirarse en los espejos del Instituto. Parecía sorprendido y complacido.

—Pensaba que quizá... Ya sabes que dijiste que no eras indiferente...

—No me dedico a la caridad —replicó Magnus—. En ningún aspecto de mi vida.

—Te devuelvo la cartera —pronunció una vocecita con amabilidad.

El ladrón pelirrojo interrumpió lo que podría haber sido un bonito momento poniéndose en pie; sacó la cartera de Magnus de su bolsillo y luego la tiró al suelo soltando un grito de dolor.

—¡La cartera me ha mordido!

«Eso te enseñará a no robarle la cartera a un brujo», pensó Magnus mientras se inclinaba para recoger la cartera de entre un bosque de brillantes tacones altos.

—No es tu noche de suerte, ¿verdad? —le dijo al tipo pecoso.

—¿Tu cartera muerde a la gente? —preguntó Alec.

—Esta sí —contestó Magnus mientras se la guardaba en el bolsillo. Se alegraba de haberla recuperado, no solo porque le gustara el dinero, sino porque la cartera hacía juego con sus pantalones rojos de piel de cocodrilo—. La de John Varvatos se incendia.

—¿Quién? —preguntó Alec.

Magnus lo miró tristemente.

—Un diseñador de lo más guay —intervino la chica con los clips de mariposa—. ¿Sabes?, te dan un montón de cosas de diseño gratis si eres una estrella de cine.

—Siempre puedo vender una cartera de Varvatos —aportó el ladrón pelirrojo—. No es que vaya a robar o vender nada que pertenezca a nadie de este andén, ¿eh? Sobre todo algo vuestro, tíos. —Lanzó una mirada a Alec que rozaba la adoración—. No sabía que los tíos gais pudieran luchar así. Eh, sin querer ofender. Ha sido una pasada.

—Has aprendido dos importantes lecciones sobre la tolerancia y la honradez —le dijo el brujo con severidad—. Y todavía conservas todos los dedos después de tratar de robarme en una primera cita, así que esto es lo mejor que te podía haber ocurrido.

Hubo un murmullo de simpatía. Magnus miró a su alrededor y vio a Alec, que parecía un poco asustado, y a todos los demás, que parecían consternados. Por lo visto, la gente que se había congregado creía realmente en su amor.

—Vaya, tío, lo siento mucho —se disculpó el ladrón—. No me gustaría fastidiarle a nadie la primera cita con un ninja.

—Nos vamos ya —declaró de forma irrevocable Magnus en su mejor voz de Gran Brujo. Le preocupaba que Alec estuviera pensando en arrojarle al metro que llegaba en aquel momento.

—Divertíos en vuestra cita, chicos —les dijo Clips Mariposa mientras metía su tarjeta en el bolsillo del pantalón de Alec. Este pegó un bote como una liebre asustada—. ¡Llámame si cambias de opinión

y te interesan la fama y la fortuna!

—¡Os pido perdón de nuevo! —exclamó el ladrón, y se despidió agitando la mano alegremente.

Salieron del andén entre un coro de felicitaciones. Alec parecía como si solo deseara el dulce descanso de la muerte.



El restaurante estaba en la calle 13 Este con la Tercera, cerca de la tienda American Apparel y entre una fila de edificios de ladrillo rojo y aspecto cansado. Era un restaurante de comida fusión etíope e italiana llevado por subterráneos. El ambiente era más bien turbio y descuidado, por lo que los cazadores de sombras no solían ir. Magnus había sospechado que Alec no querría arriesgarse a que los nefilim los vieran juntos.

También había llevado allí a parejas mundanas, como un modo de irlos introduciendo en su mundo. El restaurante tenía también clientes mundanos, pero la mayor parte de los comensales eran subterráneos, así que se empleaba algún *glamour*, aunque bastante mínimo.

Había un gran grafiti de un dinosaurio medio cubriendo el cartel. Alec lo miró de reojo, pero siguió a Magnus al interior sin problemas.

En cuanto este puso un pie en el restaurante supo que había cometido un terrible error.

Cuando se cerró la puerta tras ellos se hizo un silencio terrible en la gran sala de tenue iluminación. Se oyó un golpe cuando uno de los comensales, un ifrit de llameantes cejas, se metió detrás de una mesa.

Magnus miró a Alec y vio lo que ellos veían: incluso sin el traje de combate, llevaba runas en los brazos y se notaba que escondía armas bajo la ropa. Nefilim. Era igual que si hubiera entrado en un bar clandestino en la época de la Ley Seca acompañado de agentes de policía armados con metralletas.

¡Dios, las citas eran una mierda!

—¡Magnus Bane! —susurró alarmado Luigi, el propietario, mientras corría hacia ellos—. ¡Has traído a un cazador de sombras aquí! ¿Es una redada? ¡Magnus, creía que éramos amigos! ¡Al menos podrías haberme avisado!

—No venimos por trabajo —le aseguró Magnus. Alzó las manos con las palmas hacia fuera—. Lo juro. Solo a charlar y a comer.

Luigi meneó la cabeza en señal de descontento.

—Porque eres tú, Magnus. Pero si intenta cualquier cosa contra mis otros clientes... —Hizo un gesto amenazante en dirección a Alec.

—No lo haré —le aseguró Alec, y se aclaró la garganta—. Estoy... fuera de servicio.

—Los cazadores de sombras nunca estáis fuera de servicio —replicó Luigi, hosco, y los llevó a una mesa en la parte más apartada del restaurante.

Un camarero licántropo con una cara de palo que indicaba aburrimiento o estreñimiento se les acercó.

—Hola, me llamo Erik y seré su camarero esta no... ¡Oh, Dios mío, eres un cazador de sombras!

Magnus cerró los ojos un doloroso momento.

—Podemos irnos —le dijo a Alec—. Puede que esto haya sido un error.

Pero una luz obstinada se había encendido en los ojos del chico. A pesar de su aspecto de porcelana, Magnus vio que había acero debajo.

—No, está bien, esto me parece... bien.

—Haces que me sienta muy amenazado —dijo Erik, el camarero.

—No está haciendo nada —replicó Magnus.

—No es lo que está haciendo, es cómo me está haciendo sentir —bufó Erik. Tiró las cartas sobre la mesa como si lo hubieran ofendido personalmente—. Me salen úlceras de estrés.

—El mito de que las úlceras están causadas por el estrés fue desacreditado hace años —le informó Magnus—. En realidad, es algún

tipo de bacteria.

—¿Qué tenéis de plato del día? —preguntó Alec.

—No puedo recordarlo mientras mis emociones están bajo esta clase de tensión —contestó Erik—. Un cazador de sombras mató a mi tío.

—Yo nunca he matado al tío de nadie —repuso Alec.

—¿Y cómo lo sabes? —quiso saber Erik—. Cuando matas a alguien, ¿te paras a preguntarle si tiene sobrinos?

—Yo mato demonios —contestó Alec—. Los demonios no tienen sobrinos.

Magnus sabía que eso solo era teóricamente cierto. Carraspeó para aclararse la garganta.

—¿Te parece que pida por los dos y compartimos?

—Claro —contestó Alec y tiró la carta sobre la mesa.

—¿Quieres algo para beber? —le preguntó el camarero a Alec con mucho énfasis, y *sotto voce* añadió—: ¿O prefieres ensartar a alguien? Si tienes que hacerlo, quizá podrías matar al tipo de la esquina con la camisa roja. Da muy malas propinas.

Alec abrió y cerró la boca, y luego la volvió a abrir.

—¿Es una pregunta trampa?

—Vete, por favor —le pidió Magnus.

Alec se quedó muy callado, incluso después de que Erik, el irritante camarero, se hubiera ido. Magnus estaba seguro de que Alec lo estaba pasando fatal, y no podía culparlo. Varios clientes se habían marchado, no sin lanzarle antes disimuladas miradas de pánico mientras pagaban la cuenta a toda prisa.

Cuando llegó la comida, Alec se quedó perplejo al ver que Magnus había pedido el *kitfo* crudo. Luigi se había esmerado: había también exquisitos *tibs*, *doro wat*, un estofado de cebolla roja especiada, puré de lentejas y repollo; todo sobre el grueso pan esponjoso etíope conocido como *injera*. La parte italiana de la ascendencia de Luigi estaba representada por un montón de *penne*

arrabiata. Alec dio buena cuenta de la comida, y pareció saber, sin que se lo hubieran dicho, que tenía que comer con las manos. Era neoyorquino, pensó Magnus, aunque fuera un cazador de sombras.

—Es la mejor comida etíope que he probado nunca. ¿Sabes mucho sobre comida? —preguntó Alec—. Quiero decir, es evidente que sí. No me hagas caso. Qué tontería he dicho.

—No, no es una tontería —repuso Magnus, frunciendo el ceño.

Alec cogió un poco de *penne arrabiata*. Inmediatamente comenzó a atragantarse. Las lágrimas le saltaron de los ojos.

—¡Alexander! —exclamó Magnus.

—¡Estoy bien! —boqueó Alec, que parecía horrorizado. Cogió un trozo de pan, y solo se dio cuenta de que era pan cuando intentó secarse los ojos con él. Lo soltó rápidamente y agarró la servilleta, con la que se cubrió los ojos llorosos y el rostro escarlata.

—¡Es evidente que no estás bien! —le dijo Magnus, y probó un poquito de *penne*. Picaba como el fuego. Alec seguía resollando tras la servilleta. Magnus hizo un gesto autoritario hacia el camarero, que quizá incluyera unas cuantas chispas azules que cayeron sobre el mantel de otros clientes.

La gente que comía cerca de ellos fue apartando sigilosamente las mesas.

—Estos *penne* tienen demasiada *arrabiata*, y lo has hecho a propósito —le recriminó Magnus cuando el gruñón camarero licántropo apareció ante su vista.

—Derechos de los licántropos —protestó Erik—: Machaca al vil opresor.

—Nunca nadie ha ganado una revolución con pasta, Erik —replicó Magnus—. Y ahora trae otro plato, o se lo diré a Luigi.

—Yo... —comenzó a protestar Erik desafiante. Magnus entrecerró los ojos. Erik vio la mirada del brujo y decidió que no quería ser un camarero héroe—. Claro. Mis disculpas.

—Vaya pelmazo —comentó Magnus en voz bien alta.

—Sí —asintió Alec mientras cortaba un nuevo trozo de *injera*—. ¿Qué le habrán hecho los cazadores de sombras?

Magnus alzó una ceja.

—Bueno, ha mencionado a un tío muerto.

—Oh —exclamó Alec—. Vale.

Volvió a mirar fijamente el mantel.

—Pero sigue siendo un pelmazo —lo animó Magnus. Alec murmuró algo que el brujo no llegó a entender.

Entonces se abrió la puerta y entró un apuesto humano de ojos verdes. Tenía las manos dentro de los bolsillos de su carísimo traje, y estaba rodeado por un grupo de bellísimas hadas jóvenes, tanto machos como hembras.

Magnus se encogió en su asiento. Richard. Richard era un mortal a quien las hadas habían adoptado del modo en que lo hacían a veces, sobre todo cuando el mortal se dedicaba a la música. También era algo más.

Magnus carraspeó.

—Un aviso rápido. El tipo que acaba de entrar es uno de mis ex —explicó—. Bueno, casi ni eso. Pasó una vez, y nos separamos como amigos.

En ese momento, Richard lo vio. Todo su rostro se tensó; luego cruzó el espacio que los separaba en dos zancadas.

—¡Eres una mierda! —le espetó con rabia Richard; cogió la copa de vino de Magnus y se la tiró a la cara—. Lárgate mientras puedas —le dijo a Alec—. Nunca confíes en un brujo. ¡Te arrebatan con hechizos los años de tu vida y el amor de tu corazón!

—¿Años? —farfulló Magnus—. Pero ¡si no fueron ni veinte minutos!

—El tiempo tiene un significado diferente para los que somos de las hadas —replicó Richard, un idiota pretencioso—. ¡Me hiciste perder los mejores veinte minutos de mi vida!

Magnus cogió la servilleta y comenzó a limpiarse la cara.

Parpadeó tras un velo rojo a la espalda de Richard, que se alejaba, y al rostro de sorpresa de Alec.

—Vale —reconoció—. Quizá me equivocara sobre lo de separarnos como amigos. —Trató de sonreír con astucia, lo que resultaba difícil con todo el vino en el pelo—. Ah, bueno. Ya sabes cómo son los ex.

Alec observó fijamente el mantel. Había obras de arte en museos a las que se les había prestado menos atención que a ese mantel.

—La verdad es que no —respondió—. Tú eres la primera persona con la que me cito.

No estaba funcionando. Magnus no sabía por qué había pensado que podría funcionar. Tenía que salir de ese embrollo sin herir demasiado el orgullo de Alec Lightwood. Deseó poder sentirse satisfecho de tener un plan para esa contingencia, pero mientras enviaba un mensaje de texto a Catarina desde debajo de la mesa, lo que sintió fue que lo envolvía la tristeza.

Magnus permaneció en silencio, esperando a que Catarina lo llamara e intentando encontrar una manera de decir: «Sin rencores. Me gustas más que ningún otro cazador de sombras que he conocido en más de un siglo, y espero que encuentres a un buen chico cazador de sombras... Si es que hay buenos chicos cazadores de sombras aparte de ti».

El teléfono sonó mientras Magnus aún estaba componiendo mentalmente su discurso. El timbre sonó áspero en el silencio que se había instalado entre ellos. Magnus contestó con rapidez. No tenía las manos del todo firmes, y por un momento temió que se le cayera el móvil igual que a Alec se le había caído la copa, pero consiguió contestar. La voz de Catarina le llegó, clara e inesperadamente urgente. Sin duda, Catarina era una actriz consumada.

—Magnus, hay un...

—¿Una emergencia, Catarina? —preguntó Magnus—. ¡Qué terrible! ¿Qué ha pasado?

—Lo cierto es que hay una emergencia de verdad, Magnus.

Este agradeció la pasión que le ponía Catarina a su papel, pero deseó que no le gritara al hablar.

—Es terrible, Catarina. Quiero decir, estoy muy ocupado, pero supongo que si hay vidas en juego no puedo decir que n...

—¡Hay vidas en juego, pedazo de idiota! —gritó aún más fuerte Catarina—. ¡Llévate al cazador de sombras!

Magnus se quedó callado un instante.

—Catarina, creo que no acabas de entender el sentido de lo que se supone que tienes que hacer.

—¿Es que ya estás borracho, Magnus? —le espetó ella—. ¿Estás por ahí de juerga y haciendo que uno de los nefilim... que aún no tiene veintiún años, se emborrache?

—El único alcohol que ha pasado por mis labios es el del vino que me han tirado a la cara —afirmó Magnus—. Y yo no he tenido ninguna culpa.

Hubo un silencio.

—¿Richard? —preguntó Catarina.

—Richard —confirmó Magnus.

—Mira, eso no importa. Escúchame con atención, Magnus, porque estoy trabajando; tengo una mano cubierta de fluido, y solo lo voy a decir una vez.

—Fluido —repitió Magnus—. ¿Qué clase de fluido?

Alec se lo quedó mirando.

—Solo lo diré una vez, Magnus —repitió Catarina con firmeza—. Hay una joven licántropo en el Beauty Bar, en el centro. Ha salido la noche de luna llena porque quería probarse a sí misma que podía seguir viviendo una vida normal. Un vampiro la ha desafiado, y los vampiros no van a ser de ninguna ayuda porque los vampiros nunca lo son. La licántropo está cambiando, se halla en un lugar que no conoce y que está lleno de gente, y probablemente perderá el control y matará a alguien. Yo no puedo dejar el hospital. Lucian Graymark tiene el

móvil apagado, y los de su manada dicen que está en un hospital con alguien a quien quiere. Tú no estás en un hospital, tú estás en una estúpida cita. Si has ido al restaurante al que me dijiste que irías, entonces eres la persona que conozco que puede ayudar y está más cerca. ¿Nos ayudarás o vas a seguir haciéndome perder el tiempo?

—Te haré perder el tiempo en otro momento, cariño —dijo Magnus.

—Seguro —repuso Catarina, y Magnus pudo percibir la sonrisa irónica en su voz.

Colgó. Catarina solía estar demasiado ocupada para decir adiós. Magnus se dio cuenta de que él tampoco tenía tanto tiempo, pero gastó un poco mirando a Alec.

Catarina le había dicho que fuera con el cazador de sombras, pero ella no tenía mucho contacto con los nefilim. Magnus no quería ver a Alec cortándole la cabeza a una pobre chica por haber violado la Ley: no quería que nadie más sufriera porque él había cometido un error de juicio, y no quería acabar odiando a Alec igual que había odiado a tantos otros nefilim.

Tampoco quería que murieran mundanos.

—Lo siento mucho —dijo—. Es una emergencia.

—Vale —repuso Alec encogiéndose de hombros—, no pasa nada. Lo entiendo.

—Hay una licántropo fuera de control en un bar cerca de aquí.

—Oh.

Algo en el interior de Magnus se quebró.

—Tengo que ir a controlarla. ¿Vienes conmigo y me ayudas?

—Oh, ¿es una emergencia real? —exclamó Alec, y pareció animarse inmensamente. Por un momento, Magnus se alegró de que una licántropo enloquecida estuviera haciendo estragos en el centro de Manhattan, ya que esa era la razón de que a Alec le hubiera cambiado la cara—. Me imaginaba que era una de esas cosas en las que quedas con un amigo para que te llame y puedas escaparte de una cita de

mierda.

—Ja, ja, ja —rio Magnus—. No sabía que la gente hiciera eso.

—Hummm... ya. —Alec ya estaba en pie poniéndose la chaqueta—. Vamos, Magnus.

El brujo sintió una oleada de cariño en el pecho; fue como una pequeña explosión, agradable y sorprendente al mismo tiempo. Le gustaba que Alexander dijera las cosas que la otra gente pensaba pero nunca verbalizaba. Le gustaba que Alec lo llamara Magnus y no brujo. Le gustaba cómo se movían los hombros de Alec bajo la chaqueta (a veces era muy superficial).

Y lo alegraba que Alec quisiera ir con él. Había supuesto que el chico estaría encantado de tener una excusa para largarse y pasar de esa incómoda cita, pero quizá había interpretado mal la situación.

Magnus dejó dinero en la mesa, y cuando Alec hizo un ruido de protesta, sonrió.

—Por favor —dijo—. No tienes ni idea de cuánto les cobro de más a los nefilim por mis servicios. Esto es lo de menos. Vamos.

Y mientras salían por la puerta, oyeron a su espalda al camarero gritar:

—¡Derechos de los licántropos!



El Beauty Bar solía estar abarrotado a esa hora los viernes por la noche, pero la gente que salía por la puerta no lo hacía con el aire de los que van a fumar un cigarrillo o a ligar. Se quedaban bajo el brillante cartel donde se leía Beauty escrito con letras puntiagudas y rojas, por encima de lo que parecía el dibujo de una cabeza de Medusa. Todo el grupo tenía el aire de estar deseoso de largarse de allí, pero se quedaba, clavado en el sitio por una horrorizada fascinación.

Una chica agarró a Magnus por la manga y lo miró, las falsas pestañas salpicadas de purpurina plateada.

—No entres —susurró—. Hay un monstruo ahí dentro.

«Yo soy un monstruo —pensó Magnus—. Y los monstruos son la especialidad de este chico».

Pero no dijo eso.

—No te creo —fue su respuesta, y entró en el local.

Y lo decía en serio: los cazadores de sombras, incluso Alec, podían creer que Magnus era un monstruo, pero él no lo creía. Se había obligado a no creerlo a pesar de que su madre, el hombre al que había llamado padre y algunos miles más le habían dicho que era cierto.

Magnus tampoco creía que la chica que había dentro fuera un monstruo, por mucho que se lo pudiera parecer a los mundanos y a los nefilim. Tenía alma, y eso significaba que podía salvarse.

El bar estaba oscuro, y contrariamente a lo que Magnus se había esperado, aún quedaba gente dentro. En una noche normal, el Beauty Bar era un pequeño lugar bastante *kitsch* lleno de gente feliz sentada en viejos sillones de peluquería, con enormes secadores colocados sobre el respaldo, a la que el personal hacía la manicura, y gente que bailaba sobre el suelo de baldosas blancas y negras que recordaba a un tablero de ajedrez.

Esa noche nadie bailaba, y los sillones estaban vacíos. Magnus miró de reojo una mancha que había sobre el suelo y vio que las baldosas blancas y negras estaban salpicadas de sangre rojo brillante.

Echó una rápida mirada a Alec para ver si este lo había visto también, y lo encontró pasándose el peso del cuerpo un pie al otro, nervioso.

—¿Estás bien?

—Siempre hago esto con Jace e Isabelle —contestó Alec—. Y no están aquí. Ni puedo llamarlos.

—¿Por qué no?

Alec se sonrojó justo cuando Magnus se dio cuenta de lo que quería decir. Alec no podía llamar a sus amigos porque no quería que supieran que había salido con él. Sobre todo no quería que Jace lo supiera. No resultaba demasiado agradable para el brujo, pero era asunto de Alec.

También era cierto que Magnus no quería por allí a más cazadores de sombras medio convencidos de que tenían que impartir su dura justicia, pero entendió el problema de Alec. Por lo que había visto de Jace y de la llamativa hermana de Alec, estaba seguro de que el muchacho estaba acostumbrado a protegerlos de su propia temeridad, y eso significaba que Alec estaba acostumbrado a defender y no a atacar.

—Lo harás muy bien sin ellos —lo animó Magnus—. Puedo ayudarte.

Alec parecía escéptico, lo que era ridículo porque Magnus podía hacer magia de verdad, algo que a los cazadores de sombras les gustaba olvidar mientras permanecían profundamente sumidos en la contemplación de su gran superioridad. Sin embargo, Alec se marcó un tanto cuando asintió y avanzó. Magnus notó, con algo de desconcierto, que siempre que intentaba avanzarlo, Alec estiraba el brazo o se movía un poco más deprisa que él, para permanecer delante en una actitud protectora.

La gente que seguía en el bar estaba apretada contra las paredes, como si estuvieran clavados allí, inmóviles de terror. Alguien sollozaba.

Se oía un gruñido bajo y resonante que llegaba del salón trasero del bar.

Alec fue hacia allí con la suavidad y rapidez de un cazador de sombras, y Magnus lo siguió.

El salón estaba decorado con fotos en blanco y negro de mujeres de los años cincuenta y una bola de discoteca que, como era evidente, no proporcionaba ninguna luz útil. Había un escenario vacío hecho de

cajas y una lámpara de lectura, que era la única iluminación real. En el centro de la sala se veían unos sofás; había sillas al fondo y sombras por todas partes.

Una de esas sombras se movía y gruñía entre las otras. Alec se acercó lentamente, acechándola, y la licántropo lanzó un rugido de desafío.

Y de repente vieron a una chica delgada con el cabello peinado en largos bucles negros, con la ropa hecha jirones y manchada de sangre, que iba directa hacia ellos. Magnus saltó hacia delante y la cogió entre sus brazos antes de que pudiera distraer a Alec o que este la atacara.

—¡No dejes que le haga daño! —gritó la joven.

—¿Te ha hecho daño? —le preguntó Magnus casi al mismo tiempo.

El brujo se detuvo un momento.

—Estamos en un *impasse*. Responde sí o no: ¿estás malherida?

La cogió por los hombros y la miró de arriba abajo. La joven tenía un arañazo largo y profundo que le recorría todo el brazo. La herida sangraba en abundancia, regando el suelo con gruesas gotas mientras hablaban; era el origen de la sangre que habían visto fuera.

Ella lo miró y le mintió.

—No.

—Eres mundana, ¿verdad?

—Sí... No soy ni una licántropo ni ninguna otra cosa, si es a eso a lo que te refieres.

—Pero sabes que ella es una licántropo.

—¡Sí, estúpido! —le gritó la muchacha—. Me lo contó. Lo sé todo. Y no me importa. Esto es culpa mía. Yo la animé a que saliera.

—Yo no soy quien anima a licántropos a que salgan con la luna llena y ataquen a gente en la pista de baile —replicó Magnus—. Pero quizá podamos decidir quién de los dos es el estúpido en un momento en que no nos estemos jugando la vida.

La chica le agarró el brazo. Podía ver a Alec, visible como casi

nunca podían ver los mundanos a los cazadores de sombras. Podía ver sus armas. Estaba sangrando mucho, y sin embargo temía solo por otra persona.

Magnus le sujetó el brazo. Lo habría hecho mejor si hubiera podido disponer de ingredientes y pociones, pero le envolvió el brazo en un poder azul crepitante para aliviarle el dolor y detener la hemorragia. Cuando abrió los ojos, vio que la chica tenía la mirada clavada en él, la boca abierta y la expresión perpleja. Magnus se preguntó si estaba al corriente de que alguna gente en particular podía hacer magia, que había otras cosas además de licántropos en el mundo.

Por encima del hombro de la chica vio a Alec lanzarse contra la loba y comenzar la pelea.

—Una última pregunta —dijo Magnus, hablando rápido y en voz baja—. ¿Confías en mí para salvar a tu amiga?

La chica vaciló un instante.

—Sí —contestó finalmente.

—Entonces, ve a esperar fuera. Fuera del bar, no de esta sala. Espera fuera y saca del local a toda la gente que puedas. Diles que un perro vagabundo se ha colado dentro; dale a la gente la excusa que necesita para poder olvidar esto. Diles que no te ha hecho mucho daño. ¿Cómo se llama tu amiga?

La joven tragó saliva.

—Marcy.

—Marcy querrá saber que estás a salvo cuando podamos hablar con ella —explicó Magnus—. Vete. Hazlo por ella.

La chica asintió con un movimiento seco y se soltó de Magnus. Este oyó sus tacones de plataforma repicar sobre las baldosas. Finalmente pudo volverse hacia Alec.

Vio dientes brillar en la oscuridad y nada más, porque Alec era una mancha en movimiento, rodando para alejarse y luego volviendo a por la loba.

«A por Marcy», pensó Magnus, y al mismo tiempo se dio cuenta de que Alec no había olvidado que Marcy era una persona, o al menos que Magnus le había pedido que la ayudara.

No estaba usando los cuchillos serafines. Estaba intentando no hacerle daño a alguien que tenía fauces y garras. Magnus no quería que Alec sufriera heridas, y definitivamente no quería arriesgarse a que lo mordiera.

—Alexander —lo llamó Magnus, y se dio cuenta de su error cuando Alec volvió la cabeza y luego tuvo que retroceder con rapidez para esquivar el feroz zarpazo de la licántropo. Se agachó, rodó, y aterrizó en cuclillas ante el brujo.

—Tienes que quedarte atrás —le dijo sin aliento.

La licántropo, aprovechando la distracción de Alec, rugió y saltó. Magnus le lanzó una bola de fuego azul que la envió dando vueltas hacia atrás. Algunos gritos se alzaron entre la poca gente que aún quedaba en el bar, y todos corrieron hacia las salidas. El brujo ignoró su comentario. Sabía que los cazadores de sombras tenían que proteger a los civiles, pero Magnus no era uno de ellos.

—Tienes que recordar que soy brujo.

—Lo sé —repuso Alec escrutando las sombras—. Solo quiero... —Hablabas sin sentido, pero la siguiente frase que dijo, por desgracia, sí tenía sentido—. Creo —dijo con claridad—, creo que la has enloquecido.

Magnus siguió la mirada de Alec. La licántropo ya estaba en pie y los acosaba, los ojos encendidos con un fuego infernal.

—Demuestras un gran poder de observación, Alexander.

Alec intentó alejar a Magnus, pero este lo cogió por la camiseta y lo arrastró con él. Se movieron lentamente saliendo del salón trasero.

La amiga de la licántropo había cumplido su palabra: el bar estaba vacío, un patio de juegos con brillos y sombras donde la licántropo podía acosarlos.

Alec sorprendió tanto a Magnus como a la licántropo soltándose y

lanzándose sobre ella. Fuera lo que fuese que planeaba, no funcionó: esta vez el golpe de la loba le dio de lleno en el pecho. Alec salió volando hacia una pared de color rosa intenso decorada con brillantes detalles dorados. Se estrelló contra un espejo encastrado en la pared y ribeteado con trenzas de oro con tanta fuerza que hizo añicos el vidrio de arriba abajo.

—Oh, estúpidos cazadores de sombras —gimió Magnus en voz baja. Pero Alec usó su propio cuerpo al chocar contra la pared para impulsarse y rebotar hacia arriba; se agarró a una lámpara y se balanceó, luego se dejó caer tan ligero como un gato y se agazapó para atacar de nuevo, todo en un fluido movimiento—. Estúpidos y sexis cazadores de sombras.

»¡Alec! —gritó. Pero este había aprendido la lección: no lo miró ni se arriesgó a distraerse. El brujo chasqueó los dedos y una llama azul cobró vida, como si hubiera encendido un mechero. Eso llamó la atención de Alec—. Alexander. Hagámoslo juntos.

Alzó la mano y formó una red de brillantes líneas azules que brotaban de sus dedos para confundir a la loba y proteger a los mundanos. Cada una de las relucientes líneas de luz despedía una carga mágica suficiente para hacer que la loba vacilara.

Alec se movió entre ellas, y al mismo tiempo Magnus fue desplazando la luz a su alrededor. Se sorprendió de la facilidad con la que Alec se adaptaba a su magia. Casi cualquier otro cazador de sombras hubiera estado inquieto y receloso.

Quizá fuera que Magnus nunca antes había deseado ayudar y proteger exactamente como en ese momento, pero la combinación de su magia y la fuerza de Alec funcionaba.

La loba gruñó, esquivó haces mágicos y gimió, su mundo invadido por una luz cegadora, y allí adonde fuera, allí estaba Alec. Magnus podía entender cómo se sentía la loba.

Esta flaqueó y gimió; una línea azul le atravesó el pelaje manchado y Alec saltó sobre ella. Le apretó la rodilla contra el flanco y se llevó

la mano al cinturón. A pesar de todo, Magnus sintió un escalofrío de miedo. Se podía imaginar el cuchillo y a Alec cortándole la garganta a la loba.

Pero lo que Alec cogió fue una cuerda. La enrolló alrededor del cuello de la loba mientras la mantenía inmovilizada con su cuerpo. Ella luchó, se sacudió y gruñó. Magnus dejó caer las líneas de luz y empezó a murmurar. Las palabras mágicas salían de sus labios en leves nubecillas de humo azul, hechizos de curación y tranquilidad, visiones de seguridad y calma.

—Vamos, Marcy —la instó Magnus con claridad—. ¡Vamos!

La licántropo se estremeció y empezó a cambiar; los huesos le crujieron y el pelaje fue desapareciendo, y al cabo de un largo y agónico momento Alec se encontró rodeando con los brazos a una chica vestida solo con los jirones de un vestido. Estaba casi desnuda.

Alec parecía más incómodo de lo que había estado cuando ella era una loba. La soltó rápidamente, y Marcy se quedó sentada, rodeándose con los brazos. Gemía por lo bajo. Magnus se sacó el largo abrigo de cuero rojo y se arrodilló para cubrirla con él. Marcy se agarró a las solapas.

—Muchas gracias —dijo, mirando a Magnus con ojos implorantes. En su forma humana, era bonita, rubia y menuda, lo que hacía que su aspecto de loba gigante y furiosa pareciera más divertido en retrospectiva. Luego el rostro se le tensó de angustia y todo dejó de ser divertido—. ¿He...? Por favor, ¿he hecho daño a alguien?

—No —contestó Alec con una voz fuerte y segura que pocas veces usaba—. No, no has hecho daño a nadie.

—Había alguien conmigo... —comentó Marcy.

—Tiene un araño —contestó Magnus en un tono firme y tranquilizador—. Está bien. La he curado.

—Pero la he herido —replicó Marcy, y se cubrió el rostro con las manos manchadas de sangre.

Alec le puso la mano en la espalda y se la frotó suavemente, como

si esa licántropo desconocida fuera su propia hermana.

—Está bien —dijo—. Tú no... Sé que no querías hacerle daño, que no querías hacer daño a nadie. Pero no puedes evitar ser lo que eres. Tendrás que aceptarlo.

—Ella ha intentado protegerte —le dijo Magnus a la chica, pero esta estaba mirando a Alec.

—Oh, Dios mío, eres un cazador de sombras —susurró, igual que lo había hecho Erik, el camarero licántropo, pero ella tenía miedo en la voz en vez de desprecio—. ¿Qué vas a hacerme? —Cerró los ojos—. No. Lo siento. Me has detenido. Si no hubieras estado aquí... Hagas lo que hagas, me lo merezco.

—No voy a hacerte nada —contestó Alec, y Marcy abrió los ojos y lo miró a la cara—. Lo digo en serio. No voy a decírselo a nadie. Lo prometo.

Alec la miraba igual que había mirado a Magnus cuando este le había hablado de su infancia en la fiesta en que se habían conocido. Era algo que casi nunca hacía, pero se había puesto irritable y a la defensiva cuando llegaron todos esos cazadores de sombras a su casa, con la hija de Jocelyn Fray, Clary, que se había presentado sin su madre y con un montón de preguntas que merecían respuesta. Nunca hubiera esperado mirar a los ojos de un cazador de sombras y ver compasión.

Marcy se sentó y se envolvió con el abrigo. De repente parecía digna, como si se hubiera dado cuenta de que tenía derechos en esa situación. Que era una persona. Que tenía un alma, y que esa alma había sido respetada como debía.

—Gracias —dijo más calmada—. Gracias a los dos.

—¿Marcy? —La voz de su amiga llegó desde la puerta.

Ella alzó la mirada.

—¡Adrianne!

Adrianne corrió hacia ella, casi resbalándose en las baldosas; se tiró al suelo y abrazó a Marcy.

—¿Estás herida? Enséñamelo —susurró Marcy.

—No pasa nada, no es nada, estoy perfectamente —contestó Adrianne, acariciándole el cabello a Marcy.

—Lo siento muchísimo —dijo esta, y le cogió el rostro a su amiga entre las manos. Se besaron, sin importarles que Alec y Magnus estuvieran allí delante.

Cuando se separaron, Adrianne acunó a Marcy.

—Encontraremos la manera de que esto no vuelva a suceder. Ya verás.

Otra gente siguió a Adrianne y comenzaron a entrar en el local.

—Vas muy bien vestido para ser de la perrera —dijo un hombre que Magnus supuso que era el camarero.

Magnus inclinó la cabeza.

—Muchas gracias.

La gente estaba regresando, con cautela al principio y luego en mayor número. Nadie preguntó qué había pasado con el perro. Muchos de ellos solo parecían querer tomar algo.

Quizá algunos harían preguntas más tarde, cuando se les hubiera pasado el susto, y lo que había ocurrido esa noche fuera algo que debía aclararse. Pero Magnus decidió que dejaría ese problema para más tarde.

—Ha estado muy bien eso que le has dicho —comentó el brujo cuando la gente ya había ocultado completamente a Marcy y a Adrianne de su vista.

—Ah, bueno... No ha sido nada —repuso Alec, que parecía inquieto e incómodo. Magnus supuso que los cazadores de sombras no aprobaban la bondad—. Para eso estamos aquí, ¿no? Los cazadores de sombras, quiero decir. Tenemos que ayudar a cualquiera que necesite ayuda. Tenemos que proteger a la gente.

Los nefilim que Magnus había conocido parecían pensar que los subterráneos habían sido creados para ayudarlos a ellos, y para liquidarlos si no ayudaban lo suficiente.

Miró a Alec. Este estaba sudoroso y aún jadeaba un poco; los arañazos en los brazos y el rostro se le estaban curando rápidamente gracias a los *iratzes* en la piel.

—No creo que consigamos una copa aquí; hay demasiada cola —dijo Magnus con lentitud—. Vamos a casa a tomar la última.

Fueron andando hasta casa de Magnus. Aunque era un largo paseo, resultaba agradable andar en la noche estival. Notaban el aire cálido en los brazos, y la luna había convertido el puente de Brooklyn en una autopista de blanco reluciente.

—Me alegro mucho de que tu amiga te llamara para ayudar a esa chica —confesó Alec mientras caminaban—. Y me alegro mucho de que me pidieras que te acompañara. Me... me sorprendió que lo hicieras, tal y como iba la cosa.

—Me preocupaba que te lo estuvieras pasando fatal —le respondió Magnus. Era como poner mucho poder en manos de Alec, pero este estaba siendo sincero con él y se sintió poseído por el extraño impulso de devolverle esa sinceridad.

—No, qué va —repuso Alec, y se le subieron los colores—. No, no es eso en absoluto. ¿Pensabas que...? Lo siento.

—No lo sientas.

Pareció como si las palabras estallaran en Alec y le salieran en tropel, aunque, a juzgar por su expresión, deseaba contenerlas.

—Es culpa mía. Todo me salió al revés incluso antes de llegar a tu casa, y luego tú sabías qué pedir en el restaurante, y yo tuve que contener la risa con aquella canción en el metro. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo, y tú eres... estoo... encantador.

—¿Qué?

Alec miró a Magnus, ansioso, como si creyera que había vuelto a meter la pata.

Magnus quiso decirle: «No, fui yo el que te llevó a un restaurante terrible y te trató como a un mundano porque no tenía ni idea de cómo salir con un cazador de sombras, y casi pasé de ti, aunque tú fuiste lo

bastante valiente para proponerme que nos viéramos».

Pero acabó diciendo otra cosa.

—La canción del metro me pareció de lo más divertida. —Se rio echando la cabeza atrás. Miró a Alec y vio que también se reía. Todo su rostro se transformaba con la risa, pensó Magnus. Nadie tenía que disculparse por nada, no esta noche.



Cuando llegaron a casa, Magnus colocó la mano sobre la puerta principal y esta se abrió.

—Perdí las llaves hace unos quince años —explicó él.

Realmente tenía que ponerse a ello y encargarse de que le hicieran unas llaves. Pero no las necesitaba, y había pasado mucho tiempo desde que alguien había querido tener un juego, tener acceso a su casa porque él deseaba que estuviera allí siempre que le apeteciera ir. No había habido nadie desde Etta, hacía medio siglo.

Magnus le echó a Alec una larga mirada de reojo mientras subían la vieja escalera. Alec pilló esa mirada y se le aceleró la respiración; le brillaban los ojos. Se mordisqueó el labio inferior, y Magnus se detuvo.

Fue solo un momento de vacilación. Pero luego Alec le cogió el brazo, sus dedos apretándolo por encima del codo.

—Magnus —dijo en voz baja.

Este se dio cuenta de que Alec estaba imitando el modo en que él le había cogido el brazo el martes, el día del primer beso.

El brujo se quedó sin aliento.

Al parecer, eso fue todo lo que Alec necesitaba. Se inclinó hacia él con una expresión sincera y ardiente en la oscuridad de la escalera; en la quietud de ese momento, la boca de Alec encontró la de Magnus, suave y dulce. Recuperar el aliento resultaba imposible y ya no era

una prioridad.

Cerró los ojos y lo asaltaron imágenes inesperadas: Alec tratando de no reírse en el metro. Alec sorprendiéndose ante el agradable sabor de la nueva comida. Alec contento porque no lo había dejado plantado. Alec sentado en el suelo y diciéndole a una licántropo que no podía evitar ser lo que era. Magnus casi se asustó al pensar lo que había estado a punto de hacer: dejar a Alec antes de que acabara la noche. Dejarlo era lo último que quería hacer en ese momento. Se lo acercó agarrándolo por la trabilla de los pantalones, cerró la distancia entre sus cuerpos y atrapó el pequeño suspiro de ansia de Alec en la boca.

El beso se volvió fuego, y lo único que veía con los ojos cerrados eran chispas doradas; lo único que sentía era la boca de Alec; las manos fuertes y cuidadosas que habían sujetado a un licántropo sin hacerle daño; Alec apretándose contra él en la barandilla, tan podrida que la madera crujía de forma alarmante sin que a Magnus le importara...; Alec ahí, Alec en ese momento, el sabor de Alec en su boca, sus manos apartando la tela de la gastada camiseta para sentir la piel desnuda del cazador de sombras.

Tardaron un largo momento en recordar que Magnus tenía un piso, y corrieron hacia él sin soltarse el uno del otro. El brujo hizo que la puerta se abriera de par en par sin ni siquiera mirarla; la hoja dio tal golpe contra la pared que Magnus abrió un ojo para comprobar que no la había hecho saltar en pedazos sin querer.

Alec le plantó una cuidadosa línea de besos en el cuello, comenzando desde debajo de la oreja hasta la punta de la clavícula. La puerta seguía entera. Todo era maravilloso.

Magnus tiró del muchacho hacia el sofá, y Alec se desplomó sobre él. Pegó los labios al cuello del chico. Sabía a sudor, jabón y piel, y Magnus lo mordió, esperando dejar una marca en la pálida piel, deseándolo. Alec soltó un callado gemido y se dejó hacer. Metió las manos bajo la arrugada camiseta y recorrió la forma del cuerpo de

Alec. Le pasó los dedos por los hombros y por la larga curva de la espalda, notando las cicatrices de su profesión y la pasión de sus besos. Con timidez, el cazador de sombras le desabrochó los botones del chaleco, le dejó la piel al descubierto y le acarició el pecho, el estómago, y Magnus notó que la fría seda había sido reemplazada por unas manos cálidas, curiosas, que lo acariciaban. Notó que los dedos de Alec temblaban sobre su piel.

Le puso la mano en la mejilla, sus oscuros dedos enjorrocados contrastando con la piel pálida como la luz de la luna de Alec: este volvió la cabeza y le besó la palma de la mano, y a Magnus se le partió el corazón.

—Alexander —murmuró, queriendo decir algo más que «Alec», llamarlo por un nombre que fuera más largo que eso y diferente del que usaba el resto del mundo, un nombre que fuera más suyo, más entre ellos dos. Lo susurró como si le prometiera que se tomaría su tiempo—. Quizá deberíamos esperar un segundo.

Empujó a Alec muy levemente, pero este captó el sentido. Y lo llevó más lejos de lo que Magnus pretendía. Se levantó del sofá y se apartó de él.

—¿He hecho algo mal? —preguntó, con voz también temblorosa.

—No —contestó Magnus—. Al contrario.

—¿Me estás enviando a casa?

El brujo alzó las manos.

—No tengo ningún interés en decirte lo que tienes que hacer, Alexander. No quiero persuadirte de que hagas nada o convencerte de que no lo hagas. Solo digo que quizá quieras parar y pensarlo un momento. Y luego decides... lo que quieras decidir.

Alec parecía frustrado. Magnus lo entendía a la perfección.

Luego se pasó ambas manos por el pelo, que ya estaba todo alborotado gracias a Magnus; no se podía alborotar más; había llegado a su máximo de alboroto. Alec se paseó por la sala. El brujo intentó no imaginar en qué estaría pensando: en Jace, en Magnus, en su

familia, en su deber, en cómo ser bueno consigo mismo.

Dejó de caminar y fue hacia la puerta.

—Seguramente debería irme a casa —dijo Alec al final.

—Probablemente —repuso Magnus, lamentándolo.

—No quiero irme —añadió Alec.

—No quiero que te vayas —afirmó Magnus—. Pero si no...

Alec asintió con rapidez.

—Entonces, adiós —dijo, y se inclinó sobre el brujo para darle un rápido beso.

Al menos Magnus sospechó que pretendía ser rápido. No estaba totalmente seguro de lo que había pasado después de eso, pero de algún modo abrazaba con fuerza a Alec y se hallaban en el suelo. Este jadeaba y se agarraba a él, y las manos de alguien estaban en la hebilla del cinturón de alguien más, y Alec besaba a Magnus con tal fuerza que este notó sabor a sangre, y dijo: «Oh, Dios», y entonces...

Y entonces Alec volvía a estar en pie y se agarraba al marco de la puerta, como si el aire se hubiera convertido en una marea que lo pudiera arrastrar de vuelta a Magnus si no se aferraba a algo. Parecía estar peleándose con algo, y Magnus se preguntó si le diría si se podía quedar, o si iba a decir que toda la noche había sido un error. El brujo sintió más temor y expectación de lo que era capaz de disimular, y se dio cuenta de que le importaba más de lo que debería... tan pronto.

Esperó, tenso.

—¿Puedo volver a verte? —preguntó Alec.

Las palabras le salieron deprisa, tímidas y ansiosas, totalmente inseguro de lo que Magnus le contestaría. Y este sintió la subida de adrenalina y la excitación que acompañaba el comienzo de una aventura.

—Sí —contestó Magnus, aún tendido en el suelo—. Me gustaría.

—Vale —repuso Alec—. Entonces... ¿el viernes que viene?

—Bueno...

Alec pareció alarmado, como si pensara que Magnus fuera a decir

que había cambiado de opinión. Era hermoso, esperanzado y vacilante, un rompecorazones con el corazón a flor de piel. Magnus se encontró deseando mostrar sus cartas, correr el riesgo y ser vulnerable. Reconoció y aceptó un raro sentimiento nuevo: que prefería hacerse daño a sí mismo que a Alec.

—El viernes está muy bien —respondió, y el chico esbozó su sonrisa brillante, que iluminaba el mundo, y fue saliendo hacia atrás del piso, sin dejar de mirar a Magnus. Retrocedió hasta el principio del rellano y luego se oyó un grito. Pero Magnus ya se había levantado y cerrado la puerta antes de ver a Alec caerse por la escalera, porque esa era la clase de cosas que un hombre tenía que hacer en privado.

Pero sí que se asomó a la ventana y lo vio salir por la puerta principal, alto, pálido y con el pelo alborotado, y caminar por Greenpoint Avenue, silbando desentonado. Y Magnus se encontró cargado de esperanza.

Muchas veces había tenido que aprender que la esperanza era una tontería, pero no podía evitarlo, tan imprudente como un niño junto al fuego que se niega obstinadamente a aprender de la experiencia. Quizá fuera diferente en esa ocasión; quizá ese amor fuera diferente. Lo sentía tan diferente... Sin duda eso tenía que significar algo. Quizá el año venidero sería un buen año para ambos. Quizá esta vez las cosas resultarían como Magnus quería que resultaran.

Tal vez Alexander Lightwood no le rompiera el corazón.

El buzón de voz de Magnus Bane

por Cassandra Clare, Sarah Rees Brennan
y Maureen Johnson



Hola, Magnus. Soy Alec. Bueno, eso ya lo sabes. Te llamaba porque creo que tenemos que hablar. Supongo que estás ocupado. Llámame, ¿vale? (Bip).

El buzón de voz de Magnus Bane





RING



RING
CLIC



HOLA, MAGNUS. SOY
ALEC, ALEXANDER...



Buzón de voz de Magnus Bane, Gran Brujo de Brooklyn, en los días siguientes a cierto incidente en la ciudad de las almas perdidas.

Hoy 2.00

Hola, Magnus. Soy Alec. Alexander. Bueno, eso ya lo sabes. Te llamaba porque creo que tenemos que hablar. Supongo que estarás ocupado. Llámame, ¿vale?

Bip.

Hoy 2.10

Hola, Magnus. Soy Isabelle Lightwood. Parece que ha habido un pequeño malentendido. Mi hermano ha llegado a casa pensando algo que estoy segura de que es un gran malentendido. Llámame, o si no... y ¡aclaremos esto! No sé por qué he dicho «o si no». Somos todos amigos.

Bip.

Hoy 2.35

Al habla Isabelle. Quizá no haya sido un malentendido. Quizá solo

hayas cometido un terrible error. ¡No pasa nada! La gente se equivoca. Lo único que hay que hacer es acercarse con el rabo entre las piernas y pedir perdón, y todo queda arreglado. Así debe ser. Estoy dispuesta a dejarlo pasar por esta vez, Magnus.

Bip.

Hoy 3.00

Isabelle. Déjame seguir explicándote el gran error que cometerás si rompes con Alec. Los Lightwood somos gente realmente guapa. No vas a encontrar ningún cazador de sombras más sexy, y eso es decir mucho, porque ya sabes lo que dicen de los cazadores de sombras: nuestro trabajo es luchar contra demonios y estar guapos, ¡y tenemos mucho trabajo! Algunos dicen que los Herondale solían estar muy buenos, pero piénsalo: no solo somos más que ellos, sino que cogimos a su último guaperas y lo hicimos nuestro. Evidentemente, hemos ganado la partida.

He mirado retratos de nuestros antepasados. Gabriel Lightwood no estaba nada mal. Se rumorea que un Cónsul aceptaba todo lo que mi tía bisabuela, Felicia Lightwood, decía, porque cuando hablaba lo único que él oía era: «Tía buena, tía buena, tía buena». Si rompes con Alec, no solo estarás perdiendo a alguien superatractivo, sino a toda una familia de superatractivos. Se lo diré a los hijos de mis hijos. Ningún Lightwood volverá siquiera a guiñarte un ojo en un bar. Piénsalo. Piensa a estar sin ningún Lightwood y solo dentro de quinientos años, en un triste y frío club nocturno de la luna.

Bip.

Hoy 11.00

Hola, soy Alec. Supongo que sigues ocupado. No pasa nada. Sé que tienes un montón de cosas que hacer. Pero... llámame cuando tengas

un momento, ¿vale? Cuando sea, no importa a qué hora. Estaré despierto. Tengo que hablar contigo.

Bip.

Hoy 14.30

Hola, señor Bane, lo llamo de Hadrian Industries. Queremos contratar sus servicios para un sencillo ritual, del mismo tipo que el que nos realizó el pasado febrero. Nos gustaría que trajera una caja de sapos cornudos cuando venga. Por supuesto, lo recompensaremos ampliamente por los sapos.

Bip.

Hoy 17.14

Miaaauuu. Miaaauuu.

¡Au! ¡Au, gato estúpido! Ejem... Me has dicho: «Deja de llamarme, Isabelle», pero no soy yo quien te llama. Te llama *Iglesia*.

Yo solo soy los dedos que marcan en el teléfono.

Veras, hay algo que quizá no supieras antes de cometer tus recientes actos impulsivos: Nuestro gato, *Iglesia*, y tu gato, *Presidente Miau*, están enamorados. Nunca he visto un amor igual. No sabía que un amor así podía existir en el corazón de un... gato. Alguna gente dice que el amor entre dos gatos no está bien, pero yo creo que es hermoso. El amor hace más feliz a *Iglesia* de lo que nunca lo he visto. Nada lo hace más feliz que *Presidente Miau*. Ni el atún. Ni hacer trizas tapices con siglos de antigüedad. Nada. Por favor, no separes a esos gatos. Por favor, no le quites a *Iglesia* la alegría del amor.

Mira, en realidad esto es una advertencia por tu propio bien. Si separas a *Iglesia* y a *Presidente Miau*, *Iglesia* se va a cabrear.

Y no quieras saber cómo es *Iglesia* cabreado.

Bip.

Hoy 18.00

Hola, Magnus. Soy Clary. Nadie me ha dicho que haga esta llamada.

Isabelle me pidió que te llamara, pero le dije que no, y no sabe que lo estoy haciendo ahora.

De verdad, cuando conocí a Alec, pensé que era horrible. Admito que yo estaba totalmente perdida, con eso de descubrir que había mundos mágicos y con lo del rapto de mi madre. Fue un mal momento, pero Alec seguía sin ser mi persona favorita.

Era un burro, pero no era un burro porque fuera mal tío. Era un burro porque era infeliz, y pensaba que tenía que fingir ser alguien que no era. Supongo que, al ir creciendo, había aprendido que tenía que ocultar cosas todo el rato, que tenía que mantener secretos o perder a la gente. Es mucho mejor cuando está contigo. Es mejor porque es más feliz.

No sé muy bien cómo funcionan las relaciones. Jace es el único novio que he tenido, y me han dicho que nuestra relación no es muy típica. Pero supongo que así es como me parece que debe ser una relación: que no importa qué más esté pasando, se es más feliz al estar juntos.

No te llamo porque esté preocupada por Alec. Tú también parecías ser muy feliz con él.

Me preguntaba cómo estabas. Espero que estés bien.

Bip.

Hoy 20.26

Hola, Magnus. Soy Alec. Alexander. Supongo que no quieres hablar conmigo. Lo entiendo. Pero de verdad creo que si nos viéramos... si pudiera explicarte...

No se me dan bien las palabras. Lo siento. Pero tú siempre parece saber lo que quiero decir. No quiero perder eso. No quiero perderte.

Tengo muchísimas ganas de hablar contigo, pero si no puedo, supongo que te llamo para decirte...

Lo siento mucho. Solo llamo por eso.

Bip.

Hoy 21.39

Hola, Magnus. Soy Simon. Ya sabes quién. Bueno, la última vez que nos vimos me llamaste Soame, pero hemos estado juntos por ahí. Te llamo porque... mmm... para... lo siento si me meto donde no me llaman... para sugerirte que quizá deberías volver con Alec.

Creo que sería bueno para la moral. La verdad, Alec fue horrible con Clary cuando se conocieron, y si vuelve a tener tan mal humor, no sé qué hará Clary. En aquellos días, Clary tenía muchas menos armas y muchos menos hermanos.

Esta vez es diferente. Su novio está ardiendo. Clary ya tiene suficientes problemas. Supongo que lo que estoy diciendo es que todos te lo agradeceríamos si lo hicieras por el equipo.

Yo no soy de ningún equipo de cazadores de sombras.

Los cazadores de sombras no dejan que los vampiros se metan en sus equipos.

Seguro que este mensaje parece egoísta, y también una locura. La verdad es que me siento fatal por Alec. Es un buen tipo. Mucho menos irritante que Jace. Siempre he pensado que, si se diera la oportunidad, seríamos amigos. Quizá hasta colegas. Quizá pudiéramos ser colegas que tiran flechas juntos.

A estas alturas puede ser evidente que Isabelle me ha obligado a hacer esta llamada. No estoy muy seguro de lo que se supone que debo decirte.

Pero una cosa. Alec tiene muy mala pinta.

¡Au, Isabelle! Quiero decir, está muy bien, es un tipo muy atractivo. Mucho más guapo que Jace, si quieres que te lo diga. Pero

es evidente que está muy depre. Cualquiera puede verlo.

La mayor parte de las veces no me fijo en qué pinta tienen los tíos, pero hasta yo puedo verlo. Tiene ojeras negras y sus jerséis parecen caérsele a trozos de desesperación. Su madre está preocupada porque no come, y he oído a Jace lanzándole una indirecta sobre cepillos de pelo. Claro que para ser un tremendo guerrero, Jace es bastante remilgado.

No sé lo que pasó entre vosotros, tíos, pero sé ver cuando alguien lo lamenta. Y puedo decirte, que hiciera lo que hiciese, Alec lo lamenta profundamente.

Si le pudieras dar un respiro, sería fantástico. Vale, supongo que esto es todo.

Por favor, no le digas nunca a Jace que he dicho que es tremendo.

Bip.

Hoy 23.48

¡No, escúchame, no entiendo ese morro tuyo de no devolverme las llamadas! ¡Estás cometiendo un gran error! ¡Yo he sido lo mejor que te ha pasado nunca!

Bueno, vale, estadísticamente eso no es muy probable.

Te han pasado un montón de cosas. Y un montón de gente.

Creo que eso es lo que me llevó a hacer lo que hice. Quería saber que no estaba, ya sabes, por el final de la lista. No quería ser una mediocre nota al pie en la historia de tu vida.

Oh, Dios.

Jace. Jace, despierta. Jace, ¿cómo borras un mensaje en el móvil de otra persona?

Bip.

Hoy 8.11

Señor Bane, me han autorizado a ponerme en contacto con usted en nombre de mi cliente. Es mi opinión, y considero que será la opinión del juez, que sus acciones con respecto a la conclusión de su relación con don Alexander Gideon Lightwood van contra la ley. Tengo en mi oficina testigos y documentación que prueban que, de hecho, usted y él estaban unidos en matrimonio de derecho consuetudinario, y el señor Lightwood podría reclamar la mitad de su propiedad en Brooklyn.

Vale, de acuerdo, vuelvo a ser Isabelle.

Vale, de acuerdo, mi abogado es *Iglesia*. Pero de verdad creo que tenemos caso. E *Iglesia* nunca ha perdido un pleito.

¡Contesta al teléfono, Magnus!

Bip.

Hoy 10.31

Señor Bane, lo llamo para dejarle un mensaje sobre un asunto urgente. Uno de nuestros representantes lo llamó con referencia a la entrega de unos sapos cornudos. Ha descrito su manera de contestar al teléfono como «seca» y «extremadamente áspera», y su tono como «brusco, por no decir enloquecido». ¿Hay algún problema con los sapos? Estamos muy preocupados.

Bip.

Hoy 19.52

Escúchame bien, colega: nadie rompe con un Lightwood. ¡Nadie! Meliorn pensó que podía contarles a sus compinches hadas, tomando unas copas de hidromiel, que había roto conmigo, y todo lo que te digo es que Meliorn no ha visto su corcel hada desde hace un tiempo.

Una vez un tipo visitó el Instituto y pensó que podía romper conmigo por carta mientras salía por la puerta. Jace encontró la carta.

Diez minutos después, el tipo tenía una muñeca rota y una conmoción cerebral. Y entonces se lo dejé a Jace.

Por cierto, soy Isabelle.

Bip.

Hoy 20.01

Hola, Bane. Quiero decir, ah, Magnus Bane, Magnus Bane, Gran Brujo de Brooklyn, este es un mensaje de Maryse Lightwood del Instituto de Nueva York. Hummm... directora del Instituto de Nueva York. Soy indiscutiblemente la directora y te llamo por un asunto de cazadores de sombras. Porque estoy al cargo de todos los asuntos de los cazadores de sombras. El asunto por el que te llamo es complejo. Demasiado complejo para hablarlo por teléfono. Creo, después de considerarlo, que sería mejor que me visitaras en el Instituto para que podamos discutirlo en persona.

Por favor, no me malinterpretes. Esta es una llamada profesional sobre un asunto puramente profesional. Solo quiero tratar de un asunto importante para los cazadores de sombras.

Naturalmente, serás bienvenido a quedarte a tomar el té y mantener conversación con cualquier miembro del Instituto que resulte estar presente en el momento de tu visita. Después de que concluyamos nuestros asuntos, claro.

Bip.

Hoy 22.29

Saludos al Gran Brujo Magnus Bane de parte del clan licántropo de Nueva York. Soy Maia Roberts. Hummm, Luke hubiera llamado, pero está... hummm... en el baño.

¿Qué? ¡Cállate! Lleva mucho rato en el baño, ¿vale? Pensamos que puede ser alguna intoxicación alimentaria. Lleva tanto tiempo en

el baño que creemos que ya no es nuestro jefe.

Pues bueno, a los licántropos nos gustaría visitarte. Ya sabes, una de esas amistosas visitas de licántropos a brujos. Y a quien sea que resulte aparecer por la reunión.

¡Solo quiero decir, para que conste, que esto es una estupidez y nunca se lo va a tragar!

Bip.

Hoy 1.06

¡Estoy al otro lado de tu puerta, Magnus! ¡Voy a tirarla abajo!

(Silencio).

¡Ya la habría derribado si no hubieras puesto unos estúpidos hechizos como un estúpido brujo tramposo! ¡Abre la puerta ahora mismo o te mato! Sé que estás ahí. Sé que le has roto el corazón a mi hermano. No me voy a quedar cruzada de brazos.

¡Abre la puerta ahora mismo para que pueda matarte!

Bip.

Hoy 2.33

Saludos, Magnus Bane, Gran Brujo de Brooklyn, de Raphael Santiago del clan de vampiros de Nueva York, leal sirviente de nuestra gloriosa reina Maureen, reine por siempre en oscura gloria, y del futuro príncipe consorte Simon, superguaperas dios del rock.

Ahora tenemos que comenzar todas nuestras conversaciones telefónicas de esta manera. Incluso nuestra llamada de cada noche a un lugar llamado Hot Topic.

No es necesario decir, después de esta introducción, que me considero un alma condenada.

Te llamo porque nuestra reina desea enviar una convocatoria a «el hombre brillante que es amigo de Simon». Es una cita. Añade que te

apoya y que es fan de la mayoría de «yaoi manga». No tengo ni idea de lo que esto significa y no tengo ningún deseo de saberlo.

Mientras estoy al teléfono, Lily acaba de oír por casualidad una conversación no tan interesante en Taki's entre varios adolescentes melodramáticos conocidos tuyos. Imagina mi sorpresa cuando me he enterado de que la desacertada relación entre tú y un cazador de sombras excesivamente joven ha concluido de manera repentina y desagradable.

Quería informarte de que tu estimado colega, Ragnor Fell, ha pasado a deberme diez dólares gracias a una pequeña apuesta que hicimos entre nosotros sobre el asunto de cómo acabaría esa absurda relación.

Por supuesto, Ragnor Fell nunca me pagará los diez dólares, porque fue asesinado por los nefilim, debido a un conflicto entre nefilim en el que, de algún modo, se vieron involucrados los subterráneos. Igual que el conflicto que estamos teniendo en el presente, así que supongo que podríamos decir que Ragnor murió por nada.

Cazadores de sombras. ¿Podría ser su nuevo lema algo como «No valen la pena»?

Bip.

Hoy 11.23

Hola, Magnus. Soy Isabelle. Te llamo para disculparme por intentar tirar abajo tu puerta, por las llamadas y por las visitas que, según me han dicho, podrían considerarse acoso, y por describirte a todos tus vecinos como un subterráneo sucio y rastroso en el amor. Aunque soy consciente de que algunas de las cosas que dije podrían considerarse amenazantes, como cazadora de sombras nunca infligiría daño físico a nadie que no esté practicando el mal o, al menos, siendo totalmente insoportable.

Me parece que he sido bastante razonable todo el tiempo y que he mantenido la calma, pero me dicen que, desde una perspectiva externa, parece que haya perdido un poco la cabeza.

Admito que soy un poco protectora de mi hermano mayor. Él siempre me protege a mí.

La verdad es que no tengo por qué amenazarte con nada peor de lo que ya te has hecho tú mismo.

Alec es valiente, y bueno, y leal, y como todos los Lightwood tiene unos pómulos con los que podrías cortar salami. Nunca vas a encontrar a nadie tan maravilloso como mi hermano, o que te quiera tanto.

Es lo mejor de mi vida, y estoy dispuesta a apostar que es de lo mejor de la tuya. Ya lo lamentarás cuando te despiertes y te des cuenta de lo que has desperdiciado.

A cambio de mi promesa de no pasarme en el futuro, te agradecería que borraras este mensaje tan cursi. En esta ciudad tengo una reputación que mantener.

Bip.

Hoy 16.02

Hola, Magnus. Soy Alec. Te llamo para decirte que quizá pidiera a un par de personas con las que sí te hablabas, si podían tratar de convencerte de que hablaras conmigo. Y... bueno, ahora me han comentado que algunas de esas personas quizá hayan llevado las cosas demasiado lejos.

Así que supongo que este soy yo llamándote para decirte que lo siento mucho.

Otra vez.

No volveré a llamarte. No te enviaré mensajes. Lamento todos esos mensajes anteriores. Sobre todo el que te envié a las tres y cuarto de la mañana del miércoles. Ya sabes cuál. Sí. Lo siento muchísimo.

Pero tú puedes llamarme o enviarme mensajes, si alguna vez quieres hacerlo.

Supongo que no lo harás, pero ojalá lo hicieras. No perderé la esperanza.

Bip.

Hoy 17.06

Señor Bane, soy de Hadrian Industries y lo llamo para informarlo de que está retrasando excesivamente su llegada a la cita que habíamos acordado. Llevamos esperándolo cerca de una hora. No hay ni rastro de usted. No hay ni rastro de los sapos. Queremos...

(Mensaje cortado).

Estos registros se obtuvieron, con bastante dificultad, de un teléfono móvil que parecía haber sido roto y luego quemado con un intenso fuego mágico.

Notas

[1] En español en el original. <<

[2] Juego de palabras entre *wood* (madera) y *worm* (gusano). (*N. de la t.*) <<